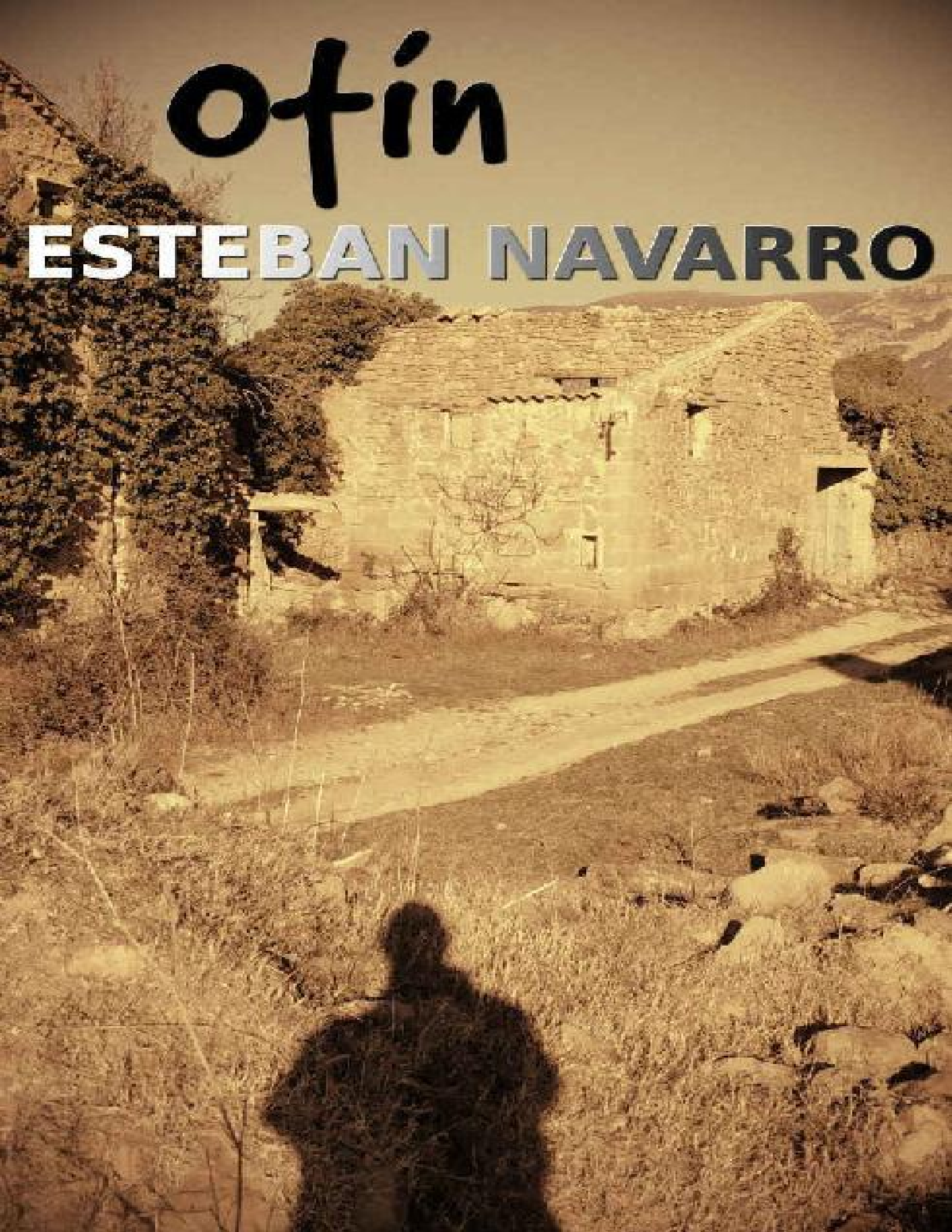


ofín

ESTEBAN NAVARRO



Otín

Isidro Mezquita, un escritor sesentón cansado de su vida aburrida y falto de ideas para escribir su nuevo libro, decide refugiarse en Otín, una población abandonada de la provincia de Huesca. Allí alquila una destartalada casa a un vecino de Rodellar, una villa cercana. El arrendatario le ofrece los servicios de su sobrina, Adela, una chica de carácter introspectivo que se emplea en la casa del escritor como asistente encargada de la limpieza y de la cocina.

Durante los primeros días, Isidro y Adela, se dedican a adecuar y limpiar la casa, estableciendo el escritor una relación inusual con la sobrina del arrendador, la cual esconde un oscuro pasado. Isidro ve como Adela parte cada día en bicicleta hacia el pueblo más próximo a comprar comida y garrafas de agua, ya que en Otín no tienen nada, ni siquiera luz.

Pasada la primera semana, y sin haber escrito ni una línea de su nuevo libro, el escritor se percató que encima de la ermita derruida hay una gárgola, algo de lo que no se había dado cuenta hasta entonces.

Y a partir de ese momento...

*A Ester y Raúl, mi hogar.
A Rufus.*

Y mi agradecimiento a:

*Almudena Natalías
Míriam Plana
Mario Palomero
Balbina Morales
Rafael Pérez
Nicolás Baena
Juan Gil
José Antonio Virola
Judite Cid
María Viñuales*

Habías escrito que el invierno se precipitó sobre Otín una mañana de domingo. Sin avisar, como debe ser un invierno traicionero del Pirineo. La noche del sábado fue de las más sofocantes que habíais vivido. Tanto que Adela dijo: «Es calor de lluvia.» Y entonces llovió de forma torrencial y el cielo se convirtió en un caldo espeso y opaco.

Índice de contenidos

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Otras novelas del autor](#)

Capítulo 1

Recuerdo como habías conocido el poblacho de Otín, en la provincia de Huesca, cuando lo visitaste en unas cortas vacaciones de verano. De eso ya hacía muchos años, tantos que ni siquiera fuiste capaz de rememorar la fecha exacta. Por aquel entonces llegaste al abandonado pueblo en compañía de un escueto grupo de amigos. Entre todos habíais ejercitado el senderismo a través de una ruta que separa las poblaciones de Rodellar y Otín. Rodellar era la última población donde se podía ascender por carretera, ya que hasta Otín solo se llegaba a través de un pedregoso camino de montaña.

Sé que recuerdas esa época con nostalgia. Y la remembranza de esa proeza ha quedado imborrable en tu mente y siempre deseaste regresar de nuevo a ese paraje abandonado. Para ti, Isidro Mezquita, Otín es un lugar tranquilo, entrañable, alejado, lleno de encanto y de paz. Y ha sido precisamente esa paz la que quizá te hizo escoger ese municipio como lugar para escribir tu próximo libro. Buscabas soledad y pobreza, ingredientes que creías básicos para rehuir del aburrimiento.

Recordaba de ti como siempre te gustó presentarte en lugares olvidados, cercanos pero arrinconados, donde la administración extraviaba los documentos necesarios para el trazado de carreteras y donde el acceso era difícil y laberíntico. Esa dejadez era la que convertía esas aldeas en despoblados y compelia a sus habitantes a marcharse a urbes más grandes en busca de una prosperidad que muchas veces no llegaba.

Otín no tenía habitantes. Los vecinos de los pueblos colindantes, todos ancianos, nacieron allí en la época en que la agricultura y la ganadería conformaban un medio de vida. No dormían en esa oquedad desértica, pero se les veía pulular por sus caminos y franqueaban los ocasos sentados en los muros, pocos, que quedaban de la antigua villa. Un grupo de casas viejas, abandonadas, desordenadas y expoliadas, es todo lo que ese andurrial ofrecía.

Antes de instalarte, definitivamente, en el poblacho, alquilaste una de esas casas vacías a un vecino de Rodellar; la villa más cercana a Otín, de mayor población pero con la misma carencia de modernidad. El importe solicitado te pareció adecuado; aunque después de ver la casa lo encontraste excesivo. Pero tu desahogada economía te hizo despreocuparte del precio pactado.

—Aquí no le molestará nadie —te dijo don Emilio, el arrendador.

—Eso es lo que busco —replicaste.

Don Emilio asintió basculando su huesuda barbilla mientras sonreía,

apreciaste que la dentadura era postiza.

«Demasiado perfecta para un hombre de su edad», habías escrito en tu diario.

La casa era inmensa. Tenía dos plantas de altura y el suelo había sido adoquinado de forma desigual. Las ventanas destartadas; ninguna cerraba bien, además apenas había un cristal que se sostuviera intacto. El baño consistía en un agujero construido en un rincón del huerto y adornado con balizas. Los muebles, llenos de carcoma, resistían inutilizados y las aves habían construido sus nidos en el interior de los cajones y anaqueles, mientras que las alacenas fueron cobijo de nidos de golondrina.

Lo peor de todo es que una de las tres habitaciones, de la planta superior, tenía un boquete en el techo del tamaño de un televisor de veinte pulgadas.

—El granizo —te dijo don Emilio—. No sabe usted con que fuerza cae por aquí.

No pudiste hacer otra cosa que sonreír. Sabías que era imposible que el granizo hubiera hecho semejante descalabro en el techo de la casa, pero la explicación del arrendador te pareció ingeniosa.

—¿No se caerá el techo? —le preguntaste, asustado.

—No pase usted pena, señor —te replicó el arrendador—. Las casas de antes nunca se desmoronan. Y esta —añadió—, no sufrió los embistes de la guerra, por lo que su estructura está intacta —sonrió—. Solo una guerra podía derrumbarla.

Dejaste la maleta en el suelo y, tras otear el interior de la vivienda, aceptaste el ofrecimiento de pasar allí una temporada y esperar a que la diosa de las ideas poblara tu cabeza con algún nuevo libro que escribir. La editorial te había dado un ultimátum y, de no entregarle algún manuscrito en el ulterior año, te podías ir despidiendo de seguir publicando; algo nefasto para tu prolífica y culminante carrera. Hasta te podías imaginar los titulares:

«Escritor de sesenta y cinco años, falto de ideas, sucumbe a la desidia. Isidro Mezquita se sumerge en la peor de las inopias literarias», llegaste a pensar que publicaría la prensa, en primera página.

Sabes que yo siempre te apoyé. Lo sabes, de verdad. Medié con la editorial para que prolongaran ese ultimátum y te diesen la oportunidad que te merecías: la de retirarte en la cresta de la ola. En el cenit de tu carrera.

Pero aunque te encontrabas con la misma vitalidad que cuando tenías veinte años, eras incapaz de enlazar frases con sentido y de cuajar en tu avejentada y ofuscada mente alguna historia que llevar al papel de la máquina de escribir,

tu vieja amiga.

—Aprovecha el momento —te dije. Yo, tu editora, Begoña Lagares—. Dentro de no demasiados años nadie se acordará de ti —añadí para que tuvieses claro cual era tu cometido.

—Nadie se acordará de nosotros cuando hayamos muerto —respondiste, melancólico.

Estabas convencido de que un lugar como Otín, lejos del mundanal ruido del piso de Barcelona, te transportaría a la época en que eras capaz de escribir cuatro libros al año sin casi proponerlo. Cuando las ideas bullían en tu cabeza como si de una olla a presión se tratara, y afloraban con total naturalidad a través de tus dedos.

Allí, en Otín, querías reencontrarte con tus demonios internos y enfrentarte a ellos como hiciste cuando eras joven. Sospechabas que la carencia de ideas, a la hora de escribir, era más por la falta de ilusión en la vida que por la edad. La edad es algo circunstancial a la que todos, en algún momento, nos tenemos que enfrentar. Pero la desidia y la inapetencia es similar a un catarro: conviene aplicar los medicamentos adecuados si no queremos que se transforme en una gripe o en una pulmonía.

Y es que habías tenido una infancia tan plétórica, una adolescencia tan colmada y una madurez tan feliz, que habías perdido el gusto por todo. En cierta manera te ocurría como a ese gran *chef* de cocina que le dejaron de gustar los platos que cocinaba, sumiéndole en una depresión que le hizo renunciar a comer, hasta que se murió de hambre.

—¿Estás seguro de lo que haces? —te pregunté más como amiga que como editora.

—Nunca he estado tan seguro de algo —respondiste. Aunque sabías que yo no te creería—. Dentro de un año regresaré con mi último libro. Una obra maestra —afirmaste, mostrando convicción.

Yo sonreí con franqueza.

Llegando a Otín ponías en práctica una terapia de choque: querías enfrentarte al aburrimiento con más aburrimiento. Querías encontrar tanta carencia de cosas, tanta nada, que suponías acabarías por apreciar el detalle más insignificante de cualquier cosa.

Unos días antes de tu anacoreta decisión, recordaste cuando tenías treinta años, y tu hijo Alejandro había cumplido los cuatro, como un día te dijo que quería subir al tren. Accediste y subisteis, *Alejandro* y tú, en el tren de

cercanías que une Masnou y Barcelona. Os sentasteis en el primer vagón y no te percastaste del rostro de tu hijo hasta que llegó el revisor ataviado con el característico uniforme azul y la gorra de plato, y os pidió el billete.

«¡Billetes, por favor!», solicitó.

Alejandro te lo arrancó de la mano y quiso ser él quien lo entregara. Entonces te diste cuenta de que la acción más tonta, más simple, el hecho más insignificante, era toda una vivencia para tu hijo.

Después de esa experiencia estuviste un tiempo queriendo ver el mundo a través de la mirada de un niño. Fue estupendo. Las cosas más insustanciales hacían que los ojos de Alejandrito se abrieran hasta ocupar toda su cara y una sonrisa descomunal llenaba su rostro. Este hecho hacía que te sintieras obligado a reír. Descubriste entonces que los niños son felices por que exploran las cosas como nuevas, porque la vida les sorprende. Adivinaste que la felicidad radica en la expectación de lo nuevo y te asaltó la memoria una frase que leíste en una ocasión en el metro de Madrid:

«Solo morimos cuando no tenemos nada más que hacer.»

Habías pensado muchas, muchísimas veces, en aquella máxima y te dijiste cuánta razón tenía aquella frase, que con el tiempo la convertiste en tu eslogan particular.

Capítulo 2

El primer día que llegaste a la casa de Otín decidiste organizarte y marcarte unas pautas a seguir, algo así como una hoja de ruta. Siempre habías dicho que la organización nos hace más prolíficos a la hora de escribir y nos obliga a centrarnos en lo que estamos haciendo. «*La organización es el pilar de todos nuestros actos*», escuché de tus propios labios en más de una ocasión.

La primera mañana la dedicaste a barrer la casa con una escoba y limpiar el polvo con trapos viejos y rotos que te trajo don Emilio. Estuviste adecentando, incansable, el que sería tu nuevo hogar durante el siguiente año. Y no para que estuviera más limpio e higienizado, sino para sentirte útil e iniciar tu pretendido plan de afloramiento de ideas.

Preparaste una de las habitaciones de la casa para llenarla de comida y garrafas de agua. Como no había luz, todo habían de ser productos de conservación natural, es decir latas y botes de vidrio. Y las garrafas de agua no debían faltar, ya que también las utilizabas para asearte. Supiste que las cañerías y los desagües no existían en la época que construyeron la casa.

«¿Cómo lo haré?», te preguntaste ensimismado, mientras observabas la habitación que utilizarías de despensa.

Para ti, la vida que habías llevado hasta entonces en Barcelona era sencilla en ese sentido. Disponías de tiendas alrededor de tu casa donde efectuabas las compras semanales. El chico de reparto se encargaba de trasladar los carros de la compra y subirlos hasta el piso. Recordaste como incluso en alguna ocasión, en que se había estropeado el ascensor, ese fornido gitano de brazos tatuados subía las bolsas por la escalera sin apenas esfuerzo. Y tú tan solo tenías que darle un billete de más en concepto de propina.

«¿Dónde compraré y quién traerá la compra?», habías anotado en tu diario.

Ese era el primer dilema al que te enfrentabas en tu recién estrenada vida de clausura. Ya no te parecía tan sencillo ese retiro voluntario.

Unos técnicos del ayuntamiento de Rodellar, el pueblo que hay justo al lado de Otín, habían hecho un empalme, algo chapucero, de un poste de la luz, para que la casa que arrendaste tuviera corriente eléctrica. No podías pasar los días allí a base de velas u hornillos de gas. Ya te advirtió don Emilio de que la potencia que tendrías para uso diario sería mínima.

«Para encender una bombilla», te dijo. «Y sobre todo que no sea de cien.»

«¿De cien, qué?», le preguntaste.

«Vatios o voltios», replicó don Emilio, me dijiste que no muy convencido.

Sonreíste.

Mientras apilabas unos maderos viejos, y llenos de polvo, pensaste en Marisa, tu mujer. Recordaste el momento en que te despediste de ella en la puerta del piso de Barcelona.

«¿Te lo has pensado bien?», te dijo, apesadumbrada. «¿De verdad piensas pasar la Navidad allí, solo?».

Sabes que Marisa siempre te ha querido y se ha desvivido por ti, y por vuestros hijos. Mi relación con ella nunca fue cordial. Ya lo habíamos hablado alguna vez, para Marisa yo era algo así como una intrusa. Supongo que ninguna esposa tolera que otra mujer le quite a su marido; aunque sea de forma provisional. Tú y yo sabemos que entre tú y yo nunca hubo nada más que una relación comercial: tú el escritor y yo la editora. Ese fue nuestro convenio. Pero al mismo tiempo también era nuestro secreto, y sabíamos, y teníamos claro, que Marisa nunca lo vería así.

Pero yo sabía que tú te lo habías pensado bien. Y lo que comenzó siendo una sugerencia de tu autoestima, acabó convirtiéndose en un plan perfectamente concebido. Era más una cuestión de supervivencia que de insensatez. Tenías que escribir esa novela y Otín era el lugar idóneo para hacerlo.

Conforme amontonabas maderas viejas, muebles rotos, barrías, limpiabas, quitabas telarañas, tu mente te traicionaba preguntándote constantemente si era necesario estar allí. Pero te respondías a ti mismo diciéndote todo el tiempo lo mismo: que hasta que no terminaras el libro no sabías si tu ascetismo serviría para algo más que para abanderar la soledad.

Pero al segundo día no pudiste evitar acordarte de Marisa. De los manjares que cocinaba, del café que te llevaba al despacho cuando estabas trabajando en un nuevo libro... Y pensaste en abandonar. Te parecía absurdo que un abuelo de sesenta y cinco años se refugiara en una casa de montaña, en un lugar donde solamente iban senderistas, con la finalidad de escribir un libro.

Y cuánto más pensabas, más disparate lo veías. Y como comenzaste a pensar que no tenías ninguna necesidad de estar allí, decidiste no pensar. Te habías marcado ese objetivo y debías cumplirlo. Eso era lo realmente importante para ti. Y nada te haría cambiar de parecer. Nada.

Por suerte, cuando alquilaste la casa, don Emilio te ofreció los servicios de una sobrina suya.

—Es muy buena cocinera —te dijo—. Y muy trabajadora —añadió.

Pensaste que ciertamente esa chica podía encargarse de la compra, de la limpieza y de cocinar. Así, tú te centrarías en escribir la novela y las tareas domésticas las dejarías para la sobrina de don Emilio, resolviendo uno de los primeros problemas que se te planteó al llegar a Otín. Tan solo tenías que sumar unos euros más al importe del alquiler. Al principio de estar allí, el dinero no era un inconveniente.

Aceptaste el ofrecimiento del arrendador, sin contrapartidas.

—Por supuesto —le dijiste—. Me vendrá bien un poco de ayuda.

—Ya verá como le vendrá bien la ayuda de mi sobrina —afirmó don Emilio—. La chica sabe hacer de todo.

Al principio, antes de ni siquiera conocer a la chica, tu mente soñadora de escritor avejentado imaginó a la sobrina de don Emilio como una moza de poca edad, increíblemente bella, y con una ninfomanía enfermiza que te ayudaría a sobrellevar la soledad de Otín. Pero, efectivamente, lo único enfermizo era tu mente. Adela resultó ser una joven de veinte y pocos años, treinta a lo sumo, y muy reservada. Sus ojos chinescos y bizcos, junto con la lentitud en el habla, resaltaban sobre una figura enclenque y escuchimizada. El pelo liso, negro y largo, tapando unas orejas excesivamente abiertas, conformaban un aspecto a caballo entre una alienígena y un ser sacado de un cuento de hadas. Para más inri, el día de la presentación ella portaba un camisón blanco de hilo que le llegaba hasta la rodilla y con unas cuantas flores rojas estampadas en el pecho. Por sus brazos y piernas asomaba una pelambarrera similar a la de un chico que le faltaran pocos días para prestar el servicio militar. No es que la chica fuese excesivamente peluda, lo que ocurría es que no se había depilado nunca y aquel camisón le robaba el poco encanto que hubiera podido tener.

«Dios mío», pensaste. «Menuda dejadez», clamaste ante semejante desatención.

Ella te dio tanta lástima que no pudiste rechazar el ofrecimiento de don Emilio, a pesar de estar convencido de que esa chica no te sería de utilidad en tu aislamiento anacoreta, una vez hubiste descartado el servicio sexual, claro.

—Es mi sobrina, ¿sabe? —insistió el arrendador de la casa.

Percibiste que la chica necesitaba sentirse útil y su tío había pensado que la mejor forma de conseguirlo era poniéndose al servicio de un adinerado escritor.

—Conforme —asentiste—. Pero sobre todo que no me moleste mientras

escribo —quisiste dejar bien claro.

Temías que la chica fuese un estorbo y que no te dejara concentrarte en el libro.

—No se preocupe —asintió don Emilio—. Ya verá como no le molesta, mi sobrina apenas habla. Es muy silenciosa.

Lo primero que te sorprendió de ella, de Adela, fue su forma de expresarse: hablaba de forma entrecortada, pero sin llegar a ser tartamuda. Se le notaba que le faltaba confianza en sí misma y que era excesivamente tímida.

Los primeros días se apartaba de ti y siempre estaba haciendo algo, no paraba quieta en ningún momento: limpiaba, cocinaba, arreglaba el huerto, volvía a limpiar, apilaba cajas, movía latas de conserva... Y solamente hablaba cuando tú le hablabas, en caso contrario nunca decía nada y se limitaba a bajar los ojos cuando estaba ante ti. Era sorprendente ver cómo a pesar de su extrema delgadez, rayando la anorexia, se desplazaba por la casa con una velocidad imposible. Lo hacía tan rápido que a veces te asustabas pensando que ella estaba en una habitación, cuando en realidad estaba en otra. O la veías en el huerto a través de la ventana y, segundos después, aparecía en el salón de la casa. Entonces dabas un respingo en tu asiento de escritura y pensabas que la muchacha tenía el poder de aerotransportarse. En más de una ocasión la viste dejando una caja en la despensa y cuando te asomaste por la ventana, para ver el huerto, ella estaba allí también. Entonces torcías los ojos para mirar el almacén de nuevo, que por supuesto estaba vacío. Si en ese momento Adela también hubiera estado en la despensa, supongo que hubieras salido huyendo y habrías regresado a Barcelona de inmediato.

«Hay que joderse», suspirabas sorprendido.

Me dijiste que el tío de Adela debía confiar mucho en su sobrina, porque le encargó a la chica que recogiera el dinero del alquiler y se lo entregara personalmente, para ahorrarle los viajes desde Rodellar a Otín. Por tu parte le habías afirmado a don Emilio, para su tranquilidad, que no pensabas abandonar esa casa durante todo un año. Que tu familia más próxima, como eran tu mujer Marisa y tus hijos Alejandro y Natalia, podían venir a verte siempre que quisieran. Así que don Emilio recibiría el importe del alquiler sin tener que ir a Otín. Nunca.

Capítulo 3

Los primeros días, Adela, daba la sensación de que huía de ti. Cada vez que intentabas entablar una conversación, ella salía corriendo en la dirección contraria a dónde te encontrabas, agarrada a una escoba, un cepillo, una fregona o cualquier objeto que le sirviera para escabullirse. La chica estaba todo el día lustrando la casa. Era asustadiza y, ese miedo que le producía tu sola presencia, provocaba más de una situación divertida, que sin querer te estaba sacando del aburrimiento y la desidia. Más tarde, pasados los primeros días, los dos fuisteis cogiendo confianza y perdiste la sensación de ser un ogro para ella.

En alguna ocasión te habías dislocado el cuello mirando la despensa y el huerto al mismo tiempo. Tenías la sensación de que si torcías la cabeza muy, muy deprisa, verías a Adela en los dos sitios a la vez.

«Es fascinante», habías escrito en tu diario.

Antes de viajar hasta Otín, Marisa, que te apoyaba en todo lo que hacías; aunque no le gustara, te dijo que lo dejaras estar. Que reflexionaras bien lo que ibas a hacer y que no te dejaras llevar por un impulso, que en su momento dijo que era infantil.

«No es necesario que escribas más, Isidro. Ya has escrito suficiente. Es mejor que te retires como un afamado escritor, en la cima, que no como un fracasado, en el ocaso», trató de convencerte para que desistieras en tu descabellada idea de recluirte durante un año entero en un pueblo abandonado. Un año es mucho tiempo, Isidro. Un año se dice muy pronto, pero pasa muy despacio.

Marisa te recordó a toda esa gente que no supo irse a tiempo y malograron su carrera en las postrimerías de su vida, cuando podían haberse retirado como triunfadores.

«Piensa en todos esos artistas que terminaron como unos fracasados, por no retirarse a tiempo, o no hacerlo cuando debían», te dijo. «Actores que daban pena en sus últimas representaciones de teatro, cantantes que provocaron la risa, humoristas que ya no hacían gracia, escritores cuyas últimas obras daban pena, pero que fueron las que quedaron en el recuerdo de sus lectores», argumentó en su intentona de convencerte para que no viajaras a Otín.

«Tengo que hacerlo Marisa», te defendiste, como única refutación posible. «Lo necesito, lo necesito.»

Cuando le dijiste a tu mujer que lo necesitabas, entonces ella cambió su argumentación y te alentó a guiarte por el instinto. Marisa era una acérrima defensora del instinto. Habíais hablado mucho sobre ello y siempre llegasteis a la misma conclusión: la cultura se había comido al instinto. Marisa siempre te apoyó, y lo sabes. Incluso cuando hiciste cosas y tomaste decisiones que iban en contra de sus principios. Pero tu esposa se movía por amor. El amor es el motor más grande que existe en el universo. Era tanto el cariño que te profesaba que cualquier cosa que hicieras, a ella le parecía bien; incluso lo de recluirte en Otín durante un año. En ese sentido Marisa y yo éramos muy distintas: mientras que ella te apoyaba; aunque fuese en contra de sus pensamientos, yo te contradecía; aunque fuese en contra de los tuyos.

«Un año pasa pronto», le dijiste para tranquilizarla.

Pensaste que podías haberte llevado el ordenador portátil y un teléfono móvil, para estar conectado al menos con tu familia, o incluso conmigo. Pero no quisiste. Fuiste un estúpido, ya que un teléfono móvil te podía haber ayudado, y mucho. Y ya sé que me dirías que allí no había cobertura, pero estoy segura, es más, estoy convencida, de que si caminaras un rato con el móvil en la mano, en algún momento engancharías un repetidor para poder llamar; aunque fuese una llamada de emergencia.

«Si me llevo el ordenador y el móvil no escribiré, seguro», pensaste mientras hacías la maleta.

Te apetecía la experiencia en la que te habías embarcado y querías llevarla a cabo tal y como la planeaste desde un principio.

Cuando se lo contaste a tus hijos, cada uno lo analizó de una manera distinta. Igual de distintos que eran ellos.

«¿En serio?», te preguntó Alejandro, en una conversación telefónica que mantuviste antes de partir. «Qué fuerte papá, no me creo que dejes a mamá sola durante un año.»

Sabías que, para tu suerte, tenías la edad necesaria para que tu mujer no desconfiara de ti. Con alguna década menos ella te hubiera dicho que lo que querías era serle infiel con alguna pelandusca. Pero a tu edad esos arrebatos de infidelidad se habían diluido. Y no por que no creyeras que pudieras traicionarla con otra mujer, sino por que realmente ya no le importaba que lo hicieras. Marisa estaba convencida de que la relación entre un hombre maduro y una chica joven, era puramente sexual. Y un desliz sexual lo toleraría, pero nunca un desliz amoroso. Eso te lo puedo asegurar balanceando la mano sobre una hoguera, sin temor a quemarme.

A pesar de sus treinta y nueve años, Alejandro aún seguía estudiando. Entró en la universidad con una beca y desde entonces proseguía sus estudios de algo, aún no sabías de qué, porque aunque se lo preguntaste infinidad de veces, nunca te supo decir qué es lo que estudiaba, o no quiso decírtelo, o no te importó que no te lo dijera.

«¿Cómo van tus estudios hijo?», le preguntaste en diferentes ocasiones.

«Bien, van bien», era siempre su respuesta.

El chico residía en Madrid, en un piso que nunca viste, y sobrevivía gracias a las transferencias periódicas que le hacías desde tu cuenta corriente; aunque te constaba que Marisa también hacía lo mismo. Por lo que Alejandro, sin esforzarse, ganaba más dinero que muchos chicos de su edad que se estaban rompiendo el lomo cada día.

«Así, claro está, era normal que Alejandro no quisiera trabajar y estuviera siempre estudiando», me habías dicho una vez que hablamos de ello.

Tu hija era más parecida a ti: visceral e impulsiva, hacía las cosas por instinto.

«Has tenido una idea estupenda», te dijo. «Allí seguro que escribirás una gran novela.»

Natalia renunció al colegio nada más terminar la enseñanza obligatoria y se dedicó a trabajar en la hostelería. Al principio, reconócelo, te avergonzabas de ella cuando la veías en el bar y dejaste de ir a tomar café para que no fuese tu propia hija la que te sirviera. No podías tolerar, de ninguna de las maneras, que sangre de tu sangre estuviese empleada en un bar, cuando estabas seguro de que ella podía aspirar a algo más.

«Hoy tampoco has venido al bar, papá.»

«No hija, lo siento. He estado muy liado con mis cosas.»

Al final Natalia terminó montando un negocio como forma de subsistencia: una tienda de ropa masculina. Y aunque en un primer momento rechazó el dinero que le ofrecías, para llevar a cabo la primera inversión, después supiste convencerla para que lo aceptara.

En fin, que Alejandro reprochó tu actitud y la idea de ir a un sitio como Otín a escribir un libro, porque seguramente no te entendió. O no quiso entenderte. Y Natalia no solo se ilusionó con esa idea, sino que te apoyó y te dijo que te visitaría siempre que le fuese posible.

«*Antes de que te des cuenta te iré a ver*», aseguró.

Uno de los primeros días, cuando la casa empezaba a parecer una casa,

escuchaste un tenue maullido proveniente del huerto. Desde la ventana de la planta de arriba te asomaste, esperando ver a Adela cavando zanjas, y te sorprendió cuando divisaste un gato de pelaje rojizo. Era un gato rollizo que maullaba tranquilo sobre un poyo de piedra. Te fijaste que lo que atraía la atención del minino era una paloma que se pavoneaba caminando por una de las esquinas de ese mismo poyo.

Te entretuviste observándolos a los dos. Creíste que el gato no tenía ninguna posibilidad frente a un ave, que en cualquier momento echaría a volar. También pensaste que eso ya lo sabía la paloma, y por eso seguía allí exponiendo su vida al probable festín del gato.

Pero, para tu asombro, el gato abandonó la atención hacia la paloma y clavó sus ojos grandes y ambarinos sobre tus ojos.

«Minino», gritaste desde la ventana. «Minino bonito», insististe esperando una reacción de su parte.

El gato seguía mirándote e incluso parecía que comprendía lo que le decías. La paloma, ajena a todo, echó a volar y se perdió por encima de unas retamas.

Lo primero que pensaste es que ese gato pertenecería a Adela, ya que estaba bien cuidado y no mostraba signos de abandono. Tampoco parecía que pasara hambre, ni penurias, y achacaste el acoso contra la paloma a un instinto innato de los felinos. Sabías que aunque el gato hubiera terminado de comer recientemente, seguiría acechando a cuantas aves pulularan en su entorno. Y no digamos qué ocurriría si por allí deambulara un pequeño ratón campestre.

Pero cuando el gato te guiñó un ojo, la intriga se incrementó y comenzaste a reflexionar sobre ese minino y qué hacía ahí, solo. La primera pregunta que te asaltó la mente fue:

«¿De dónde ha salido?»

El gato pestañeaba de forma alternativa con cada uno de sus ojos, como si le picaran y quisiera aminorar el escozor.

—Un buen cuenco de comida es lo que a ti te hace falta —mencionaste en voz alta, como si albergaras la probabilidad de que el gato te entendiera.

La siguiente vez que lo miraste viste al gato lengüeteando sobre un tazón, que alguien había colocado convenientemente al lado del poyo de piedra. Con tus ojos buscaste al buen samaritano que se había apiadado de sus quejidos, pero no viste a nadie.

Un golpe de aire en el interior de la casa te distrajo y te asomaste al salón. Allí estaba Adela pasando la escoba. Entonces supiste que Adela sería la que alimentaba al gato. Te volviste a asomar por la ventana y viste como Adela

recogía el cuenco donde minutos antes estuvo el minino lamiendo con devoción. Esa escena te recordó al gato *Cheshire* de Alicia en el país de las maravillas.

Sea como fuere, la aventura del gato solitario y la vertiginosidad con que Adela se transmutaba entre la casa y el huerto, hicieron que estuvieses distraído un buen rato. Después de ese día, y cuando supiste que el gato era un macho, lo adoptaste y lo bautizaste con el nombre Rufus, desconociendo si Adela ya lo había bautizado antes. Pero cuando se lo dijiste no se opuso.

En tan solo un día, Rufus se había convertido en tu sombra y te seguía por toda la casa. Para ti era una bendición, ya que nunca habías tenido gato, pero sabías de infinidad de escritores que se hacían acompañar de uno, o incluso varios. Dicen que los gatos son fuente de inspiración y que acariciar su pelaje tranquiliza.

Y pasada la primera semana, la casa parecía una casa, el huerto un jardín y en la despensa había tanta comida que si hubiese una guerra podíais aguantar meses sin necesidad del mundo exterior.

La sobrina de don Emilio iba cada día al pueblo de al lado a comprar. Para su actividad utilizaba una bicicleta que portaba un cesto de mimbre encima del manillar y una caja de madera en la parte trasera. Una bicicleta vetusta. Los frenos traseros estaban rotos y solamente aguantaba una pastilla en la rueda delantera. El cuadro de hierro desteñado de óxido y las ruedas no tenían dibujo; eran lisas completamente. Aún así, Adela, la hacía funcionar como si de una bicicleta nueva se tratara. Y de no ser por el chirrido de la cadena al pedalear, parecía que andaba tan fina como una bicicleta moderna construida de metales ligeros y resistentes.

Adela se iba hasta Rodellar y llenaba el cesto delantero y la caja trasera de la bicicleta, además de una mochila que portaba en la espalda. A las pocas horas regresaba cargada con pan, bollos, garrafas de agua, latas, verdura, fruta, carne, leche y latas de comida para Rufus.

«Es increíble», clamabas cuando la veías llegar a bordo de la bicicleta, cargada hasta los topes.

Nunca pensaste que esa joven cundiera tanto. Estaba en todas partes y a la misma vez: en el jardín cavando zanjas, en la despensa ordenando latas, en la cocina cocinando, en las habitaciones limpiando, acariciando al gato. La contemplabas cuando salía por la mañana, a primera hora, dirección a Rodellar, sentada en esa bicicleta ruinosa. La veías regresar a las pocas horas

y disfrutabas observándola cuando descargaba todo lo que había comprado con su frente perlada en un sudor que por entonces te comenzó a parecer excitante. Adela no paraba quieta ni un momento, lo que daba a la casa un dinamismo enloquecedor y maravilloso.

Sin darte cuenta, habías despejado la primera de tus pesadumbres: el aburrimiento. Realizando el mero ejercicio de adivinar dónde estaba Adela, conseguías no agobiarte y empalagarte de la soledad de ese paraje. Adela hacía que la casa estuviera viva, llena de vitalidad y empuje. Y la soledad de sus ausencias las mitigaba Rufus dormitando sobre un cojín, que la sobrina de don Emilio colocó en el salón de la planta superior. Los lapsos de tiempo no existían y parecía que se habían detenido como si un hechizo se apoderara de todo el entorno.

Escogiste para dormir la habitación que daba frente a una vieja ermita y desde donde también podías observar el huerto de la casa. Adela, en cambio, se alojó en el dormitorio que había justo al lado del cuchitril que usabais como cocina, más pequeño y coqueto y que decoró con un gusto exquisito, pegando panfletos de ciudades paradisíacas por todas las paredes, adornando con macetas de geranios y rosas las ventanas y pintando de blanco los muebles. Incluso llenó de libros una estantería de madera vieja y mortificada por la carcoma. En su espacio también adaptó un mullido cojín por si Rufus quería echarse. La chica sabía que los gatos pueden alternar en varios lugares distintos para aplacar sus veinte horas de sueño diario.

Don Emilio no se opuso a que su sobrina durmiera en la misma casa que tú, algo que ofreció él mismo para que ella no tuviese que desplazarse en bicicleta cada día desde Rodellar. La chica tampoco objetó nada al respecto, pero sabías que en esas poblaciones tan pequeñas la gente es muy chismosa y el hecho de que una joven viviera en la misma casa que un viejo, daría mucho que hablar; aunque eso no te importaba, ni a ti, ni a ella, ni a don Emilio. Te hubiera incomodado en otra época, cuando tenías treinta años y rechazabas tomar café con alguna amiga para evitar que la gente os viera juntos en un bar y murmuraran sobre vosotros. Recuerdo que cuando comencé a ser tu editora, alguna vez nos habíamos tenido que tomar el café de forma acelerada por la incomodidad que sentías al estar a solas con una mujer casada, cuando tú también estabas casado.

«La gente infeliz, egoísta y envidiosa, es la que habla mal de los demás. Son gente con vidas vacías y huecas. Personas que fracasaron en la

búsqueda de la felicidad y la llenan con la desdicha de los demás», anotaste en tu diario.

Pero los primeros días te costó hacerte a la idea de dormir en la misma casa que una joven de veinte y pocos años que, aunque feúcha y con pocas carnes, atisbaba un físico fuerte y enérgico. Te fijabas en ella por las mañanas cuando montaba en la bicicleta e iniciaba el pedaleo hacia el pueblo de al lado. Veías sus piernas delgadas, llenas de músculos y venas que te recordaban a una bailarina y te la imaginabas desnuda. No podías olvidar que eres un hombre, y los hombres dedican varias horas al día a pensar en el sexo. Marisa te había dicho, últimamente, que te estabas convirtiendo en un viejo verde; aunque tú creías que lo habías sido siempre, pero la diferencia es que hay acciones que de joven no están mal vistas y de anciano sí. Ese es el problema de envejecer por fuera y no por dentro, seguimos pensando de igual forma, pero los demás no opinan lo mismo de nosotros.

«Todos los viejos son verdes», respondiste a tu mujer.

Y en unos días, que parecieron meses, te hiciste a la idea de estar donde estabas y habituarte a la que sería tu nueva vida durante el siguiente año.

«Al fin ha terminado el periodo de adaptación», afirmaste, con contundencia.

Tu primera impresión de Otín fue bastante buena, por no decir excelente. Huías del aburrimiento y el hecho de adaptarte a esa nueva situación te hizo olvidarte de la apatía. La semana había pasado tan deprisa que incluso perdiste la cuenta del día en que estabas, lo que te hizo recapacitar sobre ese detalle y procurar en el futuro no contar los días, porque eso es lo que hace que sean más lentos. Recordaste a los presos que marcaban la pared con las consabidas rayas y cada seis días hacían un palo para completar la semana.

«Siempre contando el tiempo. Es horrible, el tiempo nos mata y nosotros seguimos debiéndonos a él», escribiste.

Rememoraste como, en uno de los primeros intentos para dejar de fumar, solías contar los días que pasaban desde que apagabas el que sería el último cigarro. Aquello no funcionaba. Cada vez que te acordabas te entraban unas gigantescas ganas de encender otro. Aprendiste que el secreto estaba en no contar.

«Contar es recordar, y recordar es un aviso a nuestra dependencia interna de que algo está pasando, y ese recuerdo nos conduce al principio de todo:

encender un pitillo», habías escrito.

Y decidiste no contar los días que transcurrían en Otín. Allí, el tiempo dejó de tener sentido.

Capítulo 4

Acontecida la primera semana en la casa, determinaste pasar al ataque y comenzar a escribir el libro; ese era el objetivo de tu estancia en Otín. Además es lo que le dijiste a Marisa que ibas a hacer, y no podías mentir a quien había compartido su vida contigo durante los últimos cuarenta y cinco años.

Marisa y tú os conocisteis cuando los dos teníais veinte años y erais unos jóvenes irreflexivos y llenos de longevidad. Los adolescentes piensan que no se van a morir nunca, que morir es de viejos. Por eso fuman, conducen de forma temeraria, beben; en definitiva viven deprisa. Por aquel entonces el mundo pintaba de color de rosa y todo era maravilloso. Marisa acababa de entrar en la Universidad de Derecho y tú aún no habías publicado ningún libro, pero confeccionabas laboriosos guiones para revistas de cómics y teatros municipales. Recuerdo que te sentabas delante de la máquina de escribir *Underwood*, fabricada en los Estados Unidos en 1920 y que tu padre te regaló tras comprarla en una tienda de antigüedades, convencido de que la longevidad de la máquina nutriría de serenidad tus escritos; algo de lo que, según tu padre, carecías.

Desde tu, digamos, huida, Adela y Rufus eran el único vínculo que tenías con la civilización. La chica era tan silenciosa que a veces pensabas que le había ocurrido algo y se había desmayado. Entonces la llamabas y ella entraba en la habitación como si estuviera esperando detrás de la puerta tu llamada. A continuación te preguntaba qué es lo que querías de ella.

—¿Necesita alguna cosa? —solicitaba con timidez.

Lo hacía con una voz de niña, muy femenina. Ese nerviosismo que ostentaba te recordaba a tu hija. Natalia también era muy azogada, tanto que a veces os sacaba de quicio. Recordaste como el neurólogo infantil, que la trató de pequeña, os había dicho:

«Es muy raro encontrar a una niña hiperactiva, eso es cosa de niños.»

Pero lo cierto es que Natalia no estaba quieta ni un segundo. Con el tiempo os disteis cuenta de que la niña era inquieta y esa inquietud interna es lo que la hacía estar en constante movimiento. Te sinceraste conmigo y me dijiste que te gustaría tener nietos para poder volcar esa comprensión, adquirida con los años, en ellos, de la misma forma que hizo que tu padre tolerara a Natalia y Alejandro cosas que a ti te prohibía. Y es que los abuelos se dan cuenta del

tiempo que perdieron en no entender a sus hijos y luego lo quieren recuperar con los nietos; por eso les permiten todo. De todas formas, tú te esforzabas por ver a Adela más como una hija, o incluso nieta, que como una sirvienta; palabra que no te gustaba emplear por ser poco menos que humillante. Contemplar a Adela de otra forma, hubiera sido catastrófico para tu estancia en Otín. Ya no la veías tan fea y te gustaba oír su voz cuando ella te preguntaba aquello de:

«¿Necesita alguna cosa?»

Evitabas a toda costa sentir ningún tipo de atracción sexual por Adela, sobre todo por que sabías que si no te desprendías de esas ideas obscenas sobre ella, terminarías por proponer alguna tontería de la que luego tendrías que arrepentirte. Y lo peor de todo era que comenzaras a imaginar cosas que no eran, como cuando ella te preguntaba si necesitabas alguna cosa y tú veías una intención que ella seguro no albergaba.

El otro habitante de la casa, Rufus, también era silencioso. Los primeros días de residir en Otín ya te habías habituado a encontrarlo por los lugares más insospechados. No era raro tropezar con el minino constantemente, algo de lo que Rufus se quejaba con un maullido corto y sonoro. Tenías que caminar con tiento cuando te levantabas a media noche para utilizar el orinal y cuya carencia de luz en la casa te forzaban a circular con torpeza.

—Un día te pisaré —aseveraste, como si el gato pudiera comprender lo que decías.

En esa primera semana también dejó de gustarte el camisón desgastado de Adela, que dejaba aflorar una silueta raquílica. Pensaste que ese camisón seguramente se lo compraría su tío, don Emilio, para hacerla parecer una abuela enjuta y resquebrajada y arrancarle cualquier atisbo de lujuria por su parte.

«Quizá», te dijiste «don Emilio era un hombre previsor e intuyó que un año compartiendo casa con un viejo verde era demasiado tiempo y ese camisón haría de barrera infranqueable entre la joven y tu consternada soledad.»

Le diste dinero, más del que le dabas cada día cuando iba a comprar a Rodellar y del que nunca le pediste justificante. Al principio pensaste que la podían engañar y cobrarle más de lo que compraba, pero observaste que Adela no era presa fácil de los pillos, que era lista e inteligente, aunque la naturaleza le había robado la capacidad de expresarse, pero sabías que los

que hablan bien no tienen por que ser más inteligentes. También comprendiste que los tenderos de Rodellar no la engañarían, que eso solo pasa en las grandes ciudades, donde las gentes son siempre desconocidas.

Con el dinero que le diste de más, Adela se compró ropa. Compró unos pantalones cortos blancos, unas deportivas también blancas, calcetines del mismo color con una raya azul a la altura del tobillo y una camiseta de tirantes roja.

Esa mañana Adela había viajado hasta Rodellar en bicicleta y entró en una tienda de deportes, ya que quiso vestirse como la chica que había en un póster, como la *Kournikova*. Quería parecer una auténtica tenista. Cuando regresó a Otín, retuviste una carcajada para no parecer ofensivo cuando la viste vestida así y supusiste que a la muchacha siempre le hubiera gustado ser tenista y admiraba esa forma de vestir.

Los días siguientes no te importó que fuese de esa guisa por la casa, pero era chocante tanta ropa blanca con la pelambreira negra que asomaba por sus brazos y sus piernas, un vello tenue y endeble que la hacía parecer una fiera salvaje; pero aún así tenía su parte atractiva, reconócelo. Adela se paseaba entonces por la casa vestida de tenista y tú te pasabas horas mirándola cuando cavaba zanjas en el huerto, recorriendo la tierra con una azada vieja y cochambrosa que había encontrado en una caseta de herramientas del garaje. La chica no se quejó y nunca protestó por tener que trabajar con un instrumento tan deteriorado y pesado. La observabas mientras abría unos surcos amplios en la tierra y la removía magistralmente, con una habilidad increíble. Luego arrojaba semillas en su interior y después tapaba las trincheras, regando seguidamente los montículos con una regadera de hojalata, sacada de la misma caseta de herramientas que la azada.

Cuando terminaba de cavar tenía la ropa tan manchada de barro que se desnudaba y la lavaba en una tinaja de cerámica que había en el huerto y que en tiempos debió usarse como contenedor de vino. Después de limpiar su atuendo, lo tendía en unos alambres que colocó alrededor de lo que parecía un pozo y se sentaba, desnuda, al sol, a esperar que la ropa se secara. No era mucho tiempo, apenas una hora, pero el suficiente para que tu libido de escritor solitario se despertara del letargo y tu mente divagara por las alcantarillas del morbo más retorcido.

«No está mal la chica», te dijiste sin dejar de observarla desde la ventana.

En alguna ocasión tuviste que mitigar una poderosa erección encerrándote en tu habitación y temiendo que la situación se te escapara de las manos y

propusieras algún disparate a la joven, del que luego, seguro, te arrepentirías.
«*A mi edad y masturbándome*», lamentaste.

Y es que la imagen de Adela esperando desnuda a que la ropa de tenista se secase, fue lo que te obligó a darle más dinero para que comprase una muda y evitar ese sufrimiento innecesario. No creo que masturbarse a tu edad sea bueno. Masturbarse, querido Isidro, es cosa de quinceañeros.

—Toma Adela —le dijiste dándole más dinero—. Compra un par de mudas más, por favor.

Todo el asunto de Adela y el huerto, la ermita, la casa y el gato, hicieron que la estancia en Otín fuera más entretenida para ti de lo que cabía esperar. Tu mente estaba alerta a todo lo que ocurría y eso te llevaba a eliminar uno de los problemas de la vejez, al que tanto miedo tenías: el aburrimiento.

Pero aún así la inspiración no llegaba, tu cerebro se había quedado en blanco. Y ni siquiera eras capaz de llenar una página, escribir una frase con sentido o de hilar dos palabras seguidas. La máquina de escribir seguía igual de inerte que cuando estaba en el piso de Barcelona. Y tú ya no te acordabas del sonido de sus teclas repiqueteando.

Cada mañana te sentabas, después de desayunar, ante la máquina de escribir. Mirabas el papel, la marca de la máquina, las teclas negras con las letras claras. Observabas la espléndida maquinaria de la Underwood que te regaló tu padre y que tantas alegrías te había traído en sus inicios. Con ella escribiste el primer libro completo: “*La casa de los Alsina*”. Una obra ambientada en un pequeño pueblo de la costa catalana donde la violación y asesinato de una menor altera la tranquilidad y el reposo de las biempensantes familias acomodadas, que allí viven. La dinámica de la trama se desarrolla al mismo tiempo que la construcción de una casa que crece al unísono de la investigación para encontrar al asesino.

Eran otros tiempos para ti. Era la época que te sentabas delante de la máquina y empezabas a aporrear sus teclas sin detenerte un momento, sin volver atrás. Siempre hacia delante. No necesitabas de correctores, ni de Internet, ni de nada, solo tenías que ponerte delante de la máquina, apoyar tus yemas sobre las teclas y las ideas bullían y hormigueaban desde tu cerebro hasta la punta de los dedos y desde ahí relampagueaban hasta la maquinaria de la Underwood. Oías el chasquido de sus engranajes, girando, rotando, mientras las teclas estallaban en una simbiosis perfecta y anidada.

Pero allí, en Otín, estabas delante del papel en blanco y la máquina

enmudecía ante la presencia de tus manos, como si no las reconociera y tu mente divagaba por esos parajes olvidados y observaba, a través de la ventana sin cristales, el paisaje y veía la ermita consumida por la maleza y el hueco del campanario y las tejas desgastadas por el granizo y el viento. Veías a Rufus pasear por encima del poyo de piedra, acechando aves que salían volando en cuanto el gato se acercaba. Y el sempiterno cuenco de comida, siempre lleno. Entonces volvías al papel y ponías una fecha, un capítulo: capítulo uno. Arrancabas el papel y lo lanzabas al huerto donde Adela estaba cavando una zanja para plantar semillas. Ella, sin inmutarse, cogía el papel y lo tiraba al cubo, que usaba para arrojar las hierbas que arrancaba. De lejos no se distinguían esos pelos en los brazos y piernas, y el atuendo a lo Kournikova le daba un aspecto excitante. Llevabas ya demasiados días allí y veías a Adela como una joven atractiva. Aprendiste que esa es la factura que pasa la soledad a los hombres: cualquier mujer les parece lujuriosa.

Capítulo 5

Una mañana de cielo plomizo, cuando ya hubiste organizado la casa y te habías tomado un café con tostadas, te sentaste delante de la máquina de escribir en un intento de buscar la inspiración perdida. Tenías que aprovechar la luz diurna para escribir, ya que por la noche solamente te alumbrabas con una bombilla de sesenta vatios que pendía de un cable en el centro del salón de la planta superior. Pero, pese a tu esfuerzo, el papel seguía tan blanco como el uniforme de tenista de Adela.

Entonces miraste al gato Rufus que roncaba apacible en su cojín. Y luego posaste los ojos sobre el paisaje que se veía a través de la ventana de tu habitación. Recuerdo que escribiste que te habías quedado embobado. Frente a ti se erigía la ermita de Otín derruida y comida por la hierba. Conformaba una estampa de lo que un día fue y después dejó de ser. Veías la ermita como el ocaso de un edificio que sirvió para algo más que el acomodo de la hierba que trepaba por sus piedras y se adueñaba de la fachada. Tu mente divagó e hizo un ejercicio de reconstrucción mental e intentaste imaginar la Iglesia en la época que la construyeron. Projectaste la estructura limpia y reluciente, el paraje que la bordeaba ausente de hierbajos y su campanario imponente. En esos días para ti todo ese emplazamiento era así: viejo. Y te sentías como parte del entorno y te dabas cuenta de que tu estancia allí era posible por que la edad había calado hondo en tus huesos. Treinta años atrás, o incluso menos, ni siquiera hubieras podido imaginar la posibilidad de pernoctar en un lugar como Otín.

Decidiste levantarte de la silla y salir a pasear. Necesitabas airearte y atrapar ideas para el libro que aún no habías comenzado a escribir. Recordaste que cuando tenías cuarenta años habías llegado a tal punto de madurez literaria que eras capaz de empezar una obra por el título. Ponías un epíteto en la primera hoja, y después enlazabas una historia basándote en el título elegido. Así que, buscando un encabezamiento para ese incipiente libro e intentando emular las hazañas de tu juventud, saliste de tu guarida para ejercitar el trabajo de campo.

«Para escribir hay que empaparse de la realidad cotidiana. No se puede hablar de una isla sin estar en ella, no se puede explicar cómo es una comisaria de policía sin ser policía, no se puede contar cómo se hace una casa sin ser arquitecto», habías escrito en tus notas.

Saliste fuera de la celda que embaucaba tus ideas y las retenía sin dejarlas

brotar. *«Las ideas tienen que desbordarse como un río sin cauce, como un tornado alentado por una tormenta, como unos caballos salvajes y desbocados que corrieran por una pradera sin rumbo fijo, simplemente por el placer de correr.»*

Emergiste de la casa en busca de ideas, pero por primera vez dudaste de que en Otín hallaras el tan ansiado salvajismo que te convertiría en una bestia de la literatura y haría de ti algo más que un abuelo de sesenta y cinco años que centrara su vida en jugar a la petanca, una vez se hubiera jubilado.

Ese día estuviste paseando toda la mañana. Cogías un camino y cuando te cansabas te desviabas por otro. Luego bajabas una pendiente. Oías disparos de cazadores y temiendo que pudieran alcanzarte cambiabas el rumbo hacia otro lugar. Vadeabas un río y te adentrabas en un bosque. Saltabas una valla de madera y cruzabas un campo de trigo. A tu paso, los pájaros levantaban el vuelo atronando el cielo con su sorprendido aleteo.

No te cruzaste con ninguna persona.

En una ocasión, cansado de tanto andar y notando un entumecimiento en las rodillas, te sentaste debajo de un árbol y admiraste las hojas que balanceaba el viento. Recordaste a *Newton* y su Ley de la Gravedad y lo sencillo que fue para él el afloramiento de ideas bajo un arbusto. Te entretuviste en escuchar el silencio, tratando de oír crecer la hierba. Contaste los pájaros que sobrevolaban la posición donde te hallabas e incluso sedimentaste tus pensamientos, durante un buen rato, en un nido de hormigas que, a escasos metros, trabajaban eficientemente en llenar su madriguera de comida.

Y fue la primera vez que caíste en la cuenta de que algo no encajaba en Otín. Desde los primeros días habías percibido que ocurrían situaciones abstractas y carentes de lógica.

«¿Cómo es que las hormigas están haciendo un nido, si es invierno?»

Pero al no entender mucho sobre hormigas creíste que era algo normal. O al menos que era posible. Quizá el clima del Pirineo conformaba un ecosistema propio, ajeno a los principios climáticos que regían otras zonas de la península ibérica. No reparaste más en ese detalle, al que consideraste anecdótico.

Siendo ya mediodía regresaste a la casa con la misma sensación de aburrimiento y vacío con que te habías marchado por la mañana. La aventura de estar allí llegaba a su fin. Después de una semana no te habías enriquecido

nada en absoluto. Estabas cansado, quemado por el sol invernal de la montaña, aburrido, igual de viejo y con la máquina de escribir parada y aguantando un papel vacío, que ni siquiera tenía título.

Llegaste a la casa y Adela estaba en el huerto, como siempre, y al verte llegar entró para calentar la comida. Ella era previsora y lo primero que hacía por las mañanas era componer el menú del día, antes incluso de ir a comprar a Rodellar. Para ti era chocante la manera que tenía la muchacha de preparar el menú. Adela ojeaba todos los productos almacenados en la despensa, en su mano sostenía un lápiz y los iba señalando como si los contara. De vez en cuando se detenía y balbuceaba algo sin que la pudieras entender, como si rezara. Finalmente apartaba unas latas, unas hojas de lechuga, unos tomates, alguna pieza de fruta, un poco de carne, y llenaba una olla con varios productos que conformaban un conglomerado ecléctico. Lo que más te llamaba la atención es que aparentemente esos productos no casaban entre ellos, pero el resultado eran unos platos exquisitos. Creo recordar que en tus primeras anotaciones escribiste que te habías engordado algún kilo, pero la ausencia de báscula no te permitió comprobarlo. Redactaste que Adela preparaba unos succulentos y sabrosos platos que ni en un restaurante de lujo los hubieras comido mejor. Mezclaba un gazpacho para chuparse los dedos. Asaba un solomillo con hierbas para quitar el hipo. Preparaba unos cocidos fríos impresionantes. Hasta los postres eran fabulosos, como un arroz con leche que nunca probaste mejor. La comida caliente la calentaba con un hornillo de gas que trajo su tío, dijiste que era demasiado grande como para cargarlo en el canasto de la bicicleta, así que lo transportó don Emilio en un viejo Citroën, el *Ami 6*.

Justo te habías sentado en la mesa, que Adela te preguntó:

—¿Cómo va el libro, Isidro?

Era la primera vez que Adela te llamaba por tu nombre y la primera vez que de su boca salía una pregunta directa. Así que te quedaste un rato desconcertado, quieto, sosteniendo en la mano un mendrugo de pan mientras apoyabas tus codos sobre el hule floreado que cubría la mesa de madera y meditando una respuesta.

Pensaste que ella conocía tu intención de escribir un libro, porque su tío se lo habría contado. Aún así te sorprendió sobremanera la pregunta de Adela y tú, como hombre que eres, tienes una insana tendencia a pensar que las preguntas tienen algún objetivo, cuando en realidad aquella chica solamente buscaba un poco de conversación y llenar esa casa de palabras, y así hacerla

más humana.

Pero su pregunta te hizo darte cuenta de que Adela era la chispa que rellenaba esa morada de vida. Que si no hubiera estado ella allí, no podías siquiera haber aguantado la primera semana. Esa pregunta te hizo verla como una joven colmada de ilusiones. Ilusionada con lo que hacía en cada momento, sin expectativas futuras, vagas e imprecisas. Esa pregunta fue el toque de atención para recapacitar sobre lo que Adela era, sobre el significado de todo y sobre la ayuda inestimable e impagable de su presencia.

No te podías detener ahora, no, después de casi dos semanas habías entablado conversación con el único habitante de esa isla. La única luz que alumbraba el puerto y que haría que no se estrellaran los barcos que llegaban a la orilla.

Y mientras meditabas la mejor respuesta para darle, Rufus bostezó en su cojín y se enroscó para seguir durmiendo. Los dos lo mirasteis ufanos.

—Estoy falto de ideas —respondiste lacónico, mientras introducías el trozo de pan, que sostenías en tu mano, en la boca, y te disponías a sorber un poco de agua para aclararte la garganta y no parecer un viejo pusilánime ante la próxima pregunta que se avecinaba.

Adela no replicó y siguió comiendo una de esas ensaladas que se preparaba cada día a base de coliflor blanca rociada con vinagre y aderezada con un sinfín de hierbas de diferentes colores y que le hacían despedir ese olor tan característico que atiborraba todos los rincones de la casa. Escribiste que el olor de Adela era como un afrodisíaco que te hipnotizaba hasta sumirte en algo parecido a un sueño. Imaginaste un harén repleto de chicas jóvenes, como ella. Serviciales. Maestras del amor y la cocina. Un gineceo donde habría una docena de *Adelas* a tu servicio.

Pasaron unos minutos en los que seguisteis comiendo en silencio, hasta que la chica volvió a preguntarte:

—¿Has visto la ermita que hay enfrente de la ventana de tu habitación?

Esa vez le surgió el tartamudeo característico de los primeros días, ese tartajeo que pensaste acabaría poniéndote de los nervios, pero que en la boca de Adela sonaba como una canción antigua en una cinta nueva y que siempre se escuchaba igual a pesar del paso del tiempo. Le ocurría cuando hablaba unas cuantas palabras seguidas.

Por supuesto que habías visto la ermita que había frente a la casa. La veías cada día antes de sentarte delante del papel en blanco que no conseguías llenar de letras y aunque al principio pensaste que te ayudaría a inspirarte, más bien

apaciguó tus ideas y las enclaustró dentro de tu desordenado cerebro hasta el punto de aprisionarlas y no dejarlas salir. Rememoraste los días que pasaste en aquel apartamento de playa en busca de inspiración. Allí el paisaje era cambiante. Los barcos nunca ocupaban la misma posición y las gaviotas no volaban y aterrizaban en el mismo orden. Pero en Otín la ermita se había convertido en el único panorama, en la única imagen que se veía a través de tu habitación. Como si fuese un cuadro inamovible, inútil.

—Es muy bonita —dijiste en una frase cursi pero que pensabas apreciaría la chica.

Te había ocurrido otras veces y después te dabas cuenta de que no debías hacerlo, que era ultrajante para tus interlocutores. Rebajabas tu capacidad expresiva al nivel que creías tenía tu oyente. Adecuabas las palabras a su oído y eso estaba bien, siempre y cuando ella no se diera cuenta y no percibiera una reducción de tu dicción con respecto al cociente intelectual que esperabas de Adela. Marisa siempre te regañaba por comportamientos como ese, y te decía:

«Isidro, no está bien hacer tontos a los demás.»

Cuando tu hijo Alejandro tenía seis años, solías hablarle como a un niño pequeño. Notaste una falta de lenguaje por su parte, y aunque dominaba dos idiomas: castellano y catalán, no se expresaba con facilidad en ninguno de los dos. A vosotros os costaba sobremanera entenderle y el crío se atropellaba hablando.

—Ahí está el problema —os dijo el pediatra. —Deben tratar ustedes al niño como a un adulto.

Comprendisteis que debíais hablar a Alejandro como si fuese una persona mayor. Y seguisteis al pie de la letra las indicaciones del médico y de la lógica, y pasado un tiempo, cuando el niño contaba ocho años, se expresaba con tal claridad y era tal la cantidad de palabras que utilizaba en sus conversaciones diarias, que a veces os teníais que tomar una aspirina para soportar sus estremecedoras e interminables farfullas.

Y estabas distraído, pensando en la infancia de Alejandro, cuando Adela te hablo de nuevo.

—¿Aún no te has dado cuenta, verdad? —preguntó sin tartamudear, como si esa frase la hubiera dicho tantas veces que la supiera de memoria y no necesitara recortarla para decirla de una sola vez.

—¿De qué? —respondiste tras pensar un momento y sin saber a qué se refería.

—La ermita no tiene cruz y en su lugar hay una gárgola.

A pesar de tu contrariedad, te diste cuenta de que ella decía la verdad. Percibiste en Adela un gesto de gravedad que a su vez ocultaba un ruego, que no supiste determinar. Durante los días que observaste la ermita desde tu habitación, habías distinguido que encima del campanario había una gárgola. Un *Grifo*, un animal fabuloso cuya mitad superior es de águila y la inferior de león. Estabas tan acostumbrado a las visitas de grandes catedrales europeas, por las que pasabas sin casi fijarte, que no te habías percatado que la presencia de esa gárgola no tenía ningún sentido allí, en Otín. Por lo que sabías, las gárgolas son una forma de adornar el caño para el desagüe de tejados y en el de la ermita de enfrente no era necesario. Además, la figura no encajaba en el contorno. Quedaba fuera de lugar, como si esa efigie hubiera sido puesta con posterioridad a la construcción del santuario. Equiparaste la presencia de esa gárgola en la ermita a la de Adela en Otín. Esa chica estaba fuera de lugar.

Pero tu orgullo pudo más que tu humildad y replicaste:

—Ya me había dado cuenta, pero no tiene nada de especial. Una gárgola es una gárgola, nada más —sentenciaste para incomodidad de la chica.

Adela siguió recogiendo los platos y se adentró en la cocina, mientras tú te retiraste a tu habitación y te echaste encima de la cama, a descansar de la sufrida caminata de la mañana.

Tumbado en la cama boca arriba, mirando los travesaños de la habitación, pensaste en la historia que habría detrás de la gárgola.

«¿Por qué está ahí?», te preguntaste. «Si las gárgolas tienen un cometido bien claro, como es el de servir de desagüe de tejados, ¿Qué hace ésta?»

La respuesta, seguramente, la sabía Adela, pero no querías preguntarle a riesgo de semejar tonto. Si la chica mencionó la gárgola, es por que la gárgola tendría algo que la hacía especial. Si no, ¿por qué la mencionó?

A los ojos de cualquiera, aquella gárgola parecería la cosa más insignificante y sin sentido del mundo. Pero allí, en Otín, en un lugar despoblado, un destierro de difícil acceso, donde únicamente los senderistas más obcecados se atrevían a llegar, aquella gárgola clamaba por ser el centro de atención. Su tamaño era el de un niño de diez años, de un metro cincuenta aproximadamente. Su estado de conservación muy bueno, a pesar del tiempo que se supone llevaba allí. Y debía estar fabricada con un material muy resistente, ya que ni el granizo consiguió dañar su estructura con el paso de los años. De su aspecto atraía el hecho de que la figura apoyara la cara sobre sus manos, como si estuviera meditando; aunque recordabas haber visto muchas

gárgolas así, sobre todo en Francia.

Y por primera vez consideraste que quizá no había sido tan mala idea viajar a Otín. Y lo pensaste porque estabas allí, en el despacho, delante de la mesa de madera atiborrada de carcoma y mirando la máquina de escribir, mientras con el rabillo del ojo observabas impávido la gárgola, temiendo que echara a volar, sin que te percataras, esperando oír el aleteo de sus alas, en silencio, dirigiendo el haz de luz de uno de los fanales, que te trajo don Emilio para alumbrar las noches, hacia la efigie inerte del Grifo. Callando el transcurrir del tiempo y sorprendiéndote con la ausencia de aburrimiento. Fascinado con la figura inerte de una gárgola que hace años no te hubiera dicho nada y ahora formaba parte de la liturgia del transcurrir diario de tu vida.

Fue un momento mágico. Te levantaste de la cama y te acercaste hasta la mesa donde yacía expectante la máquina de escribir, esperando, deseando, que tus manos la llenaran de golpes como antaño y sus varillas presionaran el papel y la tinta cincelara, a modo de partitura, el inicio de tu nuevo libro.

Y escribiste: “*La gárgola de Otín*”.

Por fin habías roto el primer obstáculo, la barrera del principio, aquella que más cuesta franquear. Tu obra tenía título. Pudiste escuchar el agradecimiento de la vieja Underwood. Sentir como su maquinaria interna bailaba al son de las yemas de tus dedos y como se sentía jubilosa de que la hubieras sacado de la dejadez. Os sentíais importantes: tú por haber puesto título al libro. La máquina de escribir por haberlo facilitado.

Te echaste de nuevo sobre la cama y te quedaste embobado mirando las estrellas a través del destartalado hueco de la ventana. Esa noche estaban realmente preciosas.

Capítulo 6

Después de esos primeros días, habías conseguido lo que te pareció imposible al principio: pusiste título al libro. Ya sé que para ti no era mucho. Pero si tenías en cuenta que hacía cinco años que no habías escrito nada, ni siquiera un cuento de diez páginas, lo conseguido se aproximaba mucho a un éxito.

Tus reflexiones te llevaron a un punto de ponderación en que te diste cuenta de que con la edad también habías bajado el listón de tus objetivos. No querías desesperarte, ni deliberar demasiado sobre ese asunto, porque sabías que terminarías por venirte abajo; algo que nunca te había ocurrido antes y por eso precisamente temías esa situación nueva para ti, ya que las situaciones a las que no estamos acostumbrados nos dan miedo, sobre todo a cierta edad, cuando se supone que ya lo hemos probado todo y esperamos pocas sorpresas de la vida. Al contrario de Marisa, si yo hubiera estado allí, contigo, te habría alentado a que insistieras en tu retiro anacoreta. Y no por un interés propio, Isidro. Ya sabes que nunca he sido interesada con respecto a tu obra. Más que tu editora, lo que realmente he sido para ti, o he querido ser, es una amiga. Y espero que así me hayas considerado siempre.

Una mañana, mientras tomabas el café, te entretuviste en pensar que si Adela no tuviese ese vello oscuro en los brazos y en las piernas, seguramente sería una chica muy atractiva. No sabías si esas introspecciones surgían fruto de tu capacidad de meditar o del tiempo que llevabas sin ver una mujer, pero el caso es que te apetecía experimentar con el cambio de *look* en esa joven.

Entonces, como si fuese un gesto irreflexivo e impropio de un sesentón, esa misma mañana le diste más dinero del que le dabas cada día y le dijiste que se comprara cera de depilar.

—Ten, Adela —mencionaste mientras le entregabas el dinero—. Aprovecha que vas a comprar a Rodellar y adquiere cera para depilar.

Antes de ir a Otín habías visto algún anuncio en la televisión donde publicitaban unas ceras frías con las que se conseguía una depilación muy eficiente. Tuviste cautela de no decirle a la chica para qué querías la cera. Ni siquiera le sugeriste que era para ella, pero creíste que comprendería la indirecta.

La sobrina de don Emilio se estaba portando muy bien contigo. Y el dinero que le dabas no pagaba, ni por asomo, los servicios que la joven prestaba,

consiguiendo en poco más de una semana que ese corral que llamaban casa pareciera precisamente eso: una casa. Y como cocinera era impagable. Y el huerto se había convertido en un jardín digno de la mismísima Babilonia. Hasta el gato Rufus parecía que agradecía las atenciones de la chica; la estampa del minino apoyado en la ventana de tu habitación viendo como Adela se alejaba del pueblo, montada en su bicicleta, comenzó a ser habitual.

Una cualidad desconocida de Adela, hasta que te sorprendió con una inaudita reparación, era la de *arreglatodo*. Adela se había encaramado; aún no sabías cómo, y había tapado el boquete de esa habitación que no usabais. Un agujero enorme, obra del granizo, según don Emilio, pero que seguro lo hizo un meteorito, a juzgar por el tamaño. Así que tenías que agradecersele, y pensaste que el regalo de la cera sería una buena forma de hacerlo. Solo cabían dos respuestas por parte de la chica: una que se ofendiera y te dijera que te metieras en tus asuntos, algo que no cuadraba con lo que habías visto de su comportamiento. La otra es que, sin musitar palabra alguna, aceptara el dinero y adquiriera la cera.

Adela marchó de Otín en bicicleta. Rebasó la ermita y durante un buen rato pudiste escuchar el rasgueo de las ruedas rozando con la carrocería y el chasquido de la cadena seca de aceite. Al ser Otín el lugar más silencioso del Universo, cualquier sonido, por tenue que fuese, se podía escuchar en cualquier rincón del poblacho. En Otín los pájaros ni siquiera graznaban, las ovejas y cabras eran invisibles y los únicos insectos que poblaban la zona estaban atrapados en unas enormes telarañas del tamaño de una raqueta de tenis. Era un enclave tan arrinconado que ni los animales de los montes cercanos lo visitaban. Y en la casa donde vivíais, la limpieza tan exhaustiva y diaria de Adela había evacuado todo bicho viviente del interior, alejándoos más aún del ruido. Definitivamente, si yendo a Otín buscabas silencio para concentrarte, lo habías encontrado.

Tampoco te habían venido a visitar, hasta ese momento, ni Marisa, ni Natalia. Y de Alejandro ya sabíamos que te extrañaría mucho que lo hiciera, su *pasotismo* le tenía atado al apartamento de Madrid y a los estudios que nunca terminaría, o que nunca inició.

Respecto a tu mujer, yo entendía que no fuese a verte. Ella te conocía desde hacía cuarenta y cinco años y sabía que cuando te proponías algo eras como un toro embistiendo un capote. Pero igualmente sabía que te hubiera gustado verla; aunque eras conocedor que a ella no le satisfaría el lugar elegido por ti para vivir mientras escribías el libro. De Natalia no te sorprendía que no

viajara hasta Otín, ya que era muy dada a las promesas y poco cumplidora. Tu hija, no te molestes si te lo recuerdo, siempre se apuntaba a todo y luego no cumplía la mitad de sus compromisos. Pero no lo hacía con malicia y las cosas hechas sin perversidad no son malas, lo importante es la intención y no el hecho en sí. De los pocos amigos que tenías no vendría ninguno, porque dejaste instrucciones bien precisas de que no te molestaran y ellos sabían que, de hacerlo, te enojarías de verdad. De los que se dicen amigos, y no lo son, no vendría ninguno tampoco, porque ese era un lugar donde los *amigotes* no se atrevían a venir. No tenías nada que ofrecer: ni comodidad, ni dinero, ni lujo. Así que anotaste en tu diario:

«Si no fuese por Adela y por Rufus, estaría solo. Sin nadie a mi alrededor. Me puedo morir ahora mismo y nunca hallarían mi cuerpo, al menos hasta que pasase un año y mi familia me echase en falta. Pero antes, seguramente, me echaría en falta don Emilio, que vendría en mi busca a cobrar el alquiler.»

Y entonces fue cuando comprendiste que Adela no solo era una compañera impagable de tu soledad, sino que también era tu única familia allí, en Otín.

Después del fastuoso éxito conseguido, el título del libro, ese rato que te quedaste solo sin la compañía de Adela, querías dedicarlo al descanso y a realizar un ejercicio de entronización, que era algo así como afianzar el inicio de una nueva era. Te preocupaba el hecho de no escribir algo a la altura de tu obra anterior. No podías olvidar que hacía cinco años que no sacabas un libro y la crítica estaba expectante y con las garras afiladas en espera de lo que surgiera de tu reclusión. Esa parte sí que me importaba a mí, ya que como editora, y amiga, no soportaría que te hundieras en la mierda.

Mientras esperabas la llegada de Adela, y apreciar el efecto de la cera en ella, te quedaste un rato observando la gárgola. Si ibas a escribir sobre ella, debías escudriñarla bien. Pensaste en lo curioso que era que no te hubieras fijado en la gárgola hasta que te lo dijo Adela. Y no es por que no se viera, ya que su aspecto era aparatoso. Incluso se podía decir que hacía las veces de espantapájaros, porque subida encima de la ermita, de pie, inmóvil, conseguía que ningún ave se acercara hasta las cercanías de la ermita.

«Es un grifo», pensaste. «Un animal mitológico, mitad águila, mitad león.»

Alrededor de la ermita se elevaba lo que en tiempos debió ser una muralla,

aunque el expolio de los paseantes la había dejado en un muro de apenas medio metro de altura, ideal para que los viejos se sentaran a conversar sobre historias de la guerra, habías imaginado.

Quisiste ver la gárgola de cerca y saliste a pasear y te aproximaste a la ermita. En la parte posterior a la vista, que se podía ver desde tu desmadejada ventana, existía una puerta, que se adivinaba fue tapiada por alguien que quería evitar la expropiación gratuita de cuantas reliquias hubiera en el interior. Seis o siete tablones viejos y rotos, con agujeros del tamaño de una manzana, es todo lo que el encargado de la custodia del oratorio había dispuesto para evitar el acceso al interior.

—Menuda chapuza —lamentaste.

Aprovechaste que tres de los travesaños no estaban clavados, sino apoyados uno contra el otro, en un frágil equilibrio que hasta un gato desestabilizaría, y los apartaste con cautela de no ensuciarte y evitando clavarte alguna astilla o un clavo oxidado. En ese momento recordaste que en la casa no había un botiquín de primeros auxilios, por lo que planeaste decirle a Adela que el próximo viaje que hiciera a Rodellar, comprara uno.

Accediste al interior lúgubre y oscuro, con la única luz de un haz proveniente de un enorme agujero que había en el techo.

—Seguramente ese agujero lo provocó el trozo más grande de ese meteorito que causó los desperfectos en la habitación de la casa —dijiste, riendo por tu ocurrencia.

Esperaste unos segundos a que tu vista se acomodara al cambio de luminosidad y, tras parpadear unas cuantas veces seguidas, observaste con estupefacción el interior de una ermita perfectamente conservada, lejos de lo que suponías ibas a encontrar.

—¡Vaya! —exclamaste.

No sabías de qué época databa la construcción de ese templo, ni quién la erigió, pero de lo que estabas seguro es de que el interior de esa catedral en miniatura se encontraba en perfecto estado.

—Hay que joderse —clamaste.

Tras bordear un puñado de bancos de madera, donde la carcoma no pudo hincar el diente, observaste un retablo de una divinidad asombrosa. Tú no eras católico, ni siquiera creyente, pero creías en la capacidad del hombre y en su poder de hacer cosas grandes. En tus años mozos habías visitado la mayoría de las catedrales de Europa, habías estado en su interior y habías recorrido los Monasterios y conventos de Castilla. Estuviste en claustros, abadías y

prioratos. Paseaste por los castillos de la ruta de los cátaros y habías visitado la ciudad Santa de Jerusalén, en varias ocasiones. Eras conocedor del arte romano, visigodo, gótico y mozárabe. Estabas al tanto de la arquitectura románica y de sus simbolismos, así como de los trabajos de orfebrería, esmaltes y artesanía. También habías visitado escuelas de imaginería y conocías las distintas corrientes artísticas. Pero lo cierto es que no habías visto nunca un retablo igual que el de Otín. Parecía que las figuras fuesen a moverse y se dispusieran a salir de su aislamiento. Estaba construido a modo de celdas con forma hexagonal, muy parecido, o por lo menos inspirado, en un panal de abejas. Cada hueco medía un metro, aproximado, de anchura. El fondo era blanco y las figuras negras, con lo que el contraste dotaba a las representaciones de un realce y realismo increíbles. Cada nicho representaba un momento bíblico. El realismo no se podía mejorar. En la primera celdilla se observaba la pérdida del paraíso por parte de Adán y Eva. Esculpido en la piedra resaltaban dos figuras: hombre y mujer, rodeadas de un árbol con una serpiente enroscada en cuya boca sostenía una manzana. La muerte de Cristo en la Cruz, era la segunda. Allí Jesús se retorció de dolor mientras un soldado romano se reía con la boca bien abierta. El autor había cincelado el rostro con tal realismo que hasta se podía distinguir la dentadura, algo que te produjo repelús, según habías escrito en tu diario.

—Menudo realismo —suspiraste.

Un grupo de personas llevando el cuerpo de Cristo, era la tercera celda. El hijo de Dios yacía en un ataúd abierto por arriba donde se distinguía perfectamente su rostro, mientras tres hombres y una mujer lo sostenían en brazos. La cuarta personificaba a soldados romanos patrullando. Tres soldados caminaban separados, por el interior de una plaza, y al fondo se observaban un grupo de casas. La quinta era la resurrección, medio cuerpo de Cristo estaba saliendo de una tumba, mientras cuatro personas lo miraban con las manos en alto. En la sexta se veía a Dios padre y Jesús sentados uno al lado de otro en una representación muy explícita del cielo. Finalmente, la séptima y última representaba la figura de una gárgola, idéntica a la que había en el tejado de la ermita. Ahí terminaba el retablo y la representación bíblica.

Te sentaste en el primer banco, delante del Altar, e intentaste imaginar cómo pudo alguien construir la ermita. Te asaltaron tres cuestiones, que luego dejaste anotadas en tu diario: «Para qué, por qué y cómo.»

Esas preguntas sin respuesta solamente las podías entender imaginando a una persona como esa que dicen que lleva cuarenta años construyendo una

Catedral. Pero don Emilio, el único habitante que conocías de Otín, no lo veías capaz de acometer semejante obra. Al menos él solo.

«No creo que don Emilio fuese capaz de hacer esto», te dijiste.

Don Emilio era un anciano delgado y nervudo. Lo percibiste enérgico el día que lo conociste, pero no pensaste que fuese capaz de embarcarse en una tarea tan costosa, en tiempo y en dinero.

Pasó un buen rato. No supiste cuánto, pues no tenías reloj, pero el suficiente como para que tu estómago te llamara al orden. Tenías hambre y el hambre te traía a tu mente el recuerdo de Adela. Comenzabas a asociar a la muchacha a instintos básicos, algo que te preocupaba y que no fuese a desembocar en otro tipo de atracción más animal. Adela conformaba por sí misma el eje central de tu estancia en Otín. Ya lo habías meditado antes, pero ahora era una certeza: sin Adela no hubieras podido aguantar ni un día más. Necesitabas a Adela y en cierta manera esa necesidad se parecía mucho al amor. Adela era tan necesaria para ti como lo podía ser dormir, comer o amar.

Saliste de la ermita. A pesar del buen estado en que se encontraba ese lugar, el polvo acumulado, en los bancos y las figuras, denotaba que hacía tiempo no venía nadie.

«Posiblemente el encargado de esculpir estas imágenes no está o ha abandonado su obra», meditaste. «Quizá ya murió.»

Lo dejaste todo tal y como lo habías encontrado. Incluso te entretuviste en apoyar los tablones de la misma forma que los hallaste antes de acceder a la ermita.

Cuando te acercaste a la casa viste la bicicleta de Adela apoyada en la entrada, algo que te causó enorme alegría. Subiste hasta la despensa donde imaginaste que estaría ella, colocando los productos que había comprado en Rodellar y, dejando tu pedantería a un lado, te propusiste preguntarle acerca de la ermita, el retablo y la extraña gárgola. Después de casi dos semanas de estancia creíste que había llegado el momento de aliarte con la persona con la que compartías casa y saber algo más de ella y de ese lugar.

«En estas dos semanas se le ha tenido que pasar la vergüenza», habías meditado antes de entrar en la casa.

—¡Adela! —gritaste desde la escalera, no queriendo asustarla —¡Ya estoy en casa!

Comprobaste que Adela no estaba en la despensa, ni en la cocina, ni en el comedor. Tampoco estaba en la habitación del agujero en el techo, ya

reparado. Finalmente entraste en la habitación de la chica y te quedaste estupefacto y resollando en la puerta ante la imagen de Adela sentada en su cama y aplicando tiras de cera fría sobre sus piernas. Te retiraste en silencio procurando que ella no se percatara de tu presencia y que Rufus no maullara. El gato también presencié la escena.

Bajaste hasta el huerto y esperaste un buen rato antes de volver a subir. No querías asustar a la chica y perder la confianza que te habías ganado esos días. Meditaste sobre la ermita. Sobre Otín. Sobre Adela. Y reflexionaste sobre la cantidad de material acumulado en tu mente y que podías aprovechar para escribir sobre eso justamente: sobre como siempre hay algo que contar. Hasta de los lugares donde no hay nada. Un pueblo perdido, que solo sale en los mapas locales, unas cuantas casas viejas y derruidas, una ermita extraña, una joven singular y exótica, un gato, un viejo jubilado y falto de ideas y una gárgola misteriosa, conformaban el mejor panorama para una película de terror, donde el Grifo cobra vida por las noches y su aleteo estruendoso atemoriza al viejo. Y la niña peluda es una mantis que devora las vísceras de cuantos hombres pasan por su lecho. No podía faltar la casa que tiene vida propia y atrapa a cuantos visitantes se atreven a acceder a ella.

Tú sabías que, hace años, hubieras sido capaz de crear un guión cinematográfico de semejante historia, pero ahora buscabas algo más profundo. Más inquietante. Disponías de las anotaciones suficientes en ese diario que siempre te acompañaba y donde señalabas tus inquietudes diarias, que la mayoría de las veces acababan plasmadas en tus libros.

Pero lo más inmediato era mentalizarte ante la imagen de Adela, ataviada con la ropa de la *Kournikova* y con las piernas y brazos depilados. Tenías que acostumbrarte a verla pasear por la casa y por el huerto de esa guisa y hacerte a la idea de que solo era una mujer que te ayudaba en las tareas domésticas. Que cocinaba para ti. Que limpiaba. Que arreglaba el huerto y cuantos desperfectos surgieran en la casa y que...

—¡Dios mio! —exclamaste en ese instante.

Te acababas de dar cuenta de que Adela era una mujer maravillosa. Posiblemente ella nunca había estado con un hombre o por lo menos no tenía aspecto de haberlo hecho. Tú no querías meterte en la vida de Adela, pero una mujer que no se arregla significa que no tiene novio, de la misma forma que si lo hace es que sí lo tiene. No era tu problema, ya que tú estabas allí para escribir. No tenías que olvidar que ese era tu cometido. Tu único cometido. El objetivo de la clausura voluntaria al que estabas sometido desde hacía casi

dos semanas y que te había convertido en poco menos que un *Robinson Crusoe* de la montaña y, te gustara o no, Adela era el único vínculo de cordura con el mundo exterior, era quien recogía el dinero del casero, quien compraba en el pueblo de al lado y la única mujer que veías. Desconocías si en esas salidas diarias al pueblo de al lado a comprar enseres, también las aprovechaba para flirtear con algún chico de Rodellar. Pero en cualquier caso, la vida de Adela no era de tu incumbencia.

Capítulo 7

Desde los primeros días fuiste fiel a las normas básicas de higiene y pulcritud en la casa. Te aseabas nada más levantarte y rasurabas tu barba como si tuvieras que asistir a la presentación de alguna de tus novelas. Te acicalabas convenientemente y escogías la ropa que te ibas a poner.

Escribiste, *«seguramente Adela se ríe de mí cuando me ve sentarme en la mesa, para comer, vestido con camisa y corbata.»*

Pero pasados los primeros quince días habías perdido la perspectiva del antropólogo que se aproxima por primera vez a una tribu y el acercamiento por parte de los dos únicos habitantes de Otín había entrado en su punto más álgido. Entonces habías abandonado tu indumentaria poco acorde y comenzaste a no afeitarte cada día. En cierta manera, reconócelo, tú te habías dejado mientras que Adela se depilaba las piernas y los brazos y comenzaba a parecer una joven muy atractiva.

La comunicación entre vosotros dos se incrementó. Adela nunca daba órdenes, no era imperativa. En ningún momento utilizaba palabras de más, ni ocupaba las frases con verborrea innecesaria. Ella formaba parte de ese tipo de personas que minimizan la palabrería y se expresan apreciando la inteligencia de los demás. Un sencillo “Isidro” era suficiente para que tú supieras que había llegado la hora de comer y ella te esperaba en el comedor con la mesa puesta, con los platos decorando el hule de flores y con los cubiertos al lado de las servilletas de tela.

«Cuánto me gustaría una mujer como Adela para mi hijo Alejandro», habías escrito en un fútil intento de engañarte a ti mismo. Ya que realmente pensabas que te hubiera complacido conocer a una mujer como Adela cuando eras más joven.

Aunque para ti habría sido un orgullo de padre que Alejandro tomara como esposa a una mujer así.

—Joder —exclamaste al darte cuenta de tu desvarío.

Tan solo habían pasado dos semanas y tu mente ya divagaba por el futuro.

«De seguir así, en un par de meses enredaré el pasado y antes de un año me habré vuelto completamente loco», anotaste.

Entraste en el salón y te sentaste en la silla de mimbre y observaste a Adela, que enarbolaba una hospitalaria sonrisa, como siempre, sentada frente a ti y aderezando la ensalada de col y vinagre.

—Estás muy guapa, Adela —le dijiste en clara referencia a su reciente depilado.

—Gracias, Isidro —respondió dichosa—. Te hice caso y he comprado la cera que me dijiste, la chica de la tienda me ha explicado como usarla y la verdad es que ahora me encuentro más agraciada. Gracias —repitió.

Adela hablaba de forma dinámica, sin atropellos; aunque visiblemente nerviosa. La confianza adquirida en esos días la habían hecho sentir seguridad en sí misma y esa tranquilidad se transmitía a través de su hablar fluido.

—No me des las gracias, Adela. El que te tiene que estar reconocido soy yo. Agradecido por lo que estás haciendo por mí. Por tus comidas, por la compra, por la limpieza de la casa, por tu... —te detuviste unos instantes para estar seguro de lo que ibas a decir y rehusando parecer un viejo verde y hacer que ella se sintiera incómoda —Por tu compañía —anunciaste, finalmente.

—¿Has empezado el libro? —te preguntó mientras pinchaba una col blanca y brillante.

Rufus saltó a la falda de Adela y se acurrucó disponiéndose a dormir. A ella no parecía importarte que él estuviese allí, dormitando, mientras ella comía.

—Solo he puesto el título, pero se podría decir que sí —afirmaste, incrementando tu nivel de participación en la conversación que había iniciado Adela.

—Lo más importante, ¿verdad? Sin el título no hay novela, el título es lo primero que siempre se pone —chasqueó los labios.

«¿Cómo sabe ella que siempre empiezo mis novelas por el título?», pensaste en ese momento, y días más tarde hiciste una anotación en tu diario de viaje.

La reflexión que hizo Adela te dejó confuso. Lo suficiente como para considerar que te habías equivocado con ella. Desde tu llegada que la veías trabajando en las tareas de la casa, yendo a comprar a Rodellar y arreglando el huerto, así que te forjaste una imagen de pueblerina que no sabía leer. Pero la última frase que dijo estaba sacada de un libro tuyo: “*Exhortación analfabeta*”, una novela introspectiva donde analizabas la carencia de cultura en la sociedad actual y donde criticabas, de forma feroz, a los iletrados voluntarios, aquellos que no leen por que no quieren, no por que no puedan o no sepan y que en algunos casos se jactan de su propia incultura, vituperando a los que sí abogan por un enriquecimiento personal a través de la lectura.

—Veo que te gusta leer, ¿verdad? —le preguntaste con cierto retintín en tu voz—. Esa frase que acabas de decir me es familiar.

—Así es Isidro, la he sacado de un libro tuyo —se sinceró.

—¿Has leído mis libros? —preguntaste sin poder evitar cierta sorpresa.

—Todos o casi todos. Me gusta mucho leer —afirmó, mientras regaba las coles que quedaban en el plato con un poco más de vinagre.

Entonces fue cuando supiste que Adela ya sabía quien eras tú.

—Pero..., si apenas tienes tiempo de leer —exclamaste, mucho más molesto.

—Sí que tengo tiempo —rebatí sin un ápice de ironía—. Leo por las noches, antes de dormir. Duermo muy poco, ¿sabes? Me cuesta conciliar el sueño.

Especulaste en cómo hacía Adela para leer por las noches en una casa en la que no había luz. Supusiste que la chica dispondría de una linterna; ya que de alguna forma tendría que alumbrar el libro. Te la imaginaste recostada en su cama, de lado, y sosteniendo una linterna cilíndrica entre sus labios. No sé por qué escribiste sobre ello, pero he de confesarte que me molestó sobremanera que conjeturaras de esa forma con la pobre chica. Asociar una larga y estrecha linterna con un falo, a tu edad, Isidro, por favor.

«*Así que Adela, cuando se encierra en su habitación, recién entrada la noche, en vez de ponerse a dormir resulta que se dedica a leer*», habías anotado en tu diario.

Te enojaste, y mucho. Te molestó que ella hubiera leído todos tus libros y que a través de ellos supiera cómo pensabas. Te fastidió que te conociera lo suficiente como para saber cuáles eran tus puntos débiles. Te importunó que una vulgar pueblerina supiera hacer tantas cosas: cocinar, reparar desperfectos de albañilería, jardinería, comprar, leer. Te agobió que tus hijos te hubieran costado una fortuna en colegios, de los más caros, y en profesores, de los mejores, y que Alejandro no fuese capaz, siquiera, de estudiar y se dedicara todo el día a vivir de la sopa boba, y que Natalia hubiera montado una tienda de ropa para hombres, como medio para ganarse la vida.

«*Ella no tiene la culpa de mi desgracia*», escribiste esa misma noche, acuciado por el desamparo que te producía la soledad.

Tu plato, el cual aún estaba lleno, era suficiente prueba de que la velada no había sido especialmente agradable. Era la primera vez, desde que llegaste a Otín, que no habías limpiado el plato de comida, acostumbrado a rebañar con el pan hasta el último vestigio del excelente ágape diario.

—Eres muy lista, ¿verdad? —afirmaste no sin cierta furia en tu voz.

Sinceramente, después de leer lo que habías escrito, creo que fuiste injusto

con esa chica.

Los ojos de Adela se abrieron y en su rostro se reflejó el miedo. Se asustó como un cervatillo encañonado por el rifle de un cazador.

—Pues no te ha servido de nada; porque estás aquí, en medio de ninguna parte y sin ningún futuro a la vista. ¿Entiendes?

Te levantaste de la silla, antes de seguir utilizando a Adela como foco de tus frustraciones. Te erguiste como un guerrero herido y te fuiste a la cama donde te echaste encima, vestido. Te negabas a recordar en tu memoria el fragmento de conversación durante la velada. No querías pensar en ello, tratabas de engañarte a ti mismo, pero lo cierto es que la envidiabas y al mismo tiempo te daba pena que ella no hubiera tenido una oportunidad, como tuvieron tus hijos.

Rufus saltó de la falda de Adela. Ella se levantó y se refugió en su habitación. Percibiste que había estado a punto de llorar, pero contuvo las lágrimas con el coraje que solo puede dar la pobreza y el orgullo. Si ella hubiera llorado esa noche, tú te habrías envalentonado. Adela lo sabía, y por eso sometió sus sollozos a un control acérrimo.

Se sentó en la cama, sin llegar a echarse, y destapó las piernas a la altura del muslo admirando su reciente depilación. Pasó la mano sobre sus brazos y los notó tan suaves que se sintió feliz. Albergaba una avanzada empatía y pudo llegar a entender la situación por la que tú estabas pasando. Había leído tantos libros tuyos que te conocía, ya que los escritores siempre dejáis restos de vosotros mismos en vuestras novelas. En ese sentido sois previsibles y transparentes. En mis años de editora no he conocido a ningún escritor que ocultara sus sentimientos a los demás.

Desde tu habitación escuchaste el trasiego de golpes proveniente del cuarto de Adela, que hasta ese día había sido muy silenciosa. Abrió el armario ropero y extrajo la maleta con la que llegó a Otín y la puso sobre la cama. Instintivamente comenzó a meter sus efectos personales dentro, de forma ordenada, como si se dispusiera a hacer un largo viaje.

«Le diré a mi tío que no puedo seguir trabajando en la casa; aunque tendré que explicarle los motivos por los que abandono», escribiste que había planeado.

Has de admitir que la habías ofendido. Lo sé por que lo confesaste por escrito, ya que de palabra nunca lo habrías reconocido.

Pero a la chica se le pasó el enfado enseguida. En menos de diez minutos ya se había olvidado de lo ocurrido. Calibró que una discusión puntual no era

motivo suficiente como para abandonar. Se echó encima de la cama y enseguida se quedó dormida acariciándose las piernas depiladas; aunque esto último creo que es más fruto de tu imaginación que una realidad contrastada.

Por tu parte, pasado un rato y más tranquilo, con las ideas amontonándose en tu cabeza y con una confusión tal que no eras capaz de pensar con claridad, decidiste que al día siguiente le darías más dinero a Adela para que se comprara una bicicleta nueva.

«Una de montaña, con cambio de marchas y de un material tan ligero que el viento fuese capaz de empujarla.»

Solamente ansiabas que ella viera en tu acción una disculpa por tu comportamiento en la cena. A esas alturas ya habías asumido que no podías vivir sin Adela.

Esa noche te dormiste pensando en ella.

Capítulo 8

Amanecía en Otín. Adela se levantó a la misma hora que se levantaba cada mañana, a las seis. Preparó el desayuno: tostadas a la leña con nata extraída de leche fresca recién hervida, dos huevos pasados por agua, zumo de naranja y café.

Tú te levantaste una hora más tarde, a las siete. También como cada día. Desde que te conozco siempre te habías levantado a esa hora, incluso cuando vivías en Barcelona. Creo recordar que cuando en alguna ocasión te habías levantado más tarde de las siete, luego tenías un humor de perros durante todo el día.

Durante la mañana no notaste en ningún momento que ella estuviera resentida por tu comportamiento de la noche anterior; aún así no le pediste disculpas. Posiblemente hiciste algún intento de justificarte, pero optaste por no decirle nada.

Os sentasteis alrededor de la mesa, uno frente a otro. En el suelo, Rufus se relamía después de devorar un trozo de pollo deshuesado que Adela le había preparado. En ningún momento os mirasteis y tú procurabas desviar tu mirada por la ventana que daba a la ermita, mientras Adela removía una macedonia a base de kiwi, manzana y pera.

Cuando concluiste el desayuno, te levantaste. Y de la cartera, que había en el primer cajón de la mesita de noche de la habitación donde dormías, extrajiste varios billetes que le entregaste a la chica. Le sugeriste que se comprara una bicicleta nueva.

—Una *Mountain Bike* —le dijiste.

—¿Por qué? —te preguntó.

—Porque la que tienes es muy vieja.

—No necesito una bicicleta nueva —te dijo—. La que tengo funciona bien.

—Chirría la cadena —argumentaste.

—Pues cambiaré la cadena —te rebatió.

—Pesa mucho —insististe—. Con una bicicleta nueva irás más descansada en tus viajes diarios a Rodellar.

Adela recogió los platos de la mesa. Los lavó. Y tras ponerse la ropa de tenista se marchó a Rodellar, a comprar. Esa vez no la miraste por la ventana, únicamente fue Rufus el que se asomó cuando ella abandonó el pueblo.

Las dos semanas que llevabas en Otín te hicieron sentirte más alterado de lo normal. Y lo cierto es que la reciente depilación de Adela, unida a su piel morena y sus buenas y delgadas formas, la hacían ser una mujer esplendorosa y realmente atractiva. Pensaste que era una mujer perfecta. La mujer que haría feliz al hombre que estuviera con ella. Y lo poco que sabías de la vida de la chica, la hacía ser aún más cautivadora.

Y cuando pensaste en lo mal que te habías portado con Adela la noche anterior, te echaste a llorar. Entonces el gato saltó de la cornisa de la ventana del comedor y se frotó en tus pantalones, como si quisiera apaciguar tu angustia.

—No he sido justo con esa chica —le dijiste, como si él pudiera comprenderte.

Yo, personalmente, no te imagino llorando, para que te voy a mentir. Pero si lo dejaste escrito es porque realmente lo hiciste; aunque no creo que fuese por tu comportamiento con Adela. Más bien fue un lloro de impotencia por la nueva situación personal y familiar a la que te estabas enfrentando.

Con Adela de compras, y para no faltar al ritual diario, te sentaste delante del papel en blanco, con el título que lo encabezaba. Miraste la ermita de enfrente. Esa vez sí que observaste con detenimiento la gárgola. Recordaste cuando eras un niño y contemplabas a un vecino como pintaba cuadros paisajistas. Aquel señor, de edad avanzada, disfrutaba su jubilación delante de una lámina en blanco y la rellenaba de sabios trazos a lápiz. Pero antes se acomodaba varios días delante del original que quería plasmar y lo curioseaba en silencio, meditando. Aquel hombre de barba canosa y mirada fútil, escudriñaba el paisaje y tú no sabías por qué lo hacía. Pensabas que era un loco que no tenía otra forma de matar el tiempo. Pero pasado un tiempo supiste qué es lo que hacía. Aquel vecino insociable y de escasos amigos memorizaba el cuadro antes de pintarlo, dibujaba todos los detalles de su obra en el cerebro y componía la escena antes de que su hábil pincel la dotara de significado.

«La parsimonia del pescador, la voluntad pródiga de estar quieto y observar percibiendo. Mirar contemplando. Ver analizando. Evitar el paso de las horas, el trazo del tiempo y detenerse lo suficiente como para notar que estamos vivos, que estamos aquí, escuchar el latido de nuestro propio corazón, de nuestros pensamientos y ahondar en nosotros mismos», escribiste en tu agenda.

—La gárgola de Otín centra este lugar —dijiste en voz alta—. Forma parte

activa del conjunto de... ¿cinco casas? —te preguntaste.

Llevabas allí más de dos semanas y aún no habías sido capaz de contar las casas abandonadas que rodeaban el pueblo. No viste la gárgola hasta que Adela te lo dijo. No sabías que había un pozo hasta que ella apoyó la bicicleta.

—¿Cómo puedo escribir de algo que no conozco, que no percibo? —te preguntaste mientras tus pensamientos te atormentaban y sentías la aterradora necesidad de repicar en la máquina de escribir y plasmar todo lo que convulsionaba tu alma.

«Es imposible que surjan ideas desde la habitación donde me alojo. Desde mi cama. Es absurdo que pueda pintar un cuadro sin ver el paisaje, de la misma forma que es utópico que pueda escribir de algo que no siento», hablaste en voz alta mientras ojeabas tus notas.

Con todos los pensamientos que inundaban tu cerebro, no te diste cuenta del senderista que se había acomodado en el muro colindante a la ermita. Y desconocías cuánto tiempo llevaba ahí, ya que no lo viste llegar.

—¿De dónde ha salido ese hombre? —te preguntaste.

El hombre se había sentado justo al pie de la fachada del campanario. A su lado dejó una mochila y estaba extrayendo un plátano y una botella de agua del interior.

Hacía varios días que no hablabas con nadie, excepto con Adela, y pensaste que te vendría bien un poco de conversación, los últimos días habías comenzado a hablar tú solo cuando la chica no estaba. El chico, que no era muy mayor, debería rondar los treinta y cinco años. Y se le adivinaba un físico corpulento y nervudo. Nada más verlo te emocionaste ya que en apariencia le daba un aire a tu hijo. Pero después de observarlo con detenimiento te diste cuenta de que no se parecían en nada. Alejandro era enclenque y enteco y un brazo de ese mozo era casi del tamaño de una pierna de tu hijo y su cuello tenía la anchura de un boxeador.

Bajaste las escaleras de la casa, despacio, con la esperanza de que cuando llegaras hasta donde estaba el senderista, ya se hubiera marchado de allí. No tenías coartada para explicar tu estancia en Otín y eso te incomodaba. Pensaste que el chico te preguntaría, en algún momento de la conversación:

—¿Qué haces aquí?

Y aún no tenías preparada una respuesta con sentido, entre otras cosas por que aún no la sabías. Pero conversar es solo eso: conversar. Y no tenías que

sentir miedo.

«Algo de compañía me distraerá y así podré respirar un poco de civilización», leí en tus notas.

Pero te dio por pensar que ese chico igual no era un senderista, como habías creído en un principio. Bien podía ser un loco que se hubiera escapado de algún sanatorio mental. Y justo cuando iniciaras la conversación con él, sacaría un cuchillo de su mochila y te cosería a puñaladas.

«¿Quién me socorrerá, quién oirá los gritos de auxilio?», habías escrito.

Te acababas de dar cuenta de que estabas solo, de que estabas en un lugar tan alejado de todo, que en caso de que te atacara alguien o te robaran o cogieras alguna enfermedad, tardarían días en encontrarte. Y tu familia no vendría, posiblemente, en un año.

«Para entonces mi cuerpo se lo habrán comido las alimañas.»

Creíste que sería mejor esperar a que llegara Adela, y con ella todo sería diferente. Con ella ahí no te importaría acercarte a charlar un rato con ese chico. Adela albergaba el ímpetu de los que no tienen miedo. Parecía como si a ella no le pudiera alcanzar ningún mal, por grande que fuese. Estabas seguro de que Adela no sentiría desasosiego por la presencia de ese joven.

Te detuviste en la planta inferior de la casa, antes de traspasar la puerta. Pensaste que te estabas volviendo loco. Que tantos días alejado de tu hogar afectaban a tu capacidad de raciocinio. Que si no fuese por Adela, a esas horas ya te habrías marchado de ese poblacho de mala muerte. Regresarías a Barcelona donde simularías que Marisa y tú os queráis. Que eráis felices. Que sesenta y cinco años es una buena edad para empezar. Que cuarenta y cinco años juntos no cansan, que lo que agota es el aburrimiento. Pero sabías que no ibas a regresar. No ibas a abandonar, porque si lo hicieras serías un cobarde, un traidor. Si lo hicieras traicionarías tus propias convicciones, tus propios retos y nunca más te podrías mirar al espejo. Y lo más importante: si abandonarás perderías a Adela. Y a Adela no la podías perder. Me asusté cuando leí en tus notas que Adela te pertenecía, lo mismo que la casa.

Distraído con tus propios pensamientos no te diste cuenta de la presencia de la chica. Ella había regresado de Rodellar. Y lo había hecho a bordo de una flamante bicicleta de montaña, una *Mountain Bike*, moderna y resplandeciente. Había regresado mientras tus pensamientos te acorralaban en la entrada de la casa y ella estaba de pie, delante del senderista. Hablando. Adela sostenía la bicicleta a su lado. Detrás tenía incrustada una enorme caja de plástico, a juego con el chasis, que utilizaba a modo de maletero. Sobresalían los bulbos

de un manojito de puerros. Delante de la bicicleta, y ensartados con una barra de hierro, portaba cuatro garrafas de agua. Depilada y sonriente, hablaba con el desconocido como si se conocieran, pero intuías que no era así, que era la primera vez que ellos dos se veían.

Pasó un buen rato y se aproximaba la hora de comer y Adela seguía encarada con aquel joven y apuesto senderista. Los dos hablaban de forma animada y, de vez en cuando, ella señalaba con la barbilla hacia la casa. Te ocultaste detrás de la puerta de la entrada cuando, por primera vez desde que llegaste a Otín, a tu mente afloraron los celos.

Capítulo 9

Mientras estabas oculto detrás de la puerta, y los jóvenes seguían conversando, fantaseaste cómo sería tu vida en Barcelona en compañía de Adela. No querías ni imaginar lo que esa chica sería capaz de hacer en la refulgente cocina de tu hogar, esa que Marisa encargó a un diseñador amigo de su padre. Recordaste como el delineante llegó una mañana de marzo con una carpeta de cuero debajo del brazo y desplegó un plano más grande que la mesa, como si de un mantel se tratara. En apenas media hora os mostró un bosquejo de lo que sería la nueva cocina.

«¿Qué les parece?», os preguntó.

Marisa asintió enseguida. Pero tú, que no te gustaba discutir, le dijiste:

«Esa cocina no es para cocinar, ¿verdad? Esa cocina es para enseñarla.»

Y así fue, Marisa la enseñó a sus hermanas, a las vecinas de arriba y de abajo, porque con la de al lado no se hablaba desde hacía tiempo, por una cadena de malentendidos; cosas de mujeres. Sabías que Adela la hubiera usado para algo más que para enseñarla, la hubiera usado para lo que se han de usar las cocinas: para cocinar.

De repente los dos jóvenes se encaminaron hacia donde te encontrabas, agazapado entre las sombras del portal e imaginándote el ridículo más espantoso ante el desplome de tu soledad voluntaria.

«Ese joven no entenderá qué hace un viejo como yo en un pueblo abandonado, con una joven de veinte y pocos años, bella e increíblemente sensual y yendo cada día al pueblo de al lado a traer avituallamiento suficiente para nuestra subsistencia», habías escrito.

Adela y el senderista se acercaron hasta la casa. Al verlos llegar corriste escaleras arriba como un crío que hubiese sido sorprendido en una travesura y temiera las represalias por parte de sus progenitores. Ellos no se dieron cuenta, pero tú preferías ser *pescado* en el comedor o en tu cuarto, antes de que lo hicieran en el recibidor y sospecharan que les estabas espiando.

La casa no tenía cuarto de baño, el váter consistía en un orificio en el jardín y las necesidades menores las hacíais cada uno en vuestra habitación, dentro de un orinal, y luego abocabais los cuencos en el agujero del parterre. Ambos respetabais la presencia del otro. A ti jamás se te ocurrió trasvasar tus sedimentos en presencia de Adela y ella hacía exactamente lo mismo. Cada uno os aseabais en vuestra habitación y sabíais que vuestros aposentos eran

terrenos prohibidos, algo así como Santuarios donde el otro nunca podía entrar.

Mientras oías subir a los jóvenes por la escalera, y sus risas llenaban la casa de existencia, te introdujiste dentro de tu habitación y llenaste una palangana de agua. Te afeitaste apresurado para ofrecer al invitado tu mejor cara. Te preocupaba saber cómo os iba a presentar Adela, qué era lo que le diría al forastero de ti:

«*Aquí está un viejo que no tenía nada mejor que hacer que venir a Otín.*»

No creías que esas maneras concordaran con lo que conocías de Adela, pero si así lo hiciera no le podías reprochar nada, porque era la verdad, y la verdad nunca tiene que ofendernos. Escuchaste a los jóvenes charlar de forma animada en la planta inferior, de lo que te alegraste ya que así te daría tiempo a afeitarte sin hacerte una sangría en la cara. Te cambiaste la camisa de abuelo que portabas, por una más rozagante, y saliste al paso de los dos. Lo hiciste como el matador que sale a la plaza de toros y no sabe con qué se va a encontrar.

—Hola. ¿Qué tal estáis? —dijiste en una frase más típica de una atracción circense, que de un escritor afamado que quisiera impresionar a unos invitados a su casa.

—Hola, papá. Te presento a un chico que ha venido hasta Otín caminando. Es un senderista, se llama Ramón. Este es mi padre —dijo Adela, mientras tú recompusiste la expresión de tu tez para que no se te notara contrariado.

Consideraste que Adela era más lista de lo que habías creído al conocerla. Además tenía mucha mundología. La chica había pensado que no sería buena idea concretar los motivos de tu estancia allí, ni los de ella, y menos a un extraño. Así que Adela, muy hábil por su parte, optó por mentir y decir que eras su padre. De esa forma no tendríais que deshaceros en explicaciones superfluas y en la obligatoriedad de narrar los motivos que te llevaron a Otín. Por otra parte, el *teatrillo* que la chica había montado te parecía, por lo menos, divertido, y te gustaba esa representación que se vislumbraba delante del comensal inesperado, porque tú estabas seguro de que Ramón se quedaría a comer y saborearía la deliciosa cocina de Adela.

—Sentaos a charlar un rato mientras preparo la comida —invitó Adela.

—Ven, Ramón —le dijiste—. Coge esa silla y ponte cómodo aquí, a mi lado. ¿Qué te trae por Otín? —le preguntaste, iniciando así la conversación.

Adela desenfundó tres chuletones de ternera de una bolsa de plástico que portaba en la mano y que había extraído minutos antes de la cesta de su recién

estrenada bicicleta, ante la atenta mirada del invitado; un tanto perplejo por la situación tan insólita que se estaba produciendo en una casa prácticamente derruida. No era muy normal que un viejo jubilado y su hija vivieran en un pueblo abandonado, en una casa sin baño y prácticamente en ruinas y que albergaran una hospitalidad digna de un convento, juzgaste que pensaría ese chico.

Rufus se apostó al lado de la cocina, reclamando su ración de comida con un maullido entrecortado.

—Soy senderista —respondió—. Me gusta caminar y hacía tiempo que quería cubrir el trayecto entre Rodellar y Otín.

—¿Senderista? Eso está bien —comentó Adela desde el hornillo que acababa de encender para cocinar—. A mí me encanta andar y hacer rutas de montaña —afirmó.

—Sí. Mi hija es muy deportista, como puedes observar —replicaste interpretando tu papel con la mayor profesionalidad posible; aunque no te gustaba que ese chico y Adela coincidieran en aficiones—. Hace la ruta entre Otín y Rodellar a diario.

—¿Cada día va hasta Rodellar y vuelve? —preguntó Ramón con cierto aire de incredulidad—. Eso es imposible, ni el mejor atleta del mundo es capaz de peregrinar por el sendero que separa las dos poblaciones, y mucho menos cada día —se respondió a sí mismo, mirando a Adela, y buscando en su físico las cualidades suficientes como para conseguir semejante proeza.

La mirada a las piernas de Adela, ladeando la cabeza como si fuese un nadador cogiendo aire, te enfurecieron. Si me lo permites, querido Isidro, he de decirte que tú ya no tienes edad para ser celoso.

—Ya sé que parece difícil de creer, pero mi hija es una deportista nata —alegaste en defensa de Adela, que sonreía mientras aderezaba la carne.— Te preguntarás qué hacemos aquí, ¿verdad? —ofreciste intentando cambiar de tema y recreándote en esa representación teatral que habíais montado expresamente para vuestro sorprendido invitado.

La complicidad había llegado a un punto álgido entre vosotros y estabas disfrutando como un chiquillo el día de su cumpleaños, a quién los padres le toleran todo. Percibir que Adela te prefería a ti antes que a ese extraño, era un incentivo a tu moral, que no estabas dispuesto a desaprovechar.

—Los amigos que me indicaron el camino para llegar a Otín, no me hablaron de ustedes —manifestó el joven Ramón, percibiendo lo distendido del ambiente creado por vosotros—. Me hablaron de este pueblo y me

anunciaron que no vivía nadie. ¿Es un pueblo abandonado, verdad?

Ramón se fijó en la bombilla que pendía del techo, la única que alumbraba el salón. En sus ojos percibiste la dificultad para comprender cómo una única bombilla podía alumbrar una casa tan espaciosa.

—Igual es que tus amigos no llegaron hasta aquí o vinieron en algún momento en que no estábamos —comentó Adela mientras giraba la carne en el asador—. Toma, ten —te dijo—. Abre la botella de vino tú que tienes más fuerza.

—¿Te parece un pueblo abandonado? —preguntaste señalando con la barbilla la ermita que se veía a través de la ventana.

Ramón resopló. Y tú deliberaste en que quizá, la ermita, no era el mejor ejemplo que le podías haber puesto a vuestro invitado.

Adela aproximó una botella de Rioja, algo desacostumbrado por su parte, ya que durante las dos últimas semanas solo bebíais agua. Supusiste que guardaría el vino tinto para las ocasiones especiales y calibraste en qué momento se le ocurrió a la chica comprar una botella de Rioja.

—¿A qué te dedicas, Ramón? —preguntaste, notando como tu verborrea se iba soltando tras los días transcurridos allí sin hablar con nadie y sintiéndote cada vez más cómodo.

—Soy escritor —respondió con rostro compungido.

—¡Vaya, escritor! —exclamó Adela, que justo cortaba unos tomates verdes y los colocaba ordenados dentro de una ensaladera—. ¿Has publicado algún libro?

Reconoce que al principio te molestó que ese joven fuese escritor. Pero enseguida, lo meditaste mejor, y pensaste que en tu terreno serías invencible. Ese chico, por mucho que se lo propusiera, no podría competir contigo a los ojos de Adela.

—Pues un par de cuentos y estoy pendiente del fallo de un concurso literario —dijo con desgana.

—¿Un concurso? —preguntaste, sin evitar cierta ironía—. ¿Qué quieres decir?

—Un concurso literario es la forma más fácil y rápida de darse a conocer como escritor —aseveró Ramón.

Mientras hablaba recordaste como tú mismo te diste a conocer a través de un concurso literario. Entonces tenías veinte años y hacía dos meses que festejabas con Marisa. Fue ella la que te animó a presentar un relato de cincuenta páginas en el Ayuntamiento de *Premià de Mar*. El cuento titulado

“*Las noches de Ramunia*”, se basaba en una invención tuya sobre unos amantes palaciegos que sortearon infinidad de trabas para seguir juntos a pesar de la desaprobación del Rey. Ganaste aquel concurso y a raíz de eso te publicaron tu primer libro.

«Es singular como un acontecimiento en la vida de alguien puede cambiar el rumbo de su destino para siempre», reflexionaste en tus anotaciones.

Desde muy joven ya tenías madera de escritor, pero si aquel cuento no hubiera sido premiado, seguramente no me hubieras conocido. No hubieras conocido a la que fue tu editora durante veinticinco años. Nunca me viste enfadada, irritada o disgustada. Nunca puse traba alguna ni impedimentos a la publicación de ninguno de tus libros, por muy extraños que fuesen. Y pese a nuestra diferencia de edad (te sobrepaso en quince años), tu mujer, Marisa, hubiera sospechado que entre nosotros había un lío serio. ¿Lo hubo? Si tuviera que hacer caso a tus anotaciones, se podría decir que no. Supongo que me podías haber dedicado alguna línea más en ese diario que siempre te acompañaba. Sobre todo al principio de conocernos, cuando quedábamos a altas horas de la madrugada en aquel fantástico *pub* de Barcelona para hablar de proyectos literarios. Yo era tu mitad espiritual y la persona de confianza en quien te apoyabas en los momentos bajos. Ahora, cuando todo ha terminado, te confieso que me hubiera gustado leer alguna mención hacia mí como las que le habías hecho a Adela. No me habría importado, en absoluto, que mi solo recuerdo te hubiera provocado una erección, como dices que te ocurría con esa chica.

—A mí me gusta mucho leer —dijo Adela, terminando de picar un poco de ajo para los tomates—. Leo siempre que puedo, pero sobre todo por las noches, antes de dormir —sonrió hospitalaria.

—Pues aquí tendréis mucho tiempo para leer, pensar o lo que sea, ¿no? —sugirió Ramón, mirando alrededor en busca de una televisión o una radio, que no halló.

—Tiempo tenemos, desde luego —afirmaste mientras vertías un poco de vino en las copas que Adela dispuso sobre el hule floreado—. Pero el tener tiempo no quiere decir que se hagan muchas cosas.

Comenzaste a sentirte como *Laurence Olivier* en la película “*La huella*”. Te parecía que los dos estabais disputando de forma dialéctica vuestra superioridad.

—Eso es verdad —ratificó Ramón—. A veces he gozado de tiempo libre y no he sabido sacarle el provecho adecuado, sin embargo otras veces, con

menos momentos para mí, he podido hacer más cosas.

—¿Sobre qué escribes? —preguntaste—. Quiero decir... ¿cuál es tu especialidad literaria?

—La verdad, no tengo ninguna en concreto. Hace poco que me dedico a escribir y aún no he encontrado mi estilo; pero espero encontrarlo con el tiempo.

—Eso es cierto —aprobó Adela mientras cortaba tiras finas de queso—. Yo he leído libros de autores que en el transcurso de los años han modificado su estilo. Supongo que es conforme transcurre su vida personal que también modifican sus hábitos de escritura.

El tartamudeo, que recordabas de la chica el primer día que la conociste, había desaparecido prácticamente por completo. De hecho, Adela parecía una persona distinta a la que te presentó don Emilio. Viste como, en las tres semanas que convivisteis juntos, ella había sufrido una auténtica metamorfosis. Su piel se tornó más reluciente a causa del reciente depilado. Su aspecto más juvenil, debido al atuendo de tenista. Su sonrisa más completa, determinada por la felicidad que parecía ostentar y su habla más fluida debido, seguramente, a la confianza adquirida con quienes la rodeaban. Pensaste en que si el dinero que le dabas para comprar comida, cera y la bicicleta, no era, en cierta manera, el responsable de esa felicidad. Y te dio por pensar que ojalá no lo hubieras hecho; porque entonces ese chico nunca se hubiera fijado en Adela si ella siguiera siendo tal y como era al principio de ir a vivir los dos a la casa.

—¡A comer! —gritó, mientras terminaba de colocar bien las servilletas de tela y posaba los platos con los chuletones encima de la mesa.

—En Barcelona solemos decir que "*A la taula i al llit, al primer crit*", que es algo como que a la hora de comer e ir a la cama, hay que ir al primer aviso —afirmaste ante la mirada sonriente de Adela.

—¿Eres catalán, Isidro? —preguntó extrañado Ramón, mientras cogía el tenedor en una mano y el cuchillo en otra—. No tienes acento.

—No lo soy de nacimiento, pero me siento de acogimiento —respondiste mientras vaciabas la botella de vino en las tres copas—. Son tan catalanes los que han nacido en Cataluña como los que han ido a Cataluña a trabajar o como los que sus padres emigraron buscando mejorar su situación económica. Uno es de donde pace, no de donde nace —concluiste.

Os dispusisteis a comer y no hablasteis durante unos incómodos minutos. Adela miró a Ramón mientras este sonreía confundido. Tú los miraste a los

dos y pensaste en lo maravilloso que sería si en vez de estar ellos allí, fueran tus hijos. Si en vez de Adela y Ramón, fueran Natalia y Alejandro. Esos pensamientos te distraían de la cada vez más cercana posibilidad de que los dos terminaran por atraerse irremediabilmente.

Pero tú disfrutabas el momento. Posaste tus ojos sobre la chica y estimaste la posibilidad de que no fuese ella. Aquella mujer que compartía mesa con el senderista y contigo era completamente distinta a la sobrina de don Emilio. Esa chica que había allí era increíblemente bella, con un físico reluciente, una sonrisa cautivadora, unas piernas preciosas.

«El vino», deliberaste mirando la botella de Rioja. «El vino me está atontando.»

Y quisiste imaginar que los dos jóvenes, que te acompañaban en la mesa, eran tus hijos. Y que los tres eráis una familia realmente feliz. Que Alejandro era un incipiente escritor con una mente llena de ideas y de historias que explicar y que Natalia era una atractiva joven, capaz de hacer las cosas más increíbles como arreglar los desperfectos de una vieja casa, cocinar de maravilla, pedalear cada día durante casi cuatro horas sin apenas cansarse y hacer feliz a un viejo como tú.

—La carne está deliciosa —rompió el silencio, Ramón—. Se deshace en la boca. El queso excelente —añadió—. ¿Y a qué os dedicáis aquí? —preguntó saboreando un trozo de chuletón y sorbiendo un poco de vino para deglutirlo—. No parece que haya muchas cosas que hacer en este solitario lugar.

—Cuidamos de la casa, leemos y escribimos —declaró Adela, antes de que te diera tiempo a responder a ti.

De repente Ramón se quedó mirándote fijamente, como si hubiera visto un fantasma.

—Lo sabía —exclamó para tu sorpresa—. Sabía que tu cara me sonaba. Tú eres Isidro Mezquita, el escritor. Lo sabía, sabía que te conocía de algo, pero no podía situarte en mi recuerdo.

—Tranquilo muchacho, no se te vaya a atragantar la comida —le dijiste para apaciguarlo de su sobresalto—. Sí, soy Isidro y ella es Adela, una chica que me acompaña y me cuida y, como puedes observar, lo hace muy bien. Lo del padre y la hija ha sido un pequeña broma, sin malicia. Nos apetecía jugar un poco. ¿Verdad, Adela? —buscaste su complicidad.

Ella asintió con la cabeza.

—He leído muchos libros tuyos, me gusta tu narrativa, pero... ¿qué haces aquí?

Adela se levantó y trajo otra botella de vino de la despensa. Tú volviste a meditar de dónde sacaba la chica las botellas de vino y por qué había tantas almacenadas. Esa bodega parecía una chistera mágica de donde se pudiera sacar de todo.

Reflexionaste que a un chico como Ramón no le hubieras prestado ninguna atención, en el caso de estar en Barcelona, donde ya era habitual el acoso de seguidores; algo que te molestaba sobremanera. Pero allí, en Otín, las cosas eran diferentes, nada te impedía compartir mesa con un admirador y así poder recrearte en la agonía de tu extensa carrera como escritor. Ese joven estaba dispuesto a escucharte. A compartir sus dudas y sus reflexiones contigo. Cuando lo supe te imaginé repantigado en tu asiento y esbozando esa falsa modestia, que tanto te caracterizaba.

Adela acercó otra botella de vino y se sentó de nuevo con vosotros. Y los dos: ella y Ramón, te miraron con expectación. Pudiste distinguir la ilusión en sus rostros, cómo los dos esperaban que hablaras y cómo querían escucharte. No los percibiste como *fans*, ni como incondicionales de tus libros. Más bien los examinaste como a tus hijos, a esos retoños que nunca fueron capaces de interesarse por la literatura de su padre, algo que te había llegado a doler mucho.

Y debiste tardar mucho en responder, ya que Ramón repitió la pregunta:

—¿Qué hace un escritor como tú en un sitio como este?

—Menuda pregunta me haces —observaste esgrimiendo una mueca de dolor.

«*Ni yo mismo soy capaz de contestar con claridad una pregunta tan sencilla, tan directa.*» escribiste días después en tu diario.

Era una cuestión que solo necesitaba de tres o cuatro palabras para resolverse. Pero te habías distraído llenando las copas de vino, mientras el chico esperaba impaciente la mejor de las contestaciones.

Percibiste el brillo del escritor en sus ojos. Esos ojos negros y profundos y llenos, los ojos de un chico ávido de sabiduría y afán desmedido de contar cosas, porque los escritores solo quieren contar cosas.

—Pues he venido a conocerme mejor —respondiste, quizá por la hinchazón de la comida, quizá por el vino que nublaba tu cabeza, quizá por que precisabas decir la verdad—. Necesitaba venir a un sitio como este —confesaste finalmente—. Si he de seros sincero, creo que aquí reuniré ideas suficientes como para escribir un libro que me satisfaga a mí y a mis lectores. Otín me aporta la soledad y el aburrimiento suficiente como para centrarme en

mi obra. A veces es necesario cambiar de ambiente para que las ideas fluyan —dijiste a modo de conclusión.

Os silenciasteis mientras escuchabais el sonido del atardecer. Esa leve brisa que azuzaba las ramas de los pinos silvestres. Os quedasteis mirando la mesa, el hule floreado. Sumidos en vuestros propios pensamientos y recapitulando internamente los motivos que os llevaron a Otín. Y tú comenzaste a aceptar, muy a tu pesar, que Adela y Ramón se avenían. Esos dos chicos hacían, desde luego, muy buena pareja.

Capítulo 10

Cuando era niña, Adela veía a los demás niños como seres extraños, distintos. Como si esos otros niños no fueran igual que ella. Le apesadumbraba el hecho de saber que ellos tenían padre y madre y ella solo tenía un tío viejo. Don Emilio, como le conocían todos, nunca le habló a la niña de la desaparición de sus progenitores y las extrañas circunstancias que les obligaron a abandonar este mundo aquella fatídica noche de fin de año.

Esa noche, cuando Adela tenía doce años recién cumplidos, se quedó sola en casa. Sus padres iban a cenar con un matrimonio de Alquézar. Habían planeado un cotillón sin niños, un fin de año de adultos. A ella no le importó que la dejaran sola; sus libros eran compañía suficiente. Alfredo y Fina salieron de casa a las diez de la noche. Dejaron a la niña cenada y en la cama. Ella aprovechó que se había quedado sola para coger un libro de la habitación de sus padres: *La muerte del ayer*, del escritor español *Rafael Gambero*. El libro, cuya lectura tenía prohibida Adela por la crudeza de su narrativa, narraba en primera persona los asesinatos de un psicópata que estrangulaba a todos aquellos que en algún momento le habían ofendido. A la niña le gustaba mucho la obra de este autor y la manera que tenía de representar a los personajes en sus libros. Lo hacía con gran vivacidad y con una descripción tan exhaustiva que situaba al lector en el lugar de los hechos como si realmente estuviera ahí en ese momento.

La familia de Adela vivía en una casa de Abiego, un pueblo acogedor y de pocos habitantes de la provincia de Huesca. Sus padres eran personas de cultura baja y que consagraban su vida al trabajo, mientras Adela era una niña hiperactiva y con un afán de ilustración que rebasaba lo normal para una chica de su edad.

El destino no tuvo piedad y la carretera se los comió aquella noche de fin de año, los absorbió por completo. Y Adela se quedó sola con la compañía de don Emilio, el único hermano de su madre y que se hizo cargo de la tutela hasta que ella fuese mayor de edad y pudiera disponer de su futuro. Don Emilio ya era viejo cuando Adela era una cría; ella siempre lo conoció anciano. A raíz del accidente, el viejo don Emilio se trasladó a vivir a casa de su hermana, la de los padres de Adela, aconsejado por los vecinos, que recomendaron lo que sería mejor para todos. En los pueblos pequeños los vecinos siempre saben lo que hay que hacer. Un cambio de domicilio beneficiaría la pronta soledad de la chiquilla. Y Adela supo entonces que

tendría que luchar por ella misma y que a partir del momento de su orfandad había de despabilarse y combatir por su futuro, tan próximo y tan lejano, al mismo tiempo.

Adela terminó sus estudios y se puso a trabajar, ya que don Emilio solamente le daba el dinero justo para sus necesidades diarias. Era hombre pobre y de escasa cultura y no podía consentir que su debilitada economía se viera truncada por la adopción de una niña a la que apenas veía desde que nació, ya que las relaciones entre el acogedor tío y su hermana nunca fueron buenas. Y hacía tiempo que se dejaron de hablar por temas de herencias; que es por lo que las familias se dejan de hablar.

Adela sirvió en casa de unos señores de Barcelona, que venían a pasar el fin de semana en Alquezar. Los Medina tenían un chalé y todos los años veraneaban ellos y sus hijos, dos mocosos engreídos y consentidos. Para entonces, Adela ya tenía quince años y el hijo de los Medina: Arturo, algo mayor que ella, la perseguía por la casa y la acosaba cuando ella hacía las camas o tendía la ropa. La niña lo sorprendió varias veces mientras él se masturbaba, siempre en la habitación de planchar. Era vergonzante para ella ver al hijo mayor de los Medina escondido entre la ropa, sosteniendo en su mano izquierda un trapo sucio, mientras que la mano derecha agitaba frenético el foco de su ansiedad. En las ocasiones que lo vio le dio mucha pena ya que parecía un animal desvalido. Luego, durante al menos un par de días, él no le dirigía la palabra, seguramente por vergüenza. Utilizaba Arturo para su menester una serie de revistas, que desplegaba ordenadamente encima de la tabla de planchar y que Adela supo donde las escondía. Gracias a esas revistas ella pudo enterarse en que consistía eso en lo que tanta devoción ponía el mayor de los Alsina. Luego, en la soledad de su habitación, intentó en alguna ocasión repetir la hazaña de las chicas de portada introduciéndose un dedo en su sexo, pero cejó en el intento enseguida, por el dolor que le producía.

Los Medina eran buenas personas y buenos pagadores y cada día primero de mes ingresaban la cantidad pactada por sus servicios, en la cuenta de un amigo de don Emilio, ya que este no tenía cartilla de banco, por la desconfianza hacia los “sacadineros”, como los llamaba él.

«Los bancos no son de fiar y meter dinero en uno es algo así como dejar una oveja al cuidado de un lobo», dijo en más de una ocasión don Emilio. *«El mejor lugar para guardar los dineros es en un calcetín debajo de la cama»,*

concluía.

La parte que le correspondía a Adela, de ese dinero, lo usaba la chica para comprar libros y llenar su cuarto de ellos, atiborrando las estanterías de madera endeble hasta el extremo de que los anaqueles se doblaban hasta casi romperse por el peso de tanto libro.

Adela terminó los estudios obligatorios y siguió trabajando en casa de los Medina. Y de asistenta de limpieza ascendió a cocinera. En poco tiempo había leído todo lo referente al arte del guiso y era capaz de preparar los más succulentos platos y condimentarlos de la mejor manera posible. Por aquel entonces los Medina invitaban a amigos de Barcelona a venir el fin de semana, con el solo pretexto de probar la cocina de Adela.

«La mejor del mundo», habían dicho.

Una de esas familias, los Arbós, se les veía cultos y de buenas maneras. Perteneían a la alta burguesía catalana y el padre era director de una prestigiosa editorial de la Ciudad Condal, si no de las más importantes, sí de las que más renombre tenían. Los Medina eran aficionados a enseñar su casa a cuantas visitas se acercaban por allí. El hecho de que el chalé perteneciera a un cacique de Alquézar y que la reforma, a la que la sometieron durante tres largos años, la hubiera dejado más como un palacete que como un chalé, hacía que los Medina se jactaran de su segunda residencia y la mostraran ofreciendo la mejor de sus sonrisas. En las normas no escritas de hospedaje, que la familia y ella pactaron cuando trasladó su residencia al chalé, convinieron la necesidad de no mostrar su cuarto a nadie, ya que la habitación era infranqueable y formaba parte del único reducto de la casa a la que los hijos de los Medina tenían prohibido el acceso, en especial Arturo. Aún así, y saltándose una de esas leyes de convivencia, la señora Eva Medina descubrió su habitación a los señores de Arbós, que no salieron de su asombro ante la visión de pulcritud y orden que ostentaba el cuarto donde dormía Adela.

«Qué ordenada es esta chiquilla», dijo la señora Arbós.

El libro de cabecera que reposaba sobre la mesilla de noche: “*Las mentiras infumables*”, fue lo que más llamó la atención del señor editor, ya que el libro era de Isidro Mezquita, uno de los más intrínsecos que había escrito y el más profundo de su extensa obra, y que la editorial de los Arbós se encargó de editar. Aprovechando su presencia, ya que el cuarto donde dormía no lo podían ver sin estar ella presente, Carmelo Arbós le preguntó a Adela si le gustaba leer, posiblemente extrañado por el hecho de que una “chacha” fuese seguidora de un autor tan culto.

«¿Te gusta leer, verdad?»

Adela asintió con la barbilla.

«Sí, me gusta leer y además he leído todo lo que ha escrito Isidro Mezquita. Leo a razón de libro por semana. Lo hago por las noches antes de dormir.»

«Impresionante», dijo don Carmelo Arbós. Dándose cuenta de la devoción que sentía esa joven por Isidro Mezquita y contraviniendo los dictados de la juventud, ya que a esa edad lo natural es sentirse atraída por actores o cantantes, pero no por escritores.

Estuvieron hablando durante bastante rato, ante la incómoda mirada de su mujer, que quizá la veía a ella como a una competidora, y ante la vigilancia discreta de los Medina, que aunque la valoraban como persona, nunca hubieran sospechado que ella pudiese mantener una conversación inteligente y erudita con uno de sus amigos.

Después de aquel encuentro, la familia Arbós nunca más regresó a Alquézar. Y Adela nunca los volvió a ver. Pero siguió sirviendo en el chalé de los Medina y cuando tuvo el dinero y la edad suficiente como para independizarse se marchó a Holanda, ante la pesadumbre de su tío don Emilio que trató de convencerla de que salir de España no era lo mejor para ella.

«Fuera de España no hay nada», vaticinó.

Era la primera vez que el buen hombre se interponía en las decisiones de su sobrina. Nunca antes había objetado nada. Adela le estaba agradecida por respetar su independencia y la capacidad innata de decidir por ella misma.

Contaba dieciocho años cuando le llamó la rebeldía de los jóvenes y aprovechando los conocimientos del inglés adquirido a través de unos libros sobre viajes, se planteó ir a *Róterdam* en busca de la corriente inconformista que asediaba Europa. Estuvo dos años, hasta los veinte, y fueron suficientes para saber que aquella vida no era la suya, aunque se empapó del arte de la calle y aprendió muchas cosas que luego no le sirvieron de nada.

Después se trasladó a España y decidió probar suerte en Madrid, la capital. La chica no era mujer de ciudad, pero le apetecía conocer otras gentes y otros modos de vida. Allí entabló amistad con un grupo de aragoneses que huían de la falta de posibilidades de su tierra y que vivían en un piso enorme al que todos contribuían en sufragar los gastos.

«Yo puedo colaborar cocinando, ya que no tengo dinero», se ofreció.

A los compañeros de piso no les hizo mucha gracia, al principio, pero tras probar alguno de sus platos accedieron gustosos a que fuese Adela la que cocinara cada día para ellos. Los chicos: cuatro jóvenes oscenses perdidos en

Madrid y buscando algo que no encontraban, se organizaban de la peor de las maneras. Uno era militar y nunca lo vieron llegar a casa sobrio. Otro estudiante de la Escuela de Arte Dramático y con una pasión desmedida y enfermiza por las piernas, no había día que no le dijese a Adela que tenía unas piernas bonitas.

«Que lástima que no te las depiles», le dijo un día. «Tienes unas piernas preciosas.»

Pero ella no quería depilarse, quizá empapada de la moda holandesa de permitir que el vello cubriera las extremidades y los sobacos. Era tal la admiración que mostraba ese chico por su callada belleza, como decía él, que ella no se atrevió nunca a quedarse a solas con él en el piso, temiendo lo peor. El tercero era el único que trabajaba, lo hacía en un bar de desayunos y en alguna ocasión Adela lo había visitado y charlaron sobre aspectos variopintos de la vida, aunque su falta de aspiraciones y la asunción de que la vida son habas contadas, como le dijo él, le hizo sentir una repulsión discreta ante la ostentación de tanto pesimismo. El cuarto era el más joven y el más guapo. Debía tener dieciocho años, o incluso menos; aunque nunca confesó su edad, y nadie sabía a qué se dedicaba, pero el camarero sospechaba que traficaba con drogas, por que siempre conducía buenos coches y se rodeaba de buenas mujeres. Y es bien sabido que en España solo pueden tener dinero los delincuentes.

«Ese trafica con drogas», le oyó Adela decir en alguna ocasión.

Fue por aquel entonces cuando Adela ya se dio cuenta de que la gente odia a los que tienen más que ellos y buscan pretextos para explicar sus modos de vida. De esta forma, un chico que tiene éxito con las mujeres y hace alarde de dinero tiene que ser forzosamente un traficante. Por las noches seguía leyendo novelas de Isidro Mezquita y albergaba la oportunidad de poder conocerlo algún día. Para ella Isidro era un hombre sensible, comprensivo, humano y cariñoso. Para ella, Isidro era el amor de su vida.

Se cansó de Madrid, al igual que se había cansado de Holanda y al igual que se había cansado de Alquézar. Así que con tanta fatiga moral y con ganas de experimentar, echó la solicitud para trabajar en un restaurante de cocinera; algo que se le daba bien, pero que le coartaba el hecho de carecer de libertad. Siempre le hubiera gustado ser la *chef* de un grupo de rock y viajar por todo el mundo preparando la comida para ellos.

Y fue así como, un caluroso día de verano, entró en el restaurante de Marco. El local estaba situado en la costa catalana y tenía la merecida fama de ser una

de las mejores cocinas de España; aunque Marco decía que del mundo. El dueño, un italiano que renegaba de su tierra, llegó a la provincia de Barcelona en busca de lo que todos ansiaban: encontrarse consigo mismo, y montó un mesón de aspecto antiguo, casi medieval, y ofrecía a los clientes la posibilidad de sentirse como en plena Reconquista. Hacía unos meses que se había separado de su mujer y aún así conservaba su bonhomía, tanto que Adela acabó enamorada de él. Por aquel entonces Adela se enamoraba con demasiada facilidad.

Marco y ella se fueron a vivir juntos cuando Adela contaba veintitrés años y él era un maduro cincuentón de buen ver y de belleza encantadora. Portaba el pelo largo y peinado hacia atrás con gomina. Un pendiente en la oreja derecha le proveía de la bohemia suficiente como para ser moderno, pese a su edad, que no aparentaba. Y los ojos pintados con lápiz le dotaban de una mirada profunda y sarracena. Fue Marco quién le pidió a Adela que no se depilara el vello que cubría sus piernas y brazos, la primera noche que compartieron lecho. Aquella noche ella conoció el amor y supo que aquel italiano errante era el hombre de su vida.

«No te depiles nunca», le dijo. «Tu salvajismo es lo mejor de ti.»

Pero la muerte les visitó. A Marco le dejó de funcionar un pulmón, el tabaco lo había llenado de hollín y no dejaba que los alvéolos inflaran el aire. A causa de eso estuvo ingresado en el Hospital San Pablo de Barcelona durante más de un mes. Cada día, después de cerrar el comedor del restaurante, Adela iba a verlo y se sentaba a su lado. Él le cogía la mano y le susurraba palabras en italiano. Le decía cosas bonitas y ella lloraba como una Magdalena.

«*Ti amo Adela.*»

Pasado ese fatídico mes, los médicos enviaron a Marco a casa. Un doctor de bata blanca y mirada robotizada le dijo que ya se podía ir.

«Ya se pueden ir a casa, aquí no podemos hacer nada más.»

Los dos sabían que no había nada que hacer, sus pulmones ya no cogían aire y el cáncer había ocupado todos los alvéolos. Aquella última tarde de verano estuvieron los dos delante del mar. Delante de ese mar verde y azul que Marco admiraba. Las manos de su amor recorrieron sus brazos llenos de vello mientras su mirada buscaba el punto donde el piélago se junta con el cielo.

La muerte lo vino a buscar allí mismo y dejó a Adela sola con el recuerdo del hombre más maravilloso del mundo. Entonces hizo dos promesas:

«Nunca me depilaré y nunca estaré con otro hombre.»

Capítulo 11

Ramón siempre admiró a los escritores consagrados. Desde que iba al colegio y se empapaba con las obras de Cervantes, Delibes, Cela, Gala y tantos otros. Le gustaba leer incluso antes de saber leer. Su hermana mayor decía que cuando era un mocoso, que no levantaba dos palmos del suelo, ya cogía alguno de los libros que papá dejaba en el bidé para observarlo mientras hacía sus necesidades y lo ojeaba como si realmente comprendiera lo que esos libros decían. Pasaba las hojas de forma lenta y paulatina, algo extraño para un niño, y se detenía ante los títulos en letra grande y negra.

La familia de Ramón era una familia de economía apretujada, pero de cultura aventajada, el padre les inculcó la sabiduría de los libros y les obligaba a leer con la excusa más simple. Por toda la casa había libros desperdigados: en el cuarto de baño, en la cocina, en las habitaciones, en el comedor, debajo del sofá. Hasta la madre tenía que sacar los libros del horno antes de cocinar. En el piso, de apenas cincuenta metros cuadrados, donde vivían todos, no había suficiente espacio para albergar tanta literatura, por lo que tenían que aprovechar los rincones más disimulados para introducir los ejemplares comprados por el padre en ferias, mercadillos, bibliotecas o librerías, a las que cada fin de semana llevaba a su hermana y a él, con el pretexto de saludar a algún amigo, pero ellos sabían que era su vicio literario el que lo empujaba.

Las discusiones en casa eran constantes y eternas, sobre todo por la carencia de dinero, que es el eje central de toda discusión familiar. El padre era el único que aportaba ingresos con fluidez, trabajando de conductor de autobuses. Y la madre cosía para una fábrica de economía sumergida que unas veces tenía trabajo y otras no.

Susana, su hermana, había terminado la carrera de filología hispánica, a regañadientes de su madre que la orientó para que se cultivara en una carrera con más salida profesional, pero la hermana era el vivo retrato del padre y prefirió sacrificarse por lo que le gustaba, en vez de hacerlo por lo que era útil.

«Mucha carrera de filología, pero la niña va a pasar más hambre que un maestro de escuela», le dijo la madre enfrascada en las discusiones caseras con el padre.

Su hermana era mayor que Ramón, cinco años. El presupuesto del que disponía la familia para costear carreras lo absorbió ella por completo y el

chico se quedó a dos velas.

Un pariente, lejano en consanguinidad pero próximo en ubicación, aconsejó a la madre para que Ramón trabajara en un bar de mucha clientela que había en el puerto de Barcelona. Pese a las críticas del padre, que no aprobaba que comenzara a trabajar tan pronto, y que dejara el colegio para ese menester, aceptaron el ofrecimiento para poder solventar la maltrecha economía familiar.

—Es muy joven para trabajar —dijo el padre—. Con quince años lo que hay que hacer es estudiar, y no trabajar.

Ramón inició un periplo por el mundo de la hostelería con una animadversión congénita a aquello que no tuviera que ver con los libros, ya que las inyecciones de literatura a las que fue sometido por su padre había causado una mella en él lo suficientemente grande para no cerrarse jamás. La jornada laboral era dura, más de lo que un niño de quince años puede soportar, pero no obstante extraía tiempo de dónde fuera para poder leer.

Dicen que hay momentos, en la vida, decisivos para nuestro futuro, y hay cosas que nos hacen cambiar y tomar un camino u otro, como cuando vas conduciendo por una carretera secundaria y de repente te encuentras un cruce sin señalizar y tienes que decidir por dónde continuar. A Ramón le había pasado lo mismo con un libro titulado “*El aburrimiento de los obtusos*”. El libro era un alegato en contra de la sumisión y a favor de la rebeldía innata que todos llevamos dentro, pero que por culpa de la cultura no aflora. Lo más curioso fue la forma en que ese libro llegó a sus manos, lo hizo por casualidad; aunque las casualidades no existen.

En esa época, el dueño del bar no quería que se le viera trabajando, ya que corrían multitud de Inspectores de Trabajo por el puerto y la multa por tener empleado a un menor, y sin contrato, podía ser de órdago, por lo que el chico se pasaba las horas entre el friegaplatos de la bodega y las cámaras frigoríficas donde se encargaba de reponer la bebida. Un día, de mucho trabajo, los camareros no daban abasto y casi no tenían tiempo de recoger los vasos sucios de una mesa cuando ya se habían sentado más clientes en otra. El trajín era enorme y los clientes no paraban de gritar para que se les sirviera primero, algo que al dueño le ponía de los nervios. Al final no le quedó más remedio que sacar a Ramón a la terraza del bar y ponerle a cargo de recoger las mesas.

—Si alguien te pregunta le dices que eres mi hijo —le recomendó el dueño, mientras le entregaba una bandeja metálica y una bayeta de lana mojada.

El chico asintió y salió a la terraza del bar como el que sale a una pista de baile, con la ilusión de bailar. Para un chiquillo de quince años, el pasar de lavaplatos a recoge-mesas era lo más parecido a un ascenso. Amontonaba los vasos y platos sucios en la bandeja y los llevaba al interior donde los descargaba en la barra. Luego volvía al ataque, a por más, y repetía la operación. Si algún cliente de una mesa lo llamaba, la respuesta era:

—Señor, enseguida le atenderá un camarero.

Él sabía que no podía atender a nadie a riesgo de que el cliente fuese un Inspector de Trabajo, con la consiguiente multa al dueño del local y la subsiguiente pérdida de empleo para él, algo nefasto para la economía familiar.

Ese día, alguien había dejado olvidado un libro en una mesa. Un libro de bolsillo. Ramón lo cogió en las manos y oteó el resto de la terraza en busca del dueño, pero nadie miraba hacia atrás. Dejó pasar un tiempo prudencial hasta que colocó el libro sobre unos vasos sucios de cerveza que se balanceaban encima de la bandeja. Antes de descargar los vasos sobre la barra del bar, apartó con cautela el libro y lo introdujo en la nevera de vinos caros, sabiendo que hasta la hora de servir las cenas nadie miraría ahí. Por la noche, después del trabajo, antes de irse a casa y cuando el dueño del bar estaba distraído contando la recaudación, abrió la nevera y extrajo el libro guardándolo en un macuto que usaba para transportar el bocadillo. Era una novela de Isidro Mezquita, el autor contemporáneo más importante que existía y con una obra cargada de pasión y sobre todo de mensajes repletos de contenido.

El título: “*El aburrimento de los obtusos*”, narraba en tercera persona la vida de un hombre al que la cultura pudo más que su instinto e hizo aquello que los demás querían que hiciera, convirtiéndose al final del relato en un árbol que la gente regaba para verlo crecer y florecer. Era una metáfora sobre las personas que hacen lo que los demás dicen que hay que hacer y caminan por encima de los raíles del convencionalismo.

Ese libro no le dejó impávido a Ramón, más bien le hizo recapacitar sobre el paso del tiempo y que de seguir sirviendo en el bar acabaría como un árbol plantado en un parque. Pero su destino estaba unido al de su familia y en caso de dejar de trabajar, las discusiones aumentarían con la carencia de dinero y la felicidad de él pasaba por la felicidad de ellos.

Un día de septiembre, cuando el trabajo en el bar aflojaba, se despidió.

Semanas antes había estado hablando con el dueño de una fábrica que necesitaba personal para envasar magdalenas y le dijo que si alguna vez se quedaba sin trabajo que fuera a verlo.

Y se presentó un lunes por la mañana en la barra donde siempre estaba apoyado el jefe, fumando un enorme puro *faria* y le dijo:

—Don Luis, ya no vendré más a trabajar.

Don Luis lo miró con indiferencia, como si la decisión que a Ramón le había costado una noche en vela no fuese importante para él. El chico comprendió que las cosas son así, que aquello que a nosotros nos angustia, a los demás les produce impasibilidad.

—Toma muchacho, lo pactado —dijo sacando de la caja registradora un puñado de billetes y dos monedas que le adeudaba por sus servicios, mientras siguió dando bocanadas al puro y le indicaba a un camarero que había una mesa sucia y que esperaba su limpieza.

Ramón salió del bar y no giró la cabeza en ningún momento. Durante todo el día estuvo dando vueltas y barajando varias posibilidades de futuro. Pensó en alistarse en el ejército y servir en un barco en cuanto cumpliera los dieciséis años. Viajaría y exploraría mundo. Pero desechó esa opción antes incluso de que cuajara en su cabeza. Finalmente se dio cuenta de que lo más correcto era trabajar en lo que fuese; aunque no le gustara, y ganar el dinero suficiente como para comprar su libertad, emulando a los esclavos del siglo diecinueve.

Y se presentó en la fábrica de magdalenas y preguntó por el dueño:

—¿El señor Ramos, por favor? —le dijo a una chica joven, de poco pecho y cara alargada, que lo miraba a través de una minúscula ventanilla.

—En estos momentos no está. ¿Quién pregunta por él? —respondió mientras alargaba la mano en busca de un cigarro que guardaba junto a un pequeño maletín de maquillaje.

—Me llamo Ramón Farelo. ¿Eres su hija? —curioseó de forma indiscreta y dándose cuenta de que a ella no le había gustado la intromisión.

—No. No lo soy. Y si quieres te puedes sentar en la sala de espera que tenemos para las visitas. —dijo mientras señalaba un cuarto pequeño, con un sofá de cuatro plazas y un televisor en blanco y negro, bajo cuya mesa había un nutrido grupo de revistas, la mayoría antiguas.

Ramón rechazó el ofrecimiento de la recepcionista y salió a la calle con el pretexto de hacer otros recados y siguió con el paseo y sus pensamientos que se le agrupaban por fechas en la cabeza: primero los referentes a su familia y al desprecio que sentían por él en pos de su hermana, a la que, según Ramón,

protegían y querían como hija predilecta. No le gustaba compadecerse de sí mismo y solidarizarse con su mala suerte, pero el llanto interno de sus penas le hacían sentirse mejor y fortalecer su espíritu frente a las decisiones que tenía que tomar.

Finalmente acabó trabajando en la fábrica del señor Ramos durante diez años. Mucho tiempo para estar todo el día envasando magdalenas, pero la mecanización liberaba su mente para permitirle pensar en otras cosas, algo que necesitaba para sobrevivir. El horario no era malo y el sueldo le permitió ayudar a la maltrecha y desamparada economía familiar, al mismo tiempo que ahorró suficiente como para comprar su libertad de *esclavo*. Las horas libres las invertía en escribir. Le encantaba. Le hacía sentirse libre. Escribía de todo: poesía, narrativa, cuentos, novelas, y hasta una obra de teatro que no llegó a concluir. Pero todas esas palabras que brotaban de su cabeza como por arte de magia, se quedaban atrapadas en el papel y nadie las leía, algo que le encogía el corazón hasta el punto de admitir que sus trabajos nunca verían la luz.

Y entonces comenzó a probar suerte con los concursos literarios.

«Pero... ¿quién iba a premiar un libro de un autor desconocido?», se preguntó.

El chico sospechaba que los premios se repartían entre los escritores afamados. Que incluso había un convenio no escrito entre editoriales y escritores para conceder los galardones, sobre todo si eran importantes económicamente. Premios como el Planeta, Nadal, Primavera, Azorín, Tusquets o Anagrama, por ejemplo, se concedían previo pacto que en algunas ocasiones podía remontarse a meses antes de fallar el certamen.

Aún así no desistió y siguió enviando los manuscritos a los diferentes concursos literarios que se convocaban en España, y algunos de países de Hispanoamérica, como Argentina o Perú.

Durante los diez largos años que trabajó en la fábrica conoció a mucha gente. La empresa del señor Ramos no era un vulgar taller familiar, era una enorme industria que abastecía de magdalenas a la mayoría de comercios de Cataluña, parte de España e incluso exportaba el producto a países europeos. Por allí pasaban un sinfín de inmigrantes que trabajaban como temporeros en las tareas de embalaje, carga y descarga de camiones. Infinidad de chicos jóvenes que se empleaban los meses de verano para sacar suficiente dinero como para costearse los estudios, y una cantidad asombrosa de vendedores

que ofrecían el producto por todas partes. El ambiente era muy bueno y todos los empleados fijos se llevaban bien entre ellos, algo que el señor Ramos agradecía sobremanera.

En alguna ocasión había hecho Ramón la intentona fallida de compartir sus escritos con algún compañero de trabajo. Por lo que un día se los dejó a José Manuel, uno de los encargados del embalaje de las magdalenas de chocolate. Esos bizcochos salían de la cadena de montaje con el chocolate chorreando y era muy importante tener cuidado durante el empaquetado para evitar que se enganchara innecesariamente el plástico que los recubría. José Manuel tenía unas manos de Santo, era capaz de agarrar con sus esqueléticos dedos las magdalenas y meterlas en las cajas sin romperlas ni desmigajaras. En ocho años que compartieron planta nunca le vio Ramón desmenuzar ninguna. Esa capacidad de mimo para con la bollería es lo que le hizo pensar que sería una persona sensible y que quizá era merecedor de leer alguno de sus libros.

—Te dejo esta novela —le dijo.

Le dejó "*El tormento de Marta*", una novela ambientada a principios de siglo, donde una mujer lucha por el amor de dos hombres, a los que quiere por igual y no sabe por cual decidirse, terminando por suicidarse de amor. Era el más sensiblero y lastimoso de sus libros y pensó que seguramente le gustaría a José Manuel.

—Gracias —respondió—. Cuando la lea te diré algo.

Pero la experiencia no fue buena, José Manuel no solo le devolvió el manuscrito mirándole como si él fuese un bicho raro, sino que le dijo que podía invertir su tiempo en otras cosas más rentables.

—Hay cosas más importantes en la vida que escribir —recriminó.

El talante y capacidad de absorber críticas de Ramón le obligaron a seguir tratándose con él como si no hubiera pasado nada. Pero lo cierto es que desde aquel día las relaciones se distanciaron hasta el punto de hacerse irreconciliables.

La búsqueda de lectores le llevó a ofrecer su narrativa a la chica de recepción, aquella que él creyó era hija del señor Ramos y que emanaba una sosegada inteligencia. Ella hablaba de forma avispada y en sus expresiones correctas y ceñidas se le veía una capacidad de comprensión más allá de la meramente esperada de una recepcionista. No es que Ramón especulara que las recepcionistas eran menos que los demás, sino que hay personas que ocupan lugares que no les corresponden y Virginia, que era como se llamaba, estaba ejerciendo una labor para la que valía de sobra, pero para la que sus

dotes de palabra fácil le hubieran servido mejor en otro lugar, como por ejemplo de directora de una empresa.

—Virginia, ¿te gusta leer? —le preguntó en una ocasión, mientras recogía una bata nueva y firmaba el acuse de recibo.

Virginia siempre miraba con esa candidez burlona característica de las jóvenes aventajadas, y fue con esa misma mirada que le preguntó:

—¿No serás otro de esos escritores frustrados?

«Tiene más razón que un Santo», pensó Ramón.

Ciertamente era un escritor y obviamente estaba malogrado, si es que esa era una expresión acorde a lo que ocurría con su carrera de novelista. Él le respondió:

—Aún no lo sé, dímelo tú cuando leas algo escrito por mí.

Con casi treinta años de edad uno no se puede amilanar fácilmente y estaba claro que el hecho de no ver publicado nada de su obra, no era óbice para creer que era mal escritor, sino que más bien estimaba que no tenía suerte. Había infinidad de novelistas de poca monta cuyos libros pululaban por las bibliotecas gracias a que sus padres les dijeron un día al editor:

—Te presento a mi hijo.

Y desde entonces el editor siempre lo recibía cuando entraba con la carpeta bajo el brazo y ni siquiera leía lo que había escrito. ¡Qué importaba! Lo realmente importante era la recomendación tan grande que llevaba tras de sí. A Virginia le dejó el manuscrito de *“El tormento de Marta”*. Quería comprobar si una misma novela producía diferentes opiniones en personas distintas.

La recepcionista no disponía de mucho tiempo para leer, ya que en el trabajo no podía y en su casa estaba muy atareada, al ser la mayor de ocho hermanas. Quizá esa madurez obligada fue lo que le hizo ser tan despierta y tan entregada a todo lo que hacía. Vivía con sus padres, aún a pesar de salir con un chico que ejercía de abogado en un bufete de poco tránsito, y supuso Ramón que ella era a su familia lo que su hermana Susana era a la suya: la predilecta.

Después de unas semanas, en las que no coincidieron, estaba un día el chico en la cadena de montaje, envasando una variedad nueva de magdalenas rellenas de mermelada de melocotón, cuando oyó el sonido de su teléfono móvil; le acababa de entrar un mensaje. El móvil se lo regalaron en una promoción del banco al que mes a mes se iba engrosando el saldo gracias a la austeridad y la carencia de vicios. Se quitó los guantes de látex y sacó el móvil del macuto donde llevaba el bocadillo. Le había escrito Virginia, la chica extrajo el número de su ficha personal y a Ramón le chocó que le dijera

algo mediante mensaje cuando lo podía hacer personalmente:

«Conoces muy bien el alma humana», decía el aviso. «Tu libro me ha encantado, es precioso.»

Ramón supuso que ella se lo dijo así para que nadie la viera hablando con un empleado en la cadena de envasado. Pero aquella insignificante nota fue el motor que le animó a seguir escribiendo, a luchar por la literatura más que nunca. Había ofrecido un libro a dos personas distintas y de distinta forma lo interpretaron. Le entregó dos manuscritos más a Virginia, dedicados, y un puñado de cuentos y una poesía, que escribió expresamente para ella. Los libros y los cuentos la complacieron, pero la poesía la ofendió, y es que los poetas tienen una forma muy directa de demostrar su amor.

A partir de entonces el intercambio de mensajes fue creciente, hasta el punto de que el señor Ramos le llamó la atención por estar todo el rato tocando los botones del móvil mientras trabajaba.

—No quiero móviles en el trabajo —dijo tajante.

Ramón se aferró a Virginia como quien se agarra a un clavo ardiendo. La correspondencia que mantuvieron no les aportaba nada bueno a los dos, más bien los destruía lenta y pausadamente. Pero él tenía necesidad de ella, como el aire que respiraba. Virginia le contó que su novio fue el primero con el que mantuvo relaciones sexuales, ya que ella llegó a compenetrar mucho con Ramón y se volcó en él para contarle hasta sus más recónditos sentimientos.

—¡Cásate conmigo! —le decía Ramón constantemente—. No ves que somos almas gemelas.

Pero Virginia siempre le respondía lo mismo:

—¡Qué cuento tienes, mira que eres cuentista!

La chica comenzó a sentirse tan atraída por la literatura que incluso inició sus primeros pinitos componiendo alguna poesía, para pasar después a los relatos y terminar en un libro de gran calado sentimental y donde Virginia vertió toda su capacidad creativa, que no era poca. Los dos aprovechaban cualquier momento para hablar, hasta el más fugaz.

—¿Sabes que estoy leyendo ahora? —le preguntó al cruzarse un día en la máquina del café.

—No sé. ¿A Gala? —le replicó en un galanteo juguetón.

Se rieron. En realidad se reía ella y su sonrisa le contagiaba, exigiéndole a él hacer lo mismo.

Un día, aprovechando un atasco de la máquina de embalar magdalenas y mientras los técnicos revisaban el trazado de la cadena de embalaje, Ramón se

adentró en el cuarto donde Virginia ejercía de recepcionista y con el pretexto de oler el perfume sobre su cuello, de un frasco que le había regalado en un arrebato de cariño, quiso besarla.

—¿Pero qué coño estás haciendo? —gritó alterada al mismo tiempo que le propinó una sonora bofetada que hizo que los técnicos y el señor Ramos se giraran para mirar hacia donde estaban ellos.

—Perdóname Virginia, ha sido un sofoco pasajero —le dijo disculpándose por su atrevimiento y sabedor de que la chica rechazaba ese tipo de arrumacos por deberse a su novio con el que casi no trataba, pero que una falsa fidelidad le impedía fijarse en otro hombre.

La vergüenza por aquel hecho se apoderó de Ramón, como la rabia se apoderó de Sierva María en la novela de Gabriel García Márquez. Y fue tal el alboroto ocasionado a raíz de su acción desmedida y poco cavilada, que no le quedó más remedio que abandonar el trabajo para evitar el linchamiento moral de todos los empleados y del dueño.

Cogió algo de ropa, dinero del ahorrado y un billete de tren hacia Zaragoza. Buscaba escapar de su pasado y enfrentarse a su presente. La repulsión de Virginia le dolió más que el rechazo a publicar sus novelas por las editoriales y más que la indiferencia de sus padres. Se había creado una falsa expectativa que se vio truncada en la fallida intentona de besarla, porque era algo que le apetecía y de haber aceptado ella aquel gesto de amor, las cosas hubieran cambiado enormemente. La hubiera querido como nadie la iba a querer, jamás.

«Más que ese *abogaducho* de poco pelo que solo la visita los fines de semana y con el que siempre discutía», se dijo Ramón.

El chico sabía, a través de las conversaciones con Virginia, que la relación con su novio no era buena. Ella siempre acababa llorando en el hombro de Ramón. Pero ese hombro solo era para llorar, esos oídos para escuchar, esa espalda para soportar, pero los labios no se podían besar. Aquellas poesías que escribió, y que pensaba le dedicaba, no eran más que eso: odas al amor imposible.

Capítulo 12

Adela regresó a Rodellar. Regresó al lugar donde murieron sus padres y pasó por la misma carretera donde se dejaron la vida aquella noche de fin de año. En la cartilla del banco llevaba más dinero del que podía contar, fruto de la venta del restaurante de Marco, el cual heredó. No era feliz, pero aún no tenía edad para pensar en el suicidio, el suicidio es cosa de viejos.

Se fue a casa de don Emilio, su pobre tío no sabía nada de ella desde hacía mucho tiempo. Cuando él la vio, la abrazó, le besó ambas mejillas y se sentó en una silla de mimbre para que sus ojos, poblados de cataratas, pudieran verla mejor. Adela nunca le había contado a nadie los andares de su vida en esos años, pero la muesca que le dejó Marco en el corazón era tan grande que a veces le costaba hablar con los demás.

Adela se volvió una chica introspectiva, taciturna y los pensamientos le llenaban el cerebro de tal forma que apenas podía conciliar el sueño. Imaginaba una vida mejor y maldecía a la muerte por ser tan despiadada y por no respetar a nadie. Esa muerte que se llevó a sus padres a deshora y a Marco cuando no debía. La chica se volvió una ermitaña solitaria y la gente del pueblo comenzó a murmurar. Los podía oír como criticaban y como chismorreaban cada vez que pasaba de largo, sin detenerse ante sus miradas inquisidoras.

—Ahí va la loca —los oía cuchichear a su paso.

Los vecinos pensaban que estaba loca y ella no hacía nada por desmentirlo. Ese silencio ante su presencia evitaba que tuviese que hablar, algo que agradecía por que había perdido las ganas de expresarse. Se escudó en la lectura. Leía y leía todas las noches antes de dormir, por las mañanas al levantarse, por las tardes después de comer. Don Emilio la miraba con pena, pero no decía nada, él siempre respetó la intimidad de su sobrina.

Al morir sus padres le dejaron, aparte de la casa de Abiego, unos terrenos en Otín; un pueblo despoblado y vacío que se había convertido en Santuario de senderistas. Un conjunto de cinco casas derruidas e inservibles. Un día, Emilio le sugirió a Adela la idea de crear un complejo rural en Otín. Le dijo que con sus dotes de cocinera y con su vista de comerciante, podían restaurar las cinco casas viejas de Otín y montar un restaurante y habilitar habitaciones para los “domingueros” de Barcelona. La idea de su tío no era monetaria, ya que el dinero no les faltaba desde que ella regresó adinerada de la costa tras la venta del restaurante de Marco. Adela no tenía ganas de nada, pero

reconocía que don Emilio hacía lo posible para animarla. Desechó el plan de su tío y le dijo que más adelante, que ahora no le apetecía.

—Ya lo hablaremos —le manifestó—. Ahora no es el momento.

Y pasó el tiempo. Y un buen día de verano le dijo su tío Emilio que había alquilado la casa de Otín, la que mejor conservada estaba. Ella no recordaba que en Otín hubiera ninguna casa bien conservada, más bien tenía en la memoria unas casas derruidas y destartaladas, pero supuso que se refería a la única que tenía huerto y la más grande de todas. Don Emilio la alquiló por poco dinero.

—La he alquilado por cuatro perras —le dijo—. El inquilino es un hombre de Barcelona, un señorito de ciudad.

Su tío estaba contento porque aunque no suponía dinero, sí suponía entretenimiento y así tendría la ocupación de cobrar el alquiler cada mes.

Aquel hombre que había alquilado la casa pretendía estar un año en Otín y cuando el tío le contó su acometimiento a su sobrina, supuso Adela que era un loco o una persona cansada de todo en busca de nuevas experiencias. Aquella historia sobre el hombre de Otín, como le llamaron entre ellos, la sacó del aburrimiento, porque desde que murió Marco, la indiferencia llenaba todos los momentos de su vida. Le chocó sobremanera que un hombre de Barcelona, al que se le suponía con dinero, a juzgar por las ropas que llevaba, según le dijo su tío, el día de conocer la casa y el poco regateo que hizo cuando conoció el precio, viniera a ese recóndito lugar con el solo propósito de estar un año sin hacer nada.

Don Emilio ayudó al forastero a instalarse. Los primeros días le llevó un hornillo para hacer comida y utensilios para limpiar la casa y le preguntó cómo haría para sobrevivir en un lugar que no había ni comida, ni agua, ni luz, ni teléfono. El hombre de Otín no supo responder.

—Ese hombre creo que no está bien de la chaveta —le dijo don Emilio a su sobrina.

El forastero le preguntó cómo se había hecho el enorme boquete que había en una de las habitaciones y cuando don Emilio le dijo que había sido a causa del granizo, aquel hombre arrugó el entrecejo, como si el arrendador le mintiera

—Los señoritos de ciudad son muy desconfiados y piensan que los lugareños les queremos engañar —le dijo don Emilio a su sobrina.

Aquel desventurado le dio tanta pena que le propuso a su sobrina para

trabajar en la casa que había alquilado y ofrecer a la chica como asistenta o sirvienta o como quisiera llamarle, muy seguro de que emplearse en casa de ese hombre sería un beneficio para ella. A Adela le pareció buena idea estar en contacto con una persona de otro mundo, venido de Barcelona, y así podía salir de su decaimiento y olvidarse de sus penas.

La primera vez que don Emilio le presentó a su sobrina al inquilino de Otín, ella se quedó estupefacta, tanto que el escritor debió pensar que la chica era una pobre idiota, a juzgar por el rostro contraído que se le dibujó en su cara.

«Pero si es Isidro Mezquita», se alegró ella para sus adentros.

Aquel señorito de ciudad no era ni más ni menos que Isidro Mezquita, el escritor más prolífico de la literatura española y cuyos libros se vendían por doquier. Ella admiraba su obra y durante su mocedad había estado profundamente enamorada de él. Aquellos libros tan profundos le habían ayudado a superar la pérdida de Marco. Y lo reconoció por la foto que figuraba en la solapa de sus libros y por los artículos que había leído en periódicos y revistas. Su aspecto era distinto, en las fotografías solía aparecer con un rostro rejuvenecido y una mirada interesante. Sin embargo la apariencia que ofrecía en Otín era más mediocre, casi indigente, a pesar de vestir con ropas caras y zapatos lustrosos. La incipiente barba y la edad le hacían parecer un abuelo más de los que pasean por las calles de los pueblos. No es que eso fuese malo, todo lo contrario, lo que ocurría es que Adela había idealizado tanto la imagen de Isidro Mezquita que le sorprendió ver que era una persona corriente, casi vulgar. Y toda esa pasión que había sentido por él mientras leía sus novelas, se había desvanecido de forma irreversible. Para ella, Isidro Mezquita, no era más que un anciano.

La convivencia con el escritor fue difícil durante los primeros días. Él se dedicaba a lo suyo, que era escribir; aunque ella no oía repiquetear su máquina, y Adela se dedicaba a lo de ella, que era comprar la comida, cocinar, limpiar, arreglar el huerto y leer por las noches. Isidro se pasaba los días en su habitación y apenas hablaba cuando comían o cuando se cruzaban en los descansos de la casa. Sentía su mirada a través de la ventana de su habitación cuando estaba en el huerto cavando y percibía sus ojos en las piernas cuando limpiaba o cocinaba. Pero no le hacía caso, ya que era un viejo, aunque famoso, y pensaba que estaba ahí por algún poderoso motivo. Imaginaba que estaría escribiendo sobre la soledad y que por eso la

experimentaba, ya que según tenía entendido, la mejor manera de escribir sobre algo es conociéndolo.

Adela no encontraba el momento de charlar con Isidro Mezquita. Ansiaba hablar con él para que le inundara con su sabiduría una persona de tan alta talla cultural. Le abochornaba pasear por la casa con el batín de abuela que llevaba puesto, con esas horribles flores en el pecho, y que Isidro viera el vello que poblaba sus brazos y piernas, pero el batín era de la madre de Adela y lo llevaba como un recuerdo. Y el vello le prometió a Marco que no se lo quitaría, y no podía deshacer una promesa hecha a un muerto. Además, pensaba que para estar sola en casa con un hombre, aunque fuese mayor, lo mejor es que no vistiera ropas llamativas que la hicieran parecer una mujer sensual y evitar que se enardeciera la lascivia del hombre de Otín.

Pasaron los días y el tío de Adela la dejó a ella a cargo del cobro del alquiler, ya que él prácticamente no venía nunca al pueblo. La chica realizaba un viaje diario hasta Rodellar para comprar comida y enseres. Cada día se desplazaba hasta el pueblo de al lado y volvía al mediodía con los canastos de la vieja bicicleta de su padre, llenos hasta arriba. El esfuerzo de pedalear por los caminos de piedras hacía que se mantuviera en una espléndida forma física y la distraía de estar todo el día encerrada en esa casa medio derruida.

En uno de los viajes compró cemento. Y con unas maderas viejas que encontró en el cobertizo, y algunas herramientas, reparó el agujero de la habitación que no usaban, previendo que alguna vez viniera alguna visita y no tuviera donde dormir. Aquel hecho causó estupor en Isidro, al que sorprendió en una ocasión mirando la reparación del techo y maravillándose de las cualidades poco usuales en una mujer de pueblo. Habían pactado un acuerdo no firmado de que ninguno entraría en la habitación de otro. Le parecía de una grosería tremenda entrar en el cuarto de Isidro cuando este no estuviera, así que la limpieza de su cuarto se la hacía él y era el único lugar de la casa donde Adela no debería acceder.

Un día que Isidro salió a pasear, y casi se perdió por los montes de alrededor, aprovechó Adela para husmear y leer algo de lo que estaba escribiendo. Se afligió cuando vio aquella vieja máquina de escribir con un papel en blanco, sin nada, y con polvo encima de la hoja, lo que era síntoma inequívoco de que llevaba así varios días.

«No está escribiendo», se dijo Adela.

Aquel prolífico e imparable escritor era incapaz de narrar nada, de plasmar

idea alguna en un folio en blanco, de florecer palabras a través de sus manos. Le dio pena, mucha pena, e imaginó la historia que había detrás. Isidro ya no era capaz de escribir, las ideas le habían abandonado y la fama tan inasequible que había alcanzado con sus anteriores libros, le hacían parecer una caricatura de sí mismo e incapaz de realizar algo a la altura de su trayectoria como escritor.

Adela recordó que había leído en una ocasión, en una revista de chismorreos, que la familia de Isidro Mezquita estaba dispersa, que tenía un hijo en Madrid al que no veían desde hacía tiempo y una hija que regentaba una tienda de ropa de hombres que apenas vendía nada. Su mujer, Marisa, había dejado de apoyar la obra de su marido, y no por que no lo amara, sino por que pensaba que con sesenta y cinco años era hora de retirarse y disfrutar de esa juventud perdida entre recepciones y firmas de libros y presentaciones y tantas cosas que hicieron de Isidro un esclavo de su obra y no quería que muriera con las botas puestas, algo digno para un pistolero del Oeste americano, pero no de un escritor de narrativa introspectiva. Y es que para Adela el inquilino de la casa de Otín era un buen hombre. Adela lo supo el día que llegó, el día que vio sus ojos, cuando le sugirió de forma explícita pero delicada que se quitara ese vello que tanto la afeaba, se dio cuenta de que no lo hacía por la pasión lujuriosa de ver su figura libre de esa pelusilla negra y antiestética, sino que se lo dijo como un padre le dice a su hija que se corte el pelo o que se deje las uñas largas. Le hablaba como el progenitor que no tuvo y le daba más dinero del pactado para comprar comida y le decía que se lo gastara en ella.

Entonces Adela se compró ropa de tenista. Le encantaba. Le gustaba vestir de forma ligera y resplandeciente y con la comodidad de unas buenas deportivas. Se depiló los pelos, faltando a una de las promesas que le hizo a Marco. Pero pensó, después de tanto tiempo, que de vivir él, hubiera aceptado el quebrantamiento de ese juramento, ya que Marco era así: moderno y bohemio. Moderno porque no hubiera aceptado el afianzamiento en promesas viejas y caducadas, y bohemio porque el italiano que tanto amó era un inconformista y un contestatario, y esa rebeldía se la llevó a la tumba pero formaba parte de él y de los recuerdos que le quedaron a Adela.

La chica se paseaba por la casa de Otín vistiendo de tenista y con los brazos y piernas depiladas. Le gustaba. Le gustaba ver como Isidro la miraba y como sus ojos resbalaban sobre sus piernas. Los hombres no se dan cuenta cuando su vista se posa en una mujer, pero ellas sí que lo saben y se percatan del

soliviantar de la inspección y distinguen si esa mirada es obscena o recatada. Y el contemplar de Isidro era decoroso, o por lo menos eso le pareció a ella.

Un buen día Adela se decidió a romper el silencio y mientras comían se dirigió al escritor. No sabía como iniciar la conversación, así que optó por preguntarle por el libro que estaba escribiendo.

—¿Cómo va el libro, Isidro?

El escritor le respondió tratándola como a una idiota boba y como si la conversación no pudiera estar a la altura de su intelecto. Ella no se ofendió, pero pensó que quizá no le había hecho la pregunta adecuada, ya que la mejor circunstancia para iniciar una conversación es preguntando y de esa forma obligar al otro a responder. Pero su respuesta fue vaga y se quedó pensando un rato como si no esperara escuchar nada de sus labios.

—Gracias por la cera.

Le dio las gracias por haberle pagado la cera, pero lo que realmente quería agradecer era el hecho de que le hubiera dicho lo del vello y obligarla a desembarazarse de los fantasmas del pasado, de los que la pelusilla de sus brazos y piernas eran parte activa.

—Estoy falto de ideas. No sé sobre qué escribir —se sinceró.

Isidro le contó que estaba falto de ideas, le manifestó que se le había secado la mente y que había viajado a un sitio como ese en busca de inspiración; aunque Adela sabía que a Otín no se viene en busca de algo, sino que se huye de algo. No quiso imaginar las poderosas razones que movían a un hombre como él y los motivos que le condujeron hasta allí, pero quiso ayudarle y para ello le indicó el lugar donde se encontraba la gárgola.

—¿Has visto la gárgola?

Esa gárgola la hizo traer su tío de una catedral en ruinas que había en Italia. Don Emilio era muy aficionado a esas cosas y en un intento de sentirse útil y de hacer algo sublime y eterno, aprovechó sus conocimientos de albañilería para decorar la ermita de Otín. Creó un retablo único en el mundo y donde se representaban siete acontecimientos bíblicos. La representación se iniciaba con la pérdida del Paraíso por parte de Adán y Eva y terminaba con la figura de una gárgola, cosas de don Emilio, que siempre había admirado esas efigies que simbolizaban animales fabulosos. Para concluir el retablo solo necesitaba una gárgola de verdad, así que compró una a unos expoliadores italianos y se la trajeron en un helicóptero que aterrizó en una explanada que allanó don Emilio para facilitar la toma de tierra. Con unas poleas la subió él solo hasta

el tejado de la ermita, con mucho cuidado de no dañar su estructura, con la intención de colocarla en el interior de la capilla y así culminar la séptima celda con una figura auténtica a su lado. La gárgola no pasaba por la puerta y era imposible agrandarla sin tener que arrancar las piedras de la pared, así que pensó que por el techo entraría más fácil, ya que el tejado estaba prácticamente demolido, e hizo un agujero del tamaño de la figura para pasarla dentro y colocarla en su sitio. Adela no le dijo nada y pensó que así estaría entretenido y se sentiría útil, algo importante cuando uno es mayor y siente la necesidad imperiosa de hacer cosas interesantes, ya que don Emilio también huía del aburrimiento.

Cuando se la señaló a Isidro, él la miró con admiración contenida y vio Adela en sus ojos cómo no se había dado cuenta de que estaba allí, y ciertamente, la frondosidad de las hierbas que cubrían la fachada de la ermita hacía que fuera costoso verla a primera vista. El escritor miró y admiró la gárgola durante un rato y pensó Adela que su tío Emilio estaría contento que una obra suya acaparara la atención de un escritor tan respetado como Isidro Mezquita.

Pocos días después, el escritor y Adela, tuvieron una conversación más profunda, más intensa. No quería que Isidro pensara que ella era tonta y no le gustaba que la tratara como a una niña. Utilizó toda su capacidad conversacional y llevaron el debate a un momento álgido en que Isidro sintió que ella le superaba. Tal fue el fragor de la dialéctica, que el viejo escritor acabó por perder las formas y la insultó utilizando su capacidad de leer como excusa.

El escritor debió sentirse muy culpable por aquello, ya que le regaló una bicicleta nueva, le dio dinero suficiente para que se comprara una Mountain Bike, una bicicleta de montaña. Adela arrojó a un barranco la vieja bicicleta y con ella también arrojó los pensamientos del pasado. Estaba dispuesta a centrarse en el futuro y olvidarse de esos viejos demonios que buscaban su infelicidad. No estaba dispuesta a dejarse amilanar por los recuerdos. Tiró la bicicleta y con ella todo lo que suponía la pérdida de sus padres y la aflicción sometida a ellos durante esos años.

Ya había roto una promesa, la de no depilarse brazos y piernas. Ahora le quedaba otra más arraigada, la de no estar con otro hombre. En un lugar como Otín era fácil no romper esa promesa, ya que el único hombre que había bien podía ser su padre, por la edad. Pero cuando regresó al pueblo con la bicicleta

nueva no creyó lo que sus ojos veían, sentado al lado de la ermita había un joven increíblemente guapo, bebiendo agua de una botella y secándose el sudor de la frente con un pañuelo. Era un senderista de los pocos que se atrevían a llegar hasta Otín. Se acercó hasta él y entablaron conversación. No sabía si es que hacía tiempo que no veía a un chico joven o la soledad del pueblo, pero aquel mozo le pareció un ángel caído del cielo. Estuvieron conversando un rato hasta que la proximidad de la hora de la comida le hizo acordarse de Isidro y le ofreció compartir mesa con ella y con su padre. Le dijo que Isidro era su padre para que la extrañeza no le hiciera marcharse de Otín. Si le contaba que compartía casa con un escritor de Barcelona y que ella hacía de sirvienta en un pueblo donde no vivía nadie y donde no existía la luz, el agua, el teléfono, ni nada por el estilo, aquel chico de rostro precioso se marcharía antes de ni siquiera entrar en la vieja y derruida casa.

Subieron hasta el salón. Y justo cuando entraron salió al paso Isidro, perfectamente afeitado y con una vestimenta acorde a la ocasión, algo que le sorprendió y le hizo pensar en que él ya esperaba que ella no llegase sola. Le presentó a Ramón como un senderista que había recogido por el camino y a Ramón le presentó a Isidro como su padre, algo que hizo fruncir el ceño del viejo escritor como si no esperase esa reacción por su parte. Pero, haciendo un llamamiento a su inteligencia, supuso que vería que era la mejor forma en que le podía presentar al desconocido.

Los tres se sentaron alrededor de la vieja mesa cubierta por un hule floreado que compró Adela, para que la mesa no pareciera una losa. Y mientras la chica cocinó, los hombres aprovecharon para charlar. Ella estaba impaciente por saber más cosas del desconocido, que no dejaba de contemplarla y detenía sus ojos en sus piernas, algo de lo que ella se daba cuenta, pero que Isidro también se había percatado; aunque a Adela no le importaba que un hombre como Ramón la mirara, lo encontraba fascinante.

Antes de llegar a la hora de las confesiones estuvieron un rato jugando al padre y la hija, y consiguieron un punto de complicidad entre Isidro y ella que hizo que Ramón se encontrara confuso, e incluso incómodo. Durante la conversación salió a flote el motivo de la estancia de Isidro en Otín, al que el senderista reconoció y que al mismo tiempo desembuchó su afán por la literatura y su esperanza de ver algún día publicado un libro suyo.

Después de comer y hablar, los tres se callaron y escucharon el sonido del atardecer de Otín, esa leve brisa que azuza las ramas de los pinos silvestres. Se quedaron mirando la mesa y el hule floreado. Se sumieron en sus propios

pensamientos. Y Adela pensó que ante ella se había sentado la misma persona en dos etapas distintas: una la del escritor joven e impetuoso amante de su labor y la otra la del escritor viejo y decrepito hastiado de todo. Para ella Ramón era el Isidro Mezquita del que se enamoró cuando era niña.

Capítulo 13

Ramón llegó a Zaragoza en pleno mes de julio, cuando el calor abrasa las piedras y el aire atraviesa los pulmones como una llamarada salida del fuego más ardiente. Buscó lo que siempre había querido encontrar: un ambiente literario. Se presentó en lugares donde se respiraban letras y donde grupos de jóvenes ávidos de cultura entablaban conversaciones sobre escritores vivos y muertos. Allí conoció a César, a Pablo, a Clara y a Luisa, y a tantos otros desventurados que le proporcionaban esa paz literaria tan largamente anhelada. El grupo leía un libro por día, y cada noche se reunían en el Café de las Artes y allí intercambiaban las impresiones de la lectura. César y Luisa, eran fieles seguidores de Gabriel García Márquez y Torcuato Luca de Tena. Mientras que Pablo, Clara y él, optaban por las novelas de Cela y Sender. En cualquier caso les gustaba todo tipo de lectura y nombraban a esos autores como una broma culta entre ellos. Así Luisa siempre decía al sentarse en el bar:

«¿Cuala? La tía *Pascuala*», aludiendo a la familia de Pascual Duarte, de Cela, libro que no le había gustado y que llegaron a enfrentarse en una riña dialéctica con Clara que defendía a capa y espada a ese autor, al que consideraba un genio.

Un día, hablando de escritores contemporáneos y haciendo un repaso mental de autores, llegaron a Isidro Mezquita, el autor de “*El aburrimiento de los obtusos*”, la primera novela que leyó Ramón de él y que le hizo cambiar su concepto de la vida. César dijo que lo había conocido personalmente y que había estado frente a él en varias ocasiones e incluso habló de que tenía un libro dedicado en exclusividad, cuando coincidió en el Día del Libro en Barcelona.

—Lástima de esos problemas que tiene —dijo.

—¿A qué problemas te refieres, César? —le preguntó Ramón, viendo que estaba muy puesto en la vida personal del novelista.

—Parece que no tiene buenas relaciones con su esposa y sus hijos y que a causa de eso se le ha secado el cerebro —dijo ante el estupor de los presentes.

—¿Qué quieres decir? ¿Está enfermo? —se adelantó Luisa a preguntar antes de que Ramón pudiese hacer la misma pregunta.

—No, nada de eso, sino que ya no tiene ideas para escribir —afirmó.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó Ramón, inquieto.

—Porque un amigo de un amigo que conoce a un amigo de su hijo, me ha dicho que se ha refugiado en un pueblo de Huesca con la intención de que le aflore alguna idea para escribir un libro —sentenció tajante.

Todos hicieron algunos comentarios despotricando de la facilidad del hijo de Isidro para criticar a su padre, en el caso de que lo que César decía fuese cierto.

Y debía serlo, porque más tarde dio detalles precisos del lugar donde se cobijaba Isidro Mezquita. De cómo llegó hasta allí. Del tiempo que pensaba permanecer y del ultimátum que le dio la editorial en caso de volver con las manos vacías.

A la mañana siguiente, con un calor que derretía el alma, Ramón salió de Zaragoza dirección a Huesca. Desde Huesca se dirigió hasta Rodellar y luego a Otín. Buscaba lo que busca todo escritor: una oportunidad para publicar. No se despidió de sus recién estrenados amigos ni creyó que eso fuese necesario, las despedidas son tristes y él solo quería recuerdos alegres.

Una vez en Rodellar, se vistió como un senderista y, tras documentarse de cómo acceder al pueblo donde Isidro agonizaba, literariamente hablando, inició la marcha hacia la conveniencia de su futuro. Quería conocer personalmente al escritor Isidro Mezquita. Pese a las críticas del abatimiento moral y la decadencia literaria de Isidro, estaba seguro de que él aún dispondría de poder suficiente como para presentarle algún editor de su confianza y que éste quisiera publicar alguna de sus novelas. Tenía treinta y cinco años y una vida por delante, y ese era un buen momento para empezar y, en caso de no poder ser, la sola idea de pensar en compartir momentos con un escritor de verdad, de los que publican libros, le producía un nerviosismo similar al de los niños en la noche de Reyes.

Pero nada más llegar a Otín, lo primero que pensó Ramón es que allí era imposible que se hubiera refugiado una persona como Isidro Mezquita. El paisaje era desolador: un puñado de casas consumidas, lamidas por la hierba, y una vieja ermita casi derruida.

Ramón se sentó en un pequeño y demolido muro de piedra y extrajo una cantimplora de agua del macuto y un plátano, mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo. Se dedicó a meditar en lo que le había llevado hasta un lugar como ese y pensar en que lo mejor que podía hacer era volver a casa, a Barcelona, y buscar trabajo de camarero o de embalador en una fábrica y abandonar los sueños y las ilusiones, que no conducían a nada, solamente a

una destrucción interna y a un derrumbe similar al que ocurría con ese pueblo.

Estaba enfrascado en sus propios pensamientos cuando de repente escuchó una voz que le sacó de la modorra:

—Buenos días —le dijo una guapa ciclista que se había parado a su lado.

—Buenos son —contestó mientras guardaba el pañuelo.

Para Ramón, aquella chica era increíblemente delgada pero de formas perfectas y agraciadas. Tenía un pelo largo y negro y una mirada extraviada que le imprimía un rostro angelical, casi infantil. A su lado llevaba una bicicleta de montaña, prácticamente nueva y en la parte trasera tenía incrustada una enorme caja de plástico, a juego con el chasis de la bicicleta, que utilizaba como si fuese un maletero, de donde sobresalía un manojito de puerros.

Los dos estuvieron charlando un buen rato, de cosas banales. Sin importancia. Pero el hecho de estar allí con ella le hizo encontrarse a gusto y olvidarse de lo que le había llevado hasta ese pueblo abandonado.

Pasado un buen rato de charla el hambre comenzó a apretarle el estómago. Adela, que es como dijo se llamaba aquella chica, le ofreció compartir mesa con ella y con su padre, que la estaba esperando para comer.

—¿Vives aquí con tu padre? —le preguntó extrañado y elevando los ojos para observar la casa que había a la espalda de la chica.

—No, pero es mejor que pienses que es mi padre el hombre que te voy a presentar.

Le explicó que estaba trabajando para un escritor falto de ideas e incomprendido, que era buena persona pero que no había tenido suerte con su familia y que había llegado a Otín a escribir un libro, pero que llevaba casi tres semanas y que solamente había conseguido poner el título.

—¿Estás hablando de Isidro Mezquita? —le preguntó.

Le dijo que sí, que se trataba de él y que le daba mucha pena.

Ramón le contó a Adela que había venido en su busca, que era su escritor preferido y que necesitaba de su ayuda para publicar alguna de sus últimas novelas escritas.

—Haremos una cosa —le dijo la chica con aire maquinador—. Te lo presentaré como a mi padre y tú fingirás que te lo crees, a cambio de eso —siguió planeando— le ayudarás con su libro.

El chico aceptó el trato, porque no era un acuerdo, ni un compromiso, era una simbiosis perfecta entre especies en extinción: Isidro era un escritor acabado y Ramón un narrador en la rampa de salida, pero sin el empuje

necesario para conseguirlo. Adela formaba parte mediadora y era la que menos tajada sacaba del trato. Ramón, gran amante del cine de los años sesenta, se acordó de la película “*Vidas rebeldes*” de John Huston y del enlace entre los tres protagonistas principales y la similitud con ellos: Isidro, era *Clark Gable*. Adela, *Marilyn Monroe* y Ramón, *Montgomery Clift*.

Ramón se fió de Adela y creyó que ella decía la verdad, al mismo tiempo que Adela se fiaba de él. Los dos se adentraron en una casa derruida y se dispusieron a subir las escaleras entre risas por la situación tan surrealista que se estaba produciendo.

Ramón desconocía si finalmente conseguiría publicar alguna novela, pero de momento había dejado de lado el aburrimiento de Barcelona y se lo estaba pasando realmente bien. El hecho de que Adela fuese una mujer preciosa, ayudaba a que se sintiera a gusto.

Capítulo 14

Habías escrito que el invierno se precipitó sobre Otín una mañana de domingo. Sin avisar, como debe ser un invierno traicionero del Pirineo. La noche del sábado fue de las más sofocantes que habíais vivido. Tanto que Adela dijo:

«Es calor de lluvia.»

Entonces llovió de forma torrencial y el cielo se convirtió en un caldo espeso y opaco.

Los tres desconocidos comenzasteis a dejar de ser extraños y os convertisteis en amigos. Por tu parte habías olvidado por completo el libro y te centraste en la convivencia con tus huéspedes, con los que mantenías conversaciones de alto calado intelectual, ya que la pasión desmedida de vosotros dos, de Ramón y de ti, por la lectura, hizo que tu intelecto luchara por sobrevivir en un mundo de profanos de la narrativa.

Fue justamente la confianza y esa incipiente amistad el motivo por el que Ramón te relató, en presencia de Adela, los motivos que le habían llevado hasta Otín. Has de reconocer que el muchacho fue valiente y se sinceró contigo, cuando podía haber mantenido su embuste todo el tiempo que hubiese querido.

Arrugaste la frente, molesto. Casi enfurecido.

—Si quieres que me vaya, me voy —te dijo con una pizca de lamento asomando por sus ojos—. No quiero que te sientas a disgusto con mi presencia —reafirmó ante la mirada contrariada de Adela, a la que le afloraron los demonios del afecto hacia vosotros dos.

Cada uno de los habitantes de Otín teníais una esquirra clavada en el corazón y el tormento se fraguó en las horas de aburrimiento y en los ratos de introspección y soledad. La lluvia acompasó vuestros pensamientos. Meditaste sobre tu esposa y sobre tus hijos y recapacitaste en el destierro voluntario al que habías sido sometido, quizá por el abandono de tu familia. Buscaste en tu interior las respuestas sobre la ausencia de Marisa, Natalia y Alejandro, los fundamentos de un abandono en momentos de angustia literaria y revocaste el reemplazo por parte de Adela y Ramón, a quienes te gustaría tener por hijos, algo que escribiste varias veces en tu diario. Te habías excluido de esa carambola de tres bandas, ya que nunca podrías mantener una relación sentimental con Adela. Y Adela, por su parte, había perdido la atracción

romántica hacia ti, al que reemplazó por Ramón. Que era como tú, pero en joven.

El tartamudeo de la sobrina de don Emilio había desaparecido de forma definitiva y en su lugar se manifestó una verbosidad extrema, fruto de la familiaridad adquirida con vosotros dos. Para Adela, Ramón era un excelente creador literario, hecho comprobado personalmente por los relatos que había leído y que él le dejó sin ningún reparo. Ambos habían desarrollado un apego que bien podía llamarse cariño y pasaron muchas horas juntos, charlando y riendo. Te acostumbraste a su presencia.

Ramón se había ofrecido para la tarea de ir a Rodellar y propuso ser encargado en exclusividad de las compras. Pero el feminismo había llegado a Otín y Adela no quiso de ninguna manera que la tarea más pesada recayera en una sola persona. Fue por ese motivo que la ocupación de comprar en Rodellar se la repartieron a partes iguales entre Adela y Ramón, así un día iba él a comprar y al otro iba ella.

Con las primeras lluvias llegó la evidencia de que a la casa le faltaban arreglos y mejoras. Las gotas de agua se convirtieron en chorros e inundaron todas las habitaciones. Solo la cocina se salvó del estrago y fue porque meses antes de llegar tú, don Emilio se encargó de reparar el tejado limítrofe y tapar cuantos agujeros había, aprovechando las sobras del retablo de la ermita.

Un desgraciado día cayó un chorro de agua del tamaño de cinco alfileres juntos y percutió de forma incesante sobre la máquina de escribir Underwood. El chisporroteo ininterrumpido consiguió destrozar el papel justo a la altura del título de la novela, dejando una mancha negra e ilegible, lo que calificaste de mal agujero, y es que el encierro de Otín estaba produciendo sensaciones catastróficas en ti y comenzaste a pensar que quizá se habían aliado los dioses del infortunio en tu contra. Fue tal el alarido que te produjo la imagen de la infamia en el papel, que todos los inquilinos de la casa hicieron acto de presencia en tu habitación, saltándose la norma no escrita de respetar los aposentos privados.

—No te preocupes, Isidro —te dijo Adela—. Solo era un título, mañana empezarás otro libro y lo harás con más fuerza.

Pero tus ojos estaban metidos hacia adentro y tus orejas no hicieron el menor gesto de haberla escuchado. Ramón te puso la mano en el hombro y te dijo:

«Tómalo como una señal. Pon otro título distinto y empieza un nuevo libro.»

Entonces te sentaste ante la máquina y no la moviste ni un ápice, ni siquiera hiciste el gesto, por lo que el hilo de agua seguía cayendo encima del machacado título, hasta el punto de mojar todo el folio. Seguías aporreando las teclas y éstas rompían el papel. Pero no te detuviste. Adela y Ramón te miraron absortos y vieron en ti síntomas de locura, probablemente transitoria.

Finalmente caíste sobre el suelo con tan mala fortuna que te fuiste a descantonar la cabeza con un maletín de plástico donde guardabas más folios.

—¡Isidro! —gritó Ramón.

Un reguero de sangre surgía de tu cabeza y se desparramaba por la cara.

—Se ha abierto la cabeza —gritó Adela.

Entre los dos te subieron a la cama. Ramón, más fuerte que la chica, se quedó contigo, mientras Adela se marchó con su bicicleta a buscar ayuda al pueblo de al lado, a pesar del tremendo chaparrón que convirtió el camino en intransitable.

El primero en el que pensó en acudir fue al doctor de Rodellar, un viejo jubilado que hacía décadas que no ejercía la medicina. Pero no le pareció adecuado para atenderte. Finalmente optó por buscar a su tío don Emilio, cuya vejez le permitía ser ducho en muchas materias, una de ellas los primeros auxilios. Adela sabía que los abuelos que viven solos se las arreglan muy bien con los botiquines; la necesidad había producido en ellos una sabiduría precisa.

Mientras, en Otín, Ramón te limpiaba la herida de la cabeza con un trapo de cocina humedecido.

—Buen golpe te has dado —lamentó en voz alta.

Tú lo miraste desvalido, como si no lo reconocieras. Durante la convalecencia esperando a que llegara ayuda de Rodellar, por tu consciencia pasaron momentos de tu vida y, habías escrito días después, viste la muerte próxima. Pero creo que no te importó, o al menos no mencionaste que te hubiera preocupado el hecho de que tu hora estuviera cerca. Ramón no se separó de tu lado ni un instante, y constantemente te limpiaba la herida con paños que mojaba en agua. El agua se había convertido en una neurosis extrema, ya que desconocías de dónde salía. Adela transportaba garrafas, treinta litros como mucho en cada viaje, pero vosotros tres gastabais mucha más agua de la que había en la despensa. Lo del agua también ha sido una constante en las anotaciones de tu diario.

Don Emilio llegó a Otín en el viejo Citroën *Ami 6*, el que compró a unos franceses que visitaron Abiego y del que se enamoró nada más verlo aparcado en la calle. La bicicleta de Adela la habían guardado en el maletero del coche y la chica viajó sentada en el asiento trasero, delante iba un amigo del pueblo, Tadeo, que le hacía las veces de Lazarillo a don Emilio, ya que la vista le jugaba malas pasadas y las cataratas le entelaron el ojo hasta el punto de no ver cuando el sol que seguía a la lluvia golpeaba los cristales del coche.

La llegada en coche a Otín era dificultosa, especialmente con el camino segmentado de barro húmedo, pero el viejo Citroën era capaz de tal hazaña, incluso cuando coches más modernos y potentes abandonaban a medio camino.

Don Emilio portaba un maletín de metal en el que almacenaba todo lo necesario para una primera cura de urgencia. Subió las escaleras con la ayuda de Ramón, al que no conocía aún.

—Hola, soy Ramón —intentó presentarse el chico, extendiendo la mano para saludar.

—Y yo Emilio —habló deprisa—. No hay tiempo para presentaciones —dijo sin dejar de subir peldaños hacia la planta de arriba.

Llegaron a la habitación, donde reposabas malherido, con la certeza de que las cosas no iban bien. En el trayecto hasta la casa, desde donde aparcó el coche don Emilio, se había detenido delante de una piedra y la levantó con el pie, buscando en el hueco la presencia de algún ser vivo, gusanos o algo de ese estilo, pero no había nada:

—Mal asunto —lamentó chasqueando los labios.

Adela sabía de las supersticiones de su tío y del hecho de que no encontrar nada vivo debajo de una piedra, en el camino hacia el lecho del enfermo, era señal inequívoca de la pronta llegada de la muerte.

Don Emilio entró en tu habitación y ordenó que le dejaran a solas contigo. Los tres acompañantes: Adela, Ramón y Tadeo salieron al salón y Ramón clavó las rodillas en el suelo, ante el estupor de los demás, y se puso a rezar.

—Pero... ¿eres católico? —le preguntó Adela, que lo tenía por un completo agnóstico.

—No, pero no se me ocurre otra cosa para ayudar a Isidro —replicó.

Don Tadeo, un abuelo menudo y de tez sonrosada, miró a Ramón con inquina.

—Rezar no va a ayudarlo —cuestionó.

Salió don Emilio de la habitación y, fingiendo una normalidad forzada, les mandó:

—¡Traed un poco de agua caliente!

Adela corrió hacia la cocina y calentó en el hornillo un cazo de agua, que para tu sorpresa no tardó ni medio minuto en hervir, y cuya constancia dejaste escrita en tu diario. En cuanto estuvo disponible lo llevó de inmediato hasta tu habitación. En el trayecto tuvo que tener cuidado de no tropezar con el gato Rufus que se enredaba entre sus piernas reclamando su cuenco de comida.

—Ahora no, Rufus —le dijo—. Luego te pongo comida.

Don Emilio volvió a salir de la habitación por enésima vez. Y dijo:

—¡Traed agua fría! La fiebre se lo está comiendo —chilló.

Y Adela corrió entonces hacia la despensa y trajo una garrafa de agua, mientras Ramón seguía arrodillado rezando y Tadeo balanceaba la cabeza de un lado hacia otro, como si todo aquella parafernalia de movimientos rápidos de un lugar hacia otro de la planta de arriba de la casa no sirviera de nada.

Luego asomó la cabeza don Emilio, con los ojos mojados en lágrimas y dijo:

—Seguid rezando, pero hacedlo en la dirección de la gárgola.

Y los dos, Adela y Ramón, se pusieron entonces a rezar de rodillas, al pie de la ventana del salón donde se veía a la gárgola sobre la ermita. Don Tadeo, nada creyente y enemigo de plegarias, miraba impasible la escena y abrió la puerta de la habitación de Isidro para que la muerte campara a sus anchas, según comentó en voz alta.

—Se nos va —dijo don Emilio.

Un rayo de invierno cayó sobre la hierba que escalaba la fachada de la ermita y el cielo se ennegreció, como si el día del juicio final estuviese próximo. Fue tal el estruendo de la tormenta que hasta Tadeo se arrodilló pidiendo clemencia al instigador de aquel rugir del cielo.

—Hay que joderse —maldijo—. La muerte me va a encontrar aquí.

Don Emilio recordó que Otín aún no tenía cementerio. Y pensó:

«Uno no es de un sitio hasta que no entierra a alguien.»

A su manera todos rezaban por algún poderoso motivo. Ramón rezaba por la pérdida de su última posibilidad de publicar un libro. Adela por la pérdida de un padre, que era la consideración que tenía hacia ti. Don Emilio por el alquiler de cada mes. Y don Tadeo para que te murieras pronto y así poder irse todos a casa. Recuerdo que cuando anotaste ese sentimiento de Tadeo hacia ti no lo hiciste con enojo, ya que el viejo Tadeo era ante todo un pragmático.

Mientras tanto, y en medio del bullicio de la casa, tú agonizabas y contigo se iba toda una vida de literatura y sueños.

«Tengo miedo de no terminar el libro», gemiste.

La muerte entró por la puerta de la planta inferior de la casa. Don Emilio lo supo cuando escuchó golpear la aldaba sin que hubiera nadie al otro lado, algo que comprobó asomándose por la ventana que daba a la ermita. Se oyeron tres golpes en las paredes del recibidor. Aún así ellos siguieron rezando y el cielo se tornó tan lóbrego que amenazó que de un momento a otro llovería barro y todo Otín se llenaría de lodo. Pese a que yacías al borde de la inconsciencia podías oír las oraciones provenientes del salón de la casa y lamentaste para tus adentros que después de una vida plagada de éxitos y riqueza, terminarás tus días en una casa abandonada, derruida y con cuatro desventurados clamando al cielo por tu alma.

Ramón cambió la intención de su rezo y pidió que no murieras, pero no por la publicación de sus novelas, lo pidió por que creyó que una persona como tú no debías acabar tus días así de la forma que lo estabas haciendo.

El efecto dominó contagió a los demás compañeros de oración y Adela suplicó a la gárgola que la muerte no se te llevara, ya había presenciado en demasiadas ocasiones como la muerte se llevó a seres queridos y creyó que repetir la empresa era injusto; aunque ella sabía que la muerte no entendía de justicias. Don Emilio reclamó que el inquilino se quedara, porque después de tantos años de soledad te había cogido cariño y prometió que si no morías no te volvería a cobrar el alquiler por la casa; aunque todos sabemos que las promesas hechas a divinidades nunca suelen cumplirse. Tadeo solamente rezaba para que no muriera nadie en Otín, ya no quería que se inaugurara un cementerio que aún no existía.

De repente, la lluvia de barro atizó con fuerza y unos grumos del tamaño de un puño golpearon a la gárgola con tanto vigor que se desplazó por la cubierta de la ermita y fue a caer por el agujero que perforó don Emilio para subirla al tejado, posándose de inmediato, y como por arte de la casualidad, sobre el hueco hecho para ella al final del retablo, según pudieron distinguir a través de uno de los ventanales de la ermita.

Todos los habitantes de la casa enmudecieron ante lo que estaban presenciando. El silencio fue roto por don Tadeo, que dijo:

—Hay que joderse. En mi vida había visto una cosa igual.

Tal fue el absorto que les produjo el rápido desvanecimiento de las nubes y como la gárgola fue engullida por la ermita, que no se dieron cuenta de que tú

solicitabas agua desde la cama, sentado en ella, como si de una aparición se tratara y reclamando la atención perdida durante la tormenta de barro. Tu cabeza cubierta de vendas te hacías parecer una caricatura de ti mismo. Cuando lo leí te imaginé como a un tullido de la Primera Guerra Mundial.

—¡Agua! ¡Agua! —gritabas con todas tus fuerzas.

Adela agarró la mano de Ramón y buscó en ella la fuerza de la cordura. Don Emilio se puso en pie y te gritó para que te recostaras en la cama, no fuera que la muerte estuviera jugando contigo y te dotara de los últimos movimientos, igual que le ocurre a los peces antes de morir.

—Acuéstese —te ordenó—. No sea que se vuelva a caer y se abra la cabeza de nuevo.

Don Tadeo sacó un cigarro sin boquilla y se lo puso en la boca mientras sus ojos quedaban clavados en el agujero del techo de la ermita y en los surcos dejados por la gárgola en el trayecto.

—No es una gárgola —dijo—. Es un basilisco. No lo miréis —advirtió—, os fundirá con la mirada.

La lluvia de barro se detuvo y el cielo recuperó el color azul claro del Pirineo aragonés. Todo recuperó la normalidad, excepto la gárgola que se había ubicado en el interior de la ermita. Los habitantes de la casa hicieron pacto de silencio y los cinco jurasteis no contar a nadie lo que habíais visto.

Escribiste sobre eso:

—No lo contaré porque nadie me creerá y pensarán que estoy loco.

Adela y Ramón, dijeron:

—No lo contaremos, por que nadie nos creerá.

Don Emilio dijo:

—No lo contaré porque Otín se llenará de curiosos y la ermita perderá la tranquilidad conseguida durante años de soledad.

Don Tadeo calló mientras saboreaba el cigarro en sus labios y lanzaba flechas de humo por la nariz.

Después de ese día, el aburrimiento abandonó por completo vuestras vidas. Don Emilio decidió trasladarse a vivir a la casa de Otín contigo, su sobrina y Ramón. No quería tu arrendador dejaros solos después de lo ocurrido con la gárgola. Tú te centraste en tu libro y comenzaste a escribir sobre las cosas que ocurrían en Otín. Escribiste sobre cómo conociste a Adela, de cómo Ramón se enteró de tu destierro literario y quiso venir a conocerte, de cómo la muerte te

rondó y no fue capaz de llevarte con ella y, sobre todo, escribiste del misterio de la gárgola y cómo se introdujo ella sola en el interior de la ermita, sin que nadie la ayudara a hacerlo.

Ramón y Adela siguieron haciendo viajes a Rodellar para llenar la despensa. Mientras don Emilio rescató las nociones de albañilería, aún no olvidadas, y construyó en la casa una cocina nueva y un cuarto de baño completo, del que carecía hasta entonces. Desde ese día ya no fue necesario llenar los orinales y salir a hacer las necesidades al agujero del huerto. Pero tu curiosidad se incrementaba día a día de forma preocupante. Era una certeza que don Emilio había reformado la cocina y el baño, pero en ningún momento lo viste traer herramientas, ni cemento, ni subir por las escaleras las piezas del baño, como el bidé, la ducha o el inodoro. Mención aparte la gran cantidad de agua que necesitaba para la obra, mortero o limpieza de los utensilios. Pero al ser tantos habitantes en la casa decidiste despreocuparte, ya que el mantenimiento no era tu obligación. Tu obligación, por si se te olvidó, era la de escribir la novela.

Durante las mañanas se escuchaba el repiqueteo incesante de la vieja Underwood, los chasquidos de la paleta de don Emilio, el timbre de la bicicleta y el fragor de las ollas de Adela que cocinaba los más exquisitos platos para todos los habitantes de la casa. Rufus recorría de un lado para otro el huerto, en lo que era su media hora de locura diaria. Al mediodía os sentabais todos alrededor de la mesa de la planta superior y comíais durante casi dos horas, saboreando los banquetes de Adela. Luego charlabais de forma animada, mientras don Emilio se quedaba frito en el diván que había al lado de la ventana. Finalmente os retirabais: tú a tu habitación, ante la llamada de la siesta, y los dos jóvenes de la casa se introducían en el lecho de Adela y se amaban hasta que el sol se ocultaba detrás de la ermita y el repiqueteo de la máquina de escribir los desvelaba de su pasión.

Adela había roto las dos únicas promesas que le hizo a Marco: quitarse el vello de brazos y piernas y amar a otro hombre. Ramón se había convertido en la persona que más quería en el mundo y por las noches, cuando los hombres os sentabais alrededor de la mesa y charlabais de aspectos de la vida, de los que don Emilio tenía mucho que enseñar, tú mucho que profundizar y Ramón mucho que aprender, entonces Adela se introducía en la ermita y, sin que nadie la viera, rezaba a la gárgola para que la muerte no viniera a buscar a Ramón.

Capítulo 15

Llegó el mes de octubre y la lluvia dejó paso al frío que recorrió Otín, haciendo que los días fuesen más cortos.

Don Emilio dijo un día:

—Me parece que es una tontería pedalear hasta Rodellar para comprar enseres, cuando se puede usar el Citroën para llegar más lejos, como puede ser Alquézar o incluso Huesca.

El problema estaba en que don Emilio no podía conducir porque las cataratas habían devorado sus ojos por completo y pese a la insistencia para que se operara, por parte de los huéspedes de la casa, él siempre respondía lo mismo:

—No me opero porque no me da la gana.

Una respuesta muy característica del tío de Adela y que encerraba el miedo que don Emilio tenía al quirófano; aunque no quisiera reconocerlo.

Por su parte, Adela no tenía carné. Y tú rehusaste salir de Otín hasta que hubiera pasado el año prometido y el libro estuviera terminado. No comprendí por qué habías añadido ese condicionante a tu retiro, el de no moverte del pueblo, pero supongo que pensaste que si lo hacías entonces sería una clausura a medias. Así que, por descarte, Ramón era el único que tenía carné y podía conducir el viejo Citroën de don Emilio.

En el primer viaje que hizo a Huesca, Ramón llenó el maletero y los asientos traseros del coche. Trajo enseres suficientes para una semana y también compró madera y postes para hacer letreros de advertencia. Los tres meses transcurridos y el ir y venir diario de Adela al pueblo, había despertado los recelos de los vecinos de Rodellar y más de uno se preguntaba qué era lo que estaba ocurriendo en Otín. Así que Ramón se encargó de pintar unos carteles enormes en los que se advertía del peligro de animales peligrosos sueltos, de que había un campo de tiro para militares, de la presencia de pozos inseguros, de nidos de avispas y de cuantos avisos se le ocurrieron para que nadie disturbara la paz de Otín.

Para entonces también hacía viajes frecuentes a la farmacia en busca de ungüentos y friegas para ti, que de tanto escribir se te estaban quedando inmóviles las manos y cada vez golpeabas con más torpeza las teclas. Don Emilio te había dicho:

«*Todo es culpa de la artritis y de la artrosis*», sin saber que eran cosas

distintas.

Pero debiste cogerle cariño a ese hombre, ya que nunca hallé ninguna nota en tu diario que hiciese referencia a su incultura o que te mofaras de él por esas reflexiones que esgrimía de forma continua o por su egoísmo o por que te siguiera cobrando el alquiler de la casa a pesar de disfrutar de tu hospitalidad.

Un día fueron a comprar Adela y Ramón juntos. A los dos jóvenes les apetecía dedicar una jornada a visitar Huesca y llenar el coche de enseres y alimentos. Adela dejó preparada la comida para que su tío y tú no tuvierais que hacer nada. Os dejó platos fríos para que no necesitarais calentar el hornillo y que la poca visión de su tío y tu torpeza manual no hicieran un desaguizado en la cocina.

Los dos llegaron a la ciudad al punto del almuerzo y decidieron comer en un restaurante antes de iniciar el periplo por la zona comercial y abastecerse de lo necesario para que el viaje fuese provechoso. El restaurante estaba delante de la estación de tren y los dos convinieron en lo romántico del ágape, ya que las estaciones de ferrocarril y los trenes estaban dotados de un carisma romántico y embriagador. Pidieron un menú y tras comer en un tiempo prudente salieron en busca de una farmacia de guardia. Adela quería comprar gotas para los ojos de su tío y un preparado a base de calcio para tu artritis. Pero la farmacia estaba colapsada y la gente se atiborraba en la cola esperando el turno para comprar. La falta de aparcamiento hizo que Ramón se quedara en el coche, aparcado en doble fila, y Adela entrara sola a la farmacia.

Y quiso la mala fortuna que pasara por delante del Citroën una patrulla de la policía nacional y el agente copiloto se fijó en el vetusto coche. Le llamó la atención la ausencia de la tarjeta donde figuraba la Inspección Técnica de Vehículos obligatoria y el deterioro que mostraba el vehículo. Los agentes estacionaron en la parte trasera y consultaron la matrícula por informática, contestando el operador que el coche figuraba como sustraído. Y es que cuando lo compró don Emilio a los franceses, no pensó en quitar ante la Guardia Civil una denuncia de robo que pesaba sobre el coche, encontrándose señalado en la base de datos de la policía como pendiente de recuperar por parte de su legítimo dueño.

Adela ya había terminado de comprar las gotas para los ojos y el calcio para los huesos, y salió dispuesta a sentarse en el coche de su novio, pero el aspecto que ofrecía tan delgada, con los ojos extraviados y la piel tostada por

el sol de la montaña, unido al hipotético robo del coche, hizo que los agentes los encañonaran con sus pistolas y les hicieran echarse al suelo. Los dos obedecieron de inmediato mientras los policías les inmovilizaban las manos y les comunicaban en voz alta los motivos de la detención.

—Detenidos por robar un coche —resumieron.

Fueron llevados a la comisaría de policía y los metieron en los calabozos, advirtiéndoles de que estarían, por lo menos, dos días, ya que necesitaban tiempo para saber si el robo del coche era cierto y por qué visitaban la farmacia tan a menudo, ya que la empleada dijo a los agentes que el chico del Citroën no era la primera vez que iba a comprar allí.

—A ese lo he visto muchas veces por aquí —afirmó a los agentes—. Y nunca me gustó su aspecto —añadió de forma gratuita.

Los introdujeron en dos celdas separados, a pesar de pedir estar juntos, y les indicaron que se estuvieran callados hasta la hora de la cena, que sería a las nueve de la noche.

—Ni una palabra —les indicó uno de los policías.

Los dos lloraban en sus mazmorras. Lloraban preocupados por don Emilio y por ti y porque sabían que vosotros os inquietaríais cuando no los vierais regresar.

Pasado un rato, un policía de ojos tristes y mirada perturbada, con unas gafas de esquizofrénico y el aspecto deforme y desgastado, les abrió la celda:

—¡A cenar! —gritó blandiendo una porra en la mano.

Quitó el pestillo de las dos puertas de hierro y se interpuso entre los dos jóvenes, no quería que hablaran entre ellos. Les indicó dónde había unos bocadillos de pan seco y aceite rancio y rellenos de mortadela mustia.

—Ahí —dijo con desdén, mientras señalaba a una mesa de madera.

Adela no comió. Ramón tampoco.

—¿Queréis fumar? —les preguntó el agente mientras la órbita de sus ojos se contraía hacia dentro e iniciaba la transformación del rostro.— ¡Pero qué coño pasa! —gritó martilleando la mesa con su mano derecha, ante el estupor de Ramón y Adela, que no comprendían lo que estaba ocurriendo.— Como me compliquéis la existencia os mato —dijo esgrimiendo la porra bien alta y balanceándola delante de ellos.

Adela miró el rostro de Ramón en busca de respuestas y Ramón perforó el rostro del policía en busca de su locura.

—No me mires así que te mato —le dijo aquel policía, lleno de ira.

Ramón había pasado tantos días refugiado en Otín que había olvidado la

amargura que existe en las gentes de la ciudad y lo infelices que son los que no tienen metas. Pensaba que aquel chalado volcaba su odio y su infelicidad en los detenidos que custodiaba y sintió pena por él, pero también sintió pena por Adela, que estaba allí de forma injusta.

—Manuel, déjelos ya —dijo otro policía al entrar en el calabozo.

La presencia de aquel segundo policía hizo que el desquiciado abandonara su postura y los ojos se le volvieran a colocar en las cuencas. La oscuridad llenó la celda y los dos jóvenes fueron enterrados vivos mientras las luces de los calabozos se apagaban ordenadamente, como lo hacían las farolas al paso de las procesiones de Semana Santa.

Y pasaron dos días hasta que se aclaró el entuerto y se supo que Adela era una joven de Abiego, según figuraba en su partida de nacimiento, y que Ramón era un muchacho de Barcelona al que sus padres habían denunciado hacía años, siendo menor, como persona desaparecida, pero el hecho de ser mayor de edad le quitaba vigor al requerimiento. El coche quedó en custodia en el depósito municipal, al no poder comprobarse la titularidad del mismo y ellos se fueron de Huesca en un taxi que les dejó en Rodellar y desde allí llegaron hasta Otín, caminando.

La llegada a Otín fue terrible para los dos jóvenes: don Emilio se había caído por las escaleras a causa de la falta de visión y la poca luz de la casa. Y tú te habías herniado al tratar de ayudarlo. Y mientras al tío de Adela le asomaba la clavícula por el hombro, a ti te asomaba un bulto del tamaño de una nuez por el abdomen. Los dos jóvenes os ayudaron a subir las escaleras y os echaron sobre vuestras respectivas camas. Adela llenó un cuenco de pollo deshuesado que sirvió de inmediato al gato Rufus, para que dejara de maullar reclamando su comida. Después cogió la bicicleta de montaña y se fue a Rodellar en busca de ayuda, mientras que Ramón os tranquilizó y limpió vuestras heridas con paños de agua fría.

Adela volvió a pedir auxilio a don Tadeo, el amigo de don Emilio, pero este informado de lo ocurrido le dijo que tendrían que llamar al médico.

—El asunto es grave —aseguró.

Don Patricio era un doctor jubilado hacía dos décadas y que hubo una época que ejerció la medicina con prontitud y acierto, pero que tiempo después, por culpa de sus temblorosas manos, no se veía capaz ni siquiera de sostener el palo de madera para observar las amígdalas de los pacientes, de cerca. Con

ochenta y cinco años y el Párkinson impidiendo cada una de sus acciones, don Patricio y la sobrina de don Emilio se subieron en el coche de don Tadeo, un excelente todoterreno que se compró por gula de montaña, y se dirigieron sin tiempo que perder a Otín.

El galeno llegó sin la dentadura postiza, que se le cayó en el trayecto, a causa del camino pedregoso y de las dotes poco habilidosas con el volante de don Tadeo, que confundía las piedras con barro y pasaba por encima de ellas convencido de que se desharían bajo las ruedas del coche.

Una vez en Otín, subieron hasta la casa ayudados por Ramón y Adela.

Primero fueron a ver a don Emilio, que era el que más prisa corría.

—Don Emilio, cuánto tiempo —saludó el médico, sin perder la cortesía.

—Menos presentaciones y más cura —protestó don Tadeo que sufría por el desaliento de su amigo.

Don Patricio extrajo de su maletín herramientas más propias de un herrero que de un médico, pero los presentes no quisieron distraerlo y no hablaron. Con habilidad certera, inyectó morfina en el brazo de su amigo, para evitar un sufrimiento innecesario a quien tanto había aguantado en la vida. Con la misma habilidad, pero esta vez de carnicero, cortó carne y hueso del hombro de don Emilio, y se dispuso a recomponer la clavícula como si fuese un rompecabezas. Ramón, menos campestre, salió fuera, pero Adela aguantó las salpicaduras de sangre, como si de agua de mayo se tratara. Aprovechando la morfina, y abanderando el dicho de matar dos pájaros de un tiro, operó las cataratas del paciente introduciendo una aguja en el ojo y aspirando a través de un orificio, escupiendo de inmediato la tela que impedía la visión de don Emilio. Repitió la proeza en el otro ojo y dijo:

—Desde que inventó este utensilio el doctor Galeno —dijo refiriéndose al médico de la Legión Romana—, no hay nada mejor para las cataratas. Ni láser ni pollas —concluyó.

Luego se acercó a tu lecho, donde la muerte se fue de vacío en una ocasión, y con la misma jeringuilla de morfina inyectó una dosis en tu vientre y recortó con un bisturí viejo, pero perfectamente desinfectado, el bulto que tanto dolor te producía. Sacó de su maletín un tarro de barro cocido y con una espátula de madera untó en tus manos un ungüento terriblemente oloroso y pestilente.

«Aquí niña», le dijo a Adela que miraba calmada las acciones del médico. «Coge un poco más de este remedio casero y reboza bien las manos de este hombre. Eso será suficiente para frenar la artrosis, aunque no para erradicarla; eso es imposible», dijo mientras le preguntaba a don Emilio si se encontraba

mejor ahora que la morfina dejaba de corretear por sus venas.

Tú mirabas absorto la actividad de aquel hombre, sabedor de que estabas en buenas manos. Porque aunque hacía cosas increíbles, es cierto que imprimía aplomo en cada uno de sus movimientos, lo que los dotaba de la confianza necesaria para que no protestaras, ni desconfiases de su pericia.

Después de ese día, don Patricio quedó prendado de Otín. Le gustó la casa, la ermita, la gárgola, la soledad y el reencuentro con la naturaleza más salvaje. Le impresionó la comida de Adela, tu inteligencia, la amistad de don Emilio y el pragmatismo de don Tadeo. Y se quedó. Os quedasteis todos en el paraíso y aprovechasteis el todoterreno de Tadeo para ir a comprar a Huesca, dos veces por semana eran suficientes, y en ocasiones hasta con una vez bastaba. Os quitasteis los dones y os llamasteis por los nombres, a secas: Isidro, Adela, Ramón, Emilio, Tadeo y Patricio. Participasteis de la vida en comunidad y de la distribución de tareas, mientras que todos veíais cómo el aburrimiento se alejaba del recién creado pueblo.

Pero para ti había cada vez más misterios difíciles de interpretar, como era el de la luz.

«¿De dónde viene la luz?», te habías preguntado en varias ocasiones.

La casa tenía cada vez más iluminación por todas partes y era raro entrar en una habitación y que estuviera a oscuras. Otro misterio que te acuciaba era el tiempo que dedicaba Rufus a corretear por la planta de arriba de un lado hacia otro. Adela te explicó que consistía en la *media hora loca* que tienen todos los gatos, al menos una vez al día; aunque podían ser más. Reflexionaste sobre eso y en el parecido de los animales con los seres humanos.

«*Todo el mundo debería tener derecho a media hora de locura al día*», anotaste en tu diario.

Capítulo 16

Una tarde del mes de octubre, cuando el primer frío del invierno asoló Otín, coincidisteis en el salón de la casa los cinco hombres. Tú te habías sentado en una mecedora que había al lado de la ventana, desde donde se podía observar la ermita. Mientras que Tadeo, Patricio, Emilio y Ramón se sentaron alrededor de la mesa con el hule floreado, justo debajo de la única bombilla que alumbraba la estancia.

Escribiste que te habías quedado ensimismado mirando la luz que provenía del techo.

—¿De dónde viene la corriente? —te preguntaste en voz baja.

—Antes, cuando la guerra —dijo don Emilio—, las casas no tenían luz, ni agua, ni teléfono, ni televisión.

—Pero sí que tenían radio —añadió Patricio.

—Cierto —corroboró don Emilio—. Las casas siempre han tenido radio.

Tú suspiraste al acordarte de que hacía varias semanas que no veías la televisión. Te gustaba sobre todo el telediario del mediodía.

—Esas chicas son muy guapas —dijo Patricio como si te hubiera leído el pensamiento, ya que tú habías pensado lo mismo.

—¿Perdón? —le preguntaste.

—Digo, que esas chicas del telediario son muy guapas las “jodías”.

Los cinco hombres os reísteis.

—¿Estuviste en la guerra? —le preguntó Ramón a don Emilio, mientras miraba de reojo a Adela que estaba entre los fogones de la cocina.

—La guerra, la guerra... —resopló—. Maldita guerra. Sí que estuve, vaya si estuve. En la batalla del Ebro, ni más ni menos.

Mientras hablaba lo miraste con aire nostálgico.

—Mi padre siempre me habló de esa batalla.

—Fue la más terrible —dijo don Emilio—. Allí luchamos hermanos contra hermanos.

—¿En qué bando estabas tú? —le preguntó Ramón.

—No había bandos —replicó don Emilio—. Los bandos los hacía el río. Si estabas a un lado eras republicano. Y si estabas en el otro eras fascista.

—Así de sencillo —anotó Ramón.

—Así de sencillo —replicaron Emilio, Patricio y Tadeo al mismo tiempo.

—¿Estuviste en la guerra? —te preguntó Ramón.

Tú posaste los ojos sobre la ermita. Distes la sensación de que la pregunta te

había incomodado.

—No, no estuve. Cuando terminó la guerra yo tenía nueve años —aclaraste.

—No todos estuvieron en la guerra —dijo Patricio—. Yo tampoco estuve.

—Supongo que los menores de edad, las mujeres y los profesionales no estarían. Me refiero a que durante la guerra había zapateros, médicos, camareros, tenderos... —dijo Ramón.

—Estos jóvenes —lamentó Tadeo—. Explicarle la guerra a un joven de ahora es como tratar de explicarle el color verde a un ciego de nacimiento. No se puede explicar lo inexplicable.

—Las guerras son un sinsentido —dijo Emilio—. Todas las guerras, todas. Pero la guerra civil española fue el sinsentido más grande que habrá jamás. Nunca he pasado tanto frío, hambre y miedo. Mucho miedo. Es horrible vivir con miedo.

—Los jóvenes de ahora tenéis mucha suerte —dijo Tadeo mirando a Ramón y a Adela—. Vivís en un mundo amable y próspero, de gentes cultas.

—Sí, la guerra es fruto de la incultura —siguió hablando Patricio—. No te has dado cuenta de esos países de África que están siempre en guerra. La incultura es la que les hace luchar.

—¿Y los americanos? —interrumpió Ramón—. A ellos también les gusta la guerra.

—Los americanos son unos críos. Son infantiles. ¿No has visto esa lucha que tienen, la lucha libre?

—*Pressing Catch* —dijo Ramón.

—Sí, como se llame. El *Pesing* ese es una aberración infantil de los americanos. ¿No te has dado cuenta de que no se hacen daño de verdad?

—Pero eso es deporte —contravino Ramón.

—Deporte, deporte... ¡qué coño! —dijo Tadeo—. El deporte es el boxeo.

—Creo que estáis mezclando dos temas distintos —interrumpiste en un intento de apaciguar los ánimos—. La guerra y el deporte no es lo mismo.

—Los americanos tratan la guerra y el deporte igual —dijo Patricio—. Para ellos es lo mismo. Es un juego de niños.

—El juego de la guerra —formuló Emilio.

—Así es. Envían sus buques y sus aviones a países donde ellos no tienen nada que ver, como si fuese un juego.

—¿El petróleo? —preguntó Ramón.

—Ahí le has dado amigo. El petróleo es el dinero. Los americanos participan en guerras donde hay dinero.

—Son los garantes del mundo —defendió Ramón—. Si no fuese por ellos, esos países de los que hablas se harían los dueños del mundo.

—Volvemos al punto de partida —dijo Emilio—. Si llevaran cultura a esos países, habría menos guerras. La cultura ataja la guerra.

—¿Queréis café? —preguntó Adela desde la cocina.
Los cinco respondisteis afirmativamente. Al unísono.

—En la colonización de las “indias” los curas llevaron cultura —dijo Emilio.

—Y miedo —añadió Ramón.

—¿Miedo? —preguntó Patricio.

—Sí. Miedo a Dios. Los curas llevaron el miedo a un Ser superior para que los “salvajes” acataran las normas.

—El miedo guarda la viña —dijo Tadeo.

—Con la iglesia hemos topado —sonreíste.

—Acabaréis peleando —dijo Adela mientras posaba sobre la mesa una bandeja con las tazas del café y una enorme cafetera italiana humeando.

—No. Eso nunca —negó tajante Emilio—. Tenemos demasiada cultura para entrar en guerra.

Todos sonreísteis complacidos.

Rufus saltó desde su camastro y se acurrucó al lado de la ventana que daba a la ermita.

—Deberíamos aprender de los animales —dijiste—. Ellos nunca han entrado en guerra. Nunca —repetiste por si no había quedado claro.

—Y no tienen cultura —añadió Ramón.

En ese instante te preguntaste si Rufus estaría entendiendo vuestra conversación. Seguramente sí, ya que por lo que parecía hasta ese momento en Otín todo era posible.

Capítulo 17

Llegó el mes de noviembre y el frío intenso y descarnado del invierno cubrió Otín. Los pinos se congelaron y don Emilio tuvo que emplearse a fondo para acondicionar la casa y evitar que el glacial gélido de la montaña penetrara en el interior de la vivienda. A su ya conocida facilidad para amasar el cemento y su despliegue de ingenio a la hora de arreglar techos y paredes, se le unió la maestría inigualable que tenía Tadeo con la madera.

Hasta ese invierno aún no habías escrito nada de tus nuevos amigos. Me costó comprender qué os unía. Pero por fortuna hallé unas anotaciones de cada uno de ellos, con las que me pude fraguar una idea bastante aproximada de quiénes eran realmente y qué papel interpretaban en tu aislamiento. Supe entonces que el viejo Tadeo trabajó de carpintero cuando la edad aún no le obligaba a levantarse agachado y fue el hombre que más ventanas y puertas fabricó en la época que se hacían a mano y se montaban a ojo de buen cubero. Todas las poblaciones de la zona aún conservaban los frutos de su pericia con la madera y algún inglés *ricachón* todavía fuma en alguna pipa de las que construyó Tadeo, ya que además de carpintero era ebanista y maestro artesano en la fabricación de joyas extraídas de la astilla.

Tadeo se casó con Dolores, una mujer de grandes atributos y fidelidad dudosa, que hizo de Tadeo la envidia de vecinos y amigos, pero que también lo convirtió en un descendiente del alce, a juzgar por las toneladas de cuernos que le salieron en los diez años que duró el matrimonio, en la época que los matrimonios se contaban por décadas, en vez de por meses, como ocurre con los matrimonios actuales.

La historia de los cuernos se supo una mañana de verano, cuando el sol estaba en su punto más alto y el calor achicharraba las cortinas de la casa. Tadeo llegó del trabajo y se encontró a la bella Dolores retozando en la cama con un vendedor ambulante de mecheros de gasolina. El pobre hombre saltó por la ventana con los pantalones en la mano, sin pensar que debajo había un granero descubierto y se clavó un rastrillo de los que se usaban para limpiar las hojas. Murió al instante entre alaridos de dolor.

La Guardia Civil llegó en poco más de una hora, ya que el puesto más cercano se encontraba a varios kilómetros de allí, y citó a todos los habitantes de la casa y vecinos de la misma calle.

—¿Conocían a ese hombre? —preguntó un teniente joven y apuesto mientras

se acariciaba el bigote típico de la Benemérita.

—No lo había visto en mi vida —respondió Tadeo de inmediato, evitando que hubiese lapso alguno entre la pregunta y la respuesta y así dirimir cualquier atisbo de desconfianza por parte del teniente.

—Y usted señora, ¿lo conocía? —le preguntó a la mujer que no hacía más que flirtear con el agente a riesgo de perder la compostura delante de su marido.

—Era mi amante —dijo Dolores sin taparse la boca y subiendo el tono de voz para que lo oyeran las vecinas, apelotonadas detrás del marco de la puerta.

Después los dos tuvieron que explicar cómo se había producido la muerte y la posición que ocupaba cada uno en el momento del suceso. Dolores se desnudó y se tumbó encima de la cama para representar de forma veraz los hechos y el teniente le tuvo que decir:

—Señora, vístase y compórtese como una mujer casada.

Una semana después de aquel incidente llegó el divorcio y Tadeo se fue por un lado y Dolores por todos los lados que pudo. La investigación de la Guardia Civil determinó que la muerte del viajante había sido un accidente y que no hubo dolo.

A los pocos días vino una mujer llorosa y vestida de negro y se hizo cargo de repatriar el cuerpo, mientras las alcahuetas del pueblo la miraban con aire de pena y sorna al mismo tiempo.

—Si supiera lo que su marido vendía —dijo en voz baja la Paca, la vecina más chismosa de las que había allí congregadas.

Mientras que las dos que la escoltaban respondieron a la invitación:

—Vendía carne en barra y la Dolores la compró toda.

Luego rieron un buen rato mostrando los huecos de las muelas perdidas durante la suciedad y la escasez de un buen cepillado de dientes diario.

Tadeo no se volvió a casar, prefirió la soltería y abandonarse a una vida dedicada al trabajo. Durante los años siguientes a la infidelidad de Dolores estuvo solo y consternado, se le enrareció el carácter y perdió los pocos amigos que aún le aguantaban. Pero luego, después de tantos y tantos años y cuando la palabra jubilado figuraba en todos los documentos que tenía en su haber, Tadeo había encontrado en Otín a su auténtica familia.

Patricio nació en un pueblo de la provincia de Córdoba y fue inscrito en el Registro Civil años más tarde, lo que hacía que fuese mucho más mayor de la

edad que afirmaba tener. Llegó a Zaragoza cuando la guerra, gustándole tanto la ciudad que una vez finalizó el conflicto se quedó allí y luego se fue a Huesca, donde estuvo ejerciendo de médico de cabecera hasta que se jubiló y se afincó en Rodellar, donde siguió ejerciendo pero sin autorización para ello.

Patricio había nacido en el seno de una familia pobre, tan pobre que dos de sus hermanos tuvieron que ser dados en adopción a familias con economía suficiente para su mantenimiento. En esa época era algo normal que los hijos se dieran a quién pudiera mantenerlos. Su padre estaba siempre fuera, trabajando de temporero: en septiembre la vendimia francesa, a finales de mes la aceituna, la fruta en invierno, la hostelería en verano. La madre servía en casa de unos señores cordobeses: médico él y vidente ella. La mujer tenía un taller de brujería donde a cambio de la voluntad adivinada el futuro. Fue esa mujer la que le echó un día las cartas y le dijo que sería un gran médico. Patricio no sabía si fue a raíz de eso, o que ya lo llevaba en la sangre, que desde entonces comenzó a interesarse por todo lo relacionado con la medicina. Poco después se empleó de ayudante de un curandero desterrado, que vivía en una casa en la montaña y de él aprendió todo lo referente a las sanaciones imposibles. En unos pocos años dominó el arte de la medicina hasta puntos insospechados y conocía cualquier padecimiento con solo mirar a los ojos del paciente.

—Los ojos son el espejo del alma —decía mientras palpaba el abdomen—. Ellos me dicen dónde está la aflicción.

En varias ocasiones llegó a operar tumores en la cabeza localizando el bulto palpando con sus dedos. Borró el rastro de cataratas. Reactivó corazones paralizados. Sanó meningitis, extirpó el cáncer y ayudó a orinar a ancianos enfermos de próstata.

Y así fue como Patricio se convirtió en el mejor médico del mundo.

Capítulo 18

«*Para ganar una guerra hacen falta tres cosas*», dijo una vez Napoleón, mientras todos acercaban el oído para saber el secreto mejor guardado del Emperador:

«*Dinero, dinero y dinero*», vaticinó finalmente, en una frase que fue grabada para la posteridad y que después de doscientos años aún conservaba su autenticidad original.

La estancia en Otín no era una guerra, pero sí una lucha contra el tiempo. Y la frase del eterno revolucionario tenía allí su más ferviente ejemplo. El coste del paraíso era sufragado por ti, que después de tantos años de enmudecimiento literario por fin habías conseguido llenar unas cuantas páginas de la que sería tu, con toda seguridad, última novela.

Cuando viajaste a Otín te habías llevado una cartera repleta de dinero y con ese dinero pagabas los gastos de alquiler de los primeros días y los servicios de Adela, la comida, las compras de restauración de la casa, el agua, las medicinas y la bicicleta que le compraste.

Sin embargo, el abultado fajo de los primeros días, fue decreciendo y tan solo te quedaba un puñado de billetes con los que apenas se podían costear las garrafas de agua. Pero el dinero no era problema para ti, tenías mucho y en cantidad, así que le dejaste la tarjeta de crédito a Ramón para que en una de sus escapadas a Huesca fuese a un cajero automático y extrajera el dinero suficiente para unos meses más, y si llegado el momento fuera necesario sacar más dinero, pues que repitiera la operación las veces que hiciese falta. Le confiaste el número secreto de tu tarjeta, una sola vez, Ramón era persona de gran memoria y le aconsejaste que nadie lo viera cuando sacara los billetes del cajero, por el riesgo de robo que eso suponía.

Ramón Farelo montó en el todoterreno y marchó hacia Huesca, solo. Adela debía preparar unos faisanes cazados por el galeno Patricio; aunque todos sabíais que los compró a un comerciante de Rodellar en un escape que tuvo con Tadeo al volante, pero al hombre le gustaba presumir de ello y los demás no queríais quitarle la ilusión de creerlo. Así que cuando os decía que los faisanes los había cazado él mismo, vosotros asentíais y lo felicitabais por semejante proeza.

Ramón llegó a Huesca a bordo del flamante coche y se detuvo frente a un cajero automático, a la entrada de la ciudad, para realizar en primer lugar el

encargo que le hiciste y extraer el dinero que le habías solicitado. Pero quiso la fatalidad que fuera reconocido por un policía, de los que estaban de servicio el día que fue detenido junto a Adela. El policía se acercó hasta él con su mano agarrando la culata de la pistola y la mirada en las manos de Ramón y le dijo:

—¡Quieto! No se mueva y ponga las manos donde pueda verlas.

El joven Ramón, poco acostumbrado a esos sustos, recordó las cuarenta y ocho horas que estuvo detenido en los calabozos de Huesca y la anarquía del policía encargado de su custodia y el miedo que pasó y recordó tantas cosas en un instante que sus ojos se quedaron blancos como si hubiera sido poseído por algún demonio. Y su boca convulsionó como si fuese un pez que estuviese asfixiándose.

El agente extrajo el arma de la funda y Ramón puso las manos en alto y viendo el policía tantos billetes juntos en su mano, supuso que acababa de atracar la sucursal bancaria y entre suposición y conjetura se le disparó el arma, con tan mala suerte que la bala atravesó el estómago de Ramón, que cayó al suelo malherido.

El tiempo se detuvo y todo empezó a moverse en cámara lenta. Ramón vio como los recuerdos de su infancia pasaban ante él y se detenían lo justo como para acordarse de ellos. Olió las magdalenas de la fábrica mientras las empaquetaba. Leyó los libros que más le llenaron, pasando las páginas a una velocidad tan alarmante que las letras eran imágenes y éstas tenían vida propia. Estuvo charlando de forma animada con Adela, en el muro que había delante de la ermita de Otín. Escuchó el ruido lejano de la ambulancia y vio el destello de las luces naranjas en el rostro de los enfermeros. Sintió miles de manos taponando la herida de su estómago y notó como la sangre se le escapaba mientras una figura oscura e inerte lo miraba mientras permanecía de pie, a su lado, y supo que era la muerte que lo esperaba.

Y pensó en Adela, quería que sus últimas sensaciones estuvieran con ella.

En ese mismo momento Adela se hallaba en la cocina de la casa de Otín desplumando los faisanes, mientras en una olla de cobre hervía a fuego lento una guarnición exquisita a base de zanahorias, puerros y especias. Emilio y Tadeo charlaban enfervorizados sobre comidillas de Rodellar y Alquézar. Patricio leía un libro que le prestaste. Y tú trabajabas infatigable en la novela.

Un taza de cerámica, medio llena de aceite virgen, que sostenía Adela en la mano, cayó al suelo haciéndose añicos.

—Algo le ha ocurrido a Ramón —gritó, llevándose las manos a la cabeza. Era la primera vez que su tío Emilio la veía así de alterada.

—¿Qué ocurre Adela? ¡Tranquilízate! —le dijo nada más entrar en la cocina y ver los fragmentos de la taza en el suelo.

—Ramón se muere tío. Ramón se muere —exclamó entre sollozos y lloros.

Todos entrasteis en la cocina y visteis a Adela derrumbada sobre el suelo, martilleando la piedra con las manos y con la boca abierta como si quisiera respirar pero el aire no quisiera hacerle caso y se negara a entrar en sus pulmones.

—Adela, hija, respira —le dijiste mientras la agarrabas por el pecho y la ponías de pie sobre sus rodillas.

—Se muere Isidro, se muere —seguía gritando sin que nada ni nadie fuese capaz de consolarla.

Emilio salió corriendo escaleras abajo a riesgo de romperse la otra clavícula y cruzó el huerto dirección a la ermita. De una fuerte patada, que resonó en todo el pueblo, rompió los tablones de madera que protegían la entrada y saltó al interior de la iglesia, parándose, entre sudores y exhalaciones, delante de la figura de la gárgola, que permanecía en pie, resquebrajada en su base a causa del golpe que se dio al caer desde el tejado el día de la lluvia de barro. Deslizó sus dedos por el retablo que tantos años le había costado componer y se detuvo en la figura de Cristo agonizando en la Cruz.

—Dios mío —suspiró—. No dejes que la muerte se lleve el alma de Ramón, no la dejes hacerlo.

Emilio estaba fuera de sí y su voz resonaba en toda la ermita como si de una enorme cripta se tratara.

—La niña es buena Dios mío, la niña es buena —lloriqueaba—. Si dejas que la muerte se la lleve, la niña morirá. Morirá —repitió.

Emilio repetía las frases sin orden ni concierto, salteadas. Las repetía una y otra vez mientras Tadeo, Patricio y tú entrasteis por la puerta de la ermita sujetando a Adela por la cintura, ya que os había solicitado que la acompañarais hasta allí, y os pusisteis detrás de Emilio, arrodillándoos junto a él.

Y rezasteis, rezasteis y rezasteis una y otra vez, tanto que os sorprendió la noche y luego el día y luego otra vez la noche. Rezasteis durante una semana seguida.

Durante ese tiempo te asomabas, de tanto en tanto, a la puerta de la ermita y

esperabas ver como Ramón llegaba y como cruzaba el huerto y como silbaba debajo de la ventana de Adela. Albergabas la esperanza dichosa de que Adela se hubiera equivocado en su predicción y que Ramón apareciese allí, como si tal cosa, sonriendo. Maldijiste tu decisión de desprenderte de cualquier medio de comunicación que bien te habría servido entonces para llamar al puesto de la Guardia Civil o a la Policía Nacional de Huesca o al hospital y preguntar por Ramón. Te asomabas a la puerta de la ermita y buscabas al novio de Adela con la mirada.

Pero Ramón no llegó.

Durante esa semana de rezos, ella se ausentaba de la ermita de Otín el tiempo justo para ir a la casa y preparar bocadillos para todos. Enseguida regresaba y repartía la comida para que los ancianos no desfallecieran. Escribiste que te habías preguntado de dónde sacaba la chica el pan para los bocadillos. O por qué era capaz de interrumpir la oración por Ramón para cocinar para vosotros, pero no montaba la bicicleta para viajar a Rodellar y de allí a Huesca a interesarse por la salud de su novio. Tus anotaciones cada vez eran más confusas e irreales, ya que intercalabas cuestiones referentes a los hechos que estaban aconteciendo en Otín. Hechos inexplicables, si me permites decírtelo.

Habían pasado diez días y oísteis el ruido de un todoterreno. Salisteis a la puerta de la ermita; excepto Adela que no pudo sostenerse en pie, abatida por el sollozo. Era la Guardia Civil que traía noticias de Huesca. Y es que la vez que detuvieron a Ramón y Adela, por el malentendido del Citroën robado, los jóvenes dieron ese domicilio como válido:

«Casa única de Otín, sin número», dijeron, y así figuraba en la ficha policial.

Los agentes traían un fax, remitido desde Huesca al puesto de Abiego. En el papel decía que Ramón Farelo había sufrido heridas de diversa consideración en un enfrentamiento con la policía y que su pronóstico era reservado, pero que evolucionaba favorablemente.

Adela salió de la ermita y montó en la bicicleta de montaña y partió de Otín como si la persiguiera el diablo. Llegó hasta Rodellar, de allí hasta Bierge, luego pasó por Abiego, Siétamo y Huesca. Estuvo pedaleando durante una jornada completa y cada vez que empezaba a desfallecer, más fuerte pedaleaba. Y cada vez que las fuerzas hacían un intento de abandonarla, más aceleraba.

Cuando llegó al Hospital San Jorge de Huesca, el vigilante la dejó entrar, avisado por teléfono desde el cuartel de la Guardia Civil de Abiego, de que una joven delgada, con pelo suelto, ojos extraviados y terriblemente enfurecida llegaría de un momento a otro. Accedió a urgencias con el mismo furor de una leona a quien le hubieran arrebatado a sus crías. Los celadores la dejaron pasar y nadie osó decirle nada, solo una enfermera señaló con el dedo la habitación donde estaba postrado Ramón, cuando supo que esa chica había llegado allí preguntando por él.

—Allí —indicó.

La habitación era pequeña, de no más de cuatro o cinco metros cuadrados. Una diminuta ventana era todo lo que la conectaba con el mundo exterior. De la pared surgían varios tubos y cables que se adentraban en el cuerpo de Ramón. Las sábanas estaban limpias y sobre la mesita había una bandeja con migajas de galleta. Ramón yacía boca arriba con los ojos bien abiertos y parecía más delgado que la última vez que lo vio Adela; aunque con la misma mirada salvaje.

Nada más entrar ella en la habitación le cogió la mano con furia. Él le dijo:

—Está aquí.

—¿Quién mi amor, quién está aquí? —le preguntó Adela sin dejar de mirar el manojo de cables que pendían de dos bolsas de suero.

—La muerte Adela, la muerte está sentada ahí —indicó percutiendo el dedo dirección a una silla vacía.

Adela pensó que su amor había enloquecido a causa de la pérdida de sangre y no le hizo caso, si bien recordó que los moribundos podían ver al espectro de la muerte antes de que ésta les acompañara.

Justo en ese instante aparcaba frente a la puerta del hospital un coche de la Guardia Civil, con Patricio en su interior. El buen doctor dijo a los agentes de Abiego que era médico y que solo él conocía la medicación que tomaba su paciente, Ramón. Así que los policías lo llevaron hasta el puesto de Abiego y allí lo recogió un coche hasta Siétamo, y allí un todoterreno hasta Huesca. Llegó pertrechado con su maletín metálico y un temblor en la mano izquierda a causa del Párkinson, pero no se amilanó cuando el vigilante de seguridad le pidió que mostrara sus credenciales y el carné que le autorizaba a hacer visitas externas:

«Ahora no tengo tiempo para eso», dijo mientras apartaba de un manotazo al joven de seguridad y aprovechaba la presencia del cabo de la Guardia Civil, que le escoltaba al interior de urgencias, para saltarse el control con la mayor

impunidad.

—¿Dónde está? —preguntó a una chica con bata blanca que había en el pasillo.

La enfermera supo que se refería al joven de Otín que había sido ingresado hacía unos días y le señaló en la dirección donde estaba su habitación.

Patricio no tenía carné de médico, de la misma forma que no tenía carné de identidad, ni de conducir, ni de nada. Y es que el doctor más viejo del mundo nunca creyó en las documentaciones. «¡Gilipollecés!», decía cada vez que alguien le preguntaba por el carné de la escuela de médicos. «Lo realmente importante es curar», afirmaba convencido.

El médico llegó hasta la habitación de Ramón donde este se encontraba postrado en la cama y con Adela a su lado. El agotamiento de los diez días de rezar y el pedaleo hasta Huesca, había consumido las energías de la muchacha hasta el punto de languidecer su interminable fuerza interior. Sus mejillas estaban adornadas con lágrimas secas.

—¿Dónde está? —le preguntó Patricio a Ramón nada más llegar.

Pero Ramón mantenía los ojos abiertos y la conciencia cerrada y no escuchaba las palabras del médico. Patricio sugirió al Cabo de la Guardia Civil que se quedara fuera y que impidiera que entrara ninguna enfermera. «Para evitar contagios», le dijo, mientras el agente torcía el rostro posiblemente pensando que aquel tenía de médico lo que él de comandante. Aún así hizo caso y pensó que un doctor de esa edad no haría nada malo.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar a Ramón mientras le propinaba dos tortazos que estuvieron a punto de hacer entrar al Cabo de la Benemérita.

Ramón abrió los ojos de par en par y reconoció al médico.

—Dónde está... ¿Quién? —preguntó confuso.

Adela permaneció callada, si bien oteó toda la habitación para comprobar si podía ver algo o alguien. Ya que tampoco entendió lo que Patricio quería decir.

—La muerte, Ramón. ¿Dónde está la muerte?

Entonces Ramón miró a la única silla que había en la habitación y dijo:

—Está ahí. Sentada.

Adela también miró, pero en su lugar vio una silla vacía.

—Pues que espere sentada —afirmó Patricio—. Hoy no se te va a llevar —dijo mientras abría el maletín de metal, sacando un tarro de los que se usan para almacenar azúcar en terrones y dejándolo en la mesita, al lado de la cama.

El Cabo de la Guardia Civil, que esperaba en la puerta, se asomó por el hueco de la cortina y viendo el tarro de azucarillos al lado de la cama, pensó que el doctor era más bien un veterinario y que trataba al paciente como a un caballo. Aún así siguió en su puesto y prefirió no entrometerse donde no le llamaban y espantó a un médico joven que se acercó preguntando qué ocurría allí dentro para que la Guardia Civil custodiara la habitación, pero sabedor de que el paciente que había en la habitación había sido tiroteado por la policía, no le pareció tan extraño que la benemérita lo custodiara.

Patricio abrió el bote y con una espátula de madera, de punta ancha, untó una especie de barniz espeso sobre el abdomen de Ramón y se cercioró de que parte de ese betún entraba en la herida de bala que en ese instante se abrió y comenzó a supurar.

Volvió a tapar la lata y la guardó de nuevo en el maletín metálico y le preguntó a Ramón otra vez:

—¿Qué hace ahora?

Ramón se quedó un rato callado, mirando la silla con detenimiento. Adela hizo lo mismo, pero creyó que después del disparo, los días postrado en la cama y la medicación, habían hecho mella en su amado, por lo que también se silenció expectante.

Ramón respondió finalmente:

—Se ha levantado de la silla y sale por la puerta.

Y Patricio supo que la muerte había abandonado la habitación del paciente y ya no había nada que temer, de momento. Era otra batalla más ganada al espectro.

Adela y Ramón estuvieron varios días más en el hospital. La policía pidió disculpas por el lamentable error y prometió una indemnización millonaria que nunca llegó. Aparecieron cámaras de televisión de todas partes de España y la prensa se hizo eco del desacierto de la policía al disparar contra un inocente cuando la evidencia no era suficiente para ello.

Y una de esas imágenes, donde un reportero sensacionalista se recreaba en los fallos de la policía, llegó hasta el hogar de los Farelo en Barcelona. El padre de Ramón estaba sentado frente al televisor y reconoció a su hijo. Su mujer salió de la cocina y le preguntó:

—¿Quieres cenar ya, cariño?

Y este le dijo:

—Calla un momento, que está el niño en la televisión.

Y los dos se sentaron a ver como Ramón explicaba que las cosas son así y que no hay que crucificar a un agente de policía por un error involuntario.

Los Farello discutieron y se culparon mutuamente de que Ramón se hubiera ido y de que le hubieran pegado un tiro y «qué pena que no esté aquí para abrazarlo», dijo la madre antes de que el padre la hiciera callar de nuevo.

Una imagen como esa llegó hasta la televisión de la casa de Virginia, la recepcionista de la fábrica de magdalenas, que reposaba sentada junto al abogado con el cual se había casado desenamorada, hacía tan solo unos meses.

«Mira Jacinto, ese chico lo conozco yo», gritó mientras señalaba hacia el televisor.

Jacinto creyó ver la infidelidad en los ojos de su mujer y aquella noche discutieron hasta que Virginia le enseñó un poema escrito por Ramón para ella y desde entonces la relación fue de mal en peor hasta que el fantasma del divorcio tomó las riendas del matrimonio de la recepcionista y el abogado.

Y aquellas imágenes también llegaron hasta el Café de las Artes de Zaragoza, donde César, Pablo, Clara y Luisa compartían conversación alrededor de sendas tazas de café y hablaban de Cela, de Cervantes, Delibes, Gabriel García Márquez, Gala y tantos otros, y Luisa señaló hacia el televisor y dijo:

—Mirad, es Ramón.

Y cuchichearon en voz baja sobre los motivos que hicieron que se fuera sin apenas despedirse del grupo. Y César, que se vanagloriaba de conocer a Isidro Mezquita y todo lo referente a él, dijo:

—La chica delgada que hay a su lado es la hija de Isidro, el escritor.

Y todos se quedaron boquiabiertos.

Patricio regresó a la casa de Otín acompañado por la Guardia Civil y os contó lo sucedido tanto al tío de Adela, como a Tadeo, como a ti, que por supuesto no le creísteis, a juzgar por las anotaciones que hiciste de aquel hecho en tu diario.

Los dos jóvenes regresaron a Otín. Lo hicieron conduciendo el todoterreno que les devolvió el Depósito Municipal de la policía local de Huesca. Ramón rechazó participar en un programa sobre fallos de la policía, ya que creía que estaba mal aprovecharse de los errores de los demás, y lo único que ansiaba era llegar a Otín y disfrutar de las charlas contigo, con Tadeo, Emilio y Patricio, y de la cocina y la cama de Adela.

Todos esos últimos acontecimientos los fuiste incluyendo en el libro, porque

la novela que estabas escribiendo iba de eso: de Otín. Escribías por capítulos y cada vez que tenías uno se lo entregabas a Ramón para que lo leyera y te diera su opinión de escritor. Ramón los leía junto con Adela, sentados en la cama de madera que había construido Tadeo. Y los dos disfrutaban, según dejaste anotado, con la que sería tu última obra.

Un día le dijiste a Emilio que había que construir un depósito enorme de agua para aprovechar las lluvias del invierno y así no tener que traer tantas garrafas y poder tener una ducha como Dios manda y no limpiaros a trozos, como si fueseis gatos.

—Lo haré cuando arregle la gárgola —te respondió—. El golpe que se dio cuando cayó del tejado le ha fracturado las garras.

Y es que don Emilio estaba disfrutando de la ausencia de cataratas y de ver cosas que hacía tiempo no veía, dedicándose a adecentar el retablo, acicalar la ermita, limpiar las hierbas y arreglar el huerto.

Capítulo 19

El último día de noviembre era domingo, y Adela tuvo que cocinar para siete hombres, porque se sumaron los dos Guardias Civiles del cuartel de Abiego, que querían participar de la recuperación de Ramón y a los que tú invitaste encantado y todos sabían que los dos agentes se habían portado bien y que incluso facilitaron al doctor el trayecto hasta Huesca y gracias a eso Ramón estaba allí.

Adela cocinó un conjunto de faisanes que había cazado Patricio, o eso dijo, y los hombres de la casa se sentaron en una mesa con los Guardias Civiles. Los dos agentes se mostraban perplejos ante la hazaña de los abuelos, que habían conseguido dotar de vida un lugar como Otín y callaban risueños ante las explicaciones de Patricio, muy dado a la sorna, que explicaba cómo había curado las cataratas de Tadeo, tu hernia, el tiro en el estómago de Ramón y relataba experiencias sacadas de su época de médico de cabecera, cuando tenía veinte y pocos años y le llamó un rico, de los de antes, para que reconstruyera el himen de su hija y así evitar que fuera rechazada por su futuro esposo, el cual dotaría de mucha más riqueza a la familia y se enamoró de aquella chica y le estuvo haciendo el amor a las pocas horas de reconstruir el himen y se lo tuvo que volver a coser y así durante la víspera de la boda, que dejó de verla por miedo a las represalias y para evitar acabar preso, ya que en esa época la infidelidad se pagaba con la cárcel o con la muerte.

Los agentes reían y quedaron de acuerdo en que no dirían a nadie de la existencia de un lugar como Otín y que si les preguntaban fingirían no conocerlo.

Durante el banquete de los faisanes, se puso en pie Ramón, no sin cierta dificultad; pues aún le dolía la herida del balazo, y sosteniendo una copa de vino de Rioja en la mano, dijo:

—Adela, te quiero decir algo.

—¿Dime, Ramón? —respondió ella, mientras también se puso en pie percibiendo que su amado le iba a decir algo importante.

—¿Te quieres casar conmigo?

Hubo un instante de silencio y nadie de la casa musitó palabra alguna.

Adela exclamó:

—Sí Ramón, sí quiero. Desde luego que quiero.

Y los dos jóvenes se dieron un beso apasionado, ante la mirada y los aplausos de los presentes y Emilio dijo que la boda se celebraría en la ermita

de Otín, ante el retablo que compuso con sus manos, y los Guardias Civiles dijeron que vendrían y tú dijiste que la boda sería cuando estuviera terminado el libro y así finalizaría la novela con un casamiento, que era como terminaban los cuentos felices. Y la novela, has de reconocerlo, se estaba convirtiendo en un cuento.

Llegó el mes de diciembre y con él las primeras nieves. Un manto blanco y rígido cubrió todo el paisaje de Otín y los árboles se llenaron de copos y de las ramas chorreaban carámbanos a modo de colmillos de elefante que adoptaron las formas más variopintas, como si un artista virtuoso hubiera tallado en el hielo y en la escarcha la grandeza de su obra. Otín se blanqueó y sus casas se escarcharon. Los caminos se llenaron de nieve y una cellisca constante golpeaba los árboles y embellecía el follaje que ribeteaba la ermita.

Tú seguías enfrascado en la novela y te desconcertaba la ausencia de Marisa y de Natalia y Alejandro; que aunque sabedor del respeto que tenían por tus decisiones, pensabas que después de tantos meses no hubiera venido mal una visita y asegurarse de que, el esposo de una y el padre de los otros, estaba bien y que no necesitaba nada de compañía o ayuda. Es cierto que yo tampoco fui a verte, pero lo hice por respeto a tu decisión de apartarte del mundo mientras no estuviese terminada la novela. Como editora debía dejar que concluyeras la obra antes de leerla y darte mi veredicto.

Ante la falta de tu familia y de mí, para apoyarte, hubiste de sincerarte con tus nuevos amigos y les comentaste que con la edad habías perdido la capacidad sublime de la concentración y que un sonido fugaz te podía abstraer de la novela durante varios minutos, llegando incluso a marchitar la idea que en ese momento retuvieras en la cabeza. Así que todos llegaron al acuerdo de procurar no hacer ruido cuando estuvieses trabajando. Mención aparte merecía el gato, a cuya media hora de locura diaria te habías acostumbrado, y ya sabías que no podías escribir durante el tiempo que Rufus dedicaba a corretear por la planta superior de la casa, invirtiendo ese tiempo a avizorar sorprendido como el gato saltaba de un lado hacia otro y como se rascaba en un tronco viejo que Tadeo apoyó bajo la ventana que daba a la ermita.

Y fue a comienzos del mes de diciembre cuando volviste a preguntarte:

«¿Cómo se calienta la casa?»

Para ti era inaudito que teniendo en cuenta la temperatura que había afuera, la casa siempre estuviera caliente. Con poca ropa de abrigo podías pasear por

tu habitación y el salón de la planta superior sin que te tiritasen los huesos. Ya entonces te habías percatado de que dormías apenas tapado con una manta de las que trajo Adela y no recordabas sentir frío durante la noche. Tuviste en cuenta que las reformas vertidas por don Emilio en el tejado impidieron que la cellisca la recorriera y se alojara en las habitaciones y se tumbara en las camas y se metiera en la cocina, algo desastroso para los huesos de los ancianos, que hubieran comenzado a crujir y tus manos se habrían agarrotado hasta romperse. Pero aún así te dijiste:

«Hace poco frío en esta casa.»

En la planta superior había una chimenea, que Adela utilizaba para calentar agua para cocinar o asar carne, cuando el hornillo de la cocina se le quedaba pequeño, pero sabías que el tamaño de esa chimenea y el fuego que consumía era poco para templar toda la casa.

En el interior de la ermita, un cono de nieve tan alto como el techo, creció desde el suelo y tapó el agujero por donde cayó la gárgola, evitando que el granizo golpeará con furia los bancos y las imágenes de la Iglesia y que destruyera el retablo al que tantas horas dedicó Emilio y que ahora había descuidado por estar atareado con el depósito de agua que recomendaste construir. Tadeo reparó las puertas y las pintó de negro para que no se vieran las marcas del paso del tiempo. Engrasó las cerraduras que nunca cerraban con llave y aceitó el interior de los pomos redondos para que el chirrido no te molestara y te distrajera de la aglutinación de pensamientos que en esas fechas poblaban tu mente. Es posible que esa época fuese la más prolífica en ideas de toda tu carrera. No lo sé, ya que desde entonces no nos hemos visto más y por lo tanto no he tenido ocasión de preguntártelo.

Tadeo repasó, también, las vigas del techo y ajustó las ventanas para que el frío no campara a sus anchas por la vivienda y así retenerlo en el exterior donde el hielo bajaba los grados por debajo del cero.

Mientras, Ramón, recuperado ya del disparo; aunque con molestias que no pasarían hasta que las tripas se hubieran puesto en su sitio, trajo leña suficiente como para que la chimenea ardiera durante todo ese invierno. Cada mañana salía con el hacha en el hombro y descuartizaba los árboles secos para aprovechar la madera, regresando a las pocas horas cargado de ramas reconvertidas en troncos y que amontonaba ordenadamente en el garaje de la casa, obligando a aparcar el todoterreno de Tadeo frente a la puerta de entrada.

Adela había cocinado meses atrás confitura y mermelada y también preparó comida para envasar, a modo de hormiga que previene la llegada del invierno y que en caso de bloqueo no os sorprendiera el hambre y murierais de inanición. La despensa estaba llena de tarros preparados por la sobrina de don Emilio.

Ramón retomó su antigua afición y también se puso a escribir con una máquina que compró en una tienda de antigüedades de Rodellar y que, siguiendo tus consejos, quería sentir como las teclas rugían bajo los dedos y primero se dedicó a revisar algún relato que había escrito antes de llegar a Otín, para retocar después lo que creyó necesario.

—Los ordenadores y las máquinas de escribir eléctricas malogran la inspiración del hombre e interfieren de forma grotesca en su instinto y que si ya de por sí la cultura se lo come, las máquinas lo devoran, no dejando nada de nuestro impulso natural —le dijiste un día en que te sentías paternal hacia él.

Ramón asintió, ya que el aprendiz de escritor no quería desaprovechar ningún consejo del gran Isidro Mezquita.

—Y para escribir es necesaria una pizca de salvajismo interior —le seguiste diciendo—. De otra forma, solo seríamos capaces de hacer libros de texto en vez de novelas.

Ignorabas que el libro que había comenzado a escribir Ramón, era competidor directo del que habías iniciado tú en verano. Era una novela sencilla y plagada de banalidades sobre la vida en un pueblo abandonado y sobre el desconcierto que eso producía en los vecinos de los pueblos de alrededor. Narrado en primera persona, Ramón quería explicar cómo conoció el amor de Adela y la amistad de unos abuelos y todas las cosas que le ocurrieron desde entonces, como la muerte que vio sentada en una silla y esperando para recogerle y cómo un médico, el más viejo del mundo, le arrebató el trofeo al espectro con unas pócimas cuya composición se llevará a la tumba.

Y fue pensando en la muerte cuando se dio cuenta Ramón de que era una insensatez que todos los secretos de la medicina de Patricio desaparecieran y que al igual que tú tenías un sucesor que bien podía ser él mismo, el galeno no disponía de nadie que se hiciese cargo del maletín metálico una vez que este dejara el mundo de los vivos.

Todas esas últimas reflexiones que tuvo Ramón se las contó a Adela una noche, mientras estaban acurrucados en la cama y tras una sesión de pasión

desmedida a la que eran tan habituados. Adela, que amaba con fulgor delirante y que sus caderas se movían como una locomotora lanzada por una rampa y a la que era imposible detener, meditó sobre lo que le dijo Ramón y decidió en un instante ser la aprendiz de Patricio y retener toda esa sabiduría acumulada durante casi un siglo. Su facilidad para la cocina le serviría de ayuda a la hora de preparar potingues y pócimas, ya que la sobrina de don Emilio tenía un don natural para las mezclas de pucheros y que nunca necesitó libro de consulta alguno donde averiguar cuáles eran los más correctos o los más gustosos o los menos nocivos.

El domingo doce de diciembre y mientras disfrutabais de un cordero asado, que trajeron los Guardias Civiles de Abiego, para devolver la hospitalidad de los habitantes de la casa y que Adela cocinó en el asador nuevo que construyó Emilio para la ocasión y que la mejor cocinera del mundo dotó de una guarnición que casi superaba al ternasco, Adela, visiblemente ebria de Rioja, levantó la copa y proclamándose encargada del brindis, dijo:

—Quiero decir que soy la mujer más feliz del mundo y que estoy rodeada de las mejores personas que existen y que he aprendido que en los lugares más recónditos pueden surgir los fenómenos más sorprendentes y que aquí están buenos médicos que nos curan el cuerpo, buenos escritores que hacen lo mismo con el alma, buenos albañiles y carpinteros que arreglan la casa y buenos amantes, refiriéndose a Ramón, que me arreglan a mí.

Las palabras de Adela provocaron la risa desternillante de los presentes y a su tío Emilio se le escapó una lágrima y Tadeo fue al baño para no seguir sus pasos, ya que no quería llorar delante de nadie, por la vergüenza que eso le producía. Patricio vaticinó:

—Si lloras te volverán a salir las cataratas.

Y los Guardias Civiles se rieron ante las ocurrencias del médico. Tú, que eras el pionero de Otín, callaste y todos se dieron cuenta de que habías perdido el gusto por el habla, algo inusual y extraño en ti, porque eras excelente conversador y tenías habituados a los presentes a largas y placenteras charlas. Pero respetaron tu silencio y no te preguntaron delante de los invitados qué era lo que te afligía, ese era cometido para Ramón, ya que un escritor entiende a otro escritor, al igual que ningún Rey asesina a otro Rey.

Durante la sobremesa de ese día, bien entrada la tarde, y después de que los agentes se marcharan de Otín por miedo a que la noche dejara el todoterreno

atrapado en la nieve, Adela hizo partícipe a Patricio de su intención de sustituirle cuando este no estuviera. Tadeo y Emilio vieron como el médico lloraba, algo que no hacía desde que cumplió los setenta años, recordando como le ganó la mano la muerte en una chiquilla que fue a visitar a Ibieca, un pueblo de pocos habitantes de la provincia de Huesca. La niña padecía una dolencia poco conocida y el doctor del pueblo la había desahuciado cuando la abuela, sabedora de las proezas de Patricio, decidió llamarlo. Llegó de madrugada, cuando el manto de la noche cubría por completo el pueblo y las sombras saltaban de un lado a otro del camino. Entró en la habitación de la niña y mandó colgar una rama de pino en la puerta. El relinchar de un caballo negro, que guardaba el abuelo en el establo, hizo temer lo peor a los presentes: la muerte acababa de entrar.

—¿Dónde está? —preguntó a la chiquilla que miraba asustada hacia la puerta.— No tenemos tiempo. ¿La ves? —insistió.

La niña no pudo contestar y el silencio inundó la habitación mientras la puerta se cerraba de un golpe y el caballo dejó de relinchar.

Aquella partida la perdió Patricio y la ganó la muerte y desde entonces no había vuelto a llorar. Pero un lloro no es igual que otro, y entonces sollozaba de rabia e ira, y en Otín gimoteaba de felicidad. Adela, la sobrina de don Emilio, la hija de Alfredo y Fina, quería ser sucesora del buen doctor. Patricio conocía bien a sus padres, no obstante los vio nacer a los dos y también los vio morir; aunque nunca se lo dijo a Adela, pero sí a Emilio. Alfredo era un cultivado hombre de campo con unas ganas enormes de hacer felices a los demás y que se casó con Fina, el vivo retrato de Adela. Fina era escuchimizada, de piernas largas y rectas, orejas grandes, nariz respingona y unos ojos del tamaño de una nuez y la forma de una almendra. No se hablaba con su hermano Emilio desde que murieron sus padres y dejaron la mayor parte de la herencia a la hija. Los padres, que habían hecho testamento, pensaron que Fina y Alfredo tenían una hija: Adela, y que era justo que ella recibiera mayor dote que Emilio, que estaba solo. Los dos hermanos dejaron de tratarse y pasó el tiempo y se olvidaron de los motivos del silencio, pero siguieron sin hablarse. La carretera los devoró una noche de fin de año, cuando los padres de Adela se encaminaban a Alquézar a recibir el Año Nuevo en casa de unos amigos. La entonces chiquilla se quedó con la única compañía de su tío y este hizo todo lo necesario para que ella fuese feliz. Los conductores que se acercaron a socorrer a la pareja los encontraron con vida, abrazados y con trozos del chasis del coche clavados por todas las partes de

sus cuerpos. No los tocaron por miedo y por desconocimiento. Uno de ellos se acercó al pueblo más cercano y desde allí llamó a la Guardia Civil y desde allí llamaron a Patricio. El doctor llegó todo lo rápido que daba el Renault-8. Bajó acompañado de su maletín metálico y se acercó hasta los heridos que agonizaban en el interior del coche. Era fin de año y una nieve ligera como el algodón se dejaba balancear por el aire y se estrellaba contra el rostro de los presentes.

—¿La ves? —le preguntó a Alfredo.

Pero el padre de Adela no contestó, por que ya se había ido en compañía de la muerte antes de que el médico llegara.

Repitió la pregunta, pero esta vez a Fina:

—¿La ves, Fina? —le dijo mientras tomaba el pulso en su muñeca manchada con un hilo de sangre.

Fina levantó los ojos y miró al doctor y le dijo:

—La veo, Patricio —respondió—. La veo, pero la veo con mi marido y no voy a dejar que se vaya solo.

Patricio cerró los ojos de Alfredo y de Fina. Y cuando la Guardia Civil se hizo cargo de los cuerpos, él se marchó a bordo del Renault-8, teniendo que detener el coche en una cuneta de la carretera hasta que las lágrimas le permitieran seguir conduciendo.

Luego, la hija de Alfredo y Fina, quería ser la sucesora de las artes de Patricio y el mejor médico del mundo y el más viejo, estaba pletórico y lleno de ilusión, al mismo tiempo que reflexionaba sobre las coincidencias de la vida. Ese día volvió a llorar.

Capítulo 20

El domingo diecinueve de diciembre, con la Navidad llamando a la puerta de Otín, comisteis todos los habitantes de la casa un magnífico cordero estofado, que trajeron una pareja de la Guardia Civil, chico y chica, ya que uno de los agentes, asiduo de domingos anteriores, había sido trasladado a Sevilla, destino que esperaba impaciente desde hacía meses.

Los agentes, Alberto e Inma, llegaron a Otín de patrulla. La chica no salió de su asombro al conocer semejante lugar. Era una Guardia Civil novicia, recién salida de la escuela y le tocó en suerte patrullar con Alberto, un muchacho excelente y que fue el primero en llegar a Otín, cuando Ramón sufrió el disparo en Huesca. Los dos hacían buena pareja policial y buena pareja de la otra, ya que eran encantadores, cultos, conversadores y sonrientes.

Inma era una chica increíblemente atractiva, de ojos negros y grandes y escultural figura. Para su compañero de patrulla, Alberto, Inma era la mujer más guapa del mundo. Y es que allí cualquier persona se convertía en la mejor del mundo, ya que esa era la magia de Otín. Entonces fue cuando comprendí por qué te gustaba ese reducido apartado de la creación. Otín era una singularidad en el universo, de donde regresarías siendo el mejor escritor del mundo. Cualquiera que llegara allí se transformaría en un ser superior, como si Otín fuese la morada de los dioses.

Por la tarde, Adela le enseñó la casa a Inma. Las dos recorrieron juntas todas las habitaciones que tan elegantemente había decorado la sobrina de don Emilio y le mostró los trabajos de carpintería de Tadeo. Luego la adentró en la ermita, donde la chica estuvo un rato, impresionada por el trabajo de Emilio y por la figura de la gárgola italiana, algo inusual en el interior de una iglesia de un pueblo casi abandonado.

Inma abrió los ojos como dos lunas cuando le dijeron que Isidro, era Isidro Mezquita el escritor y que era el artífice de todo eso y que fue el primero que llegó a Otín en verano con la intención de escribir un libro. Confiesa que te sentiste fascinado con ese reconocimiento y que aún te ilusionaba que unas chicas jóvenes y atractivas te tuviesen en un pedestal. Y aunque no habías recuperado tu verborrea característica de antaño, sí que saludaste a la chica como corresponde a un caballero educado y cultivado en la hidalguía, pero la proximidad de la Navidad y el abandono de tu familia te hacían ser retraído en tus pensamientos y ese invierno ya andabas sumergido de lleno en el libro que estabas escribiendo.

Esa noche una ventisca de granizo y viento sorprendió Otín y el todoterreno de los agentes quedó sepultado de hielo hasta la altura de las ventanillas y no tuvieron más remedio que quedarse a dormir.

Decidieron repartirse entre las cuatro habitaciones de la planta superior de la casa. Alberto durmió en la misma cama que Tadeo, e Inma en la misma que Adela. No había otra combinación posible, ya que la cama de Patricio era individual, y tú querías dormir solo, siendo Tadeo el único que disponía de una cama de matrimonio. Ramón durmió en la butaca del salón, junto a Rufus, algo que el gato agradeció, ya que se enrolló en sus tobillos durante toda la fría noche.

Antes, cuando hubieron terminado de cenar, los guardias civiles trataron sin éxito de advertir por la emisora que no regresarían al cuartel a causa del mal tiempo. No fue posible la comunicación, ya que las comunicaciones no funcionaban en Otín. Quizá ese pueblo estaba alejado de todas partes y no había ningún repetidor cerca donde engancharse. Alberto protestó enérgicamente cuando comprobó que ni siquiera su teléfono móvil disponía de cobertura. En ese momento estuviste a punto de mencionar que ese era el principal motivo por el que te refugiaste en Otín, pero pensaste que no te comprendería. No le dijiste nada. Y después de que Alberto e Inma se retiraron a sus respectivas habitaciones con una placentera sonrisa dibujada en sus rostros, supiste que a esos jóvenes agentes tampoco debía importarles el forzado aislamiento.

Tadeo y Alberto se durmieron enseguida, después de intercambiar cuatro palabras de cortesía. Antes de dormir, Tadeo le contó que fue carpintero y que había reparado todas las puertas y ventanas de la casa, mientras que Alberto le dijo que siempre le había gustado la profesión de carpintero, pero accedió a la Guardia Civil por su padre, que también lo era y le había alentado a seguir sus pasos.

Alberto no solía soñar nunca, o por lo menos no se acordaba de nada de lo que había soñado una vez despierto, pero esa noche soñó que estaba en una casa de la playa junto a Inma, su compañera de patrulla. Era un sueño extraño y cargado de sensualidad, pero los sueños son así. En el sueño, Inma limpiaba una mesa de plástico con un paño mojado, mientras él preparaba un cóctel de champán sobre una tabla de madera que flotaba en la piscina. Ella vestía un biquini que le realzaba la figura de forma exuberante y él llevaba un traje azul

oscuro coronado con una pajarita. Lo que más me llamó la atención es cómo podías saber tú qué es lo que soñaron esa noche los guardias civiles. Pero en cualquier caso habías escrito sobre ello. Y a mí me encantó leerlo.

En la otra habitación, Adela e Inma charlaron un buen rato antes de meterse en la cama. Hacía tiempo que Adela no hablaba con una joven de su edad y le ilusionaba el poder mantener contacto con su generación.

—¿Eres de aquí? —le preguntó a la Guardia Civil que se estaba desnudando despacio y colocando su uniforme en unas perchas que le dejó la sobrina de Emilio.

—No, soy de Málaga —contestó—. Aunque me siento identificada con esta tierra y con sus gentes.

Luego le preguntó por Alberto, el otro agente, y le dijo que era muy simpático y buena persona.

—¿Sabes que nos ayudó a salvar la vida de Ramón?

A lo que Inma le dijo que ya lo sabía, que se lo contó él y que también le dijo que los habitantes de Otín eran unas personas muy peculiares y que vivían en lo más parecido al paraíso.

Una vez Inma se hubo desnudado por completo, mostró un físico digno de una modelo de pasarela parisina y Adela le dijo:

—Toma, ten, prácticamente tenemos la misma talla —haciéndole entrega de un camisón de noche que extrajo de su ropero. —A ver que tal te queda.

La Guardia Civil de tez morena y senos turgentes se embutió en el camisón de Adela, comprobando que le realzaba la figura. Y ésta le dijo:

—Te queda que ni pintado.

Las dos rieron y se sentaron en la cama como dos quinceañeras que fuesen a opinar sobre novios. Inma le preguntó si era de allí, mientras esperaba que Adela hiciera el gesto de meterse en la cama primero. Le contó que era de Abiego, que sus padres murieron cuando apenas podía entender lo que era la muerte y que don Emilio se quedó a cargo de ella. Le dijo que la vida no la había tratado bien y que se refugió en la lectura, del mismo modo que otros lo hacen en la bebida o en las drogas. Le explicó cómo empezó a servir para Isidro Mezquita, el escritor. Como tú llegaste a Otín en busca de inspiración. Como hacía tiempo que no escribías y querías terminar una novela, algo que te obsesionaba. Le dijo que eras tú quien sufragaba los gastos de todo y el artífice de la reconstrucción del pueblo. Le habló de Tadeo y la amistad que tenía con su tío Emilio y cómo uno carpintero y el otro albañil, habían restaurado la casa donde vivían, y el huerto, la ermita y los hierbajos que

rebosaban el entorno y se comían las fachadas. Le comentó lo curioso que era Patricio, el médico más antiguo del mundo, le explicó cómo era doctor en Rodellar y de muchos otros sitios, y como utilizaba unas artes extrañas y desconocidas que producían efectos sorprendentes.

—Le salvó la vida a Ramón cuando todos pensaban que se lo llevaba la muerte, curó de una hernia abdominal a Isidro y le paralizó el avance de la artritis que le entumecía las manos y le impedía escribir, sanó las cataratas de mi tío Emilio de una forma tan rudimentaria que solo un hombre con su sapiencia médica sería capaz de hacer —dijo Adela, ante el asombro de Inma que comenzaba a cerrar los ojos debido al cansancio de la jornada.

Inma soñó con su madre. Las dos caminaban por un recorrido al lado de un pantano lleno de agua hasta los topes. Su madre estaba contenta, reía. Inma, que en el sueño era una niña, agarraba con fuerza su mano, temiendo caer al pantano.

Aquella noche nevió con fuerza en Otín. Nevó también a la mañana siguiente y por la tarde y por la noche siguió nevando. Nevó durante seis días seguidos, sin parar.

Llegó el día de Navidad y los ocupantes de la casa no pudisteis salir de ella en ningún momento. Las provisiones no faltaban aunque teníais que organizaros para, en caso de que el temporal durara más tiempo, no morir de hambre o terminar devorándoos entre vosotros.

Tú seguías escribiendo encerrado en tu habitación y de vez en cuando interrumpías la novela para que Patricio te frotrara mejunje milagroso en las manos y detuviera la artritis que te inflamaba los huesos y te impedía mover los dedos con soltura y crujías los dientes de rabia cada vez que tocabas una tecla equivocada. Golpeabas la máquina con avidez colérica para que las ideas no se te escaparan de la cabeza y luego no pudieras volver a retomarlas; algo muy natural en personas de edad avanzada. Y no te enfades conmigo por que te lo diga. Después de la friega del potingue de Patricio y antes de reemprender la escritura, dedicabas unos minutos a pensar en tu mujer y en tus hijos, que aunque te habían abandonado en tu locura de novelar a costa de tu ostracismo, aún sentías cariño hacia ellos. Meditabas si los lazos consanguíneos son suficientes como para ligar una familia o mejor sería hacerlo por otro tipo de afinidad y que nuestros parientes fuesen aquellos que nosotros elegimos de forma voluntaria. De ser así, seguramente tus hijos serían Adela y Ramón.

Esos pensamientos enturbiaron tu cerebro de escritor y te deshacías de ellos antes de que te llegaran al alma, porque del cerebro los podías desechar, pero del alma no. Una vez la friega de Patricio hacía su efecto, recomponías la postura delante de la máquina y seguías tecleando conforme las ideas te bullían en la cabeza.

Emilio seguía trabajando en los remiendos de la casa y aprovechó la nieve y el encierro para reparar suelos y techos y pulir paredes y lamentó profundamente no poder visitar la ermita y arreglar las garras de la gárgola antes de que se le enfriaran.

Tadeo charló con el Guardia Civil, compañero de camastro, y le explicó los secretos mejor guardados de la carpintería. Juntos revisaron las vigas de madera, lustraron los marcos, abrigaron las puertas, arreglaron los desarreglos y comprobaron los escalones. Tadeo y Alberto llegaron a ser maestro y discípulo, profesor y alumno, instructor y oyente, pero sobre todo fueron amigos.

Adela e Inma se hicieron compañeras y confidentes y estaban todo el día y toda la noche juntas, mientras duró el encierro. Adela le enseñó a la Guardia Civil los secretos de la cocina y ésta aprendía con una ferocidad que solo se da en los jóvenes con ganas de ilustrarse. A su vez Patricio le enseñó a Adela los enigmas de la medicina tradicional y le dijo que a la que tuvieran la menor oportunidad podría poner en práctica todo lo aprendido.

En definitiva, como la cosa iba de sustituciones y herencias artesanas, Tadeo ofreció sus artes con la madera a Alberto. Adela la maestría de la cocina a Inma. Patricio los entresijos de la medicina a Adela. Tú, la disciplina de la literatura a Ramón. Y Emilio, el único sin discípulo, decidió que el próximo que se acercara a Otín sería nombrado aprendiz en la práctica de la albañilería.

—Mira que eres desgraciado Emilio —le dijo Patricio—. Hasta para eso eres un penas. Tú sin discípulo.

El día veinticinco de diciembre y lejos de remitir la tormenta de hielo y viento, los ocho ermitaños os sentasteis en la mesa a comer los restos de la despensa. Se habían terminado los faisanes, el cordero, los cabritos y los chuletones, y solamente quedaban las conservas y confituras, preparadas por Adela a lo largo del reciente invierno. Reísteis, comisteis y luego volvisteis a reír y volvisteis a comer, y así durante todo el día de Navidad hasta bien entrada la noche en que os sentasteis juntos en el salón y tú, más imperturbable

que ninguno, ofreciste hablar del problema que se avecinaba en caso de que no dejase de nevar.

—Espero que deje de nevar pronto —imploraste—. De no hacerlo, moriremos todos congelados.

Al día siguiente anotaste en tu diario que era la primera vez que se nombraba a la muerte en Otín de forma tan directa. Y cuando se nombra a la muerte es como si se la llamara. Los demás te hicieron callar y te recomendaron que te fueras a dormir y que mañana sería otro día.

Esa noche nadie habló con nadie y hasta Adela e Inma durmieron de espaldas una de otra. Todos durmieron profundamente y todos tuvieron sueños fantásticos e inexplicables.

Y bien entrada el alba se oyó el aleteo de unas alas. El primero en despertar fuiste tú, convencido de que la gárgola había abandonado la ermita y sobrevolaba la casa. El zumbido aumentó y se hizo más fuerte y pensaste que no era una, sino varias las gárgolas que circunvolaban la casa. Entonces supiste que había llegado el día del Juicio Final y que no habías tenido tiempo de concluir el libro. Te arrodillaste al lado de la cama y rezaste para dirimir la culpa por el abandono de tu familia, ya que fuiste tú quien se fue y no ellos, y el que se aleja huye y el que se queda espera, y la espera de tu familia era un auténtico tormento para todos vosotros.

Ramón fue el segundo en despertar por el incesante aleteo y creyó que el peso de la nieve estaba rompiendo el tejado de la casa y que de un momento a otro moriríais todos aplastados por los travesaños, las vigas y las tejas. Corrió en busca de Adela para morir abrazado a ella, como corresponde a un enamorado.

Adela e Inma terminaron de despertar y creyeron que el viento soplaba tan fuerte que se había convertido en huracán y que arrastraba a su paso piedras y árboles y que todo estaba amontonándose en el tejado de la casa. Se abrazaron y pidieron a Dios que cesara la tormenta y que terminara el acecho de la vivienda antes de que la muerte fuese a visitarlos.

Tadeo y Alberto se incorporaron en la cama y pensaron que el ruido de las alas provenía de un helicóptero de rescate, que tras la desaparición del todoterreno y de los dos Guardias Civiles, esperarían mejor tiempo para partir en su busca y de esa manera poder rescatarlos.

Emilio no despertó, ya que su sueño era tan profundo que hacía falta algo más que gárgolas volando o helicópteros de rescate o nieve amontonada, para

que el viejo albañil desadormeciera y abandonara los dulces brazos de Morfeo.

Patricio se levantó de la cama y miró la silla de la entrada a su habitación y no viendo a la muerte, se dio media vuelta y siguió durmiendo, tan ancho.

El ruido terminó y después vino el silencio y luego el miedo y más tarde el silencio otra vez. Se oyeron tres golpes y Patricio dijo:

—La muerte llama a la puerta.

Todos os silenciasteis. Se escucharon más golpes y Patricio dijo:

—Varias muertes vienen, ya que somos muchos.

Y se oyó el corretear por la escalera y un grito hueco de megáfono que decía:

—¿Hay alguien ahí?

Tres hombres vistiendo uniforme militar subieron por las escaleras y todos supisteis entonces que eran rescatadores que llegaron en busca de los Guardias Civiles que habían sido apresados por la nieve y por la hospitalidad de Otín.

—Divisamos el techo del todoterreno y pensamos que estaríais aquí —dijo un militar joven y de aspecto agitanado.

El aislamiento terminó y los agentes volvieron con sus familias y tú retomaste el libro y Ramón se volcó en Adela y ésta en la medicina del médico más viejo del mundo y Patricio se dedicó a esperar la muerte, que tantas veces había visto y de la que se hizo amigo a fuerza de contacto. Emilio a reparar las garras de la gárgola. Tadeo a limpiar el todoterreno y arreglar las vigas dobladas por el peso de la nieve.

Y Otín se deshelo y recuperó el paisaje invernal.

Capítulo 21

El depósito de agua, construido por don Emilio, rebosaba hasta los cantos y garantizaba la provisión de agua de todos los habitantes de Otín, evitando que ni Adela ni Ramón tuvieran que cargar cada día con garrafas de agua desde Rodellar o Huesca, lo que a su vez facilitaba que en los dos viajes que hacían por semana pudieran cargar más comida y enseres.

Mientras tanto tú habías alcanzado el cenit de la novela: “La gárgola de Otín”, e iniciaste el descenso narrativo hacia el final de la que sería tu última obra. Adela preparaba su boda en la ermita, decorándola con el buen gusto que la chica tenía para los adornos. Patricio leía libros tuyos y de Ramón. Y Tadeo jugaba al ajedrez contigo, en un tablero construido por el carpintero hacía más de medio siglo y con las figuras talladas a mano, en madera de brezo.

La pareja de la Guardia Civil comenzó a saltarse un domingo de cada dos y venían vestidos de paisano para evitar las habladuras de las gentes de los pueblos de alrededor, que comentaban de los agentes que se pasaban el día en Otín en vez de vigilar los caminos y senderos y los demás municipios. Los alcaldes de otras poblaciones y pedanías habían protestado ante la delegación del gobierno por el abandono de sus caminos por parte de la Benemérita, ya que, según habían dicho, los agentes se pasaban el día en Otín, sin saber muy bien qué es lo que hacían en vuestro pueblo.

Una mañana de lunes alguien se acercó hasta donde estabais vosotros. Llegó a bordo de un coche pequeño, pero de grandes ruedas, y aparcó delante del muro de la ermita, que después del trabajo de albañilería de Emilio, parecía un camastro romano, lleno de adornos y aderezos que lo embellecían hasta el punto de que la misteriosa chica que se bajó del coche se entretuvo en admirar sus ornamentos de estilo bizantino.

El primero en ver a la mujer fue Tadeo, que en ese momento se disponía a recoger un tronco para tallar alguna figura con la que obsequiar a los novios en el día de su casamiento. La chica, guapa y delgada, característica esta de las personas nerviosas e inquietas, se entretuvo observando el lugar y pasó sus ojos por la casa, la ermita, el huerto y el espacio natural que aliñaba los alrededores. Tadeo pensó que era una turista o una visitante ocasional atraída por las noticias del rescate de los Guardias Civiles o del disparo de Ramón del que la prensa tanto habló, pero cuando tú la llamaste por su nombre, supo

enseguida quien era.

—¡Natalia! —gritaste desde una de las ventanas de la casa grande.—. Estoy aquí.

La mujer alzó los ojos, viendo Tadeo la mirada de su padre en ella y sabiendo entonces que era tu hija y que decidió visitarte y deseó que eso suavizara tu carácter y te hiciera feliz.

Natalia se había saltado las recomendaciones de su madre y las advertencias de su hermano, y había decidido visitar a su padre en Otín y apoyarte en todo lo que necesitaras. Tú hija traía un paquete bajo el brazo. Y es que las gentes de Barcelona son muy dadas a llevar regalos a los que visitan. El paquete contenía un traje completo de hombre, sacado de la tienda, y Natalia lo traía para que tú lo vistieras el día de la presentación del libro que estabas escribiendo.

—¡Has venido! —exclamaste mientras tu hija subía las escaleras de la casa acompañada por Tadeo.

Nada más llegar Natalia a la parte de arriba de la casa, los dos: padre e hija, os fusionasteis en un enorme abrazo y le propinaste varios sonoros besos en la mejilla.

A la chica le apenó verte tan distinto. Notó como tus manos se encogían por culpa de la artritis y como tu mirada había envejecido a causa de la lejanía, pero aún así te percibió alegre por ver a su hija y contento por estar allí, así que te pasó la mano por la cara, resbalando los nudillos, lentamente, hasta la barbilla sin afeitarse.

—Deja que te presente —proclamaste, visiblemente emocionado.

Uno a uno fueron desfilando todos los habitantes de la casa mientras tú los fuiste nombrando en voz alta. Natalia fue conociendo a tus compañeros y le chocó la mezcolanza de personas que había en un lugar tan solitario como ese pueblo. Toda la vida de allí se concentraba en esa casa.

—¿Y tú madre? —inquiriste.

Te alegraba la visita de tu hija, pero echabas de menos a Marisa y hubieras preferido que en ese coche pequeño, que había aparcado delante de la ermita, hubieran venido los tres juntos, como antes, cuando tus hijos eran pequeños e iban unidos a todas partes.

—Ella... —se detuvo un instante—. Bueno, ella te echa de menos.

Contrajiste el rostro, entusiasmado.

—Pero... ¿y tú, cómo te va por aquí?

Evitaste responder y volviste a preguntar a tu hija por tu mujer.

—¿Cómo lleva tu madre mi ausencia?

—No habla mucho, la verdad. Pero lo cierto es que la noto cambiada.

Natalia estuvo tentada de echarle la culpa de la tristeza de su madre, pero se contuvo a riesgo de incomodarte y sabedora de que ese no era el mejor momento de penetrar en discusiones familiares.

—Pero la vida sigue, papá, y cuando regreses a casa todo volverá a ser como antes. ¿Cómo va tu nuevo libro?

—Espera —interrumpiste nervioso—. Mejor que lo leas tú misma.

—¿Leer?

Te fuiste corriendo hasta tu habitación y regresaste de inmediato con el manuscrito en la mano. Los demás habitantes de la casa se dispersaron, viendo que los dos necesitabais intimidad. Solamente Adela se atrevió a decir:

—Mejor que descanse y se acomode, el viaje hasta aquí es largo.

—No, no —replicaste—. Tiene que leer lo que ha ocurrido hasta ahora para saber qué ha sido de mi vida aquí en los últimos días.

—No importa —dijo Natalia, excusando ante Adela tu celeridad.

Y le entregaste lo que llevabas escrito del libro y Natalia se sentó en el salón de la planta superior y empezó a leer. La convenciste de que leyendo te ahorrabas las explicaciones de las cosas que habías vivido allí, ya que el libro iba de eso precisamente: del quehacer diario en un lugar como Otín.

Natalia descubrió cómo llegaste a Otín y los motivos que te empujaron a realizar ese viaje. Lo que pensabas de tus hijos y de tu esposa. Cómo conociste a los amigos que compartían la casa contigo. Cómo viste la gárgola por primera vez. El arreglo de la casa. El amor de Adela y Ramón. La medicina prodigiosa de Patricio. El arte de Tadeo con la madera y la maestría de Emilio con el cemento. El inquieto gato que correteaba por la casa durante media hora al día. Los equívocos de la policía con los jóvenes. El disparo de Ramón y cómo Patricio arrebató su alma de manos de la muerte. La nevada que os aisló y el rescate de la Guardia Civil.

Pero Natalia supo algo más, comprendió que las personas mayores pueden ser excepcionales, que la juventud no es sinónimo de locura, que la belleza está en los ojos del que mira, que solo los peces muertos nadan en la dirección de la corriente, que la distancia entre los sueños y la realidad la marcamos nosotros y que su padre quería a su familia. Sabía que los querías porque no había capítulo del libro donde no los mencionaras; aunque fuese para reprocharles que no se acercaran a verte.

Natalia estuvo leyendo los folios corregidos a mano por ti, hasta que llegó

la hora de la comida y se sentó a compartir mesa con los habitantes de la casa. Después siguió leyendo hasta que llegó la hora de la cena y se sentó a cenar. Y después vio cómo el manto de la noche invernal había cubierto Otín por completo y supo que era mejor quedarse que irse.

Esa primera noche Natalia durmió en la misma cama que tú. La edad hizo que no fuese censurado el hecho de que una hija y un padre compartieran lecho. Pediste una muda a Adela, que al igual que ocurrió con la chica Guardia Civil, coincidían en las tallas.

Y había tantas cosas que decir, que esa noche no dijisteis nada.

A la mañana siguiente, y con la fatiga de dormir en una cama que no era la suya, tu hija ayudó a Adela a preparar el desayuno de los hombres. En un momento que las dos mujeres estuvieron solas en la cocina, Adela le dijo:

—Eres muy afortunada de tener un padre como Isidro.

Natalia le dio la razón, pero manifestó el reproche hacia su padre por haber sido tan egoísta y haber llegado a un lugar como ese, tan apartado y solitario, y haber dado instrucciones precisas de no ser molestado en el año que duraría tu confinamiento.

—Vamos —le dijo Adela—. Por lo que conozco de tu padre te diría que una cosa es lo que dice y otra lo que hace.

Y ciertamente era así, tú indicaste que no querías ser molestado para escribir el libro con calma, pero lo que en realidad querías era poner a prueba el amor de tu familia y saber si primaría el cariño de ellos sobre tu deseo manifestado antes de partir de Barcelona.

Natalia siguió leyendo el libro y esa misma noche lo terminó hasta donde habías escrito y se emocionó por tu capacidad de comprimir sentimientos y por las personas tan sorprendentes que te rodeaban.

La segunda noche que dormisteis en la misma cama hablaste en sueños y Natalia aguzó el oído para entender lo que decías. Escribías con la voz y relatabas lo que serían los próximos capítulos de tu obra cumbre. La lentitud de pulsaciones, a causa del entumecimiento de tus manos, lo plasmabas en la inconsciencia.

Natalia sintió pena por ti y se dio cuenta de que habías envejecido y que no eras aquel escritor capaz de novelar una vez al mes y que tenías que detener el golpeteo de la máquina de escribir para que tus pensamientos la alcanzaran, ya que entonces repiqueteabas más rápido que tus propias ideas.

Al tercer día, y adaptada a la casa, Natalia decidió escribir por ti y te aconsejó que te tumbaras en el diván que tenías en tu habitación y que relataras en voz alta lo que pensabas expresar y ella se encargaría de convertir las palabras en letras. Accediste y te hiciste acompañar por el gato Rufus, al que acomodaste acurrucado encima de tu falda, mientras Natalia aporreaba las teclas de la vieja Underwood, y tú le dictabas.

Los presentes vieron por primera vez el brillo de la felicidad en tus ojos. No solo había llegado a verte tu hija, sino que ella formaba parte activa de tu obra. Ya para entonces Emilio y Tadeo habían iniciado la rehabilitación de otra casa en previsión de que Natalia se quedara más tiempo y sospechando que Adela y Ramón residirían, después de casados, en el pueblo. En tu diario hallé unas notas que afirmaban que nadie se iría de Otín, jamás.

Otín comenzaba a parecer un pueblo y entre escritura y escritura, padre e hija os deteníais de vez en cuando: tú frenabas las palabras y Natalia sujetaba la máquina de escribir. Aprovechabais entonces para hablar y conoceros mejor, porque aunque habíais vivido toda la vida juntos, la verdad es que apenas os conocíais. Natalia te contó que la tienda de ropa masculina empezaba a funcionar bien y que las ventas se habían incrementado notablemente en los últimos meses y te dio las gracias por el dinero invertido en conseguirlo, porque tú podías ser tachado de muchas cosas menos de tacaño, aportaste auténticas inyecciones monetarias para que la tienda saliera a flote y sufragaste todos los gastos ocasionados en sus orígenes.

En el transcurrir de una conversación, Natalia te dijo:

—He conocido un chico.

Nunca te metías en la vida privada de tus hijos y nunca les preguntaste por novios, pero te alegraba que tu hija pensara en casarse, al igual que hiciste tú con Marisa y lo que hicieron tus padres y los padres de tus padres. Comedido a la hora de escoger las palabras adecuadas e intentando no hablar en exceso, le preguntaste:

—¿Estás bien con él?

A lo que Natalia respondió sin vacilaciones:

—Muy bien, papá.

Y no tocasteis más el tema. Sabías que si tu hija quisiera contarte algo de ese chico te lo contaría, así que no tenía sentido preguntar nada más.

Reconoce que desde que te enquistaste en Otín te habías convertido en un

hombre callado y reservado. Ya en Barcelona eras conocido por ser de pocas palabras, apenas hablabas con nadie, ni siquiera con los amigos más directos que pudieses tener. Tu familia ya estaba acostumbrada a tus prolongados silencios. Pero en la reclusión de Otín percibiste una incipiente necesidad de hablar con Natalia, como si quisieras recuperar el tiempo perdido.

—¿Estás contenta con la tienda?

—Sí, va bien.

—¿Tienes ayuda?

—Una chica que se llama Elvira y trabaja de dependienta, es la que estos días se hace cargo de la tienda.

—¿Sabes algo de tu hermano?

—Está en Madrid, estudiando.

—Así sabes lo mismo que yo.

Luego te podías pasar horas enteras sin decir nada, excepto cuando redactabas el libro para que tu hija lo escribiera, entonces narrabas con una concentración increíble y eras capaz de decir lo que querías decir, sin riesgo a equivocarte. Sí que había un cierto desorden en la narración y entremezclabas hechos, como cuando un personaje del libro explicaba algo que le hubiese ocurrido en el pasado y luego saltaba al presente, de repente. Pero Natalia se encargaba después de reordenar esas ideas y hacer que tuviesen cierta lógica y las novelaba de la manera más coherente posible. En ese sentido, lo tienes que reconocer, Natalia era la escritora. Y yo espero que mi comentario, en el caso de que algún día llegues a escucharlo, no te haya molestado.

Capítulo 22

Fueron pasando los días y Natalia se encontraba tan a gusto en tu compañía y le encantaba tanto Otín, que se olvidó de la tienda y del chico que la esperaba en Barcelona. Se olvidó de su madre, de su hermano. Y se olvidó de todo.

Las comunicaciones en el pueblo no funcionaban y el teléfono móvil era un objeto de decoración similar a un jarrón o un florero, así que Matías, el novio que dejó tu hija en Barcelona, Marisa, su madre, y Elvira, la chica que se encargaba de la tienda, comenzaron a preocuparse, y con razón. Otín ejercía esa extraña sensación en quienes lo visitaban: el tiempo pasaba más despacio. Y es que la noción de la felicidad aminora el paso de nuestras vidas, para que disfrutemos más de ellas. Nadie usaba reloj, no había calendarios, ni se contaban los períodos de tiempo, ni falta que les hacía a sus habitantes. De vez en cuando, cuando venían los Guardias Civiles, caían en la tentación de preguntar el día que era o la fecha del mes, pero luego se daban cuenta de lo infelices que les hacía eso y callaban. Hasta los agentes de la Benemérita, Alberto e Inma, se despojaban de sus relojes los domingos que arribaban a comer a vuestra casa, dejándolos en el mueble recibidor que había en el vestíbulo de la entrada. Era fascinante estar en un lugar donde no era necesario cerrar la puerta con llave o donde no había que preocuparse de los ladrones. Aún no sé cómo no te diste cuenta de que estabas en el paraíso; aunque supongo que nadie se da cuenta de donde está hasta que no se marcha.

Ya habían pasado quince días desde la llegada de Natalia y tu libro comenzaba a tomar forma, mientras que en Barcelona, Matías llamó a Marisa y la hizo participe de la preocupación por la desaparición de su prometida.

—Hace quince días que se fue a ver a su padre a un pueblo perdido de Huesca y aún no ha regresado. Y por más que la llamo al móvil no responde, lo tiene apagado —protestó entre sollozos.

La madre lo tranquilizó y le explicó que tú estabas escribiendo un libro y que para eso necesitabas de la soledad de la montaña. Creo que ese chico no la creyó, o no la entendió. Y quién podía asimilar que un reputado escritor hubiera decidido retirarse al Pirineo oscense a escribir una novela. Dime, ¿quién?

Elvira, la chica de la tienda de ropa, también llamó a Marisa, ya que Natalia dejó el teléfono de su madre para que la llamara en caso de necesidad

urgente.

—Señora Marisa —le dijo—. Hace quince días que su hija se fue a ver a su padre y aún no ha regresado. Me dejó el número de su móvil, pero por más que la llamo no contesta.

Marisa tranquilizó a novio y empleada y les dijo que se pondría en contacto contigo para pedirte explicaciones de la tardanza de vuestra hija, y que puntualmente les informaría del resultado. Marisa no quería traicionar tu confianza —nunca lo quiso— y comentar a terceras personas dónde te encontrabas refugiado; aunque le empezó a preocupar sobremanera el hecho de que vuestra hija no hubiese regresado ya.

De esa forma fue, como Marisa partió dirección a Otín en vuestra búsqueda, preocupada por ti y por vuestra hija. Salió de Barcelona un domingo al mediodía, después de comer y dejar la casa recogida, ya que Marisa era mujer ordenada y organizada. Preparó una maleta de viaje, con cuatro prendas de muda y dejó dicho a la vecina de enfrente que se iba a casa de unos amigos en la montaña; no quería dar explicaciones largas sobre lo que estaba ocurriendo en su familia.

Marisa llegó a Alquézar en taxi y allí cogió un autobús de línea que la acercó hasta Rodellar. Al arribar preguntó a un lugareño que se encontró sentado en un banco:

—¿Para llegar a Otín?

Y el hombre le respondió que desde allí no había otra manera que hacerlo a pie.

Y luego, una vez hubo reaccionado, le preguntó:

—¿Me ha dicho usted que va a Otín?

—Así es —respondió tu mujer.

Y el hombre se quedó pensativo, tratando de comprender cómo una mujer como ella iba a un pueblo que no había nada, ni nadie.

—¿Otín? Allí solo hay una ermita derruida y cinco casas de las cuales ninguna se sostiene en pie —aseveró el montañés, sin perder una sonrisa que Marisa vislumbró irónica.

Marisa tenía sesenta y cinco años, las varices campaban a sus anchas por ambas piernas y la esbeltez de la juventud la había abandonado definitivamente, dejando paso a una corpulencia moderada; aún así tenía la firme intención de llegar hasta el lugar donde tú te hallabas recluido y saber

por qué su hija estaba contigo y no respondía al teléfono, ni daba señales de vida. Marisa siempre fue una ferviente defensora del instinto, pero encontraba exagerada tu postura y el hecho de dejarte arrastrar por el ímpetu más radical, hasta el punto de pasar de ser una persona instintiva a ser inconsciente. Y haciendo de tripas corazón y pensando que unas horas de senderismo no le vendrían mal a sus hinchadas y varicosas piernas, Marisa emprendió la marcha dirección a Otín, esperando encontrarte a ti y a Natalia y atisbando la esperanza de regresar de vuelta a Barcelona en vuestra compañía.

Desconozco qué pensaría tu mujer de mí en esos días de confusión. Sé que nunca me dirás si hablaste con ella o si Marisa suponía que entre tú y yo había algo más que la afable relación entre un escritor y su editora. Tampoco sé si escribiste en tu diario algo al respecto. Desde luego yo no lo hallé entre tus notas, pero de hacerlo quizá hubiera arrancado esas hojas. La felicidad, en ocasiones, pasa por la ignorancia. El desconocimiento nos hace libres.

Durante las cinco horas de camino pedregoso, Marisa recordó cómo te conoció. Rememoró cuando eráis dos jóvenes llenos de sueños. Vio los días pasados en la Universidad de Derecho y como hizo amistad con los compañeros de clase y lo bien que se encontraba con ellos, entre ellos. Como terminó la carrera y celebraron una fiesta por todo lo alto, y ella, dos amigas más y cinco chicos, se fueron de cena. Uno de esos chicos era Gustavo, un catalán de buena posición y excelentes maneras, con una labia capaz de convencer al diablo de que todos tenemos una parte buena. Después de la cena se fueron a un local de ambiente, donde tomaron unas copas. Todos se desinhibieron y estuvieron hasta altas horas de la madrugada. Rieron y bebieron y al final solo quedaron en pie Gustavo y Marisa. El chico se ofreció para acompañarla hasta su casa:

«La noche barcelonesa no es segura», le dijo.

Ella aceptó y pasearon por las iluminadas calles de la ciudad. Fumaron y confesaron sus demonios internos. Gustavo le dijo que la quería, que era una mujer magnífica y que la encontraba increíblemente guapa. Marisa aceptó sus halagos, pero le dijo que estaba casada y que quería a su marido. Pero no debió decirlo con mucha vocación, porque Gustavo la besó en la boca. Los dos se besaron y las palabras dejaron paso a las caricias y éstas al calentón y cambiaron de dirección y se fueron a casa de Gustavo, que vivía solo.

Nunca le preguntaste a Marisa dónde estuvo aquella noche, ni por qué llegó a las doce del mediodía del día siguiente de una cena de fin de carrera, pero

Marisa llevaba dentro la pasión de Gustavo y al terminar los nueve meses nació Alejandro, vuestro primer hijo. Nunca te dijo que no era hijo tuyo, que era hijo del alcohol de una noche y de la soledad de muchas noches, y el remordimiento le hizo buscar un segundo hijo contigo para paliar aquella infidelidad, y al año y medio nació Natalia, que sí era hija tuya y por eso os parecíais tanto y por eso Natalia tenía tus ojos.

Confieso que cuando leí tus notas me puse a llorar. Tú no te merecías eso. Tú no, Isidro.

Las horas de caminata, el frío de la montaña, y la baja forma física, hicieron que Marisa desfalleciera en el camino de piedra y se tuvo que sentar en una roca de granito, que puso el agua allí hacía miles de años. Era como si la evolución hubiera arrastrado esa roca sabedora de que algún día se sentaría sobre ella tu esposa. Se remangó los pantalones vaqueros y se bajó las medias elásticas especiales para varices, mostrando la rotura de una de ellas. Tras descansar un rato y recuperarse de la caminata, volvió a tapar sus piernas y siguió la singladura hacia Otín, conocedora de que faltaba poco trozo del camino por recorrer. Le dolían los tobillos de sortear las piedras y se preguntó si no habría otra forma más sencilla de llegar. Le parecía inverosímil que el acceso al pueblo, donde estaba su marido, fuese tan dificultoso, si bien pensó que él bien tendría que comprar comida.

Dentro de sus reflexiones comenzó a sentir miedo. Le preocupaba que enfermaras y lo difícil que sería para un médico del pueblo más próximo trasladarse hasta allí. Y entonces se planteó la idea de, una vez que estuviera contigo, convencerte para que cejaras en tu descabellado empeño y te dedicaras a vivir de la renta ganada a pulso durante los últimos años. Y eso mismo me hubiera gustado decirte yo: ¿por qué no te dedicaste a vivir de la renta y abandonaste esa absurda obsesión de escribir tu última novela?

Sin darse cuenta llegó al pueblo, pero no vio ningún rótulo que lo anunciara. En cambio había varios letreros alarmantes que advertían del peligro de animales sueltos, de un campo de tiro para militares, de la presencia de pozos profundos e inseguros, de nidos de avispas. Esos letreros los había colocado Ramón para que nadie disturbara la paz de Otín. Cuando se interesó por ellos, ordenaste a Tadeo que los retirara, ya que creísteis que no eran necesarios. A pesar de los letreros, Marisa llegó hasta la ermita y le llamó la atención el buen estado que mostraba y lo recortada que estaba la maleza transformada en

jardines y el muro que la rodeaba, y vio la casa grande e imaginó que tú, junto a vuestra hija, estaríais ahí. Se sentó agotada a los pies de la ermita y apretó con fuerza las varices para que la sangre no traspasara el pantalón. Deseaba que ese lugar fuese Otín.

Don Emilio, que estaba encofrando la nueva casa, vio a una mujer desvalida y de rostro doloroso sentada delante de la Ermita y salió presto en su ayuda.

—Señora. ¿Está usted bien? —le preguntó.

—No se preocupe buen hombre —respondió Marisa—. Son las dichosas varices que se han adueñado de mis piernas.

—Espere aquí que voy en busca del médico.

Emilio corrió hacia la casa y llamó a Patricio, que estaba jugando a Ajedrez con Tadeo, y que como estaba perdiendo no le importó abandonar la partida y dijo:

—Luego empezamos otra.

Patricio llegó todo lo rápido que pudo y viendo la carnicería en las piernas de la mujer, aconsejó trasladarla a la casa y allí sanaría esas heridas, convertidas en eccemas.

Pidieron ayuda a Ramón y Adela, que jóvenes y fuertes, podrían trasladar a la, hasta entonces desconocida mujer, al interior de la casa. Ante el auxilio reclamado, y que buscaba gente robusta y nervuda, Natalia quiso sumarse, pues treinta y siete años era juventud suficiente como para acarrear peso.

Cuando todos llegaron al lugar donde se encontraba la mujer, Natalia gritó:

—¡Mamá!

Y todos los presentes se dieron cuenta de que estaban ante tu esposa, que por fin se había decidido a viajar a Otín.

Adela le quitó los pantalones y Natalia le cortó la medias. Emilio y Tadeo fueron en tu búsqueda. En ese momento tú andabas por la habitación de la planta superior leyendo en voz alta las transcripciones de tu hija, ante los ojos vidriosos del gato Rufus.

Patricio abrió el maletín metálico y le dijo a Adela, su aprendiz, que extrajera el bote verde y el amarillo. De uno de los compartimentos del estuche cogió una espátula de madera, no sin cierta dificultad, ya que el Párkinson le producía tal tembleque que se le hacía difícil precisar los movimientos de las manos, y le dijo a su estudiante de medicina:

—Reparte primero con la espátula el mejunje del bote verde y cuando haya secado extiende encima el del bote amarillo.

Y al mismo tiempo le dijo a Ramón, que estaba al lado:

—Dale mucha agua, está a punto de deshidratarse.

Bajaste hasta la planta inferior donde estaba tu mujer con el rostro desencajado de dolor. Sufría y tú te sentiste culpable de su sufrimiento. Marisa estaba recostada en un camastro viejo y le habían tapado parcialmente las piernas con una toalla vieja. Te acercaste hasta ella y le cogiste la cara con las manos dobladas por la artritis y no encontrando más palabras que decir, exclamaste:

—No te dije que no vinieras.

Y vuestra hija te reprochó:

—Papá, ahora no es el momento.

La medicina de Patricio comenzó a surtir efecto y el dolor desapareció y la pierna, aunque roja, ofrecía mejor aspecto. Ramón, Adela y Natalia ayudaron a Marisa a subir hasta el comedor de la casa y la sentaron en uno de los butacones más cómodos y le acercaron una taza de café caliente.

Después de recuperar el resuello, Marisa miró a su alrededor y quedó extrañada e impresionada de la decoración de la casa y te dijo:

—¿Te has alojado en un hotel?

Los demás rieron. Y tú, más calmado de la incomodidad inicial, respondiste:

—No cariño, es una casa del pueblo que han arreglado entre todos.

Al igual que hiciste con tu hija y para ahorrar horas de explicaciones, le dejaste a Marisa el libro que llevabas escrito hasta entonces.

—¿Qué es esto?

—El libro.

—Estoy cansada del viaje. No tengo ganas de leer —dijo ofendida.

No le parecía a Marisa el mejor recibimiento por tu parte, después de las penurias del viaje.

—Sí, mamá —le dijo Natalia—. Así sabrás todo lo que ha hecho papá desde que llegó aquí.

Tu esposa supo cómo llegaste a Otín, tras alquilar la casa a un vecino de Rodellar, y como Adela se puso a tu servicio para cocinar y ayudarte en las tareas del hogar. Conoció el hallazgo de la misteriosa gárgola y como la hizo traer de Italia el tío de Adela. Descubrió como fue a vivir con vosotros Emilio y cómo conociste al médico más viejo del mundo y que veía a la muerte cuando acechaba a sus pacientes y tenía el Don de la medicina mágica, que era una ciencia antiquísima que sanaba de forma milagrosa. Supo del amor entre

Ramón y Adela y del disparo recibido por éste en Huesca. Conoció al carpintero Tadeo y a los Guardias Civiles de Abiego y el temporal de nieve y hielo que os dejó aislados hasta que vinieron a rescataros en helicóptero. Supo de tu esfuerzo sobrehumano que, luchando contra la artritis, escribías sin cesar y la mente te funcionaba igual que cuando eras joven, pero las manos te fallaban como una escopeta de feria que siempre yerra el tiro a pesar de apuntar bien. Se enteró del día que llegó al pueblo vuestra hija Natalia y cómo contactó contigo y cómo se puso a escribir para ti, apesadumbrada por el hecho de que tus dedos no respondieran a las órdenes del cerebro.

Marisa estuvo leyendo cuatro días seguidos, ya que la vista le fallaba y la coquetería le impedía ir al oculista a que le recetara unas gafas. Solamente paraba de leer cuando todos os sentabais alrededor de la mesa y saboreabais la suculenta comida que cocinaba Adela.

Patricio preparó una pócima a base de hierbas y cada día se la daba a tu mujer para que se la repartiera por las piernas y vio ésta como las varices se desinflamaban y recuperaban el buen color. El teléfono móvil se quedó sin batería y desechó cargarlo, ya que pudo comprobar que en Otín no había cobertura, ni en la casa había enchufes donde poner el teléfono a cargar. De hecho, en Otín, no había nada que tuviera que ver con la electricidad.

La vida de los habitantes de la casa siguió igual, excepto por el cambio de habitaciones que tuvisteis que hacer: Marisa dormía contigo y Natalia pasó a la cama de Adela, mientras que Ramón durmió con Tadeo.

Por su parte Ramón tuvo que ir a comprar comida a Huesca cada dos días y regresaba con el todoterreno lleno a rebosar, el aumento de habitantes le obligó a abarrotar el maletero, los asientos traseros y el del copiloto. Bromeó con adaptar alguna de las casas abandonadas para trasformarla en una tienda, ya que Otín empezaba a parecerse a un pueblo y un comercio no le hubiera venido mal.

Y uno de esos días en que Ramón fue a comprar y quiso sacar dinero de tu cuenta, desde un cajero automático, vio como el expendedor de billetes le devolvió un papel indicando que el saldo no era suficiente. Ramón repitió la operación, pero tecleando un importe inferior, con idéntico resultado. Pensó en decírtelo en cuanto tuviese ocasión, pero al regresar a Otín se lo dijo a Adela:

—Isidro se ha quedado sin dinero.

—¿Estás seguro?

—Sí, he visto el saldo de su cuenta y ya no hay dinero que sacar.

Y Adela le manifestó el compromiso de hacértelo saber a ti, ya que el aislamiento en el pueblo te impedía saber de tus finanzas y conocer el dinero del que disponías. Los gastos originados en la tienda de Natalia, el desvío de grandes cantidades de dinero para Alejandro, el mantenimiento de Marisa, que hacía años no ejercía la abogacía, y el coste ocasionado por la estancia en Otín, habían reducido el dinero de tu cuenta bancaria al mínimo.

Llevabas años sin publicar un libro nuevo y los derechos de autor no eran suficientes como para mantener a todos los miembros de la familia, pero eso era algo que desconocías, ya que siempre fuiste un despreocupado para el dinero. Quizá, si entonces me lo hubieras dicho, yo te podía haber dado un adelanto de tu próximo libro. Pero me mantuviste al margen de tus planes. Reconoce que me trataste como a un enemigo.

Una tarde, después de la siesta, y mientras Natalia escribía en el libro y Marisa leía, te dio por pensar en tu hijo Alejandro. Siempre respetasteis la soledad del mayor de vuestros hijos y nunca quisisteis inmiscuirlos en sus asuntos y en su modo de vivir, bohemio y desorganizado. Te preocupaba el coqueteo de tu hijo con las drogas, ya que sabías que era dado a su consumo y en más de una ocasión os sentasteis los dos a hablar de ese asunto, pero Alejandrino no quería hablar y cuando le tocaban el tema se levantaba de la silla y se iba en silencio, sin portazos ni nada, porque no era impetuoso, ni maleducado, aunque era un vago y tú lo sabías, y Marisa también y Natalia, y los vecinos de Barcelona y la prensa sensacionalista que no te quería y que preferían verte crucificado y así vender más revistas. Por eso nadie de la familia se opuso a que Alejandro se fuese a Madrid, con sus amigos y con las drogas, y que se abandonara a la vida fácil y que se deteriorara hasta el punto de perder veinte kilos en un año, pero no de régimen, sino de ansiedad. Le trasferías dinero, todo el que podías, porque preferías tener un hijo drogadicto que un hijo ladrón.

Después de acordarte de Alejandro le preguntaste a Patricio:

—¿Tienes algún brebaje para la drogadicción?

Patricio, que sabía más por viejo que por médico, te respondió:

—No, mis pócimas solo curan las dolencias físicas.

Comprendiste que el hábito malsano de tu hijo estaba en su mente y buscaste en vuestro pasado el momento en que fallaste y no supiste darle el cariño necesario y que ese amor lo sustituyese una jeringuilla. Esas respuestas las

tenía Marisa, pero tu mujer nunca quiso decirte la verdad; aunque sí se lo dijo a Alejandro, aprovechando un momento de sinceridad insana. Le dijo que no era hijo de su padre. Que su padre era un estudiante de derecho con el que solo estuvo una noche, pero fue suficiente para quedarse embarazada. Marisa creyó que esa era su obligación, la de decir a un hijo de donde viene, como los padres adoptivos que en algún momento de la adolescencia, cuando los hijos son capaces de entender, sueltan aquello de que son adoptados y que su padre era un militar ruso y su madre una prostituta. Esos niños sienten la imperante necesidad de buscar la verdad. La verdad les hace fuertes, pero también los mata. Lentamente. Alejandrito no soportó la verdad y prefirió huir como hacen los que tienen miedo. No pudo mirar a su madre, por odio. Ni a ti, por aflicción. Entonces se fue a Madrid con la excusa de estudiar, aunque todos sabíais que no estudiaba. Todo el dinero que le ingresabas se lo metía por la vena.

Capítulo 23

Llegó el mes de febrero y el frío amainó hasta que la temperatura se hizo soportable. Terminaron las nieves y los hielos, y Otín recuperó su esplendoroso color verde y su aroma mentolado y conífero.

Ramón y Adela vivían en la casa nueva que arreglaron Emilio y Tadeo. Marisa y tú compartíais cama en una alborozada felicidad madura y comprensiva, mientras que vuestra hija Natalia dormía en la habitación que desocupó Adela.

Ese mes, Patricio comenzó a sufrir constantes achaques que le dejaban completamente inmóvil.

—Maldito Párkinson —gritaba cada vez que uno de esos alifafes le detenía por completo.

Y es que el médico más viejo del mundo había perdido la movilidad hasta el punto de que nunca abandonaba la casa y se deslizaba, con rostro doloroso, por la planta de arriba, mientras su trote inquieto producía movimientos espasmódicos y su semblante adquiría la rigidez de una estatua de mármol.

Los Guardias Civiles dejaron de presentarse, ni de paisano ni de uniforme, y nunca supisteis más de ellos. Seguramente fueron destinados a otros puntos de la geografía española y no vinieron a despedirse por la tristeza que ello les supondría.

Con la ausencia de los agentes, Tadeo perdió el discípulo tan bueno que había encontrado en la persona de Alberto y Adela echó en falta a Inma, con la cual había intimado mucho. En una anotación tuya leí que incluso habías supuesto que tuvieron algún tipo de aproximación lésbica. Si te tuviese ahora delante te diría que, y conociendo la historia de Otín, esa conjetura formaría parte de tu mente enfermiza de viejo verde.

De semana en semana, se veía pasar algún senderista o un grupo de caminantes, pero al ver la soledad del pueblo y la tristeza de sus casas y la ermita abandonada, decidían no detenerse y continuar el camino. Los habitantes de Otín habíais escondido los coches: el viejo Citroën de Emilio, el coche utilitario y de grandes ruedas de Natalia y el todoterreno de Tadeo, estaban guardados en el garaje de la casa, mientras que las hierbas habían comido el muro bizantino de la ermita y su interior estaba tapiado por tablones roñosos de madera. Otín era un sitio de paso y nadie interrumpía su trayecto, ni siquiera unos minutos. Los viejos veíais pasar, asomados al balcón de la casa, a los caminantes por los senderos que rodeaban al pueblo, los oíais

charlar de forma animada, pero nunca se demoraban lo suficiente como para suspender su trayecto y adentrarse en el conjunto de casas abandonadas. Sus voces se escuchaban altas para luego desvanecerse paulatinamente, como un mal sueño que se disolviera al despertar.

Entretanto la vida continuaba en Otín. Los jóvenes preparaban su boda con regocijo y entusiasmo. Tadeo y Emilio se dedicaban a jugar al ajedrez y aprovechaban para conversar de albañilería y carpintería, pero también de ebanistería, imaginería, pintura y escultura. Las mujeres cocinaban y Natalia se sorprendía de las dotes culinarias de Adela, que emulaba a los grandes maestros de la gastronomía con una facilidad innata y admirable, y que era capaz de preparar platos de lo más variopinto y de portentosos y variados sabores. Y tú escribías ayudado por Marisa y el libro había avanzado mucho, pues ya iba por el capítulo veintitrés.

Una mañana de domingo, el día amaneció nebuloso. Una bruma semejante a la que se forma en las zonas costeras cubrió Otín e hizo que pareciera una tarde de tormenta invernal. Una oscuridad grisácea planeó sobre el pueblo y las fachadas de las casas se pintaron de colores plumizos y borrosos. A lo lejos se podían distinguir los rayos y cómo éstos caían sobre las montañas.

Todos os refugiasteis en la casa grande ante el temor de una tormenta eléctrica; que aunque poco frecuentes, os habían comentado que eran capaces de arrasar poblaciones completas. Venancio, el agente forestal de Rodellar, dijo en más de una ocasión que hubo una tormenta de esas hacía treinta años y que fulminó un municipio completo, también dijo que los sobrevivientes de los pueblos anexos llegaron a contar más de quinientos rayos, en apenas unos minutos.

—Fue como si el cielo bajara hasta la tierra y la aplastara —declaró.

Los habitantes de Otín os preparasteis para pasar el crepúsculo de la mejor forma posible y primando la seguridad, ante todo. Cerrasteis ventanas y contraventanas, clavasteis puertas y desconectasteis las bombonas de gas de los hornillos de la cocina. Ramón taponó la chimenea y se aseguró de que no quedara ningún resquicio por donde pudiera pasar una chispa o una centella, ya que el mismo guardabosques dijo que unos vecinos de aquella legendaria tormenta vieron como un relámpago persiguió a un alguacil hasta que le dio caza y lo mató en la puerta de su casa.

—Todos vieron como el rayo lo buscó hasta darle muerte —aseguró.

Emilio, que se disponía a cerrar las puertas del balcón, vio con el rostro

estupefacto y desencajado, como la gárgola se encontraba fuera de la ermita y estaba enclavada al lado del muro de piedra. A través de la oscuridad de la niebla distinguió su silueta y la forma de los brazos apoyados en la cara, como si estuviera pensado. Al principio creyó que se trataba de un efecto óptico, había oído hablar mucho de ellos y sabía que jugaban malas pasadas a la mente. Tuvo que abrir y cerrar varias veces la puerta para darse cuenta de que la imagen siempre era la misma. Fue tal la conmoción que le produjo, que no pudo evitar gritar:

—¡La gárgola ha salido de la ermita! —exclamó a los demás que estabais sentados en el salón preparándoos para el vendaval.

Nadie contestó y supusisteis que era una maniobra de distracción por parte del viejo albañil para manteneros a todos alejados del aburrimiento, ya que sabíais que si el agobio y el hastío se apoderaba de vosotros, sería el fin del paraíso de Otín.

Patricio, que se hallaba recostado junto al tablero de ajedrez y jugaba una partida con Tadeo, indicando los movimientos con el dedo para que este desplazara las fichas, ya que su enfermedad se lo impedía, dijo:

—La culpa es tuya por haberle arreglado las garras.

Todos reísteis por la ocurrencia del doctor, que aunque era el más viejo del mundo y el Párkinson le había arrebatado toda la expresión de su rostro, aún conservaba la capacidad de hacer felices a los demás con sus bromas.

—¡Os lo digo de verdad! —berreó más fuerte el tío de Adela—. La gárgola está fuera de la ermita —insistió.

Los presentes, viendo que la cosa iba en serio, os pusisteis en pie y os acercasteis hasta el balcón de la planta superior y comprobasteis, boquiabiertos, que la gárgola estaba fuera de la ermita, tal y como aseveró don Emilio. Era imposible que la figura hubiese salido sola, eso ya lo sabíais, porque el agujero del techo de la ermita estaba tapado y por la única puerta de acceso no cabía, Emilio ya lo intentó cuando la trajeron los expoliadores italianos y las enormes medidas de la efigie del Grifo, hacían del todo inviable la probabilidad de que la gárgola pudiera entrar a través del marco de la puerta.

Nadie dijo nada. Todos callasteis y cada uno pensó en qué es lo que hacía la figura allí afuera. ¿Quién la sacó, cómo, para qué y por qué? Todos os embutisteis en vuestros pensamientos y os recorrió un frío intenso por la espalda a causa del miedo y la niebla tan macabra que rodeaba Otín en ese instante.

Natalia, que era la que mejor vista tenía, fue la primera en darse cuenta de que delante de la gárgola había alguien.

—¿Lo habéis visto? —chilló.

Y ciertamente, ante la figura del Grifo había una persona. Era un hombre delgado. Casi enclenque. Aún así se mantenía en pie y miraba fijamente a la gárgola, como si la estuviera desafiando.

De repente Marisa gritó:

—¡Dios mío, es Alejandro!

Y un rayo cruzó el cielo de lado a lado, como si una enorme grieta hubiese perforado el horizonte y amenazara con partirlo por la mitad.

Alejandro había llegado desde Madrid, sabedor de que toda su familia estaba allí, en Otín. Un día, viendo que tú ya no le hacías los ingresos de dinero, porque desde que llegaste al pueblo te habías olvidado de ellos, llamó al teléfono del piso de Barcelona para hablar con su madre y contarle el abandono al que lo había sometido su progenitor. Alejandro sabía que la mejor manera de obligarte a hacer algo era a través de su madre. A ella la convencía de todo y luego tú no podías decirle que no a Marisa. En su casa no cogieron el teléfono, así que probó varios días y a diferentes horas. Viendo que nadie descolgaba, llamó a su hermana Natalia. Pero la chica de la tienda le dijo que se había marchado y desconocía el lugar donde estaba. Llamó varios días más y su hermana seguía sin aparecer y como conocía tu paradero, pensó en venir a verte y así limar asperezas y de paso recoger el dinero que le adeudabas por todos esos meses en que faltaste a las transferencias.

El chico estaba realmente delgado. Había perdido veinte kilos desde la última vez que lo vio su madre. Lo acompañasteis hasta la casa y le disteis de comer; aunque rechazó el alimento, y su madre dijo:

—Se le ha encogido el estómago y no le entra nada de comida.

Natalia le preparó un zumo de naranja y otro de zanahoria y varios de espinacas y remolacha, pero el chico manifestó que no tenía sed y que no quería tomar nada, que solo estaba agotado, y tú dijiste:

—¡Dejadlo! Lo que necesita es descansar y mañana ya comerá y beberá.

Y tras tocarle la mejilla con tu mano, como hacías cuando era pequeño, declaraste:

—Bienvenido a casa hijo.

Acomodaron a Alejandro en la habitación de Natalia, y ella se fue a dormir a la casa de Adela. Ramón regresó a la habitación de Tadeo. Estabais tan

acostumbrados a esas componendas que las hacíais sin apenas molestia.

Para evitar explicaciones innecesarias y largas, tú le dejaste a tu hijo lo que hasta la fecha llevabas escrito del libro, pero Alejandrino estaba demasiado cansado como para leer y abandonó los folios en la mesita de noche, sin apenas ojearlos.

La niebla no se fue del pueblo. Y cada día que pasaba en Otín sus habitantes tenían la sensación de otear la bruma marina y que de un momento a otro fuese a aparecer en el horizonte un barco mercante y atracar en el huerto de la casa.

Viendo que Alejandro no mejoraba, Marisa entró en la ermita, inquieta por la salud de su hijo y temiéndose el peor de los desenlaces. Tadeo le quitó los tablones de la puerta y le dijo que guardara voto de silencio sobre el aspecto de la iglesia, ya que entre él y Emilio la estaban emperejilando para la boda de Adela y Ramón. Marisa se acercó hasta el fabuloso retablo, ya terminado, y avistando el hueco de la gárgola, que aún permanecía en el exterior, al lado del muro, y que nadie supo dar una explicación coherente de ello y tampoco se atrevieron a mover la figura hasta que desapareciera la niebla, se dispuso a rezar por la pronta recuperación de su hijo, y de tu hijo, que aunque no fueras el padre lo habías tratado como a tal y siempre fuiste muy bueno con él.

Marisa rezó durante toda la mañana. Rezó durante la tarde. Y rezó durante la noche. Cuando la oscuridad se apoderó del pueblo y la noche era el único vestigio de cordura que quedaba, regresó Emilio a rescatarla y le dijo:

—Mañana seguirás, mujer.

Pero Marisa quería que su hijo se salvara de una muerte segura, ya que de seguir sin comer, se adelgazaría más y acabaría por pararse su corazón. Y Marisa sabía que si su corazón se detenía luego seguiría el de ella y luego el tuyo, porque los órganos de la vida funcionaban al mismo ritmo y detener uno era matar otro. La mujer rezó toda esa noche también y siguió rezando a la mañana siguiente y por la tarde, y cuando volvió a ser de noche, llegó su hija con el firme propósito de rescatarla de la locura, y le dijo:

—Mamá, ven a casa que con un enfermo es suficiente, de seguir así también te pondrás mala.

Natalia hablaba con pasión y sus ojos se llenaban de lágrimas con mucha facilidad, pero Marisa hizo como que no la oía y siguió con sus plegarias, y viendo que Dios no le hacía caso decidió rezar en voz alta, para ver si así la atendía.

Al tercer día fuiste a buscarla, creyendo que a ti te escucharía. La niebla aún no se había levantado y Alejandro seguía postrado en la cama. Entraste

despacio para no asustarla y ella no se dio cuenta de tu presencia, por lo que siguió con sus súplicas en voz alta.

—Señor, perdona mi infidelidad y salva la vida de mi hijo. Él no tiene la culpa.

Te quedaste mudo detrás de Marisa y procuraste no hacer ruido para que ella no advirtiera tu presencia, mientras seguía rezando.

—Él no tiene la culpa de ser ilegítimo, me has de mortificar a mí, y no a él. Te lo suplico.

Hacía veinte o treinta años hubieras montado en cólera y hubieras gritado como un energúmeno salvaje y fuera de ti, pero la edad te hacía ser cabal y razonabas tus actos. Te apaciguaste y saliste de la ermita mientras meditabas lo que habías oído. Entendiste muchas cosas y supiste entonces el porqué Alejandro y tú erais tan diferentes y comprendiste por qué planeaba ese sentimiento de culpabilidad constante sobre Marisa. Pero no era el momento de pensar en eso, vuestro hijo se estaba muriendo, necesitaba ayuda y no podías detenerte en lamentar hechos del pasado y que no tenían remedio. Fuiste en dirección a la casa y te postraste delante de la cama de tu hijo. Rezaste. Sinceramente, Isidro, no logro imaginarte rezando derrengado en el suelo. Natalia cuando te vio hizo lo mismo, y luego se sumaron Ramón, Adela, Tadeo y Emilio. El único que no se unió fue Patricio, que estaba recostado en la butaca del comedor, admirando la niebla, tapado con una manta y temblando a causa de su enfermedad. Todos rezasteis durante un día seguido y cuando llegó la noche, Emilio sugirió:

—Mejor rezamos en la ermita.

Y os levantasteis y fuisteis a situaros al lado de Marisa, que oraba arrodillada por la salud de su hijo. Estuvisteis toda la noche mientras los rayos caían encima de Otín. Patricio contó más de mil. Cuando estaba a punto de amanecer, y la tormenta había amainado, salisteis fuera y la niebla se había levantado lo suficiente como para dejar pasar los primeros rayos de sol desde hacía días. Entrasteis en la casa y Adela dijo:

—Voy a preparar un buen desayuno, creo que lo necesitamos.

Adela y Natalia se metieron en la cocina mientras Ramón trajo unos troncos para calentar la chimenea y poder asar pan. Patricio, que estaba recostado en la butaca del comedor y que no encontraba la posición para que le dejaran de doler los huesos, os dijo a todos:

—Ya está, se ha ido feliz.

Y os mirasteis sin saber lo que quería decir, ya que la edad le hacía hablar

cosas sin coherencia y pensasteis que era una gracia suya, a las que tan acostumbrados os tenía.

Alejandro no estaba en la habitación, ni en el baño, ni en la cocina, ni en ningún sitio, Alejandrito simplemente no estaba. No había rastro de él en la cama, ni de sus ropas que se despojó cuando llegó a Otín.

Estabais absortos buscando explicaciones a lo ocurrido y preguntándoos unos a otros dónde estaba Alejandro, cuando de repente Emilio gritó:

—¡Mirad! La gárgola ya no está.

Y salisteis todos corriendo, menos Patricio que no podía bajar las escaleras, y llegasteis hasta la ermita y entrasteis dentro y visteis cómo la gárgola ocupaba la misma posición que tenía antes de que llegara Alejandro.

—¿A qué viene esto? —gritaste a Marisa, achacándole las culpas de todo—. Es acaso una broma de tu hijo que ha venido aquí a desconcertarnos.

—Vamos papá, tranquilízate —te dijo Natalia—. Todos hemos visto a Alejandro y es imposible que estuviera bromeando. ¿No viste sus ojos hundidos y su aspecto demacrado?

Buscasteis por toda la casa y también por la casa de Adela y Ramón. Por las otras casas abandonadas. Por el depósito de agua. Por el huerto y por la ermita. Buscasteis por los alrededores de Otín. Ramón cogió el todoterreno y salió por los caminos hasta los pueblos vecinos. Adela montó en la bicicleta y buscó por los senderos atestados de piedras. Cuando terminaron, volvieron a empezar y siguieron buscando hasta que un día llegó un agente forestal montado en una moto de montaña y se paró delante de la casa. Era Venancio, un abuelo de Rodellar conocido de Emilio, Tadeo y Patricio. Venancio trabajaba de guardabosques antes de que existieran los montes, lo había hecho siempre y Adela lo recordaba tal y como se presentó en la casa: ataviado con una botas negras, pantalón militar de color verde y camisa azul con cuatro bolsillos. La moto, demasiado pequeña para él, rugía como una batidora que fuese a estallar y fuiste tú el que le indicó con la mano que la apagara para poder entenderos.

—¿Vive aquí un tal Mezquita? —preguntó a Emilio cuando salió a recibirle.

El tío de Adela le respondió:

—Aquí está y aquí vive.

Le dijo al oído que estaba toda la familia junta y que pasaban por un mal momento y también le dijo que le contara a él lo que fuera y que ya te lo transmitiría a ti cuando llegara el momento.

El agente forestal le explicó que había llamado al ayuntamiento de Rodellar un tal Matías, identificándose como novio de Natalia. Llamó por teléfono y dijo que necesitaba ponerse en contacto con ellos para dar una mala noticia.

Matías estaba informado del lugar donde se encontraba Natalia contigo, gracias al diario de su novia, el cual miró; aún sabiendo que era cosa prohibida, preocupado por su ausencia prolongada y sin saber dónde se hallaba. Llamaron de Madrid a la casa de los Mezquita y como no había nadie llamaron a la tienda de ropa de Natalia y como ésta no estaba, cogió el recado Elvira, que era la dependienta que dejó a cargo del negocio, y Elvira llamó a Matías, que sabía era novio de la dueña de la tienda. Llamaron de la comisaría de Centro de Madrid, llamaron para dar malas noticias. Dijeron que hacía un mes había fallecido un chico en un apartamento del centro de la capital. Había muerto de sobredosis de droga y lo había hecho solo. Los agentes lo encontraron con la jeringuilla clavada en el brazo y con una nota metida en un sobre en la mesita de noche. La nota iba dirigida a sus padres, los dos, y solamente había dos palabras escritas: “lo siento”. La carta contenía una dirección: “Casa de pueblo de Otín”. Nada más. Los policías buscaron Otín en la guía, pero no lo encontraron. Finalmente, en el registro del domicilio, hallaron una agenda con el teléfono de casa de sus padres y de la tienda de Natalia.

Emilio se dio cuenta enseguida de que el hijo de Isidro y Marisa había llegado al pueblo el mismo día de su muerte. El espíritu de Alejandro quiso estar con sus padres y pedirles perdón o simplemente verlos o pasar los últimos momentos en compañía de su familia. Pero el caso es que llegó después de muerto y por eso salió la gárgola a recibirlo y por eso cuajó la niebla encima del pueblo.

Emilio no hizo ningún comentario. Se despidió de Venancio al mismo tiempo que reflexionó unos instantes sobre lo sucedido. Entonces se acercó hasta la ermita y le rompió las garras a la gárgola. Utilizó un hacha de cortar leña y fueron necesarios veinte golpes para separarle las garras del resto del cuerpo. Estaban tan enganchadas, debido a la reparación que realizó, que casi rompe el machado en el intento. Emilio quería que la figura no volviera a salir de la ermita y asegurar su confinamiento en el interior de la iglesia.

Emilio se había vuelto loco.

Capítulo 24

Llegó el mes de marzo y el buen tiempo asomó por detrás de las montañas de Otín. El cielo asemejaba un dibujo pintado con acuarelas.

Un día por la mañana, mientras te afeitabas, viste una lágrima en tu ojo derecho. Al principio pensaste que era una legaña, pero por más que frotaste encima de ella, no se marchaba. Te lavaste con agua caliente, primero, e hirviendo después, pero la lágrima seguía agarrada al párpado como si formara parte de él. Cuando se la enseñaste a Marisa, ella te dijo que era un orzuelo, pero tú recordabas que lloraste cuando te enteraste de la visita del espíritu de Alejandro y que esa fue la última gota de sollozo que salió de tus ojos.

Ramón aún no había encontrado el momento propicio para decirte que ya no tenías dinero y que todas las compras que se hicieron en el último mes las costearon de los ahorros de Adela y de su tío Emilio. Los jóvenes enamorados planeaban hacer un viaje a algún lugar bullicioso, después de su boda. Cada vez que Ramón iba a Huesca, traía panfletos de ciudades como Nueva York, Pekín o La Habana, y programaban realizar un crucero de varios días con escalas en lugares paradisíacos y rodeados de mar y luego visitar esas ciudades enormes en coches de alquiler y bañarse y cenar en restaurantes caros a la luz de unas velas y amarse en la arena de la playa hasta que les sorprendiera el alba.

La joven pareja se pasaba las horas, los días y las semanas, haciendo planes para el viaje. No es que necesitaran huir, solamente huye el que es infeliz o el que tiene miedo, pero querían estar solos y ver lugares maravillosos y sentirse como lo que eran: una pareja joven de enamorados.

Pero todos esos sueños de viaje de novios se desvanecían ante la escasez de dinero, ya que Adela aportaba sus ahorros para el sustento de tu familia y de su tío Emilio y de su amigo Tadeo y del médico más viejo del mundo, que no hacía otra cosa que andar a saltos por la casa y señalando todos los rincones con su temblorosa mano y decir:

—¡Te pillé!

Patricio estaba convencido de que la muerte le buscaba, pero que aún no había llegado a Otín, por lo escabroso del terreno y por lo alejado del lugar. Decía, sin que apenas se le entendiera, que la muerte vendría a comprobar por qué el espíritu de Alejandro tuvo tanto interés en llegar allí, y que en esa

comprobación advertiría que el pueblo está habitado y lo vería a él, que lo conocía de sobra, ya que su medicina le arrebató muchas almas justo en el momento que el espectro las esperaba. Patricio se paseaba por la casa y miraba detrás de las puertas, debajo de las camas, en las sillas. Decía que la muerte llegaría, pero que él no tenía miedo, que la estaba esperando y que no eran enemigos, sino cómplices y que la muerte lo trataría bien y se lo llevaría sin sufrimiento, porque él fue un gran contrincante, pero supo respetarla, porque el mejor médico del mundo siempre acató su destino.

Natalia, que ya había olvidado por completo la tienda de ropa de hombre y a su novio provisional de Barcelona, le gustaba pasear por los alrededores del pueblo y se acercaba, los días de sol, a la ermita. Admiraba la obra de Emilio, al que tenían vigilado en la casa grande, temiendo que destrozara el interior de la iglesia, ya que desde la aparición del espíritu de Alejandro había despedazado las garras de la gárgola y se temía que la rompiera entera y acabara por aniquilar el retablo que tanto esfuerzo le costó erigir.

Lloré mucho cuando leí que mandasteis traer las cenizas de vuestro hijo desde Madrid y lo enterrasteis en el interior de la ermita, en una cripta que había justo a los pies del altar, debajo de la primera celda del retablo. Hicisteis sepultar el cofre de latón con incrustaciones de piedras de alabastro y rezasteis durante unos minutos por la memoria de Alejandro. Luego, al salir de la ermita, atrancasteis la puerta con los tablones viejos y reiniciasteis vuestra vida, que habíais detenido el día que llegó su espíritu al pueblo. Hicisteis un pacto para no volver a arrodillaros delante de las cenizas de vuestro hijo, no queríais que vuestras vidas sucumbieran ante la muerte de Alejandro.

—La vida sigue —le dijiste a tu mujer.

Y la vida seguía en Otín. Ramón continuó yendo a Huesca a días alternos y llenaba el todoterreno de Tadeo de provisiones. Lo atiborraba de cajas de leche, garrafas de agua, bombonas de gas para el hornillo, carne, pescado, pan, azúcar, café y tantas cosas fueran necesarias para vuestro sustento.

Adela cocinaba en la casa grande, junto a Natalia, y limpiaban las ventanas y cristales de los restos del invierno, mientras que los viejos envejecían. Porque esa era vuestra única labor: la de marchitaros. Sé que si me escucharas ahora repudiarías mis palabras. Quizá marchitar no sea la expresión más adecuada para describir lo que vosotros estuvisteis haciendo en Otín. Pero no se me ocurre ninguna palabra más descriptiva. Espero que algún día lo comprendas, de la misma forma que yo trato de comprenderte a ti, mientras leo

lo que dejaste escrito.

Y el libro se detuvo. Era como si se negara a sucumbir, igual que la vida de las gentes del poblacho, igual que los ancianos que perdían habilidades y relentecían la memoria. La literatura tenía esa cualidad, como la pintura o la escultura, que soportaba el paso del tiempo. Desaparecería Otín y sus gentes, y la gárgola, y la ermita, pero seguiría el libro que narraba todo lo que allí ocurrió y eso os hacía inmortales, porque la inmortalidad está en el pensamiento de las personas y cada vez que alguien leyera algo sobre Patricio, es como si lo hubiera revivido, e igual ocurrirá con los otros habitantes de la casa. Sabrían que hubo un carpintero que con sus manos creaba arte y un albañil capaz de las mejores proezas arquitectónicas. Conocerían una chica de ojos extraviados que cocinaba como nadie lo había hecho nunca y un hombre que la amó más que a nada en este mundo. Tendrían conocimiento de un escritor que hizo su obra póstuma basándose en esas gentes que nadie conocía, que nadie veía, pero que estaban ahí, con ellos, y que esa maldita civilización, comida por la cultura, los hizo ignorar y desconocer. Y sabrían que estamos rodeados de seres excepcionales; aunque no nos fijemos en ellos.

Un día, siendo muy temprano, cuando nadie de la casa aún había despertado y el sol aún no aporreaba las fachadas de las derruidas casas, Emilio salió fuera de la casa y encaminó sus piernas, titubeantes, dirección hacia la ermita. El tío de Adela responsabilizaba de todos los males a la gárgola y es que sabía que era fruto del expolio y que la trajeron unos ladrones a los cuales dio buen dinero para ese menester. La figura fue un caño del desagüe de una catedral en ruinas y Emilio estaba convencido de que tenía vida propia y que de noche salía a pasear por el pueblo y fue ella quien recibió a vuestro hijo el primer día que llegó, ya que las gárgolas eran capaces de ver los espíritus y hacer que los demás los vieran. Le había roto las garras a machetazos, pero pensaba que eso no era suficiente, ya que aún conservaba las alas y por las noches volaba por Otín y planeaba sobre las casas viejas y se iba hasta Rodellar donde se comía a los niños recién nacidos y luego se posaba de nuevo sobre la ermita, como si nada hubiera ocurrido. Todos esos pensamientos estropeaban el cerebro de Emilio y le desfiguraban el rostro y los ojos parecía que se le fuesen a salir de las órbitas, de tanto que los abría.

Ese día el tío de Adela entró en la iglesia, arrancó los tablones de la puerta y los lanzó al suelo con furia extrema. Recorrió los escasos metros de la

entrada y llegó hasta el retablo que tanto tiempo y esfuerzo le costó construir. En su mano blandía el hacha con que sesgó las garras de la efigie y estaba dispuesto a inmovilizarla para siempre. Sin pensárselo dos veces separó las alas del cuerpo de la gárgola, de cuatro hachazos bien dados. Éstas cayeron al suelo haciéndose añicos y el pedazo más grande medía lo que mide una uña. La gárgola perdió sus alas.

Alertados por el ruido llegaron Ramón y Adela, cuya casa estaba más próxima a la ermita que la casa grande. Y, al entrar en el interior, se quedaron pasmados al ver el estropicio que había hecho Emilio. El tío de Adela estaba sentado en el primer banco, con el hacha en sus manos y un reguero de sangre le recorría el rostro, a causa de un arañazo que se hizo en la cabeza al golpear una de las alas. Auxiliaron a su tío y lo trasladaron, con mucho esfuerzo, a la casa grande para que lo viera Patricio; aunque el doctor más viejo del mundo estaba para pocas visitas médicas, ya que su enfermedad tiraba de él, más que él de ella. Curaron a Emilio con un poco de alcohol y una gasa y le dijeron que se tranquilizara, mientras este solamente repetía:

—Ya no sale más esa *cabrona* —en clara referencia a la gárgola italiana.

Sentaron a Emilio y Patricio juntos, uno al lado del otro y le dijeron a Patricio que vigilara a Emilio y a este le dijeron lo mismo de Patricio, así que los dos eran guardianes de sí mismos. Adela y Natalia fueron a la ermita a recoger los cachos rotos de la gárgola y adecentar el templo para que estuviera como antes de la “matanza”, mientras que Ramón salió con el todoterreno hacia Huesca a comprar enseres y tú tuviste un arrebató de inspiración, que hacía días no te venía, y te pusiste a hablar como un descosido de todo lo ocurrido al tiempo que Marisa lo transcribía en la vieja máquina *Underwood*.

La rotura de las alas de la gárgola había dejado la espalda del Grifo al descubierto y para evitar que quedaran cantos astillados y causar daño a quien se acercara, decidieron las dos chicas girar la figura y limar los ángulos mal rotos, viendo como el interior de la misma estaba hueco; algo normal en un caño que servía de desagüe. En las entrañas de la gárgola había unos sacos pequeños de lona y atados por una cuerda en su extremo. Adela y Natalia no tocaron nada y convinieron en esperar a que llegara Ramón, que era hombre y más fuerte, y consultar con él el posible origen de esos sacos y si era buena idea extraerlos del interior de la efigie.

El novio de Adela llegó al punto de la comida y las chicas, que habían

bloqueado la ermita con los tablones, le dijeron lo que habían encontrado y este fue con ellas al interior de la iglesia y se acercó hasta la figura del Grifo y constató como las mujeres decían la verdad y desde su espalda abierta se veían unos sacos y cogió uno de ellos y lo puso en el suelo y cortó la cuerda que lo ataba y vieron los tres como se esparcían, por el pavimento de la ermita, un montón de monedas de dos euros. Sacó otra bolsa, esta vez más nervioso, y repitió lo mismo, pero en esta había billetes de cincuenta, en otra de cien, otra con más monedas, y siguieron así durante un buen rato hasta que hubieron despojado de todos los sacos a la gárgola. Metieron el dinero en maletas de viaje, que tenían compradas para la luna de miel, y las subieron hasta la casa grande, donde os reunieron al resto de habitantes y os contaron lo sucedido. Había tanto dinero que tú dijiste:

—Es más de lo que he ganado en toda mi vida.

Y todos estuvieron de acuerdo en repartirlo y nadie dijo que era para el dueño del pueblo o para quien lo había encontrado o para el que mandó traer la gárgola o para el que más dinero puso durante los últimos meses. En Otín se repartía todo por igual y nadie tenía envidia, ni animosidad, ni celos. En Otín había felicidad y la dicha corría por las calles que nunca existieron, por la ermita que alumbraba las casas viejas y destartaladas y por la casa grande donde vivíais todos y compartíais la comida y lo más importante: os compartíais vosotros mismos.

Adela y Ramón se casaron el domingo veintisiete de marzo. Hizo una mañana preciosa y el sol brillaba radiante por detrás de las montañas. La temperatura correspondía más al mes de junio y la ausencia de nubes era total, mostrando el cielo su mejor azul. Cursaron invitaciones para los vecinos de Rodellar y Abiego y vinieron los más allegados y los conocidos de Adela, que se quedaron abismados ante la belleza de Otín y lo bien arreglado que estaba todo y lo precioso que era el retablo. Natalia estuvo ayudando a la sobrina de Emilio a ponerse el vestido de novia y a pintarse. La acompañó durante esas nerviosas horas y Marisa les trajo una taza de café y les preguntó si necesitaban algo más, pero las dos mujeres se apañaban solas. Los hombres se embutieron en sus mejores trajes y comentaron lo guapa que estaba la novia y lo bien plantado que era el novio y lo bonita que les había quedado la casa y la buena pareja que hacían.

Mientras Natalia peinaba a Adela, tuvo que interrumpir el acicalamiento y salir un momento a cambiar la cinta de la máquina de escribir, ya que tú no

podías solo y Marisa no sabía. Por tu parte matabas el nerviosismo de la boda escribiendo con los dedos a los que la artritis aún no había llegado y terminando el capítulo de tu hijo Alejandro, que te costaba narrar sobremanera por el llanto que interrumpía tus pensamientos y las lágrimas que mojaban el papel.

Adela se quedó sola un instante, sentada en la habitación de su tío en la casa grande y meditando sobre lo feliz que era de casarse con Ramón y de la suerte que tuvo al estar en un lugar como Otín, rodeada de gente tan maravillosa. Se puso en pie y se asomó a la ventana para admirar el día tan estupendo que habían escogido para la boda y pensar en el viaje de novios que iban a hacer, cuando escuchó, sin querer, una conversación entre Venancio, el agente forestal, que también estaba invitado, y su tío Emilio, que reposaba en un banco de madera que construyó Tadeo para disfrutar de la primavera, sentado al pie de la casa. Venancio le dijo al tío de Adela:

—Al final se casa la *feúcha* —refiriéndose de forma despectiva a Adela.

Su tío no contestó, ya que la vejez había llenado su cabeza de lentitud y le impedía reaccionar de forma eficiente, pero por lo pausado de la conversación y por la confianza con que Venancio dijo esas palabras, estaba claro que no era la primera vez que hablaban de ello.

Adela cerró la ventana y se metió dentro de la habitación. Se acordó de cuando tenía doce años y los niños del colegio se reían de su aspecto y la llamaban tonta y alienígena, y nadie quería jugar con ella o si lo hacían era para burlarse de su aspecto. Adela era extremadamente delgada y tenía los ojos extraviados y perdidos y sus orejas salían de su cabeza como si fueran soplillos, pero la chiquilla no se podía defender porque cada vez que hablaba tartamudeaba y los niños también se reían de eso, porque no hay nada más cruel que un niño. Sus padres murieron y eso no la ayudó, al contrario: la dejaron sola. Emilio, que por entonces era don Emilio, se hizo cargo de la chiquilla y la empezó a querer a medida que la conocía. Pero el auténtico empuje de la autoestima de Adela se lo dio Marco, el italiano con el que convivió y que le enseñó que la belleza está en los ojos del que mira. Allí, en Otín, nadie había dicho nunca que Adela fuese una retrasada mental y que su aspecto asemejaba al de una niña mongólica, sino que resaltaron sus cualidades para con la cocina, su habilidad con la medicina y su amor; porque Adela era todo amor. En ese pueblo perdido de la montaña, Adela había encontrado la felicidad, porque los habitantes de Otín no la miraban con los ojos, sino con el corazón y veían cómo era realmente y no se dejaban engañar

por esos glóbulos que tenemos en unas cuencas que llamamos ojos y que malinterpretan todo lo que ven, porque Adela era buena, Adela era la mejor muchacha del mundo, porque en Otín todo era lo mejor: el mejor escritor, el mejor médico, el mejor albañil, el mejor marido y la mejor mujer, el mejor carpintero, las mejores casas y la mejor ermita.

Adela se giró y vio su imagen reflejada en el espejo de la habitación. La había visto muchas veces, pero nunca se había entretenido lo suficiente como para reparar en ella, más allá de un escaso momento. Estaba vestida con un traje de novia que se había cosido ella misma, sacó el modelo de una revista que le trajo Ramón, su prometido. El pelo, largo y negro, casi le tocaba los hombros y las orejas le salían por entre los cabellos. Los ojos no miraban rectos, pero eran grandes y oscuros y les faltaba esa penetración de las personas inteligentes. Se vio fea. Se vio tan horrible que lanzó una lámpara de aceite, que tenía encima del tocador, contra el espejo y lo rompió en mil pedazos.

—Siete años de mala suerte —clamó en voz alta.

Asustados por el ruido entraron en la habitación Marisa y Natalia, y después llegaste tú. Ramón esperaba impaciente en la ermita, a que llegara su prometida, pero Adela lloraba sentada en el suelo, a los pies de la cama y con un trozo astillado del cristal del espejo roto en su mano. Lo asía con tanta fuerza que se cortó los dedos y la sangre resbalaba por su brazo y empapaba el suelo de piedra. Las baldosas se tiñeron de granate.

—Cariño... ¿qué te ocurre? —le preguntó con voz melosa tu esposa, mientras te hacía un gesto para que no entraras, ya que sabía que fuese lo que fuese lo que le pasaba a la muchacha, eran cosas de mujeres y entre ellas lo habían de arreglar.

Adela sollozaba y le costaba hablar. Intentaba explicar lo que le ocurría, pero no le salían las palabras, el tartamudeo no le dejaba vocalizar. Marisa y Natalia se sentaron a su lado y, sin quitarle el fragmento de cristal de la mano, Natalia le preguntó:

—¿Te has mirado al espejo?

Y ella respondió afirmativamente, con un gesto de la cabeza, a lo que Natalia le volvió a preguntar, pero esta vez elevando el tono de voz:

—¿Y qué has visto?

Y Adela hizo una pausa en su sollozo y respondió:

—A mí.

Entonces Natalia le dijo:

—Vuelve a mirarte y esta vez cierra los ojos.

Las palabras de tu hija intentaban consolar a Adela y hacerle entender que el aspecto que ofrecemos no se corresponde con lo que realmente somos, que el cuerpo solo es un mal envoltorio del alma y que raras veces concuerda con lo que hay en el interior. Pero Adela no escuchaba y sus quejidos era todo lo que la madre y la hija podían sacar de ella. No quisieron llamar a Ramón, por que tampoco era plan que la viera en ese estado, así que te dijeron:

—Trae a Emilio.

Y bajaste las escaleras de la casa y llegaste hasta el huerto, donde estaba Emilio charlando con Venancio, el agente forestal que con su insensibilidad había desatado la aflicción de Adela. Te acercaste hasta él y le dijiste:

—Tu sobrina llora desconsolada.

Y Emilio se puso en pie con la ayuda de Venancio. Subió las escaleras de la casa y llegó hasta el cuarto de Adela y desde la puerta pudo oír sus lamentos y aquel lloro angustiado le recordó los sollozos plañideros de su hermana, el día que nació Adela y cuando vinieron los vecinos a verla y la madre preguntaba a la comadrona:

—¿Está bien la niña?

Y la mujer le decía que no se preocupara, que la niña estaba bien. Y Fina, la madre de Adela, buscó en el rostro de los que asistieron al parto y vio en ellos que su hija no estaba bien y lloró y ese lamento angustiado es el mismo que ahora tenía su sobrina y Emilio lo recordó como si fuese ayer, porque los viejos olvidan las cosas que acaban de ocurrir, pero retienen en la memoria las que pasaron hace tiempo, como si desecharan el presente y se anclaran en el pasado. Emilio entró en la habitación con los ojos vidriosos, olvidando el peligro que suponía eso para sus cataratas, que se le estaban empezando a reproducir. Se sentó, con dificultad de anciano, delante de Adela. La miró y extrajo fuerzas del interior de lo más profundo de su alma y dijo con voz taimada, pero sincera:

—Veo a la hija que nunca tuve.

Marisa abandonó la habitación a riesgo de llorar, porque tu mujer era madre y sabía lo que significaba perder a un hijo. Emilio siguió hablando:

—Si mueres ahora, moriremos todos, porque tú eres Otín. Otín se extinguirá como se desvanece un sueño al despertar.

Emilio nunca fue poeta, pero la desesperación de ver a su sobrina triste le hizo sacar poesía de su corazón e intentar convencer a Adela, que seguía sentada en el suelo, agarrando con fuerza el cristal en su mano y sosteniéndolo

a escasos centímetros de su cuello, que era la niña que más había querido y que los demás la querían también y que no tenía sentido morir cuando alguien te quiere, porque también mueren un poco ellos y entonces no es suicidio sino asesinato. Emilio dejó la locura a un lado y se centró en su sobrina y la convenció de que era guapa, porque no hay mayor mentiroso que un espejo.

Adela entregó el trozo de cristal a Natalia y se puso en pie al mismo tiempo que decía:

—Me siento como una idiota.

Y Marisa, que albergaba la sabiduría de la gente mayor, y de los que han sufrido mucho en la vida, porque nadie entiende mejor a los otros que quien ha sufrido, respondió:

—Muchas jóvenes venderían su alma al diablo por ser como tú.

Y viendo que aquellas palabras consolaban a Adela y sabiendo que ella necesitaba de eso precisamente, de cariño, siguió hablando mientras recogían los cristales del pavimento, y Natalia acabó de arreglar a la novia, mientras Ramón esperaba impaciente en el interior de la ermita. Y apareció por la puerta Patricio, que necesitaba de dos o tres hombres fuertes para que le ayudaran a bajar las escaleras, ya que el Párkinson se había tragado sus movimientos como la noche se come al día y no deja ningún rastro que recuerde lo que antes allí había, y dijo:

—Daos prisa antes de que venga la muerte y me lleve con ella.

Y tú no pudiste contener la risa y rieron Marisa y Natalia y rió Adela y esa risa se transformó en felicidad, y la felicidad en dicha y la dicha en alegría y alegría es lo que necesitaba la boda, que se celebró como estaba previsto y los novios partieron de viaje, tal y como habían planeado durante todo el invierno. Se fueron en coche hasta Huesca y de allí en tren hasta Zaragoza y de allí en avión hasta el fin del mundo. Partieron con la idea de ver los frutos de la creación y de estar en sitios donde no habían estado nunca. Pero se fueron juntos y eso era lo único que necesitaban.

Natalia se quedó como única joven del pueblo y se hizo cargo del cuidado de los abuelos, para los que cocinaba y bajaba cada dos días a Huesca, con el todoterreno de Tadeo, a comprar comida y enseres. Tú le relataste a Natalia todo lo acontecido en los últimos días, desde tu perspectiva de escritor, y ella lo plasmó con presteza en el libro.

Patricio seguía buscando a la muerte por todos los rincones de la casa, mientras que Tadeo y Emilio jugaban al ajedrez partidas interminables y que

podían durar hasta una semana. El mejor carpintero del mundo era el único que no tenía achaques ni le hacían ruido los huesos cuando se levantaba de la silla, pero aún así cogió un resfriado de primavera que lo dejó atolondrado unos días y del cual no se volvió a recuperar. Nunca.

Capítulo 25

Un día del mes de junio, cuando aún seguían de viaje de novios Adela y Ramón, y mientras Marisa repasaba el libro en busca de faltas de ortografía y redacción, que corregía a lápiz, la muerte tuvo la ocurrencia de pasar por Otín. El espectro no entendía los motivos que llevaron al espíritu de Alejandro a visitar ese paraje y decidió acudir al pueblo para ver cómo era y saber de sus gentes y entender qué las tenía amarradas a ese lugar y por qué un alma en pena, como vuestro hijo, quiso presentarse para olvidar sus últimos pensamientos.

La muerte anduvo por los caminos que rodean el pueblo y se acercó hasta la ermita y entró dentro, pero salió enseguida al ver que no había nadie. Visitó luego la casa de Adela y Ramón, pero estaba cerrada y decidió que aún no era hora de proceder y que ya lo haría dentro de unos años, cuando correspondiera hacerlo. Se dirigió a la casa grande y vio la puerta abierta y entró en el interior y subió las escaleras y llegó hasta el cuarto de Patricio, que se encontraba acostado en la cama.

El doctor más viejo del mundo se despertó entre brumas y distinguió en la soledad de la penumbra la figura que tanto tiempo llevaba esperando. La vio sentada en la silla de la entrada a su habitación. La clarificó entre tenebrosidad y calima. Era tal y como la recordaba. Y ella también se acordó de él.

«Bendito oponente», creyó entender que murmuró la muerte.

En ese instante recordó la primera vez que la vio, tenía ochenta años y Patricio visitó a una mujer embarazada que vivía en Albarracín, un pueblo de la provincia de Teruel. Se desplazó hasta allí en compañía de un amigo que le llevó en su coche y llegaron después de muchas horas de viaje. La mujer era casi una cría y la había preñado un mozalbete del pueblo de familia de mala reputación y de dudosa procedencia cristiana, algo muy valorado en esos municipios. Lo primero que vio Patricio al llegar, fue a unos padres desquiciados, una abuela metomentodo y unos vecinos cotillas. Los hizo salir de la habitación de la joven y pidió paños empapados en agua caliente, un limón, canela y jengibre, para aplicar una cataplasma y detener la infección que se estaba comiendo a la chiquilla por dentro y también al fruto de su embarazo. Como no tenían jengibre tuvo que ir el padre de la preñada a buscarlo a una tienda, que estaba cerrada por ser festivo, pero llamó a la puerta y le abrieron los dueños, que por fortuna vivían encima. La muchacha

se estaba muriendo y la fiebre sobrepasaba los cuarenta grados. Patricio no podía hablar con ella y no le podía preguntar si veía a la muerte, por lo que le era del todo imposible saber si el espectro estaba allí, ya que solo lo ven los que están a punto de irse en su compañía. Una de las vecinas, que presenciaban el trabajo del médico, estaba postrada de rodillas al lado de la cama y no hacía más que rezar de forma aparatosa. Patricio le pidió en varias ocasiones que se apartara para dejarle actuar sobre la paciente, pero la vieja parecía más la dueña de la casa que la propia dueña, y no salía de en medio.

Finalmente consiguieron que se sentara en una silla que trajo el padre de la enferma y casi fue peor, porque no hacía más que levantarse y acercarse a la madre y, de vez en cuando, preguntaba:

—¿Está mejor, doctor?

Y Patricio no contestaba, ya que estaba enfrascado en restablecer la temperatura de la joven.

Pasaban un par de minutos a lo máximo y la mujer volvía a preguntar:

—¿Saldrá de ésta, doctor?

Y Patricio la apartaba con la mano, para que le dejara seguir preparando el emplasto y colocarlo en la frente y el vientre de la embarazada.

En una de las ocasiones, la agobiante mujer dijo:

—Mejor salve a la chiquilla, pero el niño es igual que muera, ya que es moro.

Y Patricio miró a los padres de la chica y a la abuela y vio como asintieron con la cabeza y una de las mujeres que allí había se atrevió a decir:

—El que la ha preñado es moro.

Y ser moro significaba que no estaba bautizado. Y no recibir el sacramento del bautismo quería decir que no era cristiano y por lo tanto tenía más derecho a vivir un católico que un ateo, cuando la muerte no entiende de religiones, ni de creencias, ni de devociones, la muerte solo sabe matar. Patricio estaba en contra de todas esas paparruchas y como buen doctor solo le preocupaba salvar a los pacientes que tenía a su cargo.

En una de las ocasiones que aquella fatigosa e insoportable mujer se levantó de la silla, tuvo tan mala fortuna que fue a resbalar con los restos de cataplasma que resbalaban al suelo durante su aplicación. Las torpes y escuálidas piernas de aquella abuela no soportaron el zigzaguo de tratar de sostener el equilibrio, entonces cayó al suelo con tan mal hado, que su cabeza se fue a golpear con el canto de la silla de donde tanto se levantaba, abriéndose una brecha del tamaño de media manzana.

A Patricio se le incrementó el trabajo y ahora eran tres las personas que tenía que salvar. Los vecinos y familiares cogieron a la mujer por los sobacos y, como si de un pelele se tratara, la sentaron en una esquina del suelo, donde el padre de la moza había extendido una manta. El mejor doctor del mundo solicitó que le trajeran aguja e hilo para coser la brecha y abrió el maletín metálico, que hasta ese momento permaneció cerrado y sacó tres botes de cristal: uno verde, uno rojo y otro negro.

Repartió la pasta roja en la cabeza de la mujer mayor, la verde en la frente de la embarazada y la negra en su vientre. Los vecinos, poco entendidos, presagiaron que los colores hacían referencia al estatus del paciente y asociaron el rojo con la sangre de la herida en la cabeza, el verde con la esperanza de salvar a la joven y el negro con lo sombrío del bebé que llevaba en su vientre. Pero la verdad era bien distinta, ya que Patricio quería salvar a los tres, porque la muerte era su oponente y el mejor contrincante que nunca tuvo y una ventaja de tres a cero, era todo un reto para un solo día.

El doctor hizo salir a todos los presentes de la habitación de muy malas maneras y ordenó cerrar la puerta y que nadie le molestara. La primera pregunta fue para la chica, cuando vio que recuperaba la consciencia:

—¿Ves alguien en esta habitación aparte de mí y de esa señora? —dijo mientras señalaba al rincón donde yacía la abuela sentada en el suelo y blasfemando en voz alta por su mala suerte.

La chica negó con la cabeza y Patricio se dirigió entonces a la vieja y le hizo la misma pregunta:

—¿Ve usted alguien en esta habitación aparte de mí y de la chiquilla?

La mujer levantó la mano y, señalando a la puerta, manifestó:

—Veo a Casildo.

Y efectivamente, Casildo, el boticario del pueblo, alertado por los vecinos se había apresurado a llegar a casa de la moribunda para ofrecer su ayuda en lo que fuese necesario.

—¡No dije que no me molestara nadie! —gritó Patricio, hastiado de tanto entrometimiento y viendo que tenía más de un frente abierto.

Casildo cerró la puerta asustado por el genio del médico. Entonces la vieja dijo:

—Ahora que se va Casildo entra otro pesado.

Y Patricio miró y no vio nadie más y supo entonces que la muerte acababa de entrar, pero lo que desconocía era a quién venía a buscar, ya que la muerte es la misma para todos.

En un afán desmedido de ganar tiempo, y arriesgándose enormemente, Patricio optó por ayudar primero a la embarazada, ya que la vida del bebé dependía de la vida de la madre y viceversa. El mejunje verde no hacía efecto; y aunque la fiebre disminuía, las pulsaciones de la joven también disminuían. Pensó el médico que de un momento a otro la perdería. Patricio sacó del maletín metálico una barra de *gomorresina* parecida al incienso y traída de la India, de la que solo tenía una muestra, pero que su única propiedad era que el humo liberado al quemarla permitía ver a la muerte si ésta estaba en la misma habitación donde quemaba la varilla. La encendió con una cerilla de madera y la levantó por encima de su cabeza.

Fue la primera y única vez que Patricio vio a la muerte. Observó impávido y petrificado como el espectro de la vieja abandonaba el cuerpo y salía por la puerta de la habitación señalando a la embarazada como indicando que era a ella a quién tenía que llevarse. Pero la muerte no se equivoca, los que nos equivocamos somos nosotros. El mejor médico del mundo divisó toda la escena a través de la nube que salía de la varita y aunque solo eran sombras pudo percibir como la muerte lo miraba, pero no con una mirada de odio o de alegría, sino con una mirada de complicidad.

Finalmente la niña salvó la vida y el bebé que llevaba dentro también.

Patricio veía pasar los recuerdos delante de él como si de una película se tratara. Era como decían los que aseguraban haber vuelto del otro lado: vemos nuestra vida en un instante. La muerte no es mala y nos permite hacer un repaso de nuestra existencia y conversar con nuestros seres queridos y compartir unos lapsos de tiempo con aquellas personas con las que fuimos felices, porque Patricio no recordó cosas malas, solo rememoró momentos agradables, como cuando conoció aquella mujer de madurez perfecta y de sonrisa sublime. Era invierno y el doctor aún no era doctor, solamente era un joven ávido de experiencias y con ganas de devorar el mundo. Trabajaba en una fábrica de cartones y el poco dinero que ganaba lo invertía en viajes. A Patricio le encantaba viajar y visitar lugares lejanos y exóticos, algo desacostumbrado para los chicos de su edad. Aprovechaba el invierno para vagar por el mundo, porque era más barato y porque en verano tenía que trabajar en la playa de camarero y ganar dinero para viajar.

Llegó a *Nueva Delhi* y alquiló una habitación en uno de los hoteles más baratos que encontró. El primer día lo dedicó a visitar la ciudad y el segundo día conoció a Sara. La madura mujer era una norteamericana de origen indio,

cuyo padre fue cónsul en Estados Unidos hasta su muerte. Sara, otoñal y huérfana, se cansó de su país de adopción y volvió a Nueva Delhi en busca de sus orígenes. La mujer de mirada penetrante, con unos ojos tan relucientes que Patricio se reflejaba en ellos cuando la miraba, ejercía de curandera en una casa vieja del barrio antiguo de la capital india, algo que cautivaba sobremanera al joven cordobés.

Un día, interesado por el trabajo de Sara, decidió presenciar una sesión de brujería. Patricio se sentó en el interior de una habitación alumbrada por dos cirios amarillos y Sara le tradujo, en un tosco español, todo lo que allí transcurría. Un hombre joven, delgado y demacrado, entró fumando en la estancia y Sara lo sentó en una silla que estaba a punto de romperse de vieja. A aquel chico no le funcionaban los pulmones y el aire pasaba por ellos como si lo hiciera a través de una pajilla de sorber líquido. El muchacho tosía tanto y tan fuerte que a Patricio le era difícil escuchar lo que Sara le traducía, pero alcanzó a comprender que le preguntó si veía a la muerte. Sara abrió un maletín de tela mugrienta, y de su interior extrajo un tarro de cristal y una varilla de incienso. El tarro contenía un potingue de color verde y le solicitó al paciente que se quitara la chaqueta y la camisa y le aplicó la pócima sobre su pecho, mientras que el chico no paraba de expectorar y su cara se volvía morada por momentos. Finalmente, aquel muchacho atormentado por los espasmos de la tos y el rostro resquebrajado de dolor, levantó el dedo índice y señaló a la puerta de entrada, que permanecía entreabierta. En unos segundos se desplomó sobre su asiento y la cara recuperó su color natural y los ojos se le quedaron abiertos, hasta que Sara se los cerró con exactitud. Entonces la mujer se giró y le dijo a Patricio, que permanecía sentado y callado:

—Ya está. Se lo ha llevado.

Fueron tantos los recuerdos que pasaban por la mente del médico más viejo del mundo, que ya no sabía si eran suyos o pertenecían a otra persona. Recordó cuando llegó a Zaragoza, huyendo de la pobreza de Córdoba, cuando se fue a Huesca, cuando viajó hasta Rodellar. Recordó las largas ausencias de su padre cuando él era pequeño y su progenitor trabajaba de temporero. Los hermanos donados en adopción por su madre y el día que vinieron a buscarlos unos señores de Sevilla y cómo los niños lloraban y cómo su madre se desgañitaba en un llanto desconsolado, aún sabiendo que aquello era lo mejor para ellos.

Al fin, Patricio se puso en pie y se acercó a la puerta de la habitación. Los dolores le habían desaparecido y el Parkinson no le impedía moverse con

libertad. Tenía la cabeza despejada y las ideas le fluían como si de un manantial de agua fresca se tratara. Su vista había recuperado la agudeza y veía incluso a través de las paredes; que era como si no existieran, como si nunca hubieran estado ahí. Miró sus manos y las vio templadas y firmes, como cuando era un joven fuerte y no tenía miedo a la muerte, porque la muerte no existía entonces, la muerte es un invento de los mayores para atemorizarse entre ellos. Aquella figura oscura, aquella sombra en la pared, le hacía indicaciones con la mano y le decía que la siguiera, que se pusiera a su lado y que la acompañara por las escaleras de la casa.

Patricio no quiso irse sin más y se dispuso a despedirse de sus compañeros. Primero fue a tu habitación, el mejor escritor del mundo y que estabas acostado al lado de tu esposa, abrazados como dos enamorados que hubieran compartido lecho por primera vez. Se acercó hasta la cama y puso su mano en tu frente y te dijo:

—Gracias, amigo.

Y seguidamente besó la cara de Marisa.

Se acercó hasta la habitación de Emilio, el viejo amigo y el mejor albañil del mundo, que con su atrevimiento trajo la fortuna a Otín, en la forma de una gárgola alada y que contenía en su interior la felicidad de todos, que nunca supieron de dónde había salido tanto dinero, ni quién lo puso allí, ni por qué, pero que ahora Patricio lo sabe, ya que los que se van de este mundo lo saben todo. Supo que la figura la mandó construir un arquitecto italiano, para una iglesia moderna que quería emular a las grandes catedrales góticas. Ambrosiano, que era el nombre del constructor, la encargó a *Giuseppe*, un napolitano de grandes manos y que cincelaba la piedra como si de un trozo de plastilina se tratara. Giuseppe estuvo trabajando durante un mes seguido en la gárgola y dejó las alas para el final, ya que éstas eran una auténtica obra de orfebrería. Construidas en yeso, las apartó al lado de la figura y esperó a que el arquitecto de la catedral le diera el visto bueno y así hacer las once restantes, ya que eran doce el total de gárgolas que requería. Una noche, cuando Giuseppe trabajaba en su taller, llegaron unos hombres de aspecto serio y vestidos con trajes caros y elegantes. Querían hablar con él. Aquellos hombres eran mafiosos y pretendían esconder mucho dinero. Le entregaron un montón de sacos de tela atados por una cuerda y le dijeron que los guardara en un lugar donde nadie los encontrara, que si no lo hacía matarían a su mujer y a sus dos hijas. Aquellos hombres hablaban en serio. Giuseppe metió uno a uno los sacos en el interior del Grifo que le había encargado el arquitecto

Ambrosiano y les dijo a los mafiosos que estuvieran tranquilos, que aquella gárgola sería puesta en la catedral nueva que estaban construyendo y que nadie sospecharía que en su interior albergaba semejante fortuna. Después de eso lo mataron y el arquitecto solo contó con una gárgola, la de muestra, ya que Giuseppe no pudo terminar las otras once. Los mafiosos fueron detenidos en una redada de la policía y el Grifo se quedó arrinconado en el taller, hasta que vinieron a buscarlo unos estraperlistas para venderlo por un precio exagerado a un sibarita de un pueblo de España, en la provincia de Huesca, que buscaba una gárgola para decorar una ermita.

Patricio entró en la habitación de Emilio. Estaba tumbado boca arriba, tosiendo como aquel joven indio al que Sara quiso arrebatarse de los brazos de la muerte, debatiéndose entre el dolor y la locura, mientras balbuceaba palabras sin ningún sentido y Patricio miró a la sombra que le escoltaba y le dijo:

—No te lo lleves todavía.

Y la muerte se calló, porque la muerte nunca habla.

Y se dirigió entonces a la habitación de Tadeo, el mejor carpintero del mundo y lo vio durmiendo como un ángel y admiró su rostro sonriente y le agarró la mano que este apretó con fuerza en sueños y le dijo:

—Hasta siempre, viejo amigo.

Patricio y la muerte entraron entonces en la casa de Adela y Ramón y accedieron por el hueco de la puerta, que no estaba, porque por donde pasa la muerte no hay puertas, ni ventanas, ni obstáculos que la puedan detener, y subieron hasta la habitación de Natalia, que allí dormía, y se acercó hasta su cama y la besó en la cara y luego en la boca y deslizó su mano por el cabello y le dijo:

—Nunca olvidaré Otín.

Y los dos salieron del pueblo y caminaron por los senderos que rodean la villa y vieron la ermita y las hierbas que lamían su fachada. Patricio no estaba triste, estaba contento y cada vez se olvidaba de más cosas. Primero no recordaba que había sido médico sin licencia y que sacó a mucha gente del agujero de la muerte. Luego olvidó que estuvo en la India y se desvanecieron los pensamientos de su infancia. Extravió el nombre del pueblo donde estaba la gárgola y percibió cómo se desvanecía el recuerdo de los rostros de cuantos habitantes allí había. Se encontró caminando solo por un sendero que nunca había visto y llegó a un túnel larguísimo y comenzó a recorrerlo. Ya no le dolían los huesos, ni tenía esos tembleques que no le dejaban en paz. Ahora

estaba feliz y contento.

Capítulo 26

El grito de Natalia, que había entrado en la habitación de Patricio para hacer la cama, levantó a todos los habitantes de la casa. El mejor y más viejo médico del mundo yacía cadáver en su lecho. Se encontraba tumbado boca arriba y con las manos cruzadas sobre el pecho. En su mesita de noche estaba el vaso de agua, que cada noche le acompañaba, y un libro sobre la India, que no terminó de leer y que ojeaba siempre que podía a modo de Biblia. Las ventanas de la habitación permanecían cerradas, pese al calor de esa época del año. Natalia le tapó la cara con la sábana.

Tú fuiste el segundo en acudir y te quedaste parado en la puerta como si no pudieras atravesarla. Detrás de ti llegó Marisa y dijo:

—Qué pena —mientras salió de la habitación y se puso a llorar.

Luego llegaron Emilio y Tadeo, los dos juntos, y entraron dentro del cuarto del médico y se sentaron en los pies de la cama y se quedaron mirando el cuerpo como si no se creyeran que ya no estuviera ahí, con ellos.

—Al final lo ha encontrado la muerte —dijo Emilio, que conocía la lucha eterna entre Patricio y el espectro.

Natalia viajó hasta Rodellar y avisó a Venancio de la trágica pérdida, y este se lo comunicó a la Guardia Civil de Abiego, que a su vez se lo dijo al Juez de Guardia.

El magistrado llegó a los dos días acompañado de Venancio, que le hizo de guía, y tú determinaste que durante ese tiempo arrojaran hielo sobre el cuerpo de Patricio, para evitar su descomposición, ya que las temperaturas eran altas en esa época del año.

Colocaron su cuerpo en la bañera de la casa grande y lo llenaron de cubitos y cuando se deshacían añadían más. El juez de Abiego no protestó cuando lo vio en ese estado y no os increpó por haber movido el cuerpo de sitio, algo prohibido por la ley, y no hizo venir a la Guardia Civil a investigar si la muerte había sido natural o no. El señor magistrado determinó que la muerte de Patricio había sido natural y así lo plasmó por escrito en el Acta de Defunción. También rechazó quedarse a comer en la casa grande, pese a tu insistencia, ya que le reclamaban para el juicio de un asesinato en Fago, un pueblo de la provincia de Huesca, y la Guardia Civil requería la presencia del juez para ordenar una serie de registros domiciliarios e intervenciones telefónicas.

—Tengo que irme —dijo—. En Fago han asesinado al alcalde.

Trasladaron el cuerpo hasta el Tanatorio de Abiego, donde fue incinerado y allí devolvieron sus cenizas a Venancio, que se encargó de trasladarlas hasta Otín para que fueran enterradas en la cripta de la ermita, junto a las de Alejandro.

Vosotros, tú, Marisa y Natalia, junto con Emilio, Tadeo y Venancio, rezasteis unos minutos por la memoria de Patricio y luego salisteis de la ermita y atrancasteis la puerta con los tablones viejos y medio rotos de tanto ponerlos y quitarlos, y Tadeo dijo:

—Estoy cansado de estos putos tablones.

Y aprovechando la madera que tenía almacenada, para los remiendos de las casas, fabricó una puerta de roble, con decoraciones de pino y la adornó de tal manera que le recomendaste que la tapara por las noches, con una cortina de tela, por el riesgo de robo que suponía tal maravilla. Emilio, viendo que Tadeo había vuelto a las andadas, y rescatando su espíritu reparador, cogió sus herramientas de albañil y se dispuso a reparar la gárgola a la que destruyó las garras y las alas, en un arrebatado de locura.

—El Grifo no se merece ese estado —dijo sabedor de que el dinero de la boda de su sobrina y del mantenimiento de ese lugar, había salido de las entrañas de la bestia.

Así que se puso manos a la obra y reconstruyó en yeso las alas de la gárgola y esculpió en piedra las garras. Rescató del interior de su alma su vivacidad de artista e hizo unas alas que más parecían las de un ángel que las de un monstruo y le puso unos pies de hombre que nada tenían que ver con las garras de un Grifo. Rebozó las paredes del interior de la ermita y las pintó de blanco. Limpió el retablo y pulió las imágenes. Clavó dos cruces de mármol, que cinceló él mismo, en la cripta donde estaban enterradas las cenizas de Alejandro y Patricio.

Natalia limpió el huerto y lo convirtió en jardín aprovechando la llegada del verano y que los días eran más largos. Bajaba cada día a Huesca y compraba lo necesario, pero sobre todo comida y agua para beber, porque el depósito que construyó Emilio era capaz de proveer del suficiente líquido para el regadío y del abastecimiento del agua para la ducha. Natalia cocinaba con experta habilidad y era fiel sucesora de las artes culinarias de Adela y se había olvidado por completo de la tienda de ropa de Barcelona y de su novio Matías, al que casi no recordaba.

Un día, Marisa se levantó asustada. Sudaba de forma enfermiza y empapó

las sábanas como si hubiera dormido en una piscina.

—¿Qué te pasa cariño? —le preguntaste preocupado por su transpiración angustiosa y viendo en su rostro la estampa del miedo.

Marisa que era mujer de pocas palabras y por eso la escuchaban todos cuando hablaba, ya que la gente que habla poco suele hacerlo para decir verdades, te miró con ojos de espanto y te respondió:

—He tenido una pesadilla.

Y se quedó sentada en la cama intentando entender qué era lo que había soñado y reteniendo en su memoria las imágenes que había visto, ya que cuando despertamos borramos de nuestra mente los recuerdos de nuestros sueños. Tú te quedaste callado, mirándola sin decir nada, para no distraerla de su ensimismamiento y provocar con ello un descalabro psíquico en su empeño de meditar sobre el sueño que había tenido.

A los pocos minutos, más tranquila y seca del sudor que la impregnaba, dijo:

—He soñado que la gárgola salía de la ermita y que entraba en la casa por el balcón y que nos devoraba a todos.

La tranquilizaste y le dijiste que solo era un sueño y que como acababa de despertar aún le parecía real, pero que después de desayunar lo vería menos verídico y que a la hora de la cena lo consideraría como algo absurdo.

Aquellos sueños se fueron repitiendo durante todas las noches y siempre ocurría lo mismo, el Grifo salía de la ermita y entraba en la casa. Unas veces lo hacía por la puerta, subiendo las escaleras con sus pies enormes de hombre. Y otras por la ventana, entrando en las habitaciones de todos y desgarrando vuestros cuerpos mientras os comía. Marisa creía que las alas de ángel, de las que fue dotada por Emilio, hacía que pudiera volar sin hacer ruido y eso le permitía entrar silenciosamente. Fue tal el miedo que atesoró que dejó de salir de la casa y se pasaba el día encerrada en vuestra habitación y tú tuviste que omitir todas las referencias a la gárgola, a riesgo de volverla majareta de tanto terror apretujado. Natalia venía a consolarla y le llevaba la comida a la habitación y al final durmieron juntas, mientras que tú te fuiste a la habitación de Patricio, que quedó vacía desde su marcha en compañía de la muerte. Marisa transmitió a su hija el desasosiego y Natalia terminó por temer a la gárgola y ya no se acercaba a la ermita y por las noches cerraba las ventanas y las puertas de la casa y ponía crucifijos por todas partes, ante el temor de que la bestia saliera de su letargo y os devorara con sus enormes colmillos.

El primer domingo del mes de julio, y con el libro prácticamente terminado, las mujeres decidieron marcharse de Otín y regresar a Barcelona.

—Ya no hacemos nada aquí —te dijo Marisa, mientras metía ropa en una maleta de viaje y recogía la habitación, cerciorándose de no olvidarse de nada.

Natalia te besó en la frente y te recomendó que regresaras a Barcelona en cuanto terminaras el libro, del que apenas quedaba un capítulo. “La gárgola de Otín” tocaba a su fin y con él la vida de los habitantes de ese municipio de la provincia de Huesca. No solamente escribiste un libro, sino que también aprendiste muchas cosas y pasaste el mejor año de toda tu vida. Marisa pensó que sin Adela para cocinar y Ramón para hacer las compras, tú no tardarías mucho en irte de allí y regresar a donde estaba tu mundo: Barcelona.

Venancio acompañó a las mujeres hasta Rodellar en el todoterreno de Tadeo y desde allí las recogió un taxi y volvieron a sus vidas, que habían paralizado cuando entraron en Otín. Natalia regresó a la tienda de ropa de hombre y agradeció a Elvira, la chica que se hizo cargo del negocio durante su ausencia, el trabajo realizado y el mantenimiento tan eficiente de las ventas, que siguieron creciendo sin parar. Cortó con su novio Matías, sin más explicaciones y se dedicó a abrir dos tiendas más con el dinero de la gárgola: una de ropa de mujer y otra de niño.

Marisa se refugió en su piso y pasados los lloros de los primeros días, en que recordó a su hijo Alejandro y a ti, volvió a juntarse con sus amigas y no habló con nadie del tiempo transcurrido en Otín y todo lo que allí vivió. Cada noche, antes de cerrar con balda la puerta, se asomaba al rellano de la escalera, esperando verte llegar. Pero tú no llegaste nunca.

Mientras, en Otín ya nada era lo mismo. Dedicabas el tiempo a releer el libro y modificabas, a lápiz, lo que no te gustaba: hacías añadidos, quitabas textos o elegías palabras más apropiadas para explicar detalles concretos. Echabas de menos a Adela y a Ramón, y sobre todo a Marisa y a Natalia y te diste cuenta de que Otín eran ellos. Cogiste miedo a enfermar y morir solo y abandonado, porque no hay nada más triste que morir solo. Únicamente salías de tu habitación para comer y compartir mesa con Emilio y Tadeo y por las noches os juntabais en el comedor y ellos derrochaban bocadillos que tiraban cuando estaban por la mitad. Charlabais un rato, pero sin entretenerse demasiado. Emilio había perdido el gusto por la conversación y Tadeo no

paraba de toser y arrastraba el resfriado que cogió en invierno y del que aún no se había recuperado completamente. La lágrima de tu ojo, que tanto te molestaba, se hizo más grande y parecía una pelota de pimpón, además perdiste la movilidad por completo en la mano izquierda y te planteaste abandonar ese lugar antes de que la muerte regresara. Hasta el gato Rufus se había ido hacía tiempo. Ya no recordabas cuándo dejó de corretear por la casa y cuándo dejó de dormir a los pies de tu cama, pero creíste recordar que coincidió con la muerte de tu hijo Alejandro. Pensaste que quizá Rufus lo acompañó por los senderos de Otín el día que decidió venir a veros.

Fue entonces cuando te sentiste prisionero de Otín. Casi habías terminado el libro. Cumplirías con el objetivo y ya no estaban Adela ni Ramón y ahora solo eráis unos viejos malcarados que esperaban la muerte en un lugar solitario y vacío. Tu mujer y tu hija te habían abandonado, como las abandonaste tú cuando llegaste allí y aún no te podías marchar y no sabías el porqué. Entonces decidiste irte, abandonar Otín. Cogiste el manuscrito del libro y le dijiste a Venancio que te acompañara hasta Rodellar y desde allí harías llegar un taxi de Barcelona y volverías al hogar de tu familia y te presentarías ante mí, tu editora predilecta, con el libro que habías escrito en el último año y recuperarías la fama y el prestigio perdidos y todo volvería a ser como antes.

Te despertaste sentado en la butaca del salón y reconociste que los planes de huida de Otín los habías soñado. Pasaron los días y pensaste que una maldición se había apoderado de ti, la maldición de la gárgola, y que nunca podrías irte de aquel lugar. Tenías unas terribles pesadillas en que Venancio, Emilio y Tadeo abrían la cripta donde reposaban las cenizas de Alejandro y Patricio, y arrojaban tu cuerpo dentro. Tú lo presenciabas todo y gritabas para que supieran que estabas vivo, pero por más que lo intentabas no te escuchaban y seguían arrojando palas de arena sobre tus ojos y tu boca se llenaba de piedras y cada vez te costaba más hablar, pero aún así seguías respirando y te despertabas inundado en sudor con un grito que retumbaba en toda la casa.

Una noche, cuando estabas despierto sobre la cama, creíste ver entrar a alguien en tu cuarto y temiste lo peor.

«*La muerte viene en mi busca*», cavilaste, recordando los relatos del médico más viejo del mundo.

Te hundiste en las sábanas hasta el cuello, como hacían los niños pequeños para evitar el acoso del *coco* y cerraste los ojos. No oías a nadie, pero sabías

que no estabas solo en la habitación.

Pasó un buen rato y fuese quien fuese quien había allí, no se marchaba. Te pellizcaste en la pierna, para asegurarte de que no era otra de las pesadillas que tanto te atormentaban. Y una vez comprobado que te hallabas despierto, pensaste entonces que quizá era don Emilio, víctima de un ataque de locura, de los que últimamente tenía, que te había confundido con la gárgola y vendría a sesgar los pies de hombre, como hizo en una ocasión con la gárgola, y luego intentaría cortarte las alas de ángel y para ello te daría machetazos en la espalda, pensando que eras el Grifo. Tuviste miedo y apartaste las sábanas que te cubrían la cabeza para enfrentarte a tu agresor, porque pese a tus sesenta y seis años, aún conservabas la furia y la energía de un joven y estabas dispuesto a vender cara la piel.

Fue entonces cuando lo viste. Estaba allí sentado, en la silla de la entrada y te miraba con ojos de juventud y su rostro se había rejuvenecido, pero sus ropas eran las mismas y lo reconociste al instante. Era Patricio, el mejor médico del mundo, que había vuelto del más allá. Perdiste entonces el miedo, aunque tuviste una sensación de angustia escampada y pensaste que quizá vendría a advertirte de algo, porque sabías que los muertos solo vienen para reprender o para asesorar, y que tú supieras, no había motivos por los que Patricio te tuviera que regañar. Pero Patricio no hablaba, estaba sentado en la silla de respaldo de mimbre y patas de madera carcomida y te miraba y luego miraba a través de la ventana. Lo hacía con esa mirada risueña y complacida que siempre mostró en vida.

Pasó un rato y te dormiste y luego te despertaste y ya no sabías si habías visto al doctor en sueños o si realmente estaba allí. Pero en la silla seguía Patricio sentado y sosegado, y pasado un instante te dijo:

—En el maletín metálico tienes pomada verde para la artritis y marrón para el ojo.

Y entonces te desvelaste y creíste haberlo soñado todo. Pero aún así te preguntaste dónde estaba el maletín metálico del médico, del cual no volvisteis a pensar una vez se había muerto.

Te erguiste con el equilibrio perdido y la boca pastosa y fuiste hasta la habitación donde durmió Patricio y que quedó vacía y buscaste en un baúl de madera enorme que tenía el doctor para guardar sus cosas y encontraste el maletín. Lo sacaste con cuidado y, manteniendo la posición vertical, lo abriste sobre la cama. Hiciste lo que en sueños te dijo el doctor: mejunje verde para la mano izquierda, que ya no podías mover, y marrón para el ojo que ya no

podías abrir. Después guardaste el maletín en el arcón en espera de que algún día retornara Adela del viaje de novios y se hiciese cargo de él.

Habías escrito que por aquel entonces comenzó a venir por el pueblo Venancio, y se quedaba casi todas las mañanas hasta la hora de la comida. Aprovechando las visitas diarias, le hacías entrega de una completa lista de compra para que trajera alimentos de Rodellar y garrafas de agua, ya que la insuficiencia de lluvias había dejado seco el depósito que construyó Emilio y no había nadie capaz de conducir hasta el pueblo de al lado y traer las provisiones que empezaban a escasear. Venancio terminó por quedarse a dormir. Y, aunque mayor, era bastante más joven que Emilio y Tadeo, por lo que se encargaba de la limpieza y arreglo de la casa grande en la que vivíais los cuatro. El agente forestal se acomodó en la habitación que había dejado libre Patricio y trajo un inesperado aire de juventud a Otín, que fue como una ventana de oxígeno que ventiló la vejez y alejó el fantasma de la insensatez.

Una calurosa mañana, cuando el sol asomaba por detrás de las montañas del pueblo y todos dormían plácidamente, la muerte regresó a Otín. Llegó más rápido que antes por que ya conocía el camino y ya no entró en la ermita, ni en la casa de Adela y Ramón, que sabía estaba vacía, fue directa hacia la casa grande, donde estabais los cuatro viejos. Subió las escaleras y entró en la habitación de Tadeo, que dormía entre toses y expectoraciones del resfriado de invierno que aún arrastraba y del que nunca se curó. La muerte no se pudo sentar, ya que Tadeo había quitado todas las sillas de la habitación. Se quedó de pie a su lado y le tocó la frente para despertarlo, pero el mejor carpintero del mundo dormía tan plácidamente que no se enteró.

Fue de esa forma como Tadeo se marchó sin sufrir. Se puso en pie y bajó las escaleras en compañía de la muerte, no se despidió de nadie, ya que Tadeo era hombre de pocas palabras. Los momentos de su vida comenzaron a pasar por delante de él, pero el mejor carpintero del mundo no quiso mirar, era un hombre resuelto e impaciente. Le dijo a la muerte que se diera prisa. Antes de abandonar el pueblo, el espectro le ofreció echar un último vistazo a la ermita y la casa grande y el forraje de hierba que cubría el muro de piedra que adornó Emilio, pero Tadeo era pragmático incluso después de muerto y se giró afrontando el largo camino que le esperaba.

A media mañana de ese día, y extrañado por no oírlo toser, Venancio entró en la habitación de Tadeo y lo encontró tendido en la cama, recostado de lado.

Avisó a los otros y se marchó a Rodellar para telefonar al juez de Abiego y les recordó que su señoría no estaba conforme en que movieran el cadáver del lugar donde había fallecido. Pero la pena pudo más que la Ley y no queriendo que su cuerpo se deshiciera a causa del calor, lo trasladaron a la bañera y le echaron hielo encima.

Llegó el juez de Abiego, otro distinto de la última vez, y les preguntó dónde lo habían encontrado. A lo que tú respondiste:

—Lo encontramos aquí, en la bañera —dijiste ante la asombrada mirada de Venancio, que sabía era mentira, y añadiste: —Ha muerto dándose un baño.

Y tras levantar el cadáver lo trasladaron a Abiego para incinerar su cuerpo y ya de vuelta sepultaron las cenizas al lado de la cripta donde reposaban las de Alejandro y Patricio.

Pasado un tiempo, una buena tarde de Julio, cuando le estabas dando los últimos retoques al libro, pensaste en el Citroën de Emilio y te acordaste que lo habíais dejado aparcado en el garaje de la parte trasera de la casa grande. El viejo *Ami 6* estaba allí encerrado desde que llegasteis a Otín y nadie más había pensado en él, igual que el coche pequeño y de grandes ruedas de tu hija, que no volvieron a coger, ni siquiera para regresar a Barcelona.

Como era el día de las reflexiones, te acordaste de que cuando murieron Patricio y Tadeo, echaron hielo en sus cuerpos para conservarlos hasta que llegase el juez de Abiego, pero no recordabas dónde estaba la nevera, ya que para conservar los cubitos de hielo hacía falta un congelador, y que este funcionaría con corriente eléctrica. Empezaste a pensar en cosas que no sabías y temiste que el Alzheimer engullera tu cabeza, al igual que la artritis devoraba tus manos o el grano del ojo se comía la vista.

Un fuerte estruendo te distrajo de tus fatídicos pensamientos y te asomaste a la ventana de tu habitación para ver qué ocurría. Emilio conducía el viejo Citroën por los caminos que rodeaban al pueblo. El viejo loco lo había sacado de la cochera y lo arrancó, llevándose la puerta por delante. Emilio pilotaba agarrado al volante y en su rostro, pese a la lejanía, pudiste ver la cara de la vesania más iracunda. Quisiste salir de la habitación para ir en busca de Venancio e intentar entre los dos convencer a Emilio de que si no deponía su actitud terminaría por hacerse daño y justo estabas concentrado en eso cuando salió el guardabosques por la puerta de la casa le hizo señas al tío de Adela para que detuviese el coche y lo dejara donde estaba, con la amenaza de que acabaría hiriéndose. Te acordaste entonces de Adela y la echaste de menos y

pensaste que esas cosas ocurrían por que ella no estaba allí. Entonces viste llegar a una pareja de jóvenes, andando por el sendero pedregoso que había desde Rodellar y te diste cuenta de que eran Adela y Ramón, que regresaban del viaje de novios.

Bajaste las escaleras todo lo rápido que te daban las piernas, agarrado a la barandilla de madera que construyó Tadeo y viste como tu mano izquierda había recuperado parte de la fuerza extraviada, gracias a la pócima de Patricio.

«Con Adela y Ramón las cosas volverán a ser como antes», confiaste.

Estabas feliz de nuevo.

Los jóvenes tenían muchas cosas que contar, pero lo primero era lo primero. Entraron en su casa y abrieron todas las ventanas para que saliera el polvo y se introdujera el aire del mes de julio. Ramón abrió una de las maletas y sacó regalos para todos: unos pendientes de oro y diamantes para Marisa y Natalia, y cuatro relojes de oro macizo para cada uno de los abuelos: Emilio, Tadeo, Patricio y tú. Les dijiste que los pendientes se los entregarías a Marisa y Natalia cuando regresaras a Barcelona. También, y con mucha pena, les anunciaste que Patricio y Tadeo ya no estaban y que sus cenizas reposaban en la cripta de la ermita y le comunicaste a Adela que su tío se había vuelto completamente loco y que la irreflexión se apoderó de su cabeza. Adela te respondió:

—Ahora que estamos aquí, todo volverá a ser como antes.

Y fue entonces cuando deshiciste las maletas que habías preparado para marcharte a Barcelona y te desprendiste de la idea de abandonar ese pueblo. Por aquel entonces ya habías asumido que jamás te irías de Otín.

Capítulo 27

Comenzaste a hacerte preguntas que hasta entonces habías pasado por alto y que te producían una curiosidad morbosa e inexplicable.

—¿De dónde viene el hielo? —repetías en voz alta una y otra vez, hasta que otra pregunta reemplazaba a la primera y entonces la repetías de forma enfermiza, al igual que hacías con la anterior. Cómo la cuestión de las gafas, que también te había inquietado. Era muy curioso que a pesar de la edad de los ancianos de la casa, ninguno de ellos necesitara gafas. Claro estaba que no leían, o al menos tú no los veías leer, pero ninguno de ellos usaba lentes ni siquiera para hacer remiendos o conducir, como era el caso de don Emilio.

—¿Cómo salió la gárgola de la ermita?

Tenías miedo de enfermar y de perder el norte. Te acordaste de un escritor que te dijo que la lectura nos mantenía vivos y que servía para aguzar la inteligencia y desempolvar nuestras neuronas, que con el paso del tiempo se enmohecían y las cosas extrañas nos parecían normales y las normales increíbles. Mirabas por la ventana al joven matrimonio, cuando salían de la casa y se sentaban en el muro de piedra que adornó Emilio y que apenas levantaba medio metro del suelo y los veía felices y distintos al mismo tiempo.

«No parecen los mismos», musitaste.

Adela ya no era aquella chica de mirada extraviada y vello negro en los brazos y las piernas, con un tartamudeo entrecortado y excesivamente delgada. Tampoco era la chiquilla vestida de tenista y de piernas preciosas que cavaba zanjas en el huerto. Adela era una exuberante mujer de treinta años, con un largo y ondulado pelo negro y una mirada increíblemente bella e inteligente.

Rebuscabas en tu memoria la imagen de la moza la primera vez que la viste, pero no la encontrabas.

—¿Y Emilio? —te preguntaste.

El arrendador de la casa era un viejo achacoso y mugriento, cuando lo conociste, y ahora era el mejor albañil del mundo y pese a estar perdiendo el juicio poco a poco, aún conserva dotes propias de un alarife.

Mientras que tú, cansado como estabas de elucubrar y buscar explicaciones a cosas inexplicables, como las apariciones de Patricio después de muerto o las salidas de la gárgola y el proverbial hallazgo del dinero en su interior y por qué cuando necesitabais alguna cosa aparecía como por arte de magia, como era el caso del hielo que vertíais en la bañera, decidiste centrarte en el libro, concluirlo y regresar a Barcelona.

Habías llegado a la conclusión de que Otín pertenecía a Adela y Ramón y que ellos serían los encargados de repoblar el pueblo y que dentro de unos años se llenaría de gente y las casas tendrían luz y teléfono, y por las noches verían la televisión y que llegaría a ser un municipio más de la provincia de Huesca. Te esforzabas por convencerte de que tu sitio estaba donde estaba tu familia y que no tenías nada que hacer en un pueblo con dos jóvenes, un viejo loco y un agente forestal que os ayudaba en las tareas de mantenimiento.

Una mañana del mes de agosto, y con la maleta preparada para regresar a Barcelona, te sentaste a terminar el libro y leíste hasta donde habías escrito la última vez. La artritis no te impedía teclear la vieja máquina de tu padre y el grano en el ojo se había absorbido por completo. Querías creer que las pócimas de Patricio eran la causa de la mejoría, pero en tu empirismo más avezado te convencías a ti mismo de que eso era imposible. Pero no aspirabas a buscar explicaciones, porque ese no era tu cometido, tu meta era terminar el libro y marcharte.

Comenzaste a leer el capítulo veintiséis y no podías dar crédito a lo que repasabas: la muerte de Tadeo, la llegada del juez, el hielo que arrojaron a la bañera para conservar el cadáver, la locura de Emilio mientras conducía el viejo Citroën, el regreso de Adela y Ramón del viaje de novios. Todo, absolutamente todo eso, estaba escrito en el libro.

—¿Cómo es posible? —te preguntaste—. Hace días que no escribo.

Ciertamente hacía más de una semana que no tocabas la máquina de escribir y no avanzabas nada de la novela, sin embargo los capítulos estaban terminados como si alguien se hubiera encargado de hacerlo. Lo que estaba claro es que no habías sido tú, porque de lo contrario te acordarías.

—Venancio quiere volverme loco —murmuraste al percibir la realidad de lo que estaba aconteciendo en Otín.

No podía ser otro. Tu esposa y tu hija, que eran las únicas que escribieron en la máquina, ya no estaban. Emilio era incapaz de hilar palabras con la maestría de un escritor y Adela y Ramón habían vuelto hacía poco y no sabían los detalles de la muerte de Tadeo ni de la locura del Citroën de Emilio. Era el agente forestal el que trataba de volverte loco y te imaginaste a ti mismo hablando con Venancio. Lo encontrarías en el salón de la casa, sentado delante de Emilio y jugando una partida de ajedrez, él jugaría con negras y las blancas tenían acorralado al rey y a punto de hacerle jaque mate. Fantasaste sobre la bravuconería del agente forestal, que lo negaría todo y te replicaría:

—Isidro, por favor, yo nunca entraría en tu habitación.

Y predijiste que ante la fortaleza física de Venancio y la poca ayuda que podía prestarte don Emilio, lo mejor es que estuviese presente Ramón, que en caso de ponerse de parte de alguien, lo haría de ti. Imaginaste como Ramón le propinaba un puñetazo al agente forestal por haber insultado a su amigo en su propia casa y como lo sacaba de Otín a empujones y le advertía de que no regresara jamás.

Saliste furioso de tu habitación y te dirigiste al salón, donde estaban Venancio y Emilio sentados delante de un tablero de ajedrez. Venancio jugaba con negras y estaba a punto de perder por un jaque mate de las blancas. Justo en ese momento llegó Ramón y creíste que ya era conocedor del entrometimiento de Venancio en tu libro, algo que te planteó la pregunta de si Ramón y el agente forestal eran compinches y todo era una estratagema para volverte loco.

Te planteaste que no podía ser que el año idílico que habías pasado en Otín terminara con una pelea entre dos hombres, por una tontería. Y no tenía ningún sentido que Ramón arrojara a Venancio del pueblo, con la de cosas buenas que había hecho por vosotros. Debías pensar en positivo y convencerte de que si escribían y continuaban tu libro, era con el único cometido de ayudarte.

—Claro, es eso —exclamaste para tus adentros.

Todos los habitantes de la casa sabían los problemas que tenías con la artritis y el sufrimiento terrible que te suponía teclear la máquina de escribir, así que se habían puesto de acuerdo en terminar la novela por ti, pensaste.

«Además tiene lógica», seguiste elucubrando «porque mi libro habla de Otín y cualquiera puede escribir las cosas que ocurren.»

Le dijiste al marido de Adela que se fuera a su casa y esperaste a que terminaran la partida de ajedrez, con la intención de regresar a tu habitación y olvidar el incidente. Un año de amistad y bienestar no podía terminar en disputa, cuando la intención de aquellos vecinos de la casa solo era la de ayudar.

Te sentaste ante la máquina de escribir y leíste el añadido para ver si te gustaba o era conveniente cambiarlo. Porque una cosa era lo que los demás escribieran en el libro y otra distinta que a ti te gustara cómo quedara. El autor siempre tiene la última palabra y él decide si cambiar el texto o no. En eso ya sabes que estoy contigo, Isidro. Ni siquiera una agente literaria, como yo, tiene derecho a cambiar nada de lo que hayas escrito.

«Faltaría más», proferiste al término de la reflexión.

Y enseguida exclamaste.

—¡Cielo Santo!

Tus ojos se quedaron en blanco y te comenzó a faltar la respiración. La escena del ajedrez, también estaba en el libro. Comprendiste que el libro se estaba escribiendo solo, que no necesitaba de tu mediación y que conforme ocurrían las cosas, se reflejaban en la novela. Y empezaste a asociar los hechos de Otín con tu propia voluntad. Recordaste que Adela y Ramón volvieron de viaje de novios cuando tú pensaste en ellos, tras el incidente del Citroën, y que éste se produjo cuando te acordaste del coche y rememoraste que estaba guardado en el garaje y tu hijo llegó al pueblo cuando reflexionaste que estaba en Madrid y que el hielo aparecía siempre que lo necesitabais, aunque sabías que en Otín no había hielo, ni neveras, ni congeladores y que no teníais luz, ni agua, ni teléfono, ni nada.

Te asomaste a la ventana del salón y viste la ermita de enfrente, con una enorme cruz de hierro clavada en el tejado y observaste la hierba lamiendo la fachada hasta cubrirla casi por completo. Fue tanto el choque de incompreensión que se produjo en lo más profundo de tu ser, que te tuviste que echar en la cama, aquejado de un terrible dolor de cabeza. Te tumbaste boca arriba y te quedaste mirando los viejos travesaños de madera, que amenazaban con caer de un momento a otro.

Y te quedaste dormido...

Don Emilio llegó a Otín al punto de la mañana. Conducía el viejo Citroën que compró a unos franceses que visitaron Abiego y que se encaprichó de él nada más verlo. Llevaba días sin saber del escritor que le alquiló la vieja casa de Otín y que le dijo que iba a estar un año escribiendo un libro.

«Estos señoritos de ciudad están locos», pensó.

Aparcó el coche delante de la abandonada y demolida ermita y subió las escaleras de la casa donde se alojaba el escritor y que aunque don Emilio le insistió de lo peligroso que era dormir allí, él perseveró y dijo que buscaba soledad para escribir una novela.

Cuando entró en el cuarto, vio al escritor tumbado en la cama, extraordinariamente delgado y con síntomas de estar muerto. Se acercó y le tocó el cuello para buscar las palpitaciones del corazón. La habitación estaba sucia y había paquetes de galletas abiertos por todas partes y encima de la destartalada y carcomida mesa de madera había una máquina de escribir y al lado un puñado de folios con el título: “*La gárgola de Otín*”.

El escritor yacía cadáver y don Emilio salió en busca de la Guardia Civil para comunicarles el suceso. Llegó hasta Rodellar y desde allí llamó al cuartelillo de Abiego.

Habías viajado hasta Otín a escribir un libro. Lo conseguiste. Solamente fueron necesarias tres semanas para crear tu novela. Tu última novela. Tu mejor obra. Durante ese tiempo apenas comiste y te pasaste las horas aporreando la máquina de escribir y gastando los folios que habías traído en tu escaso equipaje. Nadie, ni tu familia, ni tus amigos, ni yo, comprendimos la inspiración que pudiste encontrar en un lugar como Otín. Pero aquel libro me lo entregaron a mí y tras pedir autorización a tu esposa me hice cargo de publicarlo.

Al final conseguiste escribir el libro. Y te retiraste como uno de los grandes, con una gran obra a la altura de tu trayectoria como escritor. No pusiste epílogo, supongo que no pensaste en ello. Así que permite que lo ponga yo.

Solo morimos cuando no tenemos nada más que hacer.

* * *

Otras novelas del autor

El libro de Goethe
Ángeles de granito
La puerta vacía
Los crímenes del abecedario
La noche de los peones
La casa de enfrente
Diez días de julio
El buen padre
Los fresones rojos
Los ojos del escritor
El reactor de Bering
El lodo mágico
Quimera



Esteban Navarro Soriano (Moratalla, Murcia, 1965)

En la actualidad vive en Huesca, lugar al que se siente muy vinculado. Ha sido el organizador de dos primeras ediciones del concurso literario Policía y Cultura a nivel nacional y ha escrito numerosos artículos de prensa.

En su currículum se encuentran numerosos premios literarios de relato corto. También ha recibido el I Premio de novela corta Katharsis por la novela El Reactor de Bering y el I Premio del Certamen de Novela San Bartolomé - José Saramago, con la obra El buen padre. Su novela La casa de enfrente se situó en los primeros puestos de las listas de más vendidos de Amazon desde su publicación.

Otín

Esteban Navarro
esteban.orravan@gmail.com

© Esteban Navarro Soriano. Diciembre 2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la Ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos de ejemplares.

ISBN-10: 1539793583

ISBN-13: 978-1539793588